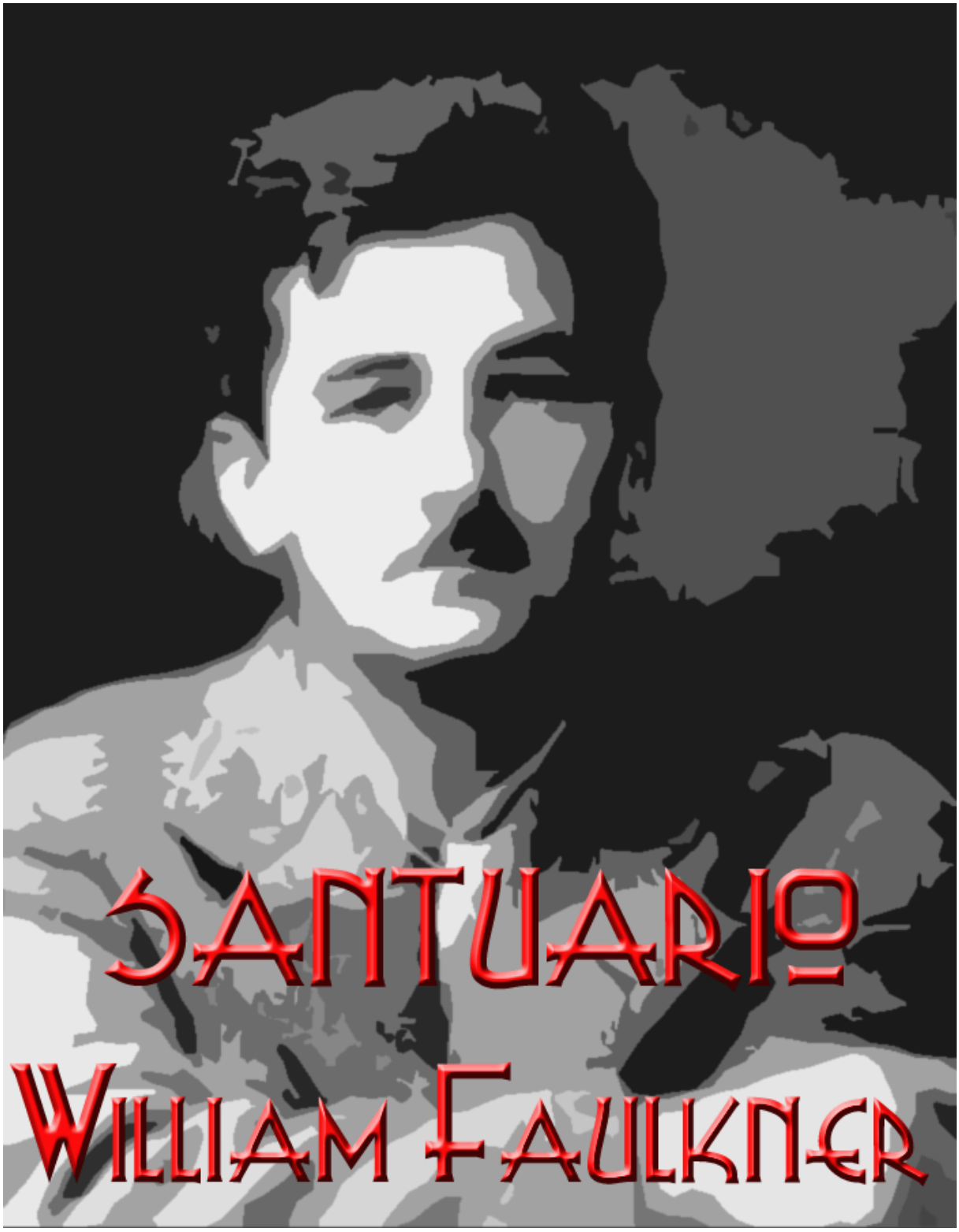
SANTUARIO

WILLIAM FAULKNER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I

Desde detrás de la hilera de arbustos que rodeaba el manantial, Popeye contempló al hombre que bebía. Una senda apenas marcada llevaba desde el camino hasta el manantial. Popeye había visto cómo el forastero -delgado y alto, sin sombrero, con unos gastados pantalones grises de franela y una chaqueta de *tweed* cruzada sobre el brazo- avanzaba por la senda y se arrodillaba para beber.

El manantial brotaba al pie de un haya y corría después sobre un fondo de arena que formaba remolinos y ondulaciones. Estaba rodeado por una espesa vegetación de cañas y brezos, de cipreses y árboles de goma donde la luz del sol, sin origen visible, yacía, quebrada en mil reflejos. En algún sitio, escondido e imposible de precisar y, sin embargo, cercano, un pájaro cantó tres notas para callar luego.

En el manantial, el forastero inclinó el rostro hacia los rotos reflejos multiplicados de su propio beber. Al erguirse de nuevo, aunque no había oído el menor ruido, vio aparecer entre ellos, también hecho añicos, el sombrero de paja de Popeye.

Frente a él, al otro lado del manantial, se hallaba un hombre de estatura por debajo de lo normal, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, y un cigarrillo sesgado, que formaba un ángulo agudo con su barbilla. Llevaba un traje negro, con la chaqueta, de talle alto, muy ajustada. Se había remangado los pantalones con una sola vuelta y estaban manchados de barro; lo mismo les sucedía a los zapatos. Su rostro presentaba un extraño color exangüe, como iluminado por una luz eléctrica; enmarcado por aquel soleado silencio, con el sombrero ladeado y los brazos levemente separados del cuerpo, tenía esa desagradable falta de profundidad de la hojalata en relieve.

Tras él, el pájaro cantó de nuevo: tres compases monótonamente repetidos; un sonido profundo y sin sentido que surgía de un silencio bostezante y lleno de paz que daba la impresión de aislar aquel lugar y del que un momento después brotó el ruido de un automóvil que pasaba por la carretera y que acabó perdiéndose a lo lejos.

El hombre que había bebido siguió arrodillado.

-Supongo que lleva una pistola en ese bolsillo -dijo.

Desde la orilla opuesta Popeye dio la impresión de contemplarlo con dos negros botones de goma blanda.

-Soy yo el que hace las preguntas -dijo Popeye-. ¿Qué es eso que tiene en el bolsillo?

El otro llevaba aún la chaqueta cruzada sobre el brazo. Levantó hacia ella la mano libre: del bolsillo izquierdo sobresalía un aplastado sombrero de fieltro y del derecho un libro.

-¿Qué bolsillo? -dijo.

-No lo saque -respondió Popeye-. Dígame qué es.

La mano del forastero se detuvo en el aire.

-Es un libro.

-¿Qué libro? -dijo Popeye.

-Un libro cualquiera. De los que lee la gente. Algunas personas, al menos.

-¿Lee usted libros? -preguntó Popeye.

La mano del otro se había inmovilizado por encima de la chaqueta. Los dos hombres se contemplaron desde los lados del manantial. La tenue columna de humo del cigarrillo, formando espirales delante del rostro de Popeye, le obligó a torcer la mitad de la cara, creando una máscara tallada en dos expresiones simultáneas.

Del bolsillo de detrás del pantalón Popeye sacó un pañuelo sucio y lo extendió en el suelo detrás de sus talones. Luego se sentó con las piernas cruzadas, frente por frente del forastero. Iban a dar las cuatro de la tarde de un día de mayo. Permanecieron así, uno frente a otro, por espacio de dos horas. De cuando en cuando el pájaro cantaba en el pantano, como si se tratara del mecanismo de un reloj; dos veces más, automóviles invisibles pasaron por la carretera y el ruido terminó perdiéndose a lo lejos. El pájaro cantó de nuevo.

-Y, por supuesto, no sabe cómo se llama -dijo el forastero-. No creo que sea usted capaz de reconocer ningún pájaro, como no sea alguno que esté cantando en su jaula en el vestíbulo de un hotel o se lo sirvan en un plato a cuatro dólares la pieza.

Popeye no dijo nada. Siguió sentado con su ajustado traje negro, el bolsillo derecho de la chaqueta pesadamente abultado contra el costado, retorciendo y estrujando los cigarrillos entre sus manos delicadas, demasiado femeninas, y escupiendo en el manantial. Su piel tenía una palidez oscura, como de muerto. La nariz era vagamente aquilina pero le faltaba por completo el mentón. Su cara, sencillamente, dejaba de existir, como el rostro de un muñeco de cera olvidado demasiado cerca del fuego. Una cadena de platino le cruzaba el pecho de un bolsillo a otro del chaleco, semejante a un hilo de telaraña.

-Oiga -dijo el otro-. Me llamo Horace Benbow. Soy abogado y trabajo en Kinston. Antes vivía en Jefferson y hacia allí me dirijo. Toda la gente del condado le dirá que soy inofensivo. Si se trata de whiskey, pueden ustedes hacer, vender o comprar lo que les venga en gana. Me he parado aquí para beber agua. Lo único que quiero es llegar a Jefferson.

Los ojos de Popeye parecían botones de goma, dispuestos a ceder si se tocaban y a recuperarse luego sin haber perdido la huella del pulgar.

-Quiero llegar a Jefferson antes de que oscurezca -dijo Benbow-. No puede usted retenerme aquí.

Sin quitarse el cigarrillo de la boca, Popeye escupió en el manantial.

-No puede obligarme a que me quede -dijo Benbow-. Podría echar a correr.

Popeye fijó en Benbow los botones de goma de sus ojos.

-¿Quiere usted correr?

-No -dijo Benbow.

Popeye apartó la mirada.

-De acuerdo. No lo haga, entonces.

Benbow oyó de nuevo el canto del pájaro y trató de recordar el nombre que le daban en aquella zona. Por la invisible carretera pasó otro coche y siguió su camino. Entre ellos y el ruido del motor el sol estaba a punto de desaparecer. Del bolsillo del pantalón Popeye sacó un reloj niquelado, lo miró y volvió a metérselo en el bolsillo como si fuera una moneda.

En el sitio donde la senda del manantial se unía al camino de arena, un árbol recién cortado impedía el paso. Los dos hombres cruzaron por encima y siguieron adelante, dejando la carretera a su espalda. En la arena se advertían dos depresiones paralelas poco profundas, pero no había marcas de pezuñas. Y en donde el arroyo procedente del

Librodot

manantial cruzaba el camino, Benbow vio huellas de neumáticos. Popeye marchaba delante de él, y su traje ajustado y su sombrero rígido llenos de líneas quebradas le daban cierto aire de pie de lámpara modernista.

El camino terminaba en la carretera, que surgía, formando una curva, de entre la espesura. Era casi de noche. Popeye volvió un instante la cabeza.

-Vamos, Jack, dése prisa -dijo.

-¿Por qué no hemos atajado subiendo la colina? -preguntó Benbow.

-¿Entre todos esos árboles? -dijo Popeye. Su sombrero lanzó un desagradable destello al recoger la débil luz del crepúsculo, mientras se detenía a mirar colina abajo, donde la espesura se había transformado ya en un lago de tinta-. Ni que estuviera loco.

Era casi de noche. Popeye había moderado el paso. Caminaba ahora junto a Benbow y éste veía el continuo movimiento de su sombrero de un lado a otro mientras Popeye miraba a su alrededor con una especie de desagradable encogimiento. El sombrero llegaba justamente hasta la barbilla de Benbow.

Luego algo, una sombra agigantada por la velocidad, descendió sobre ellos y siguió su vuelo, creando un remolino de aire delante de sus mismas caras, un silencioso alboroto de alas en tensión; Benbow sintió que el cuerpo entero de Popeye se aplastaba contra él y que con una mano se le aferraba a la chaqueta.

-Es un búho -dijo Benbow-. No es nada más que un búho.

Luego añadió:

-A ese reyezuelo de Carolina lo llaman pájaro pescador por aquí. Era eso lo que no conseguía recordar allá atrás.

Popeye seguía acurrucado junto a él, aferrándose a su chaqueta y bufando como un gato. «Huele a negro», pensó Benbow; «huele como aquella sustancia negra que salió de la boca de Emma Bovary y se extendió por su velo nupcial al levantarle la cabeza».

Un momento después, sobre la oscura masa dentada de los árboles, la casa alzó su cuadrada desnudez contra el cielo evanescente.

El edificio era un esqueleto mondo y lirondo en el centro de un bosquecillo de cedros sin podar, pero, al mismo tiempo, un lugar muy conocido entre las gentes de la zona: la llamaban la casa del Viejo Francés y había sido construida antes de la Guerra Civil; una típica casa de plantación, rodeada por sus tierras -campos de algodón, jardines y zonas de césped devueltas a la jungla desde hacía mucho tiempo-, que las gentes de los alrededores habían ido desguazando durante cincuenta años para conseguir algo de leña o en la que habían cavado con secretos y esporádicos optimismos, en busca del oro que el propietario, según todas las suposiciones, había enterrado en algún sitio cuando Grant atravesara el condado durante su campaña de Vicksburg.

Tres hombres, sentados en sillas, ocupaban uno de los extremos del porche. Al fondo del pasillo abierto brillaba una luz muy débil. El pasillo atravesaba la casa de lado a lado. Popeye subió las escaleras del porche, mientras los tres hombres los contemplaban a él y a su acompañante.

-Aquí está el profesor -dijo, sin detenerse.

Entró en la casa, pasillo adelante. Siguió hasta salir al porche trasero; luego torció y entró en la habitación donde brillaba la luz. Era la cocina. Había una mujer delante del fogón. Llevaba un vestido de percal muy desteñido. Al moverse, el par de toscos zapatos de

hombre que calzaba le golpeaban los tobillos desnudos. La mujer se volvió a mirar a Popeye y luego otra vez hacia el fogón, donde estaba friendo carne en una sartén.

Popeye se quedó en la puerta. Se había inclinado el sombrero hacia adelante. Extrajo un cigarrillo del bolsillo sin sacar el paquete, lo pellizcó y lo aplastó, se lo puso en la boca y encendió una cerilla con la uña del pulgar.

-Tengo a un pájaro ahí fuera -dijo.

La mujer no se volvió. Estaba dándole la vuelta a la carne;

-¿Por qué me lo dices a mí? -preguntó ella-. Yo no me ocupo de los clientes de Lee.

-Es un profesor -dijo Popeye.

La mujer se volvió con el tenedor de trinchar en la mano. Detrás del fogón, lejos de la luz, había un cajón de madera.

-¿Un qué?

-Un profesor -dijo Popeye-. Tiene un libro.

-¿Qué hace aquí?

-No lo sé. No se me ocurrió preguntárselo. Quizá leer el libro.

-¿Ha venido solo?

-Lo encontré en el manantial.

-¿Estaba buscando la casa?

-No sé -dijo Popeye-. No se me ocurrió preguntárselo -la mujer seguía mirándolo-. Lo mandaré a Jefferson con el camión -añadió Popeye-. Dice que quiere ir allí.

-¿Por qué me lo cuentas a mí? -dijo la mujer.

-Tú cocinas. Querrá cenar.

-Sí -dijo la mujer. Se volvió de nuevo hacia el fogón-. Cocino para tramposos, estafadores y deficientes mentales. Sí. Es cierto que cocino.

Popeye la miró desde la puerta, mientras el humo del cigarrillo hacía espirales delante de su cara. Había metido las manos en los bolsillos.

-Márchate, si quieres. Te llevaré a Memphis el domingo. Puedes hacer la carrera otra vez -la estuvo mirando, vuelta de espaldas-. Te estás poniendo gorda. Eso te pasa por venirte a descansar al campo. Pero no se lo contaré a nadie en Manuel Street.

La mujer se volvió con el trinchante en la mano.

-Canalla -dijo.

-No te preocupes -dijo Popeye-. No le contaré a nadie que Ruby Lámar está en el campo, con un par de zapatos viejos de Lee Goodwin y que tiene que cortar ella misma la leña para el fuego. No. Les diré a todos que Lee Goodwin tiene mucho dinero.

-Canalla, más que canalla -dijo la mujer.

-Claro -dijo Popeye.

Luego volvió la cabeza. Se oyó un arrastrar de pies que cruzaba el porche y en seguida entró un hombre. Avanzaba encorvado y llevaba puesto un mono. Iba descalzo; era el ruido de sus pies descalzos lo que habían oído. Su pelo, descolorido por el sol, estaba sucio

y enredado. Tenía ojos claros extrañamente furiosos y una barba pequeña y suave, como de oro deslustrado.

-Que me aspen si no es todo un caso -dijo.

-¿Qué quieres? -le preguntó la mujer.

El hombre del mono no contestó. Al pasar, lanzó a Popeye una mirada llena de desconfianza y de viveza al mismo tiempo, como si estuviera a punto de reír un chiste, esperando tan sólo el momento oportuno. Cruzó la cocina balanceándose pesadamente, como un oso, y, sin perder el aire de regocijada desconfianza, levantó una tabla suelta del piso a la vista de los otros dos y sacó una garrafa de un galón. Popeye se lo quedó mirando, con los pulgares en el chaleco y el humo del cigarrillo (se lo había fumado sin tocarlo ni una vez con la mano) formando espirales delante de la cara. Su expresión era feroz, ominosa quizá; pero contempló reflexivamente cómo el hombre del mono volvía a cruzar la cocina con aquella especie de desconfianza llena de viveza, ocultando torpemente la garrafa contra el costado; también él estuvo mirando a Popeye, con su expresión despierta y regocijada, hasta que salió del cuarto. De nuevo se oyeron sus pies descalzos sobre el suelo del porche.

-No te preocupes -dijo Popeye-. No le diré a nadie en Manuel Street que Ruby Lámar cocina para un mudo y también para un idiota.

-Canalla -dijo la mujer-. Hijo de perra.

II

Cuando la mujer entró en el comedor con una fuente de carne, Popeye, el hombre que había ido a buscar la garrafa a la cocina y el forastero estaban ya sentados alrededor de una mesa hecha con tres tablones clavados sobre dos caballetes. Al acercarse a la luz de la lámpara colocada en la mesa, pudo apreciarse que el rostro de la mujer no estaba marcado por la edad sino por el mal humor, y se hizo también patente la frialdad de sus ojos. Mientras la observaba, Benbow no advirtió que lo mirara ni una sola vez mientras dejaba la fuente y se detenía un momento con esa expresión ausente con que las mujeres pasan una última inspección a la mesa, para luego agacharse sobre un cajón de embalaje situado en una esquina de la habitación y sacar de allí otro plato, cuchillo y tenedor que llevó a la mesa y colocó delante de Benbow con aire decidido -bruscamente pero sin precipitación-, rozándole el hombro con la manga del vestido.

Mientras la mujer se ocupaba de la mesa entró Goodwin. Llevaba un mono manchado de barro. Tenía un rostro descarnado, curtido por la intemperie, una barba negra a medio crecer y canas en las sienes. Traía del brazo a un anciano con una larga barba blanca, manchada alrededor de la boca. Benbow vio cómo Goodwin sentaba al viejo en una silla mientras el otro le dejaba hacer con la indecisa y abyecta ansia de un hombre a quien no le queda más que un placer y a quien sólo le llega el mundo exterior a través de un sentido por ser al mismo tiempo ciego y sordo; un hombre bajo y calvo, con un rostro redondo, carnoso y sonrosado en el que sus ojos con cataratas parecían dos coágulos de flema. Benbow le vio sacar un trapo sucio del bolsillo, regurgitar sobre él una masa casi incolora de lo que había sido anteriormente tabaco de mascar y volverse a guardar el trapo después de doblarlo. La mujer le sirvió de la fuente. Los otros ya estaban comiendo, en silencio y sin hacer pausas, pero el viejo se quedó quieto, con la cabeza inclinada sobre la mesa, moviendo débilmente la barba. Con una mano temblorosa y desconfiada inspeccionó el contenido del plato hasta encontrar un trozo pequeño de carne; luego se puso a chuparlo hasta que regresó la mujer y le dio un manotazo en los nudillos. El viejo soltó lo que había cogido y Benbow estuvo viendo cómo ella le cortaba la carne, el pan y todo lo demás y luego le echaba melaza de sorgo por encima. Después Benbow apartó la vista. Al terminar la comida, Goodwin se llevó al viejo. Benbow les vio cruzar la puerta y oyó el ruido de sus pasos por el corredor.

Los hombres volvieron al porche. La mujer quitó la mesa y llevó los platos a la cocina. Los dejó amontonados, se acercó al cajón situado en la zona menos iluminada y estuvo en pie a su lado durante un rato. Después se sirvió su propia cena, comió sentada a la mesa, encendió un cigarrillo con la llama de la lámpara, fregó los platos y los guardó. Luego echó a andar por el pasillo, pero no llegó a salir al porche. Se quedó dentro de la casa, junto a la puerta, oyéndoles hablar, oyendo hablar al forastero y el ruido apagado de la garrafa mientras pasaba de mano en mano.

-Qué querrá ese imbécil… -murmuró la mujer.

Siguió escuchando la voz del forastero; una voz precipitada, vagamente estrafalaria, la voz de un hombre que se pasa mucho tiempo hablando y apenas hace otra cosa.

-Beber no, desde luego -dijo la mujer en voz muy baja desde dentro de la casa-. Será mejor que siga su camino y llegue a donde sus familiares puedan atenderlo.

Volvió a escuchar lo que decía.

-Desde mi ventana veía la parra, pero en invierno no quedaba más que el armazón del emparrado. Por eso sabemos que la naturaleza es femenina; por esa connivencia entre la carne de mujer y la estación femenina. De manera que todas las primaveras presenciaba cómo la vieja sabia, renovándose, ocultaba el armazón del emparrado; cómo fabricaba de nuevo su verde señuelo, promesa de intranquilidad. Y no es que pueda hablarse de una gran floración tratándose de parras: no es más que un céreo y desordenado desangrarse, más de hoja que de flor, que va ocultando más y más el armazón, hasta que a finales de mayo, al atardecer, su voz, la de la pequeña Belle, era cómo el murmullo de la misma parra silvestre. Nunca decía, «Horace, éste es Louis o Paul o quienquiera que fuese», sino «Sólo es Horace». Sólo, ¿se dan cuenta? Ella con un vestidito blanco al atardecer, los dos muy recatados y muy cuidaditos y un poco impacientes. Y no me hubiera podido sentir más ajeno a su carne si la hubiera engendrado yo mismo.

»Así que esta mañana (no; fue hace cuatro días; era jueves cuando volvió del instituto y estamos a martes) le dije:

»-Querida, si lo has encontrado en el tren, es probable que pertenezca a la compañía del ferrocarril. No se lo puedes quitar a la compañía; es ilegal, como llevarse los aisladores de los postes.

»-Vale tanto como tú. Va para Tulane.

»-Sí, cariño, pero en un tren… -dije yo.

»-Los he encontrado en sitios peores.

»-Ya lo sé -dije-. Yo también. Pero no hay que traerlos a Gasa. Se pasa por encima y se sigue adelante. No hay por qué mancharse los zapatos.

»Nos hallábamos en la sala de estar; era justo antes de la cena; y no estábamos más que nosotros dos en la casa. Belle había ido al centro.

»-¿Qué más te da a ti quién viene a verme? No eres mi padre. Eres sólo…, sólo… ¿Qué? -dije-. ¿Sólo qué? ¡Díselo a mamá, entonces! Díselo. Eso es lo que vas a hacer. ¡Decírselo!

»-Lo malo es el tren, querida -dije-. Si entrara en tu habitación en un hotel, lo mataría. Pero en el tren… me resulta repugnante. Vamos a decirle que se vaya y a empezar de nuevo.

»-¡Como si tú pudieras hablar de encontrar cosas en el tren! ¿Qué me dices de las gambas?

-Está loco -dijo la mujer, sin moverse, junto a la puerta.

La voz del forastero siguió fluyendo y tropezando consigo misma, rápida e incesante.

-Pero en seguida dijo, '¡No! ¡No!', y yo la abracé y ella se agarró a mí. '¡No quería decir eso! ¡Horace! ¡Horace!' Y yo estaba oliendo las flores asesinadas, las delicadas flores muertas y las lágrimas, hasta que vi su rostro en el espejo. Había un espejo detrás de ella y otro detrás de mí: ella se veía en el que estaba detrás de mí, olvidada del otro, en el que yo podía verle la cara, verla contemplando mi nuca, y descubrir todo su fingimiento. Por eso la naturaleza es 'ella' y el progreso es 'él'; la naturaleza hizo la parra, pero el progreso inventó el espejo.

-Está loco -dijo la mujer desde dentro de la casa, escuchando.

-Pero no fue eso, realmente. Pensé que era quizá la primavera lo que me había perturbado o el tener ya cuarenta y tres años. Pensé que tal vez me pondría bien si tuviera

una colina donde tumbarme…, que la culpa la tenía aquella zona, tan llana, tan fértil y tan maloliente que hasta el mismo viento parece sacar dinero de ella. Como si a uno ya no le pudiera sorprender que llegaran a presentarse en los bancos las hojas de los árboles para recibir dinero a cambio. Es ese Delta. Cinco mil millas cuadradas sin otra altura que los montones de tierra que los indios hicieron para subirse encima cuando se desbordaba el río.

»Por eso pensé que me bastaría con una colina; no fue la pequeña Belle quien hizo que me marchara. ¿Saben qué fue?

-No hay duda de que lo está -dijo la mujer junto a la puerta-. Lee no debiera permitir…

Benbow no había esperado a que le respondieran.

-Fue un trapo manchado de carmín. Supe que iba a encontrarlo antes de entrar en el cuarto de Belle. Y allí estaba, escondido detrás del espejo: un pañuelo con el que se quitaba el exceso de pintura al arreglarse y que luego guardaba allí. Lo puse en el cesto de la ropa sucia, cogí el sombrero y salí de la casa. En la carretera me recogió un camión antes de que me diera cuenta de que no llevaba dinero. Eso también influyó, ¿comprenden? No podía cobrar un cheque. Tampoco podía bajarme del camión y volver a la ciudad a por dinero. De manera que he estado andando y haciendo auto-stop desde entonces. Una noche dormí en un montón de serrín en una fábrica, otra en la cabaña de unos negros y otra en un vagón de mercancías que estaba en una vía muerta. Sólo quería una colina donde tumbarme, ¿se dan cuenta? En seguida me sentiría bien/Cuando uno se casa con una soltera, se empieza desde el principio..,, aunque haya dificultades. Pero cuando uno se casa con la mujer de otro, se empieza tal vez diez años más atrás, en el punto de partida de otro y con sus dificultades. Sólo quería una colina para tumbarme durante algún tiempo.

-Pobre imbécil -dijo la mujer, sin moverse de su sitio junto a la puerta.

Popeye atravesó el pasillo, procedente de la parte de atrás. Pasó junto a ella sin decir una palabra y salió al porche.

-Vamos -dijo-. Hay que cargarlo.

La mujer oyó marcharse a los tres, pero siguió donde estaba. Luego oyó cómo el forastero se levantaba, inseguro, de su silla, y cruzaba el porche. Entonces lo vio, débilmente silueteado contra el cielo, como un trozo de oscuridad menos intensa: un hombre delgado con la ropa muy arrugada; con el pelo ralo y muy mal cuidado; y completamente borracho.

-No le dan bien de comer -dijo la mujer.

Seguía inmóvil, apoyada apenas contra la pared y él estaba frente a ella.

-¿Le gusta vivir así? -dijo el forastero-. ¿Por qué lo hace? Todavía es joven; podría volver a la ciudad y mejorar su situación sin tener que mover un dedo.

La mujer no cambió de postura, apoyada apenas contra la pared y con los brazos cruzados.

-Pobre imbécil asustado -dijo la mujer.

-Me falta valor, ¿comprende? -dijo el forastero-: el valor se quedó fuera cuando me hicieron. La maquinaria está toda aquí, pero no funciona -le pasó torpemente la mano por la mejilla-. Todavía es usted joven.

Ella no se movió, sintiendo la mano sobre su cara, notando que el forastero la tocaba como si estuviera tratando de averiguar la forma y posición de sus huesos y la consistencia de su carne.

-Le queda toda la vida por delante, prácticamente. ¿Cuántos años tiene? No ha cumplido los treinta -la voz del forastero era casi un susurro.

Ella, al hablar, no redujo en absoluto el volumen de su voz. Seguía sin moverse, con los brazos cruzados sobre el pecho.

-¿Por qué ha abandonado a su mujer? -dijo.

-Porque comía gambas -dijo el forastero-. No podía… Era viernes, ¿comprende?, y pensé que al mediodía tendría que ir a la estación a recoger la canasta de las gambas y volver a casa con ellas, contando cien pasos para cambiar de mano, y que…

-¿Tiene que hacerlo todos los días? -preguntó la mujer.

-No. Sólo los viernes. Pero llevo diez años haciéndolo, desde que nos casamos. Y todavía sigue sin gustarme el olor de las gambas. Llevar la canasta a casa no me importaría mucho. Lo malo es que gotea. Durante todo el camino gotea y gotea, hasta que al cabo de un rato me sigo a mí mismo a la estación y me paro a ver cómo Horace Benbow recoge la canasta del tren y echa a andar camino de casa, cambiando de mano cada cien pasos, y yo lo voy siguiendo, pensando «Aquí yace Horace Benbow en una serie de manchas malolientes que van desapareciendo poco a poco sobre una acera de Mississippi».

-Ah -dijo la mujer.

Respiraba tranquilamente, con los brazos cruzados. Cuando echó a andar, el forastero retrocedió y luego fue siguiéndola por el pasillo. Entraron en la cocina, donde había una lámpara encendida.

-Tendrá que disculpar mi aspecto -dijo la mujer. Se acercó a la caja de madera que estaba detrás del fogón, la arrastró hacia la luz y se quedó mirándola con las manos ocultas en el delantero del vestido. Benbow se había parado en el centro de la habitación-. En el cajón está más protegido de las ratas.

-¿Qué? -dijo Benbow-. ¿De qué me habla?

Se acercó para ver el interior de la caja. Dentro dormía un niño que aún no había cumplido el año. Benbow contemplo calmosamente su rostro demacrado.

-Ah -exclamó-. Tiene usted un hijo.

Los dos contemplaron el rostro demacrado del niño dormido. Desde fuera llegó hasta ellos un ruido; se oyeron pasos en el porche de atrás. La mujer empujó la caja hacia el rincón con la rodilla al mismo tiempo que Goodwin entraba en la cocina.

-Todo listo -dijo Goodwin-. Tommy le acompañará hasta el camión.

Luego se marchó, entrando de nuevo en la casa.

Benbow miró a la mujer, que seguía con, las manos escondidas en el delantero del vestido.

-Gracias por la cena -dijo-. Tal vez, algún día… -la miró; ella también le observaba con una expresión menos malhumorada aunque siguiera siendo fría y distante-. Quizá pueda hacer algo por usted en Jefferson. Enviarle algo que necesite…

La mujer sacó las manos del pliegue del vestido con un tembloroso movimiento giratorio, para volver a esconderlas en seguida.

-Con tanto lavar y fregar platos…, podría mandarme una varilla de naranjo de las que usan las manicuras -dijo.

Desde la casa, Tommy y Benbow bajaron la colina en fila india, siguiendo el camino abandonado, Benbow volvió la vista atrás. Sobre los apretados y enmarañados cedros, se

alzaba, contra el cielo -sin luz, desolada e insondable- la solitaria casa en ruinas. El camino era una cicatriz demasiado profunda para ser un camino y demasiado recta para ser una zanja, erosionada por las riadas del invierno y ahogada después por los helechos, las ramas y las hojas secas. Siguiendo a Tommy, Benbow caminaba por una tenue senda donde el roce de los pies había desgastado la podrida vegetación hasta dejar la arcilla al descubierto. Un seto de árboles formando arco se aclaraba contra el cielo por encima de sus cabezas.

La pendiente se hizo más marcada en una curva del camino.

-Fue por aquí donde vimos el búho -dijo Benbow.

Delante de él, Tommy lanzó una risotada.

-Apostaría cualquier cosa a que también eso le asustó -dijo.

-Sí -respondió Benbow.

Iba siguiendo la imprecisa silueta de Tommy, y trataba de andar y de hablar cuidadosamente, con esa peculiar pertinacia en los propósitos que produce la borrachera.

-Que me aspen si no es el *blanco* más asustadizo que he visto nunca -dijo Tommy-. Como aquella vez que venía por la senda hacia el porche, salió el perro de debajo de la casa y fue a olerle los zapatos igual que haría cualquier perro; que me aspen si no reculó como si fuera una serpiente venenosa y él estuviera descalzo; sacó de repente esa pistolita automática que lleva siempre encima y lo dejó muerto en el sitio. Vaya si lo hizo.

-¿De quién era el perro? -dijo Horace.

-Era mío -dijo Tommy, con una risa ahogada-. Un perro viejo que no haría daño a una mosca aunque pudiese.

El camino descendía y se allanaba; los pies de Benbow susurraban sobre la arena, avanzando cuidadosamente. Ahora veía mejor a Tommy, cuya silueta se recortaba contra la mayor claridad de la arena y que arrastraba los pies como de mala gana, igual que hacen las mulas para caminar sobre la arena, pero sin esfuerzo aparente, con un suave rozar de sus pies desnudos que producía débiles erupciones de arena con cada movimiento hacia atrás de los dedos.

La voluminosa sombra del árbol derribado había echado un borrón sobre el camino. Tommy pasó por encima y Benbow le siguió, siempre cauteloso, tirando de sí mismo para atravesar la masa de follaje sin secar, que todavía olía a verde.

-Otra de… -dijo Tommy. Se dio la vuelta-. ¿Puede pasar?

-Estoy bien, no se preocupe -dijo Horace. Recuperó el equilibrio. Tommy siguió adelante.

-Otra de las ideas de Popeye -dijo Tommy-. No sirve para nada cegar así el camino. Sólo ha conseguido que tengamos que andar una milla para llegar a los camiones. Le dije que la gente viene desde hace cuatro años a comprar aquí su whiskey y que a Lee nunca le ha molestado nadie. Además, algún día tendrá que sacar de aquí ese coche suyo, con lo grande que es. Pero tampoco eso lo detuvo. Estoy seguro de que tiene miedo de su propia sombra.

-A mí me pasaría lo mismo -dijo Benbow-, si su sombra fuera la mía.

Tommy rió en voz baja. El camino se había convertido en un túnel oscuro alfombrado con el impalpable resplandor mortecino de la arena. «Era más o menos aquí donde empezaba la senda que lleva al manantial», pensó Benbow, tratando de encontrar el corte en el muro de la jungla. Siguieron adelante.

-¿Quién conduce el camión? -dijo Benbow-. ¿También son gente de Memphis?

Librodot

-Claro -dijo Tommy-. Es el camión de Popeye.

-¿Por qué esos tipos no se quedan en Memphis y les dejan hacer su whiskey en paz?

-Es donde está el dinero -dijo Tommy-. Aquí no se gana nada vendiendo un cuarto a uno y medio galón a otro. Lee lo hace como un favor y para sacarse un par de dólares extra. Lo que trae cuenta es hacer una partida y darle salida cuanto antes.

-Creo que preferiría morirme de hambre a tener que tratar con ese tipejo.

Tommy lanzó una carcajada.

-No hay que exagerar. Popeye es un poco especial, nada más -siguió andando, un bulto informe contra el apagado resplandor del camino arenoso-. Pero que me ahorquen si no es todo un caso, ¿eh?

-Sí -dijo Benbow-. No cabe la menor duda.

El camión esperaba donde el camino, otra vez con firme de arcilla, empezaba a subir hacia la carretera de grava. Dos hombres fumaban, sentados en el guardabarros; por encima, los árboles clareaban bajo un cielo cubierto de estrellas. Era ya más de medianoche.

-Os lo habéis tomado con calma -dijo uno de los hombres-. Tendríamos que haber hecho ya la mitad del camino. Me está esperando una mujer.

-Seguro -dijo el otro-. Con las piernas abiertas.

El primero le lanzó una maldición.

-No hemos podido venir más de prisa -dijo Tommy-. Y vosotros, ¿por qué no encendéis una linterna? Si fuéramos de la policía, os habríamos cogido de todas, todas.

-Vete al infierno, cara de mono -dijo el primer hombre.

Tiraron los cigarrillos y se subieron al camión. Tommy rió en voz baja. Benbow se dio la vuelta y extendió la mano.

-Adiós -dijo-. Y muchas gracias, míster…

-Me llamo Tommy -dijo el otro.

Su mano áspera buscó torpemente la de Benbow, la estrechó una vez solemnemente pero sin fuerza y volvió a soltarla. Se quedó inmóvil -una imprecisa silueta rechoncha contra el débil resplandor del camino-, mientras Benbow levantaba el pie hacia el estribo. Horace tropezó y tuvo que hacer un movimiento brusco para recuperar el equilibrio.

-Tenga cuidado, doctor -dijo una voz desde la cabina.

Benbow subió al camión. El segundo hombre estaba colocando una escopeta detrás del asiento. El camión se puso en marcha, subió la pendiente entre terroríficos jadeos hasta llegar a la carretera de grava y luego tomó el camino de Jefferson y Memphis.

III

En la tarde del siguiente día Benbow estaba en casa de su hermana. La finca se hallaba en el campo, a cuatro millas de Jefferson; era el hogar centenario de la familia de su cuñado. Su hermana, viuda, tenía un hijo de diez años y vivía con él en aquella casa enorme, en compañía de la tía abuela de su marido: una nonagenaria que nunca abandonaba su silla de ruedas y a la que todo el mundo llamaba Miss Jenny. Benbow y ella estaban asomados a una ventana, contemplando a Narcissa, que paseaba con un joven por el jardín. Habían transcurrido diez años desde que Narcissa perdiera a su esposo.

-¿Por qué no ha vuelto a casarse? -dijo Benbow.

-Eso te pregunto yo -dijo Miss Jenny-. Una mujer joven necesita un hombre.

-Pero no ése -dijo Benbow. Estuvo un momento contemplándolos. El hombre llevaba pantalones de franela y una chaqueta azul; era un joven ancho de hombros, un poco regordete, con aire fanfarrón, vagamente universitario-. Parecen gustarle los niños. Quizá porque ya tiene uno. ¿Quién es ése? ¿El mismo del último otoño?

-Gowan Stevens -dijo Miss Jenny-. Tienes que acordarte de Gowan.

-Sí -dijo Benbow-. Ya me acuerdo. En octubre del año pasado.

Horace había pasado por Jefferson camino de su casa y fue a hacer una visita a su hermana. Desde la misma ventana, Miss Jenny y él habían contemplado a aquellas mismas dos personas paseando por el mismo jardín, donde por entonces se estaban abriendo las tardías flores de octubre, llenas de colorido y con olor a polvo. Gowan Stevens iba vestido de marrón y Horace no lo conocía.

-Sólo la visita desde que volvió de Virginia la primavera pasada -dijo Miss Jenny-. El de antes era el chico de los Jones; Herschell. Sí. Herschell.

-Ah -dijo Benbow-. ¿Miembro de una de las familias importantes de Virginia o simplemente una estancia poco afortunada?

-Fue allí a la universidad. Tú no lo recuerdas porque todavía llevaba pañales cuando te marchaste de Jefferson.

-Que no le oiga Belle decir eso -dijo Benbow.

Contempló a los que paseaban. Se estaban acercando a la casa y pronto desaparecieron detrás de ella. Un momento después subieron las escaleras y entraron en la habitación. Stevens se adelantó, con su cabeza acicalada y su cara regordeta, muy seguro de sí mismo. Miss Jenny le ofreció la mano y él se inclinó pesadamente para besársela.

-Más joven y más bonita cada día que pasa -exclamó-. Ahora mismo le estaba diciendo a Narcissa que si se levantara usted de esa silla y quisiera ser mi novia, no habría competencia posible.

-Lo haré mañana mismo -dijo Miss Jenny-. Narcissa…

Narcissa era una mujer corpulenta, de pelo oscuro y un rostro ancho, estúpido y sereno. Vestía de blanco, como de costumbre.

-Horace, éste es Gowan Stevens -dijo-. Gowan, mi hermano.

Librodot

-¿Qué tal está? -dijo Stevens, dándole un apretón decidido y enérgico, con el brazo muy levantado. En aquel momento entró Benbow Sartoris, el sobrino de Horace-. He oído hablar de usted.

-Gowan estudió en Virginia -dijo el niño.

-Ah -dijo Benbow-. He oído hablar de su universidad.

-Gracias -dijo Stevens-. No todo el mundo puede ir a Harvard.

-Gracias -dijo Benbow-. Pero fue en Oxford donde yo estuve.

-Horace siempre le dice a todo el mundo que estudió en Oxford para que crean que habla de la universidad del estado y poder explicarles después que se han confundido -dijo Miss Jenny.

-Gowan va mucho a Oxford -dijo el niño-. Tiene una novia y la lleva a bailar. ¿No es cierto, Gowan?

-Así es, jovencito -dijo Stevens-. Una pelirroja.

-Bory, no molestes -dijo Narcissa. Miró a su hermano-. ¿Cómo están Belle y la pequeña Belle?

Dio la impresión de querer añadir algo, pero no lo hizo, aunque siguió mirando a su hermano con una expresión que reflejaba preocupación e interés.

-Si sigues esperando que abandone a Belle, acabará por hacerlo -dijo Miss Jenny-. Terminará por dejarla un día u otro. Pero Narcissa tampoco se quedará satisfecha entonces -añadió-. Algunas mujeres no quieren que un hombre se case con una mujer determinada. Pero todas se enfadan si un buen día va y la deja.

-Bueno, cállese ya -dijo Narcissa.

-Sí, señor -dijo Miss Jenny-. Ya lleva algún tiempo dando tarascadas para quitarse el ronzal. Pero será mejor que no tires demasiado fuerte, Horace. Puede que no esté sujeto por el otro extremo.

A través del vestíbulo les llegó el sonido de una campanilla. Tanto Stevens como Benbow se acercaron a la silla de Miss Jenny.

-¿Me permite usted, ya que parece que soy yo el invitado? -dijo Benbow.

-Vamos, Horace -dijo Miss Jenny-. Narcissa, ¿quieres decir que suban al arcón del ático y traigan las pistolas de duelo? -se volvió hacia el niño-. Y tú ve delante para decirles que empiece la música y tengan dos rosas preparadas.

-¿Que empiece qué música? -dijo el niño.

-Hay rosas en la mesa -dijo Narcissa-. Las ha mandado Gowan. Vamos a cenar.

Benbow y Miss Jenny contemplaron a la pareja por la ventana: Narcissa, todavía de blanco, y ,Stevens, con pantalones de franela y una chaqueta azul, paseando por el jardín.

-El virginiano que nos contó aquella noche durante la cena cómo le habían enseñado a beber como un caballero. Basta poner un escarabajo pelotero en alcohol para conseguir un escarabajo sagrado; y si se pone en alcohol a un hombre de Mississippi se obtiene un caballero…

-Gowan Stevens -dijo Miss Jenny.

Librodot

Los vieron desaparecer detrás de la casa. Pasó algún tiempo antes de que oyeran los pasos de dos personas en el vestíbulo. Cuando entraron en la habitación, era su hijo el que acompañaba a Narcissa en lugar de Stevens.

-No ha querido quedarse -dijo Narcissa-. Va a Oxford. Hay un baile en la universidad el viernes por la noche. Se ha comprometido a llevar a una joven.

-Allí tendrá amplias posibilidades de practicar el arte de la bebida al modo caballeresco -dijo Horace-. Y otras muchas cosas. Supongo que es ése el motivo de que quiera llegar con tanta anticipación.

-Va a bailar con una chica -dijo el niño-. Y el sábado a Starkville, al partido de baseball. Gowan dijo que me llevaría, pero mamá no ha querido dejarme ir.

IV

La gente de Oxford que iba a pasear en coche por los terrenos de la universidad después de la cena, algún profesor ensimismado o los estudiantes a punto de licenciarse camino de la biblioteca, eran los que tenían ocasión de ver cómo Temple, convertida en silueta veloz contra las ventanas iluminadas del Gallinero (nombre popular de la residencia femenina), el abrigo apenas prendido bajo el brazo y las piernas descoloridas por la carrera, desaparecía entre las sombras junto a la pared de la biblioteca y entraba de un salto -con un remolino final de faldas y bragas con puntillas o algo parecido- en el coche con el motor en marcha que estuviera esperándola. Los coches pertenecían a muchachos de la ciudad, A los universitarios residentes no se les permitía tener coches, y con sus cabezas descubiertas, sus pantalones bombachos y sus jerseys de colores brillantes, despreciaban -conscientes de su superioridad pero muy enfadados- a los muchachos de la ciudad que llevaban sombreros rígidos sobre cabezas embadurnadas de brillantina, chaquetas un poco demasiado ceñidas y pantalones un poco demasiado anchos.

Esto sucedía los días de entresemana. En sábados alternos, con motivo de los bailes del Letter Club, o con ocasión de los tres bailes oficiales que se celebraban anualmente, los muchachos de la ciudad, con su aire de beligerante indiferencia y sus sombreros y sus cuellos altos idénticos entre sí, veían entrar a Temple en el gimnasio del brazo de algún universitario con smoking y desvanecerse en un remolino resplandeciente bajo el torbellino de la música, la delicada cabeza muy erguida, la pintada boca y la suave barbilla en abierto desafío, mientras sus ojos -fríos, rapaces y discretos- miraban sin expresión a derecha e izquierda.

Más tarde, cuando la música gemía detrás de los cristales, la veían a través de las ventanas mientras pasaba en veloz rotación de un par a otro de mangas negras, su talle esbelto lleno de urgencia durante el intervalo, supliendo la ausencia de ritmo con el movimiento de los pies. Agachándose, los chicos de la ciudad bebían de los frascos de whiskey que llevaban en el bolsillo y encendían cigarrillos; luego, otra vez erguidos, inmóviles contra la luz, los cuellos altos y las cabezas ensombreradas eran como una hilera de bustos embozados, recortados en hojalata negra, y clavados en el alféizar de las ventanas.

Cuando la orquesta tocaba *Hogar, dulce hogar,* siempre quedaban aún tres o cuatro haraganeando cerca de la salida, lanzando miradas de fría hostilidad, con las facciones un poco contraídas por la falta de sueño, para ver salir a las parejas, convertidas ya en la descolorida espuma de un mar de movimientos y de ruido. En aquella ocasión fueron tres los que presenciaron cómo Temple y Gowan Stevens se enfrentaban con el frío presagio de un amanecer de primavera. El rostro de la muchacha estaba muy pálido, recién empolvado, y su cabello se desmayaba en fatigados bucles rojos. Sus ojos -todo pupila- se posaron sobre ellos sin expresión por un momento. Luego Temple alzó la mano en un lánguido gesto que nadie podría haber dicho si estaba dirigido a ellos o no. Los muchachos no respondieron; ni tan siquiera un parpadeo turbó la fría expresión de sus ojos. Vieron cómo Gowan la tomaba del brazo y la fugaz revelación de su muslo al entrar en el coche. Era un coche deportivo, largo y aerodinámico, con un faro de mano,

-¿Quién es ese hijo de perra? -dijo uno de ellos.

-Mi padre es juez -dijo el segundo, con mordaz tono de falsete.

-Que se vaya al infierno. Volvamos a la ciudad.

Echaron a andar. En una ocasión gritaron a un coche que pasaba, pero no se detuvo. En el puente sobre la cortadura del ferrocarril se detuvieron a beber de una botella. El último hizo ademán de tirarla por encima de la barandilla. El segundo le sujetó el brazo.

-Dámela a mí -dijo.

La rompió cuidadosamente y extendió los fragmentos por la carretera. Los otros le miraron hacer.

-Te falta educación para ir a un baile universitario -dijo el primero-. No eres más que un pobre palurdo.

-Mi padre es juez -dijo el otro, afianzando sobre la carretera los pedazos con bordes más cortantes.

-Ahí viene un coche -dijo el tercero.

El automóvil tenía tres faros. Los muchachos de la ciudad se recostaron contra la barandilla, inclinando el sombrero para evitar la luz, y vieron pasar a Temple y a Gowan. La cabeza de la chica estaba muy baja y muy cerca de Gowan. El coche avanzaba muy despacio.

-No eres más que un pobre palurdo -dijo el primero.

-¿Sí? -dijo el segundo. Se sacó algo del bolsillo y lo enarboló, pasándoles la transparente prenda, suavemente perfumada, por delante de la cara-. ¿Estás seguro?

-Eso es lo que tú dices.

-Doc consiguió esas bragas en Memphis -dijo el tercero-. Se las quitó a una putilla de tres al cuarto.

-Eres un cerdo mentiroso -dijo Doc.

Vieron cómo el resplandor de los faros y el rojo cada vez más tenue de la luz del freno se detenían delante del Gallinero. Las luces se apagaron. Al cabo de un rato la portezuela del coche se cerró de golpe. Se encendieron de nuevo las luces; el coche se puso en movimiento. Venía otra vez hacia ellos. Se recostaron contra la barandilla en hilera, con los sombreros inclinados para evitar el resplandor. Los cristales rotos lanzaban destellos de cuando en cuando. El coche se acercó hasta detenerse a su lado.

-¿Van a la ciudad, caballeros? -dijo Gowan, abriendo la portezuela del coche.

Siguieron apoyados contra la barandilla hasta que el primero dijo «Muy agradecidos» desganadamente y subieron al coche: los otros dos en el asiento trasero, y el primero al lado de Gowan.

-Váyase hacia el otro lado -dijo-. Alguien ha roto ahí una botella.

-Gracias -dijo Gowan. El coche se puso en marcha-. ¿Van ustedes mañana a Starkville a ver el partido?

Los del asiento de atrás no contestaron.

-No sé -dijo el primero-. Me parece que no.

-Soy forastero -dijo Gowan-. Me he quedado sin whiskey y tengo una cita muy temprano, mañana por la mañana. ¿Podrían decirme ustedes dónde conseguir un cuarto? -Es tardísimo ya -dijo el primero. Se volvió hacia los otros-. Doc, ¿sabes de alguien que pueda atenderle a estas horas?

-Luke, quizá -dijo el tercero.

-¿Dónde vive? -preguntó Gowan.

-Siga adelante -dijo el primero-. Yo le indicaré el camino.

Cruzaron la plaza y se alejaron de la ciudad cosa de media milla.

-¿No es ésta la carretera para Taylor? -preguntó Gowan.

-Sí -dijo el primero.

-Tengo qué estar allí muy temprano por la mañana -dijo Gowan-. Antes de que llegue el tren especial. Me han dicho que ustedes no van al partido, ¿no es cierto?

-Creo que no -dijo el primero-. Párese aquí -delante de ellos se alzaba una loma muy empinada, con un penacho de robles enanos-. Espéreme -Gowan apagó la luz. Oyeron cómo el otro trepaba por la ladera.

-¿Es bueno el whiskey de Luke? -preguntó Gowan.

-No está mal. Tan bueno como cualquiera, diría yo -dijo el tercero.

-Si no le gusta, no se lo beba -dijo Doc.

Gowan se volvió pesadamente para mirarlo.

-Es tan bueno como el que tenías hoy -dijo el tercero.

-Tampoco tenías que bebértelo -dijo Doc.

-Parece que por aquí no hacen tan buen whiskey como donde yo estudié -dijo Gowan.

-¿De dónde es usted? -preguntó el tercero.

-De Virgi…, bueno, de Jefferson. Estudié en Virginia. Allí le enseñan a uno a beber.

Los otros dos no dijeron nada. El primero regresó, precedido por un diminuto desprendimiento de tierra. Traía un tarro grande de mermelada. Gowan lo alzó para ver mejor el contenido. El líquido era casi incoloro y con un aspecto muy inofensivo. Quitó la tapa y alargó el brazo ofreciéndolo.

-Beban.

El primero se lo pasó sin probarlo a los de atrás.

-Bebed.

El tercero bebió, pero Doc no quiso. Gowan bebió a continuación.

-Santo cielo -dijo-, ¿cómo son ustedes capaces de beber esto?

-No hemos probado el matarratas de Virginia -dijo Doc.

Gowan se volvió para mirarlo.

-Cállate, Doc -dijo el tercero-. No le haga caso. Lleva toda la noche con dolor de estómago.

-Hijo de perra -dijo Doc.

-¿Me lo dice usted a mí? -preguntó Gowan.

-Claro que no -dijo el tercero-. Doc es un buen chico. Vamos, hombre. Echa un trago.

-Me importa un rábano -dijo Doc-. Pásame el frasco.

Regresaron a la ciudad.

-*La Choza* estará abierta -dijo el primero-. Junto a la estación.

El local era al mismo tiempo restaurante y confitería. Estaba vacío si se exceptúa a un hombre con un delantal muy sucio. Pasaron a un reservado en la parte de atrás, con una mesa y cuatro sillas. El camarero les trajo coca-colas y cuatro vasos.

-También necesitamos azúcar, agua y un limón, si es tan amable -dijo Gowan.

El camarero le trajo lo que había pedido. Los otros vieron cómo Gowan preparaba un *whiskey sour.*

-Me enseñaron a beberlo así -dijo. Los otros lo miraron mientras bebía-. No parece que pegue mucho -comentó, llenándose el vaso directamente del tarro de mermelada. También se lo bebió.

-No lo hace usted nada mal -dijo el tercero.

-Tuve buenos profesores.

Había una ventana cerca del techo. El cielo, al otro lado, empezaba a palidecer, presagiando el nuevo día.

-Tómense otra copa, caballeros -dijo Gowan, llenando de nuevo su vaso. Los otros se sirvieron con moderación-. En mi universidad está mejor visto caerse redondo que andar con paños calientes -dijo.

Los otros lo miraron mientras apuraba el vaso. Las aletas de la nariz se le cubrieron repentinamente de gotas de sudor.

-Es todo para él -dijo Doc.

-¿Quién lo ha dicho? -preguntó Gowan. Se sirvió un dedo de whiskey-. Si fuera mejor… Hay un tipo en mi condado, un tal Goodwin, que hace…

-¿Es eso lo que llaman un buen trago en Virginia? -dijo Doc.

Gowan se le quedó mirando.

-¿Le parece a usted que sí? Fíjese.

Vertió más whiskey en el vaso. Vieron cómo subía el nivel.

-Tenga cuidado, amigo -dijo el tercero.

Gowan llenó el vaso hasta el borde, lo alzó y fue bebiendo hasta vaciarlo. Se acordaba de haber dejado el vaso sobre la mesa con mucho cuidado, pero en seguida tomó conciencia simultáneamente de encontrarse en la calle, del aire frío y gris del amanecer, de una locomotora jadeando en el desvío, a la cabeza de una oscura hilera de vagones, y de que estaba intentando decirle a alguien que había aprendido a beber como un caballero. Aún seguía tratando de decirles -en un lugar oscuro y muy estrecho que olía a creosota y a amoníaco, donde estuvo vomitando en un receptáculo- que tenía que estar en Taylor a las seis y media, cuando llegara el tren especial. Al desaparecer la náusea se sintió extraordinariamente cansado, débil, con un gran deseo de tumbarse, pero se lo impidieron por la fuerza y, a la luz de una cerilla se inclinó hacia la pared, concentrando lentamente la mirada en un nombre escrito a lápiz. Cerró un ojo, se apoyó contra la pared, tambaleándose, babeando, y leyó el nombre. Luego miró a los otros, moviendo la cabeza.

-Nombre de chica… Nombre de chica que conozco. Buena chica. Muy simpática. Citado con ella para llevarla a Stark…, Starkville, Sin carabina, ¿comprenden?

Apoyado contra la pared, babeando y murmurando palabras ininteligibles, se quedó dormido.

Inmediatamente empezó a luchar consigo mismo para despertarse. Le pareció que había empezado a luchar en seguida y, sin embargo, se daba cuenta de que seguía pasando el tiempo y de que el tiempo era un factor importante en su urgencia por despertarse; que de lo contrario tendría que lamentarlo. Durante un buen rato supo que tenía los ojos abiertos, y que estaba espe-

rando a que recuperaran la capacidad de ver. Después empezó a ver de nuevo, pero sin darse cuenta inmediatamente de que estaba despierto.

Yacía completamente inmóvil. Le pareció que con salir del sueño había logrado ya el propósito que lo impulsara a despertarse. Estaba en una posición muy incómoda dentro del coche, mirando hacia la fachada de un edificio que no conocía, por encima del cual navegaban unas nubéculas, rosadas por la luz del sol, completamente desprovistas de sentido. Sus músculos abdominales completaron la basca que había dejado sin terminar al perder el conocimiento y, al intentar erguirse, Gowan se cayó del asiento, dando con la cabeza en la portezuela. El golpe lo despejó por completo, pero al abrir la portezuela estuvo otra vez a punto de caerse; logró incorporarse y echó a correr hacia la estación con paso vacilante. Se cayó. Apoyándose en las manos y en las rodillas contempló las desiertas vías del tren y el cielo iluminado por el sol con incredulidad y desesperación. *Se* levantó y siguió corriendo, con el smoking manchado, el cuello desgarrado y el pelo en desorden. Me he desmayado, pensó con rabia, me he desmayado. *Me he desmayado.*

El andén estaba desierto, con la excepción de un negro con una escoba.

-¡Santo cielo! -dijo-. ¿Qué le ha pasado?

-El tren especial -dijo Gowan-. El que estaba en esa vía.

-Salió hace cosa de cinco minutos.

Con la escoba todavía inmovilizada en el gesto de barrer, el negro vio cómo Gowan se daba la vuelta, corría hacia el coche y se dejaba caer pesadamente en su interior.

El tarro de mermelada estaba en el suelo. Lo apartó con el pie y puso el motor en marcha. Necesitaba meter algo en el estómago, pero no había tiempo. Lanzó una mirada al tarro. Sintió un escalofrío en las entrañas, pero alzó el tarro y bebió a grandes sorbos, tragándose el whiskey a la fuerza y poniéndose un cigarrillo en la boca para cortar la incipiente náusea. Casi inmediatamente se sintió mejor.

Atravesó la plaza a cuarenta millas por hora. Eran las seis y cuarto. Tomó la carretera de Taylor, aumentando la velocidad. Volvió a beber whiskey sin aminorar la marcha. Cuando llegó a Taylor el tren salía ya de la estación. Gowan se metió con gran ímpetu entre dos vagones mientras pasaba el último coche. Se abrió la puerta de la plataforma de atrás, Temple saltó del tren y fue corriendo unos cuantos pasos junto al vagón mientras un funcionario de la universidad se asomaba por una ventanilla y la amenazaba con el puño.

Gowan se había apeado del coche. La chica se dio la vuelta y echó a andar hacia él, caminando muy de prisa. Luego hizo una pausa, se detuvo y *avanzó* de nuevo con la mirada fija en su rostro desencajado y en sus cabellos; en el cuello desgarrado y en la camisa.

-Estás borracho -dijo-. Cerdo, más que cerdo.

-He tenido una noche muy movida. No te imaginas ni la mitad.

Temple contempló la desolada estación amarillenta, los hombres enfundados en sus monos, mascando con parsimonia y mirándola fijamente, la vía y el tren que se alejaba, las cuatro nubéculas de vapor que casi habían desaparecido ya cuando llegó hasta ellos el silbido de la locomotora.

-Cerdo asqueroso -dijo-. No puedes ir así a ningún sitio. Ni siquiera te has cambiado de ropa.

Al llegar junto al coche se detuvo de nuevo.

-¿Qué es eso que tienes ahí detrás?

-Lo uso como cantimplora -dijo Gowan-. Sube.

Temple lo miró, la boca desafiantemente roja, los ojos fríos y vigilantes bajo el sombrero sin ala, que coronaba un ondulado derramamiento de pelo rojo. Contempló de nuevo la estación, inmóvil y desolada en la mañana todavía incipiente. Entró de un salto en el coche y dobló las piernas, sentándose encima de ellas.

-Vámonos de aquí -Gowan puso el coche en marcha y dio la vuelta-, Será mejor que me lleves otra vez a Oxford -dijo ella. Miró de nuevo hacia la estación, ahora bajo la sombra de una nube muy alta que avanzaba a toda prisa-. Más te vale.

A las dos en punto de la tarde, cuando marchaba a buena velocidad por una zona cubierta de pinos susurrantes, Gowan abandonó la carretera de grava para meterse por un estrecho camino de orillas erosionadas, en dirección a un lecho seco cubierto de cipreses y de árboles de goma. Llevaba una camisa azul barata debajo del smoking. Tenía los ojos hinchados e inyectados en sangre y las mejillas cubiertas de una sombra azulada, y, mirándolo, mientras intentaba mantener el equilibrio y se agarraba al asiento porque el coche brincaba y rebotaba sobre los desiguales surcos del camino, Temple pensó: «Sus patillas han crecido desde que salimos de Dumfries.» Fue crecepelo lo que se bebió. Compró una botella de crecepelo y se la bebió.

El se volvió a mirarla, al notar sus ojos fijos en él.

-Vamos, no te enfades. Será cosa de un momento llegar a casa de Goodwin y conseguir una botella. No tardaremos más de diez minutos. Dije que estaríamos en Starkville antes de que llegara el tren y voy a cumplirlo. ¿Acaso no me crees?

Temple no dijo nada, pensando en el tren adornado de banderolas que estaría ya en Starkville; en los graderíos, llenos de color; en la banda de música y en el bostezante resplandor de los trombones; en el césped de forma romboidal sembrado de jugadores que se agacharían y que lanzarían breves gañidos, semejantes a los de las aves de las marismas, asustadas por un caimán, que no saben dónde está el peligro y se quedan inmóviles, en perfecto equilibrio, animándose unas a otras con breves gritos sin sentido, lastimeros, circunspectos y desesperanzados.

-¡Tratando de engañarme con tus aires inocentes! ¿Por qué crees que me he pasado la noche con un par de esos vaqueros de peluquería amigos tuyos? No te imagines que les he dejado beberse mi whiskey porque tengo un gran corazón. Eres muy lista, ¿no es cierto? Crees que puedes irte de juerga toda la semana con cualquier palurdo relamido que tiene un Ford y engañarme los sábados, ¿verdad? ¿Piensas que no he visto tu nombre escrito en la pared del retrete? ¿Es que no me crees?

Ella no dijo nada, ocupada en no perder el equilibrio mientras el coche daba bandazos por el camino a una velocidad excesiva. Gowan seguía mirándola, sin ocuparse del volante en absoluto.

-¡Quisiera yo ver a la mujer capaz de…!

El camino se hizo llano y arenoso, cerrándose completamente por encima de sus cabezas, con densos muros laterales de cañas y brezos. El coche seguía dando bandazos sobre surcos que habían perdido ya su consistencia.

Temple vio el árbol que cegaba el camino, pero no hizo otra cosa que prepararse para lo inevitable. Tuvo la impresión de que se trataba del lógico y desastroso final de la serie de circunstancias en que se había visto envuelta. Siguió inmóvil, con el cuerpo en tensión, contemplando cómo Gowan, con la mirada fija al parecer en lo que tenía delante, se lanzaba contra el árbol a veinte millas por hora. El coche chocó, salió despedido hacia atrás, volvió a embestir el árbol y cayó de lado.

Librodot

Temple sintió que salía despedida por el aire, llevándose consigo un hombro insensibilizado por el golpe y la imagen de dos individuos que atisbaban entre la cortina de cañas al borde del camino. Se incorporó como pudo, mirando hacia atrás, y los vio avanzar, uno de ellos con un traje negro muy ceñido y sombrero de paja, fumando un cigarrillo, y el otro destocado, con mono, empuñando una escopeta y el barbado rostro distendido en una lenta expresión de asombro boquiabierto. Sin dejar de correr, Temple notó que sus huesos se licuaban y cayó de bruces, todavía corriendo.

Sin detenerse, giró muy de prisa y se incorporó, la boca abierta en un gemido inaudible, totalmente sin aliento. El hombre del mono seguía mirándola, con la boca abierta en inocente asombro, dentro de una suave barba recortada. El otro hombre se inclinaba sobre el coche volcado, con la ceñida chaqueta formándole crestas sobre los hombros. Luego el motor se detuvo, aunque la rueda delantera que había quedado en el aire siguiera girando, perezosa, cada vez más lentamente.

V

El hombre vestido con el mono también iba descalzo. Caminaba delante de Temple y de Gowan, moviendo la escopeta con el ritmo de la marcha, y sus anchos pies avanzaban sin aparente esfuerzo por la arena en la que Temple se hundía casi hasta el tobillo a cada paso. De cuando en cuando se volvía a mirar el rostro ensangrentado y la ropa manchada de Gowan, y las dificultades y tropiezos de Temple con sus tacones altos.

-Cuesta trabajo andar por aquí, ¿eh? -dijo-. Si se quitara esos zapatos de tacones altos le resultaría más fácil.

-¿Cree usted? -dijo Temple. Se detuvo, levantó los pies alternativamente apoyándose en Gowan, y se quitó los zapatos.

El hombre estuvo observándola, pendiente de lo que hacía.

-Que me ahorquen si soy capaz de meter dos dedos en una de esas cosas -dijo-. ¿Puedo verlos?

Temple le dio uno. El hombre del mono lo hizo girar lentamente entre los dedos.

-¡Que el demonio me lleve! -dijo. Miró otra vez a Temple con sus ojos claros, sin expresión. Su pelo, pajizo y desordenado, se tornaba casi incoloro en la coronilla para oscurecerse alrededor de las orejas y del cuello en descuidados rizos-. Y también es alta, a pesar de esas piernas tan flacas. ¿Cuánto pesa?

Temple extendió la mano. El otro le devolvió el zapato muy despacio, mirándole el vientre y las caderas.

-Su hombre no la ha preñado todavía, ¿verdad?

-Vamos -dijo Gowan-. Hay que darse prisa. Tenemos que conseguir un coche para poder estar en Jefferson hoy mismo.

Al terminarse la arena, Temple se sentó y se puso los zapatos. Sorprendió al hombre mirándole el muslo que tenía levantado; se bajó la falda muy de prisa y se puso en pie de un salto.

-Siga adelante -dijo-. ¿Es que no conoce el camino?

Por encima de un bosquecillo de cedros entre cuyos negros intersticios se veía brillar al sol de la tarde un huerto de manzanos, apareció la casa. Estaba situada en el centro de lo que fuera en otro tiempo una extensión de césped, y 'la rodeaban terrenos abandonados y dependencias en ruinas. No existía señal alguna de trabajos agrícolas: ni arados, ni aperos de labranza, ni campos cultivados; tan sólo una desolada ruina maltratada por la intemperie, junto a un sombrío bosquecillo que la brisa atravesaba produciendo tristes murmullos. Temple se detuvo.

-No quiero entrar ahí -dijo-. Vaya usted y consiga el coche -le dijo al hombre-. Nosotros esperaremos aquí.

-Dijo que vinieran a la casa -explicó el otro.

-¿Quién lo dijo? -replicó Temple-. ¿Es que ese hombre vestido de negro se cree que me va a decir lo que tengo que hacer?

Librodot

-Vamos, déjalo -dijo Gowan-. Tenemos que ver a Goodwin y conseguir el coche. Se está haciendo tarde. Mrs. Goodwin estará aquí, ¿no es cierto?

-Creo que sí -dijo el hombre.

-Vamos -dijo Gowan.

Siguieron avanzando hacia la casa. El hombre subió los escalones del porche y dejó la escopeta dentro del corredor, junto al quicio de la puerta.

-Estará por aquí cerca en cualquier sitio -dijo. Miró de nuevo a Temple-. No hay razón para que su esposa se asuste. Imagino que Lee les llevará a la ciudad.

Temple lo miró. Se miraron solemnemente el uno al otro, como dos niños o como dos perros.

-¿Cómo se llama usted?

-Tommy -contestó el otro-. No tiene por qué asustarse.

El pasillo atravesaba toda la casa. Temple entró.

-¿Adonde vas? -dijo Gowan-. ¿Por qué no esperas aquí fuera?

Temple no contestó. Siguió adelante por el pasillo. Detrás oía las voces de Gowan y del hombre. El porche de atrás estaba al sol, era un fragmento de luz de sol enmarcado por la puerta. Más allá, Temple veía una ladera cubierta de hierbajos y un enorme granero, con el techo hundido en el centro, en tranquilo y soleado abandono. A la derecha de la puerta veía la esquina de un edificio separado o de un ala de la casa. Pero no oía otro ruido que las voces procedentes del porche delantero.

Temple siguió adelante, muy despacio. Luego se detuvo. En el cuadrado de luz enmarcado por la puerta se recortaba la sombra de la cabeza de un hombre, y casi se dio la vuelta, dispuesta a echar a correr. Pero la silueta no llevaba sombrero, de manera que fue de puntillas hasta la puerta y se asomó. De espaldas a ella, un hombre estaba sentado al sol en una silla de enea, un cerco de cabellos blancos alrededor de su calva cabeza y las manos cruzadas sobre la empuñadura de un tosco cayado. Temple salió al porche.

-Buenas tardes -dijo.

El hombre no se movió. Temple avanzó de nuevo, y en seguida volvió la cabeza. Con el rabillo del ojo creía haber visto un hilo de humo saliendo por la puerta de la habitación independiente, situada donde el porche se doblaba en ángulo recto, pero ya no estaba. De una cuerda entre dos postes delante de aquélla puerta colgaban laciamente tres húmedos paños cuadrados, recién lavados al parecer, y una prenda interior femenina de descolorida seda rosa. Los muchos lavados habían conseguido que las puntillas parecieran los bordes deshilachados de la misma tela. Tenía un remiendo de percal muy bien hecho. Temple miró de nuevo al anciano.

Por un momento creyó que tenía los ojos cerrados, luego pensó que carecía de ellos, porque entre los párpados se adivinaban dos sucias canicas de barro amarillento.

-Gowan-susurró Temple; luego gimió-: ¡Gowan! -y echó a correr con la cabeza vuelta, en el momento en que se oía una voz detrás de la puerta donde había creído ver el humo.

-No puede oírla. ¿Qué quiere?

Temple giró de nuevo y, sin detenerse y todavía mirando al anciano, siguió corriendo hasta salirse del porche y caer de rodillas sobre un montón de cenizas, latas de conservas y huesos blanqueados; desde allí vio que Popeye la estaba mirando desde la esquina de la casa, las manos en los bolsillos y una voluta de humo saliendo del cigarrillo que pendía

Librodot

de sus labios. Sin llegar a detenerse, Temple subió otra vez al porche y entró de un salto en la cocina, donde una mujer sentada junto a la mesa, con un cigarrillo en la mano, tenía la mirada fija en la puerta.

Librodot

VI

Popeye dio la vuelta alrededor de la casa. Gowan estaba inclinado sobre la barandilla del porche, palpándose cautelosamente la nariz ensangrentada. El hombre descalzo se había puesto en cuclillas contra la pared.

-Por los clavos de Cristo -dijo Popeye-, *¿por* qué no lo llevas ahí detrás para que se lave? ¿Es que quieres que se pase todo ti día con ese aspecto de cerdo degollado?

Tiró el cigarrillo entre la maleza, se sentó en el último escalón y empezó a quitarse el barro de los zapatos con un cortaplumas de platino que colgaba de la cadena del reloj.

El hombre descalzo se puso en pie.

-Usted dijo algo sobre… -empezó Gowan.

El hombre descalzo se llevó un dedo a los labios y empezó a hacer guiños y muecas en dirección a Gowan, mientras movía la cabeza señalando a Popeye, vuelto de espaldas.

-Y después baja otra vez al camino -dijo Popeye-. ¿Me oyes?

-Pensaba que había decidido usted vigilar allí -dijo el otro.

-No pienses -dijo Popeye, rascándose con el cortaplumas las vueltas del pantalón-. Has sobrevivido cuarenta años sin hacerlo. Limítate a obedecer.

Cuando llegaron al porche de atrás, el hombre descalzo dijo:

-No aguanta a nadie… Es un tipo muy curioso, ¿verdad? Que me aspen si no es mejor que un circo para… No soporta que beba nadie, excepto Lee. No prueba el whiskey y si me echo un trago parece que le va a dar un ataque.

-Ha dicho que tenía usted cuarenta años -dijo Gowan.

-No son tantos -respondió el otro.

-¿Qué edad tiene? ¿Treinta?

-No lo sé. Pero no soy tan viejo como ha dicho -el anciano seguía en la silla, tomando el sol-. No es más que Pap -dijo el hombre.

La sombra azulada de los cedros había cubierto los pies del viejo y le subía ya casi hasta las rodillas. Torpemente, adelantó una mano, chapoteando en la sombra; luego se quedó inmóvil, hundido en la semioscuridad hasta las muñecas. En seguida se alzó, agarró la silla y, golpeando delante de sí con el bastón, fue directamente hacia ellos arrastrando los pies a considerable velocidad, por lo que tuvieron que apartarse rápidamente. Colocó la silla a pleno sol y volvió a sentarse, con la cara levantada y las manos cruzadas sobre la empuñadura del cayado,

-Es Pap -dijo el hombre-. Ciego y sordo. No me gustaría verme en un apuro y no poder contarlo, y no sentir siquiera interés por la clase de comida que me dieran.

Sobre un tablón sujeto entre dos postes había un cubo de hierro galvanizado, una jofaina de estaño y un plato rajado con un pedazo de jabón amarillento.

-¡Al diablo con el agua! -dijo Gowan-. ¿Qué hay de ese trago?

-Me parece que ya ha bebido usted más de la cuenta. Que me ahorquen si no se echó directamente contra el árbol.

-Vamos. ¿No tiene usted un poco de whiskey escondido en algún sitio?

-Puede que haya algo en el granero. Pero que no nos oiga él, porque lo encontrará y lo tirará.

Se acercó a la puerta y atisbo por el pasillo. Luego salieron del porche y se encaminaron hacia el granero, cruzando lo qué había sido un huerto en otro tiempo, ahogado ahora por retoños de cedros y robles. En dos ocasiones miró el hombre para atrás. La segunda vez dijo:

-Allí está su mujer que quiere algo.

Temple se hallaba de pie en la puerta de la cocina.

-Gowan -llamó.

-Salúdela con la mano o haga un gesto -dijo el hombre-. Si no se calla, nos va a oír él.

Gowan agitó un brazo. Siguieron adelante y entraron en el granero. Junto a la puerta había una tosca escalera de mano.

-Mejor espere a que suba -dijo el hombre-. Está muy estropeada; puede que no nos sostenga a los dos.

-¿Por qué no la arregla, entonces? ¿No la usa todos los días?

-Hasta ahora no hemos tenido problemas -dijo el otro.

Gowan subió detrás de él y, atravesando la trampilla del techo, le siguió por una penumbra listada de amarillo donde un sol horizontal se introducía por las paredes y el techo rotos.

-Ponga los pies donde los pongo yo -dijo el hombre-. Podría pisar una tabla suelta y verse otra vez abajo en un abrir y cerrar de ojos.

Fue tanteando el camino hasta desenterrar una garrafa de loza escondida en un rincón, entre unos montones de heno medio podrido.

-Es un sitio al que no vendrá buscando whiskey -dijo el hombre descalzo-. Le da miedo estropearse esas manos de mujer que tiene.

Bebieron.

-Yo lo he visto a usted por aquí antes de ahora -dijo el hombre-. Pero no recuerdo cómo se llama.

-Me llamo Stevens. Hace ya tres años que le compro whiskey a Lee. ¿Cuándo estará de vuelta? Tenemos que volver a la ciudad.

-Volverá pronto. A usted lo he visto antes. Tuvimos aquí a otro tipo de Jefferson hace tres noches. Tampoco recuerdo su nombre. Ese sí que era hablador. No paró de contar que había dejado a su mujer. Eche otro trago -dijo; luego guardó silencio y se acuclilló lentamente, la garrafa entre sus manos levantadas y la cabeza inclinada, esforzándose por escuchar. Al cabo de un momento la voz se dejó oír de nuevo, desde la entrada del granero.

-Jack.

Librodot

El hombre miró a Gowan. Se le abrió la boca en una estúpida expresión de júbilo. Entre la barba, suave y leonada, asomaron los dientes que le quedaban, manchados y desiguales.

-Escucha, Jack -dijo la voz.

-¿No le oye? -susurró el hombre, sacudido por silenciosas explosiones de júbilo-. Me llama Jack, pero mi nombre es Tommy.

-Vamos -dijo la voz-. Sé que estás ahí arriba.

-Será mejor contestar -dijo Tommy-. Podría darle por disparar a través del piso.

-¡Por los clavos de Cristo! -dijo Gowan-, ¿por qué no? ¡Estamos aquí! -gritó-. ¡Bajamos ahora mismo!

Popeye se hallaba de pie junto a la puerta, con los pulgares en el chaleco. Se había puesto el sol. Cuando descendieron y aparecieron en la puerta, Temple bajó del porche de atrás. Se detuvo un momento, mirándolos, y luego siguió adelante, ladera abajo. En seguida empezó a correr.

-¿No te dije que volvieras al camino? -preguntó Popeye.

-Sólo hemos venido a estar aquí un minuto -dijo Tommy.

-¿Te dije que volvieras al camino, sí o no?

-Sí -respondió Tommy-. Me lo dijo.

Popeye se dio la vuelta sin mirar a Gowan. Tommy le siguió. Las contracciones de su espalda continuaban denunciando su secreto regocijo. Temple se cruzó con Popeye a mitad de camino hacia la casa. Sin dejar de correr dio la impresión de hacer una pausa. Aunque su abrigo siguió ondeando al viento, durante un instante miró a Popeye cara a cara, mostrándole los dientes en ,una tensa mueca de coquetería. El otro no se detuvo; el remilgado balanceo de su estrecha espalda no se modificó en absoluto. Temple volvió a correr. Pasó a Tommy y agarró a Gowan del brazo.

-Gowan, estoy asustada. La mujer me ha dicho que no… Has vuelto a beber; ni siquiera te has limpiado la sangre… Dice que nos vayamos de aquí… -en la penumbra sus ojos eran completamente negros y su rostro pequeño y descolorido. Miró hacia la casa. Popeye estaba doblando la esquina-. No le queda otro remedio que ir andando a la fuente a buscar agua; me ha dicho… Tienen un niñito precioso en una caja de tras del fogón. Ha dicho que me vaya antes de que sea de noche. Dijo que le preguntáramos. Tiene un coche. Dijo que no creía…

-¿Preguntarle a quién? -dijo Gowan. Tommy se había parado a mirarlos. En seguida echó otra vez a andar.

-Al hombre de negro. Dijo que no creía que lo hiciera, pero que quizá sí. Vamos -se dirigieron hacia la casa. Una senda daba la vuelta alrededor. El coche estaba aparcado entre el camino y la casa, rodeado de maleza muy alta. Temple se volvió otra vez hacia Gowan, con la mano apoyada en la puerta del automóvil-. No tardaría nada con uno como éste. Conozco a un chico que tiene otro igual. Puede ir a ochenta. Todo lo que tendría que hacer sería llevarnos a una ciudad, porque la mujer me preguntó si estábamos casados y he tenido que decirle que sí. Bastaría con una estación de ferrocarril. Quizá haya alguna más cerca que Jefferson -susurró la muchacha, acariciando el borde de la puerta con la mano mientras le miraba.

-Ya entiendo -dijo Gowan-; tengo que preguntárselo yo, ¿no es eso? Estás como una cabra. ¿Crees que ese simio va a decir que sí? Prefiero quedarme aquí una semana a tener que ir con él a cualquier sitio.

-La mujer dijo que lo hiciéramos. Dijo que no debía quedarme aquí.

-Has perdido un tornillo. Ven aquí.

-¿No se lo vas a preguntar? ¿No quieres hacerlo?

-No. Vamos a esperar a que venga Lee. Ya verás cómo nos consigue un coche.

Siguieron senda adelante. Popeye estaba apoyado contra uno de los pilares del porche, encendiendo un cigarrillo. Temple subió corriendo los decrépitos escalones.

-Oiga -dijo-, ¿no quiere llevarnos a la ciudad?

El otro volvió la cabeza con el cigarrillo en la boca y las manos ahuecadas alrededor de la cerilla. Los labios de Temple seguían ensayando la misma mueca aduladora. Popeye acercó el pitillo a la cerilla.

-No -dijo.

-Por favor -insistió Temple-. Sea comprensivo. No tardará nada con ese Packard. ¿Qué le parece? Se lo pagaremos.

Popeye aspiró el humo del cigarrillo. Luego arrojó la cerilla entre la maleza.

-Haga que esa zorra suya me deje en paz -dijo fríamente, sin levantar la voz.

Gowan se movió pesadamente, como un caballo desmañado y pacífico al que se espolea de repente.

-Eh, oiga -dijo. Popeye, al respirar, dejó que el humo saliera hacia, abajo en dos chorros paralelos-. No me gusta eso que ha dicho -dijo Gowan-. ¿Sabe con quién está hablando? -siguió moviéndose pesadamente, tan incapaz al parecer de detenerse como de completar el gesto-. No me gusta nada.

Popeye se volvió para mirar a Gowan y luego recuperó su anterior postura sin hacer ningún comentario. Temple estalló de pronto:

-¿En qué río se cayó con ese traje puesto? ¿Tiene que arrancárselo a tiras por la noche?

Después empezó a moverse en dirección a la puerta con la mano de Gowan en el trasero, vuelta la cabeza y haciendo repiquetear los tacones. Popeye siguió inmóvil, apoyado contra el pilar, con la cabeza vuelta, mostrando solamente el perfil.

-¿Es que quieres…? -susurró Gowan.

-¡Miserable, más que miserable! -exclamó Temple.

Gowan la empujó hasta meterla dentro de la casa.

.-¿Es que quieres que te vuele la tapa de los sesos? -dijo.

-¡Le tienes miedo! -dijo Temple-. ¡Estás asustado!

-¡Cierra el pico! -dijo Gowan. Empezó a zarandeada. Arrastraron los pies por el suelo como si estuvieran bailando torpemente y, entrelazados, llegaron hasta la pared-. Ten cuidado. Estás consiguiendo que se me suba otra vez la sangre a la cabeza.

Temple logró zafarse y echó a correr. Gowan se apoyó contra la pared y la vio salir -recortada en silueta- por la puerta de atrás.

Librodot

Temple entró corriendo por la cocina. Estaba a oscuras, con la excepción de una rendija de luz alrededor de la boca de carga del fogón. La muchacha giró en redondo y vio a Gowan ladera abajo, en dirección al granero. Va a seguir bebiendo, pensó; volverá a emborracharse. Tres veces en el mismo día. En el corredor la oscuridad se había hecho más espesa. Temple se quedó allí de puntillas, escuchando, pensando tengo hambre, no he comido en todo el día; pensando en la universidad, en las ventanas iluminadas, en las parejas dirigiéndose sin prisa hacia el sonido de la campana que llamaba para la cena, y en su padre sentado en el porche de la casa de Jackson, con los pies sobre la barandilla, viendo cómo un negro segaba el césped. Temple avanzó de puntillas sin hacer ruido. En el rincón junto a la puerta descansaba la escopeta y ella se acurrucó a su lado y empezó a llorar.

Pero en seguida se quedó inmóvil, dejando incluso de respirar. Algo se movía al otro lado de la pared contra la que estaba apoyada. Aquel algo cruzó la habitación con pasos breves y vacilantes, precedidos de un seco repiqueteo. Finalmente salió al pasillo y Temple gritó, sintiendo que los pulmones seguían vaciándosele mucho después de haber expulsado todo el aire y que el diafragma seguía en tensión cuando el pecho ya estaba completamente vacío, y vio cómo el anciano avanzaba por el corredor a buen paso pero arrastrando los pies y con las piernas muy separadas, con el bastón en una mano y el otro codo en alto, formando un ángulo agudo con la cintura. Temple pasó corriendo junto a él -una incierta figura al borde mismo del porche-, se metió en la cocina y fue a esconderse a toda prisa en el hueco detrás del fogón. Agachándose, tiró del cajón y lo colocó delante de ella. Tocó con la mano el rostro del niño, luego rodeó la caja con los brazos, estrechándola contra sí y tratando de rezar mientras contemplaba el hueco menos oscuro de la puerta. Pero no se le ocurrió ningún nombre con que invocar al padre celestial, de manera que empezó a repetir «Mi padre es juez; mi padre es juez» una y otra vez hasta que Goodwin entró corriendo ágilmente en la cocina. Encendió una cerilla, la alzó y estuvo mirando a Temple hasta que la llama empezó a quemarle los dedos.

-¡Vaya! -dijo.

Temple le oyó dar dos pasos rápidos y elásticos, sintió su mano tocándole la mejilla y cómo la sacaba de detrás del cajón agarrándola por el cogote, como si fuera un gatito.

-¿Qué está usted haciendo en mi casa? -dijo.

Librodot

VII

Desde algún sitio más allá del corredor iluminado le llegaban las voces: una palabra suelta; de cuando en cuando las ásperas carcajadas burlonas de un hombre dispuesto a reírse tanto de los jóvenes como de los ancianos, que se mezclaba con el ruido de la carne friéndose en el fogón. En una ocasión Temple oyó a dos de los hombres recorrer el pasillo con pisadas resonantes y un momento después el chocar del cacillo contra la herrada del agua y cómo lanzaba un juramento la voz que antes riera. Ciñéndose el abrigo, Temple se asomó a la puerta con la indecisa pero inextinguible curiosidad de un niño, y vio a Gowan y a otro hombre con pantalones de color caqui. Se va a emborrachar otra vez, pensó. Ya van cuatro desde que salimos de Taylor.

-¿Es su hermano? -dijo.

-¿Quién? -dijo la mujer-. ¿Mi qué?

Le dio la vuelta a la carne en la sartén.

-Se me ocurrió que quizá también estuviera aquí su hermano menor.

-Cielo santo -dijo la mujer. Volvió a darle la vuelta a la carne con un tenedor de alambre-. Solo me faltaba eso.

-¿Dónde está su hermano? -dijo Temple, mirando hacia afuera-. Yo tengo cuatro. Dos son abogados y otro es periodista. El más joven está todavía en la universidad. En Yale. Mi padre es juez. El juez Drake de Jackson -se acordó de su padre sentado en la veranda, con un traje de lino y en la mano un abanico de hoja de palma, viendo cómo un negro cortaba el césped.

La mujer abrió el horno y miró lo que había dentro.

-Nadie le ha pedido que venga. Yo no le he dicho que se quede. Le dije que se fuera antes de que anocheciese.

-Pero, ¿cómo? Se lo pedí. Gowan no quiso hacerlo, así que tuve que pedírselo yo.

La. mujer cerró el horno, se volvió y miró a Temple, de espaldas a la luz.

-¿Cómo? ¿Sabe de dónde saco el agua? Tengo que ir a buscarla a una milla de aquí. Seis veces al día. Haga la suma. Y no es porque me dé miedo estar en esta casa.

Se acercó a la mesa, cogió un paquete de cigarrillos y sacó uno.

-¿Me permite? -dijo Temple.

La mujer le pasó la cajetilla desde el otro lado de la mesa. Luego quitó la pantalla de la lámpara y encendió el cigarrillo con la llama. Temple cogió el paquete y se quedó escuchando a Gowan y al otro hombre mientras regresaban a la casa.

-Hay tantos hombres -dijo con tono quejumbroso, mientras aplastaba muy lentamente el cigarrillo entre los dedos-. Aunque quizá, como son tantos… -la mujer había regresado junto al fogón y le daba vuelta a la carne-. Gowan está otra vez emborrachándose. Ya van tres veces hoy. Estaba borracho cuando me apeé del tren en Taylor y como me han amenazado con expulsarme de la universidad a la menor cosa que haga, le dije lo que iba a pasar y traté de que tirara el tarro con el whiskey y cuando nos paramos en un bazar para comprar una camisa volvió a emborracharse. De manera que no habíamos comido y nos de-

Librodot

tuvimos en Dumfries. Gowan entró en el restaurante pero yo estaba demasiado preocupada para comer y luego no lo encontraba por ninguna parte, hasta que apareció por otra calle y toqué la botella que llevaba en el bolsillo antes de que me apartara la mano de un golpe. No hacía más que repetir que yo tenía su mechero y luego cuando lo perdió y le dije que había sido él, juró que no había tenido un encendedor en la vida.

La carne seguía friéndose en la sartén.

-Se ha emborrachado tres veces -dijo Temple-. Tres veces en un solo día. Buddy… Hubert, mi hermano menor, ha dicho que si me pilla con un borracho me rompe la crisma. Y ahora voy con uno que se emborracha tres veces en un solo día.

Con la cadera apoyada contra la mesa y aplastando el cigarrillo entre los dedos, Temple se echó a reír.

-¿No le parece divertido? -preguntó. Luego dejó de reír conteniendo la respiración y estuvo oyendo el débil gotear de la lámpara, el ruido de la carne en la sartén, el silbido de la cafetera sobre el fogón y las voces: los ásperos, los absurdos sonidos masculinos procedentes de la casa-. Y tiene usted que hacerles la cena todas las noches. Todos esos hombres comiendo aquí, la casa llena por la noche, en la oscuridad…

Dejó caer el cigarrillo.

-¿Me deja que acune al niño? Sé cómo hacerlo; verá qué bien lo hago.

Se acercó corriendo al cajón y, agachándose, alzó entre sus brazos al niño dormido, que en seguida abrió los ojos, lloriqueando.

-Duerme mi niño, que Temple te acuna -lo meció, alzándolo desmañadamente entre sus delgados brazos-. Oiga -dijo, con los ojos en la espalda de la mujer-, ¿querrá preguntárselo?, a su marido, quiero decir. Puede conseguir un coche y llevarme a algún sitio. ¿Lo hará? ¿Querrá preguntárselo? -el niño había dejado de lloriquear. Los párpados de color plomizo, levemente entreabiertos, dejaban vislumbrar el blanco de las córneas-. No es que tenga miedo -dijo Temple-. Cosas así no pasan, ¿verdad? Esos hombres son igual que otras personas. Usted es exactamente igual que otras personas. Y tiene un niño pequeño. Y además, mi padre es ju… juez. El go… gobernador viene a co… comer a casa… Qué ni… niñito tan lindo -gimió, acercándose el niño a la cara-; si hombres malos hacen daño a Temple, se lo diremos a los soldados del gobernador, ¿verdad que lo haremos?

-¿Igual que quién? -dijo la mujer, dándole la vuelta a la carne-. ¿Es que cree que Lee no tiene mejor ocupación que ir detrás de todas las golfas como usted? -abrió la boca de carga del fogón, tiró dentro el cigarrillo y cerró la puerta de golpe. Para hacer carantoñas al niño, Temple se había echado el sombrero hacia atrás, poniendo una nota de inestabilidad y de ambigüedad moral sobre sus rizos enmarañados-. ¿Por qué ha venido usted aquí?

-Ha sido culpa de Gowan. Nos habíamos perdido, pero le expliqué que si me llevaba a Starkville antes de que saliera el tren especial, nadie sabría que había faltado, porque los que me habían visto apearme no lo contarían. Pero no quiso. Dijo que sólo nos pararíamos aquí un minuto para comprar un poco de whiskey y ya estaba borracho entonces. Se había vuelto a emborrachar después de salir de Taylor y a mí pueden expulsarme de la universidad en cualquier momento y papá se moriría del disgusto. Pero no quiso llevarme. Volvió a emborracharse mientras le suplicaba que fuéramos a cualquier ciudad y me dejara marchar.

-¿Qué ha hecho para que estén a punto de expulsarla? -dijo la mujer.

-Escaparme de noche. Sólo los chicos de Oxford tienen coches y si se sale con un chico de la ciudad un viernes o un sábado o un domingo, los chicos de la universidad no quieren ya salir contigo porque no les dejan tener coche. De manera que los días de entre semana tenía que escaparme. Y una chica que me tenía envidia se lo dijo a la directora de la

Librodot

residencia, porque salí con un chico que le gustaba a ella y después ya no ha vuelto a verle el pelo. Así que no tenía más remedio que escaparme.

-Si no se escapaba no iba de paseo en coche -dijo la mujer-, ¿no es eso? Y ahora que se le ha ido la mano en las escapadas, empieza a protestar.

-Gowan no es un chico de la ciudad. Ha nacido en Jefferson. Fue a la universidad en Virginia. Siempre está contando que allí le enseñaron a beber como un caballero, y yo le supliqué que me llevara a cualquier sitio y me prestara dinero para el billete porque sólo tenía dos dólares, pero él…

-Sé muy bien de qué pie cojean ustedes, las mujeres decentes -dijo la otra-. Demasiado dignas para relacionarse con la gente vulgar. Se escapa por la noche con esos muchachitos, pero ya veremos lo que sucede cuando aparezca un hombre -le dio la vuelta a la carne-. Usted se lleva todo lo que puede sin dar nada a cambio. «Soy una chica decente; yo no hago eso.» Se escapa con los chicos, les gasta la gasolina y hace que la inviten a comer, pero basta que la mire un hombre para, que se desmaye porque quizá no le gustara a su padre el juez ni a sus cuatro hermanos. Pero cuando se ve en un aprieto, ¿a quién viene llorando a pedir ayuda? A nosotros, los que no somos dignos de atarle los zapatos al juez.

Con el niño en brazos, Temple seguía mirando la espalda de la mujer, y su rostro era una pálida máscara bajo el sombrero en equilibrio inestable.

-Mi hermano dijo que mataría a Frank. No dijo que me daría una paliza si me pillaba con él -continuó la mujer-; dijo que mataría al muy hijo de perra con su carricoche amarillo, y mi padre insultó a mi hermano y dijo que todavía estaba en condiciones de sacar adelante a su familia; luego me encerró en la casa y bajó al puente a esperar a Frank. Pero yo no tenía miedo. Me descolgué por el canalón, salí al encuentro de Frank y le dije lo que pasaba. Le rogué que se marchara, pero dijo que nos iríamos juntos. Cuando volvimos en el carricoche me di cuenta de que era la última vez que lo hacíamos. Estaba segura, y le pedí que se fuera, pero dijo que me llevaría a casa para que cogiera la maleta y que se lo diríamos a mi padre. Tampoco él tenía miedo. Mi padre estaba sentado en el porche. Dijo «Bájate de ese carricoche» y yo me apeé y le pedí a Frank que se marchara, pero él se bajó también y empezamos a andar hacia la casa. Padre echó mano a la escopeta que tenía junto a la puerta, dentro de la casa. Yo me puse delante de Frank y padre dijo «¿Quieres que te mate a ti también?»; traté de seguir adelante pero Frank me obligó a ponerme detrás y a quedarme allí, y padre le disparó y dijo «Ahora agáchate y sórbete tu propia porquería, zorra, más que zorra».

-También a mí me han llamado eso -susurró Temple, sosteniendo al niño dormido con los brazos muy en alto, y mirando fijamente la espalda de la mujer.

-Pero ustedes, las mujeres decentes, calienta-pollas de tres ,al cuarto, no dan nada, y luego cuando se ven cogidas… ¿Tiene idea del lío en que se ha metido? -la miró por encima del hombro, con el trinchante en la mano-. ¿Cree que está tratando con muchachitos? A estos de aquí les importa un comino lo que a usted le guste o deje de gustar. Déjeme que le diga quién es el dueño de la casa en la que se ha presentado sin que nadie la llamara o deseara que viniera; quién es el hombre que, según usted, tendría que dejarlo todo para devolverla al sitio de donde nunca debiera haber salido. Cuando estaba de soldado en Filipinas mató a otro recluta por una de las mujeres de allí y lo mandaron a Leavenworth. Luego empezó la guerra y le dejaron salir para que luchara. Le dieron dos medallas, pero al terminar lo metieron otra vez en Leavenworth hasta que el abogado consiguió que un miembro del Congreso lo sacara. Entonces ya no tuve que seguir acostándome con todos y…

Librodot

-¿Con todos? -susurró Temple, con el niño en brazos, y dando ella misma la impresión de no ser más que una criatura zanquilarga, con su vestido demasiado corto y el sombrero echado hacia atrás.

-¡Sí, mosquita muerta! -dijo la mujer-. ¿Cómo cree que pagué al abogado? Y ése es el tipo de hombre que, según usted, va a preocuparse un tanto así -con el trinchante en la mano se acercó y chasqueó lentamente los dedos delante de la cara de Temple con un gesto lleno de fiereza- por lo que le suceda. Y usted, con su carita de muñeca, convencida de que no puede entrar en una habitación donde haya un hombre sin que… -bajo la tela descolorida, su pecho subía y bajaba con el ritmo agitado de la respiración. Las manos en las caderas, la mujer escudriñó a Temple con ojos fríos y rebosantes de enojo-. ¿Un hombre? Usted no ha visto nunca un hombre de verdad. No sabe lo que es verse deseada por un hombre de verdad. Y agradézcale a su suerte que no lo ha sabido ni lo sabrá nunca, porque entonces se enteraría de lo que vale en realidad esa carita de mosca muerta, y todas las otras cosas de las que cree estar tan orgullosa y que sencillamente le dan miedo. Y si es lo suficientemente hombre para llamarla puta, usted dirá Sí Sí y se arrastrará desnuda por el polvo y por el fango para que se lo siga llamando… Déme el niño -Temple siguió abrazada a la criatura, mirando a la mujer y moviendo la boca como si estuviera diciendo Sí Sí Sí. La mujer tiró el tenedor sobre la mesa-. Suéltelo -dijo, tomando al niño, que abrió los ojos y empezó a gemir. La mujer acercó una silla y se sentó con el niño sobre el regazo-. ¿Quiere alcanzarme uno de los pañales que están en el tendedero? -dijo. Temple siguió en el mismo sitio, sin dejar de mover los labios-. Le da miedo salir ahí fuera, ¿no es cierto? -dijo la mujer, levantándose.

-No -dijo Temple-; se lo…

-Ya lo traigo yo -atravesó la cocina levantando apenas los zapatos de hombre sin atar que llevaba puestos. Al regresar acercó otra silla al fogón y extendió sobre ella el resto de la ropa del niño y el pañal; luego se sentó de nuevo y colocó al niño sobre su regazo. La criatura lloriqueó-. Ea -dijo-, ea, ea -mientras su, rostro, a la luz de la lámpara, adquiría una expresión serena, meditativa. Cuando terminó de cambiar al niño lo puso otra vez en el cajón. Luego cogió una fuente de una alacena que tenía un trozo de arpillera a modo de cortina, recuperó el trinchante que había dejado sobre la mesa y se acercó de nuevo a Temple mirándole a la cara.

-Escuche. Si le consigo un coche, ¿se irá de aquí? -dijo. Los ojos fijos en ella, Temple movió la boca como si estuviera experimentando con las palabras, como si las estuviera saboreando-. ¿Saldrá por la puerta de atrás, y se montará en el coche para no volver nunca?

-Sí -musitó Temple-; me iré a donde sea. Haré lo que sea.

Sin dar la impresión de mover en absoluto los ojos, la mujer miró fríamente a Temple de arriba abajo. La muchacha sintió que se le encogían todos los músculos como enredaderas cortadas bajo el sol del mediodía.

-Pobre infeliz -dijo la mujer en voz baja y desapasionadamente-; hay que tener más coraje para jugar así con fuego.

-No era mi intención. Le aseguro que no.

-Ahora tendrá algo que contarles cuando vuelva, ¿no es cierto? -frente a frente, sus voces eran como sombras sobre dos paredes desnudas y muy juntas-. No es tan fácil jugar con fuego.

-Cualquier cosa. Sólo quiero irme. A cualquier sitio.

-No es Lee quien me da miedo. ¿Cree usted que se va detrás de la primera perrita en celo que se le pone a tiro? Es usted la que me da miedo.

-Sí. Me iré a donde sea.

-Conozco muy bien a las de su especie. Todas corren, pero no muy de prisa. No tan de prisa que no sepan reconocer a un hombre de verdad cuando lo ven. ¿Cree usted que tiene al único que hay en el mundo?

-Gowan -susurró Temple-, Gowan.

-He vivido como una esclava por ese hombre -musitó la mujer sin apenas mover los labios, con su voz desprovista de inflexiones. Era como si estuviera repitiendo una receta para hacer pan-. Trabajaba de camarera en un turno de noche para poder ir a verlo a la cárcel los domingos. Viví dos años en una habitación, cocinando en un mechero de gas, porque se lo había prometido. Le mentí y gané dinero para sacarlo de la cárcel, y cuando le expliqué cómo lo había ganado me dio una paliza. Y ahora tiene usted que venir aquí donde no hace ninguna falta. Nadie le ha pedido que venga. A nadie le importa si tiene usted miedo o deja de tenerlo. Y además no tiene usted agallas para estar realmente asustada, como tampoco las tiene para enamorarse.

-Le pagaré -susurró Temple-. La cantidad que usted diga. Mi padre me la dará -la mujer seguía mirándola, el rostro inmóvil, tan desprovisto de expresión como cuando hablaba-. Le enviaré ropa. Tengo un abrigo de pieles nuevo. Sólo lo he usado desde Navidad. Es como si estuviera nuevo.

La mujer se echó a reír. Su boca reía, pero sin producir sonidos y sin modificar la expresión de su rostro.

-¿Ropa? En una ocasión tuve tres abrigos de pieles. Uno se lo di a una mujer que me encontré en un callejón de un bar. ¿Ropa? ¡Cielo santo! -se dio la vuelta bruscamente-. Le conseguiré un coche. Váyase de aquí y no vuelva nunca, ¿me oye?

-Sí -susurró Temple. Inmóvil, pálida, como una sonámbula, vio cómo la mujer ponía la carne en la fuente y echaba la salsa por encima. Sacó del horno una bandeja de bollos y los puso en un plato-. ¿Puedo ayudarle en algo? -susurró Temple. La mujer no dijo nada. Cogió la carne y los bollos y salió de la cocina. Temple se acercó a la mesa, sacó un pitillo de la cajetilla y se quedó absorta mirando la lámpara. Un lado del tubo de vidrio estaba ahumado. En el otro, una grieta del cristal creaba la ilusión de una sutil curva de plata. La lámpara era de estaño, y tenía el cuello recubierto con una capa de grasa renegrida. Los enciende con la lámpara, pensó Temple, con el cigarrillo en la mano, mirando la llama vacilante. La mujer regresó y con el borde de la falda retiró del fogón la ennegrecida cafetera.

-¿Quiere que la lleve yo? -dijo Temple.

-No. Venga a cenar.

La mujer volvió a salir y Temple se quedó junto a la mesa, con el pitillo en la mano. La sombra del fogón caía sobre la caja donde descansaba el niño. Sobre el informe montón de ropa sólo se le distinguía por una serie de sombras menos intensas entre suaves curvas, y Temple se acercó a contemplar su rostro grisáceo y sus párpados azulados. Una delgada línea de sombra hacía resaltar el contorno de la cabeza y le empañaba la frente; al final de un brazo diminuto, la palma de la mano se ahuecaba junto a la mejilla. Temple se agachó para verlo mejor.

-Va a morirse -susurró Temple. Al inclinarse, su sombra se alargó sobre la pared; el abrigo perdió su forma y el sombrero se inclinó, elefantiásico, sobre una monstruosa erupción de pelo-. Pobrecito.

Las voces de los hombres crecieron en volumen. Temple oyó un arrastrar de pies por el corredor, ruido de sillas, y la voz del que había reído antes, riendo de nuevo. Se volvió y permaneció inmóvil contemplando la puerta. En seguida entró la mujer.

Librodot

-Vaya a cenar -le dijo.

-El coche -dijo Temple-. Podría irme ahora, mientras cenan.

-¿Qué coche? -dijo la mujer-. Vaya a cenar. Nadie le hará daño.

-No tengo hambre. Hoy no he comido, pero no tengo nada de hambre.

-Vaya a cenar -dijo la mujer.

-Esperaré a que lo haga usted.

-Vaya a cenar. No quiero pasarme toda la noche en la cocina.

VIII

Temple entró en el comedor con una rígida expresión conciliatoria, llena de encogimiento. Al principio no fue capaz de ver nada; se había ceñido mucho el abrigo, como para aislarse del mundo exterior, y seguía llevando el sombrero echado hacia atrás en un ángulo muy inestable. Al cabo de un momento vio a Tommy, y se fue directamente hacia él, como si hubiera estado buscándolo todo el tiempo. Algo se interpuso: un antebrazo musculoso; Temple trató de evitarlo sin dejar de mirar a Tommy.

-Aquí -dijo Gowan desde el otro lado de la mesa, echando la silla hacia atrás-; ven a sentarte aquí,

-Cállese, hermano -dijo el que la había detenido y que Temple reconoció como la persona que riera antes tantas veces-; ¿no ve que está borracho? Ven aquí, chica -el antebrazo tropezó con su cintura. Temple trató de seguir adelante empujándolo, sin dejar de sonreír forzadamente a Tommy-. Apártate, Tommy -dijo el hombre-. ¿Es que no te han enseñado educación, mono peludo?

Tommy lanzó una risotada y arrastró la silla hacia un lado. El otro atrajo a Temple hacia sí cogiéndola por la muñeca. Gowan se puso en pie, apoyándose contra la mesa. Temple trató de resistirse pellizcando los dedos que la aprisionaban y sin dejar de sonreír a Tommy.

-Déjalo, Van -intervino Goodwin.

-Sobre mis rodillas -dijo Van.

-Déjala en paz -dijo Goodwin,

-¿Quién me va a obligar? -dijo Van-. ¿Quién es el valiente que se atreve?

-Déjala en paz -dijo Goodwin.

Al quedar libre, Temple empezó a retroceder lentamente. Detrás de ella la mujer, que entraba con un plato, se apartó. Siempre con su forzada, dolorida sonrisa, Temple abandonó el comedor de espaldas. Una vez en el pasillo giró en redondo y echó a correr. Al llegar al porche se bajó de un salto y siguió corriendo aún más de prisa entre la maleza. Llegó hasta el camino, avanzó por él a oscuras unas cincuenta yardas y luego, sin detenerse, volvió a girar en redondo hacia la casa, subió al porche y se acurrucó junto a la puerta en el momento en que alguien avanzaba por el pasillo. Era Tommy.

-Está usted aquí -dijo. Luego le ofreció algo con gesto desmañado-. Tenga.

-¿Qué es? -susurró ella.

-Algo de comer. Apuesto a que no ha tomado nada desde esta mañana.

-No. Esta mañana tampoco -susurró Temple.

-Si come un poco se sentirá mejor -dijo Tommy, dándole golpecitos con el plato-. Siéntese y coma un poco. Aquí no va a molestarle nadie. Que el demonio se los lleve.

Temple se inclinó hacia la puerta, más allá de la imprecisa silueta de Tommy, y su rostro adquirió una palidez fantasmal al quedar iluminado por el resplandor que salía del comedor.

-Mrs… Mrs… -susurró.

Librodot

-Está en la cocina. ¿Quiere que la acompañe hasta allí?

En el comedor se oyó arrastrar una silla. Entre parpadeos, Tommy vio a Temple en la senda, su cuerpo ligero inmóvil por un momento, como esperando a que la alcanzara alguna parte de él más perezosa. En seguida desapareció como una sombra tras la esquina de la casa. Tommy se quedó en la puerta, con el plato de comida en la mano. Luego volvió la cabeza hacia el corredor y tuvo tiempo de verla cuando atravesaba muy de prisa la oscuridad en dirección a la cocina.

-Que el demonio se los lleve.

Aún estaba allí cuando los otros volvieron al porche.

-Tiene un plato de alpiste -dijo Van-. Está tratando de cazar la suya con una fuente de jamón.

-¿Cazar mi qué? -dijo Tommy.

-Oiga -dijo Gowan.

Van le dio un golpe en la mano a Tommy, tirándole el plato. Luego se volvió hada Gowan.

-¿No le gusta?

-No -dijo Gowan-. No me gusta nada.

-¿Y qué piensa hacer? -dijo Van.

-Van -dijo Goodwin.

-¿Te crees capaz de impedírmelo? -dijo Van.

-Sí -dijo Goodwin.

Cuando Van se volvió hacia la cocina, Tommy lo siguió. Se detuvo en la puerta a escuchar lo que decía.

-Ven conmigo a dar un paseo, pequeña.

-Vete de aquí, Van -dijo la mujer.

-Ven a dar un paseíto -dijo Van-. Soy buena persona. Pregúntale a Ruby.

-Vete ahora mismo -dijo la mujer-. ¿Quieres que llame a Lee?

La figura de Van se recortaba contra la luz, con una camisa y unos pantalones de color caqui y un cigarrillo detrás de la oreja, entre las suaves ondulaciones de sus cabellos rubios. Detrás de la silla en la que la mujer se sentaba para cenar, con la boca entreabierta y los ojos completamente negros, se hallaba Temple.

Cuando Tommy volvió al porche con la garrafa le dijo a Goodwin:

-¿Por que esos tipos no dejan de molestar a la chica?

-¿Quién la está molestando?

-Van. La chica está asustada. ¿Por qué no la dejan en paz?

-No es asunto tuyo. No te metas en eso, ¿me oyes?

-Tendrían que dejar de molestarla -dijo Tommy, acuclillándose contra la pared. Empezaron a hablar y a beber, pasando la garrafa de mano en mano. Sin dejar de pensar en la chica, Tommy estuvo escuchándolos, oyendo con extraordinario interés las groseras y estúpidas historias que Van contaba sobre la vida en la ciudad, riendo a veces y bebiendo

Librodot

cuando le llegaba el turno. Van y Gowan eran los que hablaban y Tommy escuchaba-. Esos dos van a terminar peleándose -le susurró a Goodwin, sentado junto a él-. ¿No los oyes?

De pronto las voces se alzaron; Goodwin se levantó muy de prisa, sin esfuerzo aparente, y avanzó hacia ellos con pasos elásticos; Tommy vio a Van en pie y a Gowan tratando de mantenerse erguido contra el respaldo de la silla.

-No he querido decir… -explicó Van.

-Entonces, no lo digas -replicó Goodwin.

Gowan dijo algo. Ese estúpido ya no puede ni hablar, pensó Tommy.

-Usted cállese -dijo Goodwin.

-Cree que puede hablar de mi,.. -dijo Gowan, Al moverse perdió el equilibrio y derribó la silla. Luego se echó para atrás, tropezando con la pared.

-Le voy a…-dijo Van.

-…ballero de Virginia; me importa un… -dijo Gowan. Goodwin lo apartó a un lado de un revés y sujetó a Van. Gowan cayó pesadamente contra la pared.

-Cuando digo que os sentéis es que hay que sentarse -dijo Goodwin.

Después de esto estuvieron callados durante un rato. Goodwin regresó a su silla. Luego empezaron otra vez a hablar y a pasarse la garrafa. Tommy les escuchaba, pero en seguida volvió a pensar en Temple. Sentía cómo sus pies se restregaban inquietos contra el suelo y cómo se estremecía todo su cuerpo en continua desazón.

-No sé por qué no la dejan en paz -le susurró a Goodwin-. Deberían dejar de molestarla.

-No es asunto tuyo -dijo Goodwin-. Deja que cada uno…

-Tendrían que dejarla en paz.

Popeye salió de la casa. Encendió un cigarrillo. Tommy vio cómo se le iluminaba la cara entre las manos ahuecadas y se le hundían las mejillas al aspirar el humo; después siguió con la mirada el diminuto cometa de la cerilla mientras caía entre la maleza. También él, dijo. Dos; mientras, su cuerpo se estremecía lentamente. Pobre criatura. Que me aspen si no tengo ganas de ir al granero y quedarme allí, ya lo creo que sí. Se puso en pie sin hacer el menor ruido. Bajó hasta la senda y echó a andar alrededor de la casa. Había una luz en una ventana. Nadie usa nunca esa habitación, dijo, deteniéndose; luego añadió: Ahí es donde se va a quedar, y se acercó a la ventana y miró dentro. Faltaba un cristal y lo habían sustituido por una oxidada lámina de estaño clavada sobre el bastidor.

Temple estaba sentada en la cama, muy erguida, con las piernas debajo del cuerpo, las manos en el regazo y el sombrero echado hacia atrás. Parecía una niña, con una postura más apropiada para los flexibles músculos y tejidos de los ocho o los diez años que para los de los diecisiete, los codos pegados al cuerpo y la cabeza vuelta hacia la puerta, contra la que estaba apoyada una silla a modo de cuña. En la habitación no había más muebles que la cama, con su desteñida colcha de retazos, y la silla. Las paredes estuvieron enlucidas en otro tiempo, pero el yeso se había resquebrajado y caído en algunos sitios, dejando al descubierto el enlistonado y mohosos jirones de tela. Un impermeable y una cantimplora de color caqui colgaban de la pared.

La cabeza de Temple empezó a moverse lentamente, como si fuera siguiendo los pasos de alguien al otro lado de la pared. Su cuello llegó a girar hasta una posición extrema, aunque

Librodot

sin mover otros músculos, como uno de esos juguetes de Pascua hechos de *papier-máché*[1] y rellenos de dulces, inmovilizándose luego en aquella postura. Después volvió a girar lentamente, como midiendo invisibles pasos al otro lado de la pared, hasta llegar con la mirada a la silla apoyada junto a la puerta, volviendo a inmovilizarse por un momento. Luego miró delante de sí y Tommy le vio sacar un reloj diminuto de la parte más alta de .una media y consultarlo. Con el reloj en la mano, Temple levantó la cabeza y miró directamente hacia él, con ojos tan tranquilos y vacíos como dos agujeros. Al cabo de un rato examinó de nuevo el reloj y volvió a ponerlo en la media.

Después se levantó de la cama para quitarse el abrigo y se quedó inmóvil, con su esbeltez acentuada por la brevedad del vestido, la cabeza inclinada y las manos cruzadas delante de pecho. Volvió a sentarse en la cama. Se colocó con las piernas muy juntas y la cabeza inclinada. Luego alzó los ojos para recorrer la habitación con la mirada. Tommy, mientras tanto, oyó cómo las voces del porche en penumbra se alzaban para volver a convertirse después en un murmullo sin altibajos.

Temple se puso en pie de un salto. Se desabrochó el vestido levantando en arco sus delgados brazos, mientras su sombra imitaba, desorbitándolos, sus movimientos. Con un solo gesto se quitó el vestido, encogiéndose un poco, delgada como una cerilla bajo la brevedad de su ropa interior, y sin dejar de mirar la silla apoyada contra la puerta. Tiró el vestido, extendiendo después la mano para coger el abrigo. Se lo puso de cualquier manera, arrebujándose en él y frotando las mangas repetidamente con las manos. Luego con el abrigo apretado contra el pecho, giró en redondo y se quedó mirando directamente a los ojos de Tommy; después dio otra vez k vuelta y fue corriendo a sentarse en la silla.

-Que el demonio se los lleve -susurró Tommy-. Qué les costaría dejarla en paz -les oía en el porche delantero y volvió a sentir cómo su cuerpo entero se estremecía, desazonado-. Que el demonio se los lleve.

Cuando volvió a mirar, Temple avanzaba hacia él, ciñéndose mucho el abrigo. Descolgó el impermeable del clavo en la pared, se lo puso encima del abrigo y lo abotonó. Cogió también la cantimplora y volvió a la cama. Dejó la cantimplora encima de la cama, recogió el vestido del suelo, lo sacudió, lo dobló cuidadosamente y lo puso también sobre la cama. Luego retiró la colcha, dejando el colchón al descubierto. No había ni sábanas ni almohada, y cuando Temple tocó el colchón se oyó un suave crujido de vainas de mazorca.

Después de quitarse los zapatos los puso sobre la cama y se cubrió con la colcha. Tommy oyó cómo crujía el colchón. La muchacha no se tumbó inmediatamente. Permaneció erguida, completamente inmóvil, todavía con el sombrero en equilibrio inestable. Luego movió la cantimplora, el vestido y los zapatos hasta situarlos junto a su cabeza; se cubrió las piernas con el impermeable y se tumbó, tapándose nuevamente con la colcha. Pero en seguida volvió a incorporarse: se quitó el sombrero, se sacudió el pelo, puso el sombrero con las demás prendas y se dispuso otra vez a tumbarse. Sin embargo, hizo una nueva pausa. Abrió el impermeable y de algún sitio sacó una polverita y, con la mirada fija en el diminuto espejo, se ahuecó el cabello con los dedos y se empolvó la nariz; después guardó la polvera, consultó de nuevo el reloj y se abotonó el impermeable. Colocó todas las prendas, una a una, debajo de la colcha, y se tumbó tapándose hasta la barbilla. Las voces se habían callado por un momento y, en el silencio, Tommy oyó el suave y continuo cuchicheo de las vainas de las mazorcas dentro del colchón sobre el que Temple descansaba, con las manos cru-

[1] Conejos de pascua, etc., rellenos de dulces. La cabeza servía de tapa y tenía un reborde de cartulina que descansaba en el cuello. Al quitarla o ponerla adoptaba posturas inverosímiles con relación al cuerpo.

zadas sobre el pecho y las piernas estiradas y juntas y decorosas como las de una escultura yacente en una tumba antigua.

Las voces habían cesado; Tommy las había olvidado por completo hasta que le oyó decir a Goodwin:

-Ya está bien. ¡Déjalo!

Luego el ruido de una silla al caer y los pasos elásticos de Goodwin; la silla fue repiqueteando a lo largo del porche, como si alguien la hubiera apartado de una patada, y, agazapado, los codos un poco hacia afuera, con la tosca viveza de un oso, Tommy oyó unos sonidos precisos y breves, como un entrechocarse de bolas de billar,

-Tommy -dijo Goodwin.

Cuando hacía falta, Tommy era capaz de moverse con la desmañada pero relampagueante celeridad de los tejones o de los mapaches. Había dado la vuelta a la casa y llegado al porche a tiempo para ver cómo Gowan chocaba con la pared y se desplomaba luego fuera del porche, cayendo entre la maleza, y cómo Popeye, en la puerta, contemplaba la escena con la cabeza inclinada hacia adelante.

-¡Sujétalo! -dijo Goodwin.

Tommy se lanzó sobre Popeye en una furiosa embestida que tenía sin embargo algo de furtiva.

-¡Ya lo ten…! -dijo mientras Popeye lo abofeteaba salvajemente-; ¿lo habría hecho, no es cierto? Estése quieto.

Popeye dejó de moverse.

-¡Cielo santo! Les deja pasarse toda la noche bebiendo ese maldito whiskey, se lo he dicho muchas veces.

Goodwin y Van formaban una única sombra, entrelazados, silenciosos y llenos de furia.

-¡Suéltame»! -gritó Van-. ¡Voy a matar…!

Tommy saltó hacia ellos. Entre los dos sujetaron a Van contra la pared, manteniéndolo inmóvil.

-¿Ya lo tienes? -dijo Goodwin.

-Sí. Estése quieto. Le has ganado.

-Como hay Dios que le voy a…

-Vamos, vamos; ¿para qué quiere matarlo? No se lo puede comer, ¿no es cierto? ¿Quiere que Mr. Popeye nos fría a todos con su pistola automática? En un momento la pelea había terminado, marchándose como una furiosa ráfaga de viento negro, dejando un vacío lleno de paz en el que podían moverse sin prisas, sacando a Gowan de entre la maleza y dándose instrucciones unos a otros en voz baja, amistosamente. Lo llevaron hasta el pasillo, donde se hallaba la mujer, y luego hasta la puerta de la habitación ocupada por Temple.

-Se ha encerrado -dijo Van. Golpeó la puerta con violencia-. ¡Abre, pequeña! -gritó-. Te traemos un cliente.

-Calla -dijo Goodwin-.La puerta no tiene pestillo. Empújala.

-Como tú digas -replicó Van. Le dio una patada a la puerta. La silla se combó, cayendo dentro de la habitación. Van abrió la puerta de golpe, y entró arrastrando a Gowan por las piernas. Van le pegó otra patada a la silla. Luego vio a Temple de pie en el rincón,

detrás de la cama. A Van le caía el pelo por la cara: lo llevaba tan largo como el de una muchacha. Se lo echó hacia atrás con un movimiento de cabeza. Tenía la barbilla ensangrentada y escupió pausadamente en el suelo.

-Vamos -dijo Goodwin, que llevaba a Gowan por los hombros-; ponlo en la cama.

Al tenderlo sobre el lecho, la cabeza ensangrentada de Gowan quedó colgando sobre el borde. Van tiró de él para colocarlo del todo dentro del colchón. Gowan gimió, alzando una mano. Van le dio una bofetada.

-No te muevas, hijo…

-Ya está bien -dijo Goodwin. Sujetó la mano de Van. Durante un momento se lanzaron miradas furiosas.

-He dicho que ya está bien -dijo Goodwin-. Sal de aquí.

-Tiene que prote… -masculló Gowan- …chica …llero de Virginia… caballero tiene que…

-Sal de aquí ahora mismo -dijo Goodwin.

La mujer estaba en la puerta junto a Tommy, con la espalda apoyada en el marco. Bajo un abrigo barato, el camisón le llegaba hasta los pies.

Van cogió el vestido de Temple que estaba sobre la cama.

-Van -dijo Goodwin-. He dicho que te vayas.

-Ya te he oído -dijo Van, sacudiendo el vestido hasta desdoblarlo. Luego miró a Temple, que estaba en el rincón con los brazos cruzados y aferrándose los hombros con las manos. Goodwin se dirigió hacia Van, que dejó caer el vestido y dio la vuelta alrededor de la cama. Popeye apareció en la puerta, con un cigarrillo entre los dedos. Junto a la mujer, Tommy hacía un ruido silbante al respirar con los dientes apretados.

Tommy vio cómo Van agarraba el impermeable a la altura del pecho de Temple y lo abría de un tirón, rasgándolo. Entonces Goodwin se interpuso entre ellos; vio agacharse a Van, girando muy de prisa, y a Temple tratando desmañadamente de recomponer el impermeable roto. Mientras Van y Goodwin estaban en el suelo, peleándose, Tommy observó que Popeye se dirigía hacia Temple. Con el rabillo del ojo vio a Van tumbado y a Goodwin en pie sobre él, un poco agachado, mirando la espalda de Popeye.

-Popeye -dijo Goodwin.

Popeye siguió adelante, dejando a su espalda un rastro de humo de cigarrillo, con la cabeza ligeramente torcida como *si* no estuviera mirando el sitio hacia donde iba y con el pitillo tan sesgado como sí tuviera la boca en algún punto por debajo de la curva de la mandíbula.

-No la toques -dijo Goodwin.

Popeye se detuvo delante de Temple, con la cara un poco vuelta. Tenía la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta. Bajo el impermeable, sobre el pecho de Temple, Tommy vio el movimiento de la otra mano, transmitiendo a la tela una sombra de movimiento.

-Saca la mano -dijo Goodwin-. Vamos.

Popeye retiró el brazo. Se volvió hacia Goodwin con las manos en los bolsillos. Cruzó la habitación sin dejar de mirarlo. Luego le volvió la espalda y salió.

-Ven aquí, Tommy -dijo Goodwin calmosamente-, agárralo.

Librodot

Entre los dos alzaron a Van y lo sacaron de la habitación. La mujer se hizo a un lado. Se apoyó contra la pared, ciñéndose el abrigo. Al otro lado del cuarto, Temple seguía acurrucada en el rincón, tratando todavía de recomponer el impermeable roto. Gowan empezó a roncar,

Goodwin entró de nuevo en la habitación.

-Será mejor que vuelvas a la cama -dijo. La mujer no se movió. Goodwin le puso la mano en el hombro-. Ruby.

-¿Mientras tú sigues la jugarreta que Van ha empezado y no le has dejado terminar? Imbécil, más que imbécil.

-Vamos -dijo Goodwin, sin retirar la mano de su hombro-. Vuelve a la cama.

-Pero no vengas tú luego. No te molestes en venir. No estaré allí. No me debes nada. No creas que estás en deuda conmigo.

Goodwin le cogió las muñecas y poco a poco se las fue separando. Muy despacio le puso las manos en la espalda y se las sujetó con una de las suyas. Con la otra le abrió el abrigo. El camisón era de crepé rosa, muy desteñido, con encajes; y había sido lavado y relavado tantas veces que, como pasaba con la ropa del tendedero, los encajes se habían convertido en una masa fibrosa.

-Vaya -dijo-. Ropa de fiesta.

-¿Quién tiene la culpa de que sólo me quede un camisón? Yo no, desde luego. Solía dárselos a las criadas negras después de usarlos una noche. ¿Crees que no se me reirían en la cara si intentara dar esto a alguien?

Goodwin le soltó las manos y la mujer volvió a ceñirse el abrigo. Con la mano en el hombro trató de empujarla hacia la puerta.

-Vamos -dijo. El hombro de la mujer ce dio. Pero sólo se movió el hombro, porque el cuerpo giró sobre las caderas y ella siguió mirándolo con la cabeza vuelta-. Vamos - pero las caderas y la cabeza de Ruby siguieron apoyadas contra la pared. Goodwin se volvió, cruzó muy de prisa la habitación rodeando la cama, y agarró a Temple por el impermeable con una mano. Empezó a zarandearla. Alzándola por el impermeable la zarandeó, su cuerpo insignificante en silenciosa conmoción dentro de la prenda demasiado amplia, las caderas y los hombros dando golpes sordos contra la pared.

-¡Estúpida, más que estúpida! -los ojos de Temple estaban completamente abiertos, casi completamente negros, con la luz de la lámpara sobre la cara y dos diminutas imágenes del rostro de Goodwin en sus pupilas, como dos guisantes en dos tinteros.

Cuando Goodwin la soltó, Temple empezó a desplomarse, con el impermeable crujiendo a su alrededor. Goodwin la agarró de nuevo y se puso otra vez a zarandearla, volviendo la vista hacia la mujer al mismo tiempo.

-Coge la lámpara -dijo Goodwin.

La mujer no se movió. Tenía la cabeza un poco inclinada; parecía estar meditando acerca de ellos. Goodwin pasó k otra mano bajo las rodillas de Temple, que tuvo la impresión de caer en picado pero que se encontró en la cama, tumbada de espaldas al lado de Gowan, rebotando sobre el susurro cada vez más débil de las panochas. Vio cómo Goodwin cruzaba la habitación y cogía la lámpara de la repisa de la chimenea. La mujer había vuelto la cabeza, siguiéndolo también con la mirada, y sus facciones iban adquiriendo mayor nitidez al acercarse la luz de la lámpara.

Librodot

-Vamos -dijo Goodwin. La mujer se dio la vuelta, quedando a oscuras su rostro, con la luz de la lámpara a sus espaldas y la mano de él sobre el hombro. La sombra de Goodwin llenó por completo la habitación; su brazo, en silueta, se extendió hacia atrás para cerrar la puerta. Gowan roncaba, y cada respiración terminaba en un precipitado estertor, como si ya no fuera nunca a respirar de nuevo.

Tommy aguardaba en el pasillo.

-¿No se han ido al camión? -preguntó Goodwin,.

-Todavía no -dijo Tommy.

-Será mejor ir a ver qué pasa -dijo Goodwin. El y la mujer siguieron adelante. Tommy los vio entrar en otra habitación. Luego se dirigió a la cocina sin hacer el menor ruido y con el cuello un tanto estirado para oír mejor. En la cocina, Popeye, sentado a caballo en una silla, fumaba. Van, en pie junto a la mesa, se alisaba el pelo con un peine de bolsillo delante de un trozo de espejo. Sobre la mesa descansaba un trapo húmedo, manchado de sangre y un cigarrillo humeante. Tommy se acuclilló fuera, al lado de la puerta, en la oscuridad.

Cuando Goodwin salió con el impermeable, aún seguía allí, pero el otro entró en la cocina sin verlo.

-¿Dónde está Tommy? -dijo.

Tommy le oyó decir algo a Popeye, y luego Goodwin volvió a salir seguido de Van, ahora con el impermeable al brazo.

-Vamos -dijo Goodwin-. Hay que sacar el whiskey de aquí.

Los ojos claros de Tommy empezaron a brillar débilmente, como los de un gato. La mujer los vio cuando Tommy entró sigilosamente en la habitación detrás de Popeye, y mientras Popeye permaneció en pie junto a la cama donde yacía Temple. Luego brillaron repentinamente en dirección a ella, pero en seguida desaparecieron y la mujer oyó su respiración muy cerca; de nuevo brillaron en dirección suya, furiosos, inquisitivos y tristes, para volver a desaparecer cuando Tommy salió furtivamente del cuarto detrás de Popeye.

Tommy vio que Popeye volvía a la cocina, pero no lo siguió inmediatamente. Se detuvo en la puerta del pasillo y se acuclilló allí. Su cuerpo empezó otra vez a estremecerse, indeciso, desazonado, y sus pies descalzos se restregaron contra el suelo con un suave movimiento oscilante al mecerse todo él de un lado a otro, mientras se apretaba las manos contra los costados. Y Lee también, dijo; Lee también. Que el demonio se los lleve a todos. En dos ocasiones avanzó a hurtadillas por el porche hasta ver la sombra del canotié de Popeye sobre el suelo de la cocina, para regresar luego al corredor y a la puerta de la habitación donde Temple yacía y Gowan roncaba. La tercera vez olió el cigarrillo de Popeye. Si siguiera así, dijo. Y Lee también, añadió, balanceándose de un lado a otro, con inexpresiva y dolorosa angustia. Y Lee también.

Cuando Goodwin regresó loma arriba y subió al porche de atrás, Tommy estaba otra vez acuclillado junto a la puerta de la cocina.

-¿Qué demonios…? -dijo Goodwin-. ¿Por qué no has venido? Me he pasado diez minutos buscándote -lanzó una furiosa mirada a Tommy y luego se asomó a la puerta de la cocina-. ¿Estás listo? -dijo. Popeye se levantó y fue hasta la puerta. Goodwin miró de nuevo a Tommy-. ¿Qué has estado haciendo?

Popeye miró a Tommy. Tommy estaba ya en pie y se frotaba la planta de un pie con el otro, mirando a Popeye.

-¿Qué estás haciendo aquí? -dijo Popeye.

Librodot

-No estoy haciendo nada -dijo Tommy.

-¿Me estás siguiendo?

-Yo no estoy siguiendo a nadie -dijo Tommy, de mal humor.

-De acuerdo; no lo hagas, en ese caso -dijo Popeye.

-Vamos -dijo Goodwin-. Van está esperando.

Echaron a andar. Tommy los siguió. En una ocasión se volvió a mirar a la casa y luego corrió a trompicones para alcanzarlos. De cuando en cuando sentía una aguda comezón, como si de pronto su sangre estuviera demasiado caliente, hasta que poco a poco se iba disolviendo, convirtiéndose en el cálido y triste sentimiento que le producía la música de violín. Que el demonio se los lleve, susurró; ojalá se los llevara a todos.

Librodot

IX

La habitación se hallaba a oscuras. La mujer estaba dentro, junto a la puerta, contra la pared, con el abrigo barato y el camisón de crepé con adorno de encajes; dentro de la habitación, justo al lado de la puerta sin pestillo. Oía a Gowan roncando en la cama, y a los otros moviéndose por la casa, en el porche y en el pasillo y en la cocina; también les oía hablar, aunque sin entender lo que decían. Al cabo de un rato se callaron. No quedó más que Gowan -la nariz rota y la cara llena de moraduras… ahogándose, roncando y gimiendo.

Oyó abrirse la puerta. Entró alguien a quien no le importaba hacer ruido y pasó a menos de un pie de distancia de donde estaba ella. Supo que era Goodwin antes de que hablara.

-Necesito el impermeable -dijo cuando estuvo junto a la cama-. Levántese y quíteselo.

La mujer oyó el ruido de las vainas de las mazorcas mientras Temple se incorporaba y Goodwin le quitaba el impermeable. Luego Goodwin cruzó la habitación y salió.

La mujer siguió en pie junto a la puerta. Los reconocía a todos por la forma de respirar. Luego, sin haber oído ni sentido abrirse la puerta, empezó a oler algo: la brillantina que usaba Popeye. No vio a Popeye cuando entró y pasó a su lado; no supo que había entrado, aunque estaba esperándolo, hasta que entró Tommy siguiéndolo. Tommy se introdujo en la habitación sin hacer tampoco el menor ruido; al igual que Popeye, su aparición le hubiera pasado inadvertida a no ser por sus ojos, que brillaron, a la altura de su pecho, llenos de interrogantes, para desaparecer luego. La mujer sintió que se había acuclillado junto a ella; supo que también él miraba en dirección al lecho a cuyo lado, en la oscuridad, estaba Popeye, y en el que yacían Temple y Gowan, sin que Gowan dejara un momento de roncar, de ahogarse y de volver a roncar. La mujer continuó inmóvil en su sitio junto a la puerta.

No oía ningún ruido procedente del colchón, de manera que siguió sin moverse junto a la puerta, con Tommy acuclillado junto a ella, los ojos fijos en la cama invisible. Luego olió otra vez la brillantina. O, más bien, sintió que Tommy se apartaba de ella, sin hacer el menor ruido, como si su subrepticia desaparición hubiera hecho brotar del negro silencio una suave y fresca ráfaga de aire; sin verlo ni oírlo, supo que había vuelto a salir sigilosamente de la habitación, siguiendo a Popeye. Les oyó avanzar por el corredor hasta que el último sonido se perdió fuera de la casa.

La mujer se acercó a la cama. Temple no se movió hasta que la tocó. Entonces empezó a debatirse. La mujer encontró su boca y se la tapó con la mano, aunque Temple no había tratado de gritar. Tumbada sobre el colchón de panochas, giraba y doblaba el cuerpo de un lado para otro, movía la cabeza y mantenía el abrigo ceñido sobre el pecho, pero sin emitir sonido alguno.

-¡Estúpida! -dijo la mujer, en un enfurecido susurro-. Soy yo; sólo yo.

Temple dejó de mover la cabeza, pero siguió agitándose de un lado a otro bajo la mano de la mujer.

-¡Se lo diré a mi padre! -exclamó-. ¡Se lo diré a mi padre!

La mujer siguió sujetándola.

Librodot

-Levántese -le dijo.

Temple dejó de debatirse. Se quedó inmóvil, completamente rígida. La mujer oía su respiración jadeante.

-¿Podrá levantarse y andar sin hacer ruido? -dijo la mujer.

-¡Sí! -dijo Temple-. ¿Me sacará usted de aquí? ¿Lo hará?

-Sí -dijo la mujer-. Levántese.

Temple se incorporó, entre el susurro de las panochas. Un poco más allá, en la oscuridad, Gowan roncaba estentóreamente. Al principio Temple no era capaz de mantenerse en pie. La mujer la sostuvo.

-Ya está bien -le dijo la mujer-. Tiene usted que dominarse. Dejar de hacer ruido.

-Necesito mi ropa -susurró Temple-. No llevo encima más que…

-¿Quiere la ropa -dijo la mujer-, o quiere salir de aquí?

-Sí -dijo Temple-. Cualquier cosa. Con tal de que me saque usted de aquí.

Descalzas, fueron avanzando como fantasmas. Salieron de la casa, cruzaron el porche y se dirigieron hacia el granero. Cuando se habían alejado unas cincuenta yardas, la mujer se detuvo, giró sobre sí misma, dio un tirón de Temple y, agarrándola por los hombros, las caras muy juntas, la maldijo furiosamente en voz baja, sin hacer más ruido que para lanzar un suspiro. Luego volvió a apartarla de sí y siguieron andando. Entraron en el pasillo central del granero. La oscuridad era completa. Temple oyó a la mujer buscar algo a tientas en la pared. Se abrió una puerta; la mujer la cogió del brazo y la hizo subir un único escalón para entrar en una habitación entarimada en la que Temple notó la presencia de paredes y percibió un débil y polvoriento olor a maíz; luego la mujer cerró la puerta tras ella. Mientras lo hacía, algo que estaba muy cerca inició, invisible, una fuga precipitada, produciendo un ruido de patas diminutas que se extinguió inmediatamente. Temple giró en redondo, pisando algo que se escurrió bajo su pie, y dio un salto hacia la mujer.

-No es más que una rata -dijo la mujer, pero Temple se arrojó encima de ella, moviendo mucho los brazos, tratando de levantar ambos pies del suelo.

-¿Una rata? -gimió-; ¿una rata? ¡Abra la puerta! ¡De prisa!

-¡Basta! ¡Domínese! -dijo la mujer hablando sin separar los dientes. Sostuvo a Temple hasta que se calmó. Luego se arrodillaron una al lado de otra contra la pared. Al cabo de un rato la mujer susurró:

-Un poco más allá hay unos montones de vainas de algodón. Puede tumbarse encima.

Temple no contestó. Se acurrucó contra la mujer, recorrida por lentos estremecimientos y allí se quedaron ambas, pegadas a la pared, en la más completa oscuridad.

Librodot

X

La mujer, que preparaba el desayuno mientras el niño todavía -o ya- dormía en la caja detrás del fogón, al oír que alguien se acercaba atravesando el porche a trompicones, salió a la puerta. Cuando miró alrededor vio una descompuesta, amoratada y ensangrentada aparición que reconoció como Gowan. Su cara, bajo una barba de dos días, presentaba abundantes cardenales y tenía también un labio partido. No podía abrir un ojo y en el delantero de la camisa y en la chaqueta las manchas de sangre le llegaban hasta la cintura. Moviendo con dificultad los labios hinchados trató de decir algo, Al principio la mujer no fue capaz de entender una sola palabra.

-Vaya a lavarse la cara -le dijo-. Espere. Entre y siéntese aquí. Le traeré una jofaina.

Gowan la miró, tratando de hablar.

-A la chica no le ha pasado nada -dijo la mujer-. Está en el granero, dormida -tuvo que repetírselo tres o cuatro veces, pacientemente-. En el granero. Dormida. Estuve con ella hasta que amaneció. Vaya ahora a lavarse la cara.

Gowan se calmó un poco. Empezó a hablar de conseguir un coche.

-Tienen uno en casa de Tull, a dos millas de aquí -dijo la mujer-. Lávese la cara y coma algo.

Gowan entró en la cocina hablando de conseguir el coche.

-La llevaré en seguida a la universidad. Una de sus compañeras conseguirá que entre sin que se den cuenta. Será como si no hubiera pasado nada, ¿no le parece?

Se acercó a la mesa, sacó un pitillo de la cajetilla y trató de encenderlo con manos temblorosas. Le costó trabajo metérselo en la boca y no pudo encenderlo hasta que la mujer le sostuvo la cerilla. Pero después de dar una chupada, se quedó mirando el cigarrillo con el ojo bueno, dominado por una especie de embotado asombro. Luego lo tiró y se volvió hacia la puerta, siempre a punto de perder el equilibrio pero recobrándose a tiempo.

-Voy a por el automóvil -dijo.

-Tómese algo antes -dijo la mujer-. Quizá una taza de té no le venga mal.

-Voy a por el automóvil -dijo Gowan.

Al cruzar el porche se detuvo el tiempo suficiente para salpicarse la cara con agua, aunque sin mejorar mucho de aspecto.

Cuando dejó la casa todavía seguía atontado por los golpes, pero él lo creía efecto de la borrachera. Apenas recordaba lo que había sucedido. Mezclaba a Van con el accidente del coche y no sabía que lo habían puesto dos veces fuera de combate. Se acordaba únicamente de haber perdido el sentido a primera hora de la noche, y creyó que seguía estando borracho. Pero cuando llegó al sitio del accidente y vio la senda y la siguió hasta el manantial y bebió del agua fría, descubrió que lo que quería era un trago; y se arrodilló allí, refrescándose la cara con el agua fría, tratando de examinar su imagen en la rota superficie del agua y susurrando Cielo santo para sus adentros, dominado por una especie de desesperación. Pensó en volver a la casa a por algo de beber; luego pensó en tener que enfrentarse con Temple y con los hombres; con Temple en medio de los hombres.

Librodot

Cuando llegó a la carretera principal el sol estaba alto y calentaba. Me limpiaré un poco, dijo. Y volveré con otro coche a por ella. Decidiré cómo excusarme camino de la ciudad; pensó en Temple conviviendo otra vez con personas que lo conocían, que podían conocerlo. Perdí dos veces el conocimiento, dijo. *Perdí dos veces el conocimiento.* Santo cielo, "Santo cielo, susurró, mientras su cuerpo se retorcía dentro de su ropa arrugada y manchada de sangre en un paroxismo de rabia y de vergüenza.

Con el aire y el movimiento empezó a aclarársele la cabeza, pero a medida que se iba sintiendo mejor físicamente, el futuro se iba haciendo más tenebroso. La ciudad, el mundo, tomaban la apariencia de un negro callejón sin salida; un lugar en el que ya para siempre tendría que andar con el cuerpo encogido, consciente de los susurros que provocaba su paso. Y cuando a media mañana llegó a la casa que andaba buscando, la perspectiva de tener que volver a enfrentarse con Temple era más de lo que podía soportar. De manera que contrató el coche, le explicó al hombre dónde tenía que ir, le pagó y siguió adelante. Poco después, un coche que iba en la misma dirección que él se detuvo y lo recogió.

Librodot

XI

Temple se despertó enroscada sobre sí misma como un gato, con delgadas franjas de luz de sol, semejantes a las púas de un tenedor de oro, cruzándole la cara, y mientras sentía en sus músculos entumecidos el hormigueo de la sangre que circulaba de nuevo, siguió tumbada, contemplando tranquilamente el techo. Al igual que las paredes, no era más que una sucesión de toscos tablones puestos de cualquier forma, cada tablón separado del siguiente por una estrecha línea negra; en un rincón, una abertura cuadrada encima de una escalera de mano daba a un oscuro desván, también atravesado por finos rayos de sol. Trozos de arreos momificados colgaban de clavos en las paredes, y Temple, todavía sin moverse, trató de coger un puñado de la sustancia sobre la que estaba tumbada. Cuando tuvo la mano llena, alzó la cabeza y vio dentro de su abrigo abierto carne desnuda entre sostén y bragas y entre bragas y medias. En seguida se acordó de la rata y alzándose precipitadamente corrió hacia la puerta y empezó a arañarla sin soltar el puñado de vainas de algodón, el rostro todavía abotargado por el sueño profundo de los diecisiete años.

Supuso que la puerta estaría atrancada y durante algún tiempo no consiguió abrirla, apretando los toscos tablones con dedos entumecidos hasta oír el chirrido de las uñas. Al abrirse la puerta Temple salió a toda prisa y acto seguido volvió a entrar en el cuarto-almacén cerrando la puerta de golpe. El ciego venía trotando loma abajo, golpeando el suelo con el bastón; con la otra mano, que llevaba en la cintura, se sujetaba los pantalones. Cruzó por delante del cuarto-almacén con los tirantes balanceándose a la altura de las caderas, arrastrando los pies sobre la paja desmenuzada del corredor, y se perdió de vista, sin dejar de dar suaves golpes con el bastón mientras avanzaba a lo largo de la hilera de pesebres vacíos.

Temple se acurrucó contra la puerta, ciñéndose el abrigo. Oyó detenerse al ciego en uno de los pesebres del fondo. Abrió la puerta y, al asomarse, vio la casa iluminada por la clara luz de mayo, envuelta en paz dominical, y se acordó de las chicas y de los muchachos que estarían saliendo de las residencias con sus trajes recién estrenados, caminando por calles en sombra hacia el refrescante y reposado repicar de las campanas. Temple alzó un pie, examinó la planta de la media, limpiándola con la mano, y luego hizo lo mismo con la otra.

El bastón del ciego repiqueteó de nuevo. Temple levantó la cabeza de golpe, cerró la puerta, dejando sólo una rendija y esperó a verlo pasar, caminando ahora más despacio, alzándose ya los tirantes. Después de subir la loma entró en la casa. Temple abrió la puerta y salió 'cautelosamente.

Avanzó rápidamente hacia la casa, sin dejar de mirarla, aunque sus pies, sólo protegidos por las medias, protestaban ante las desigualdades del terreno. Después de subir al porche entró en la cocina y se detuvo, tratando dé percibir algún ruido en el silencio. El fogón estaba apagado. Encima descansaban una cafetera ennegrecida y una sartén sucia; sobre la mesa se apilaban en desorden los platos sin limpiar. No he comido desde…, desde… hace un día por lo menos, pensó Temple, pero ayer tampoco comí. No he comido desde…, y ésa fue la noche del baile y no cené. No he comido desde el almuerzo del viernes, pensó. Y hoy es domingo, acordándose de campanas en airosos chapiteles contra el azul del cielo, y de palomas arrullándose en los campanarios como si hicieran eco a las notas más graves del órgano. Temple regresó junto a la puerta y miró fuera. Luego salió, ciñéndose el abrigo.

Librodot

Entró en la casa y apretó el paso, corredor adelante. El sol daba ahora en el porche delantero y Temple avanzó levantando la cabeza a cada momento, para no perder de vista la mancha de sol enmarcada por la puerta. No apareció nadie. Al llegar a la puerta a la derecha de la entrada, la abrió, entró de un salto en la habitación, cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella. La cama estaba vacía. La colcha de retazos se hallaba encima, hecha un rebuño, y también la cantimplora de color caqui y uno de sus zapatos. El vestido y el sombrero estaban tirados en el suelo.

Temple recogió el vestido y el sombrero y trató de limpiarlos con la mano y con el borde del abrigo. Luego buscó el otro zapato levantando la colcha y agachándose para mirar debajo de la cama. Lo encontró por fin en la chimenea, entre un morillo y una pila de ladrillos medio caída; el zapato estaba de lado, y lleno de cenizas, como si alguien lo hubiera tirado allí o le hubiese pegado una patada. Temple lo vació, lo limpió con el abrigo y lo puso sobre la cama; también cogió la cantimplora y la colgó del clavo en la pared. Llevaba encima las letras U S y un número que apenas podía leerse en estarcido negro. Después se quitó el abrigo y empezó a vestirse.

De piernas largas, brazos delgados y nalgas poco pronunciadas -con una figura infantil, pero sin ser ya niña ni tampoco completamente mujer-, Temple se movió con gran rapidez mientras se alisaba las medias y se retorcía para introducirse en su breve y ajustado vestido. Ahora ya me puedo enfrentar con cualquier cosa, pensó calmosamente, con una especie de embotado asombro; puedo enfrentarme con lo que sea. De la parte superior de una media sacó el reloj con una cinta negra. Las nueve. Se peinó con los dedos los rizos apelmazados, quitándose tres o cuatro vainas de algodón. Cogió el abrigo y el sombrero, se acercó de nuevo a la puerta y escuchó.

Desde la habitación regresó al porche de atrás. En la palangana quedaba un resto dé agua sucia. Después de limpiarla, la llenó y se lavó la cara. De un clavo colgaba una toalla sucia. Se secó con muchas precauciones y luego extrajo la polvera del abrigo; aún seguía usándola cuando se dio cuenta de que la mujer la estaba observando desde la puerta de la cocina.

-Buenos días -dijo Temple.

La mujer tenía al niño contra la cadera. Estaba dormido.

-Hola, guapo -dijo Temple, agachándose-; ¿no irás a dormir todo el día? Temple ya está despierta.

Entraron en la cocina. La mujer le sirvió café en una taza.

-Debe de estar frío -dijo-. A no ser que prefiera usted encender otra vez el fuego.

Del horno sacó una bandeja con pan.

-No -dijo Temple, bebiendo a sorbos el café tibio y sintiendo movérsele las entrañas en pequeños coágulos hormigueantes, como perdigones sueltos-. No tengo hambre. Hace dos días que no he comido, pero no tengo hambre. ¿No es curioso? No he comido desde… -contempló la espalda de la mujer con una rígida mueca conciliadora-. No tendrán ustedes un cuarto de baño, ¿verdad?

-¿El qué? -dijo la mujer. Miró a Temple por encima del hombro, mientras la otra seguía contemplándola con aquella mueca servil y conciliatoria. Luego arrancó unas cuantas hojas de un catálogo de ventas contra reembolso que había en un estante y 6e las dio a Temple-. Tendrá que ir al establo, como hacemos nosotros.

-¿Al establo? -dijo Temple, con el papel en la mano extendida.

-Se han ido todos -dijo la mujer-. No volverán hasta la tarde.

-Claro -dijo Temple-. El establo.

Librodot

-Sí; el establo -dijo la mujer-. A no ser que su delicadeza se lo impida.

-Claro -dijo Temple.

Miró hacia afuera, más allá del claro invadido por la maleza. En el espacio delimitado por las sombrías masas de los cedros, el huerto brillaba al sol. Temple, después de ponerse el abrigo y el sombrero, se dirigió hacia el establo, empuñando las hojas del catálogo, salpicadas de reproducciones en miniatura de pinzas para la ropa, máquinas para escurrir la colada y detergentes, y entró en el pasillo central. Se detuvo, doblando una y otra vez las hojas; luego siguió adelante, lanzando rápidas miradas llenas de encogimiento a las casillas vacías. Terminó atravesando el establo de lado a lado, ya que estaba abierto por la parte de atrás, y daba a una gran masa de espliego, con abundantes floraciones de color blanco y morado. Temple salió otra vez hasta donde brillaba el sol, entre la maleza. En seguida empezó a correr, levantando los pies casi antes de que tocaran la tierra, mientras las malas hierbas la rozaban amenazantes con sus enormes eflorescencias, húmedas y malolientes. Se detuvo para escurrirse entre los oxidados alambres de una decrépita valla y luego siguió corriendo colina abajo entre los árboles.

Al pie de la colina, una estrecha cicatriz de arena dividía las dos pendientes de un vallecito, retorciéndose en una serie de manchas deslumbradoras allí donde el sol la alcanzaba. Temple se detuvo sobre la arena, escuchando a los pájaros entre las hojas iluminadas, aguzando el oído, mirando alrededor. Fue siguiendo el arroyuelo seco hasta donde un saliente formaba un escondrijo, bajo una maraña de brezos. Prendidas en el renovado verdor de las ramas, colgaban todavía, sin caer a tierra, las hojas secas del año anterior. Temple estuvo allí de pie un rato, doblando una y otra vez las hojas entre los dedos, sumida en una especie de abatimiento. Cuando se alzó más tarde, vio, sobre la resplandeciente masa de hojas a lo largo de la cresta del badén, la silueta acuclillada de un hombre.

Por un instante se detuvo a verse salir corriendo de su propio cuerpo, dejando atrás un zapato. Vio cómo sus piernas se movían rápidamente sobre la arena, entre las manchas de sol, por espacio de varias yardas, para luego girar en redondo, correr hacia atrás, recoger el zapato, volver a girar en redondo y salir otra vez corriendo.

Se hallaba de nuevo frente al porche delantero cuando advirtió, de refilón, la silueta de la casa. El ciego estaba sentado en una silla, con la cara levantada hacia el sol. En el sitio donde empezaban los árboles se detuvo para ponerse el zapato. Atravesó el antiguo césped transformado en maleza, subió al porche de un salto y echó a correr por el pasillo. Cuando salió al porche de atrás vio a un hombre en la puerta del establo, mirando hacia la casa. Cruzó el porche en dos zancadas y entró en la cocina, donde la mujer, sentada a la mesa, fumaba con el niño sobre el regazo.

-¡Me ha estado mirando! -dijo Temple-. ;Me ha estado mirando todo el tiempo!

Se apoyó contra la puerta, la cara vuelta hacia el exterior; luego se acercó a la mujer -el rostro sin color, los ojos como agujeros hechos con la punta del cigarrillo- y puso la mano sobre el fogón apagado.

-¿Quién? -dijo la mujer.

-Sí -dijo Temple-. Estaba entre los matorrales, espiándome todo el tiempo.

Miró hacia la puerta, luego otra vez a la mujer y entonces vio su propia mano sobre el fogón. La alzó con un grito lastimero, y apretándosela contra la boca, se dio la vuelta y echó a correr hacia el porche. La mujer la sujetó por un brazo sin soltar al niño, y Temple se metió de nuevo en la cocina. Goodwin venía hacia la casa. Miró una vez en dirección a ellas y luego siguió andando hasta desaparecer por el pasillo.

Temple empezó a forcejear.

Librodot

-¡Suélteme! -susurró-, ¡suélteme!

Levantándose y agachándose, aplastó la mano de la mujer contra el marco de la puerta una y otra vez hasta que la dejó libre. Se bajó del porche de un salto y corrió hacia el granero; nada más entrar trepó por la escalera de mano, se metió como pudo en el sobrado y, otra vez en pie, echó a correr hacia el montón medio podrido de heno.

Pero de repente se halló durante un brevísimo intervalo corriendo al revés; vio cómo sus piernas seguían corriendo en el aire, hasta que su espalda chocó con las vainas de algodón -con cierta violencia pero sin hacerse daño- y ella se quedó tumbada, viendo en lo alto una abertura alargada que se iba cerrando con un repiqueteo de tablones sueltos. Un polvo muy fino se filtraba entre los rayos de sol.

Mientras su mano iba tocando las vainas de algodón sobre las que estaba tumbada, se acordó de la rata por segunda vez. Todo su cuerpo se agitó en un complicado movimiento de pataleo que le hizo incorporarse sobre las sueltas vainas de algodón, de manera que extendió los brazos y consiguió guardar el equilibrio, cada mano en uno de los lados del rincón, y su rostro a menos de doce pulgadas de la viga transversal en la que estaba agazapada la rata/Durante un instante se miraron fijamente; luego los ojos del animal se iluminaron de repente como dos bombilla? diminutas y la rata saltó en dirección a la cabeza de Temple en el momento en que se echaba hacia atrás y pisaba algo que se escurrió bajo sus pies.

Temple cayó de cara hacia el rincón opuesto, entre vainas de algodón y unas cuantas mazorcas sueltas, roídas hasta el último grano. Algo hizo un ruido sordo al chocar con la pared y golpeó la mano de Temple al salir despedido. La rata estaba ahora en aquel rincón, también en el suelo. Sus rostros se hallaban otra vez a menos de doce pulgadas de distancia, y los ojos de la rata brillaban y se oscurecían como si funcionaran al unísono con sus pulmones. Luego el animal se irguió, la espalda contra el rincón, las patas delanteras dobladas sobre el pecho, y empezó a chillar lanzando breves gritos lastimeros. Temple retrocedió a gatas, sin dejar de mirarla. Luego se puso en pie y dio un salto en dirección a la puerta, golpeándola con los puños, vigilando a la rata por encima del hombro, el cuerpo pegado a la puerta, arañando los tablones con las uñas…

XII

La mujer siguió en la puerta de la cocina, con el niño en brazos, hasta que Goodwin salió de la casa. La palidez de las aletas de su nariz destacaba sobre el tono uniformemente moreno de la cara, y la mujer dijo:

-¡Santo cielo! ¿También tú estás borracho?

Goodwin avanzó por el porche.

-No está aquí -dijo la mujer-. No la encontrarás.

Goodwin pasó rozándola, dejando tras sí un intenso olor a whiskey. La mujer se volvió para mirarlo. El lanzó una rápida ojeada a la cocina y luego se volvió hacia ella, de pie en la puerta, impidiendo el paso.

-No la encontrarás -dijo la mujer-. Se ha ido.

Goodwin se acercó a ella levantando el brazo.

-No me pongas la mano encima -dijo la mujer.

Goodwin le agarró el brazo, lentamente. Tenía los ojos un poco encarnados. Las aletas de su nariz parecían hechas de cera.

-Quítame la mano de encima -dijo la mujer-. ¿Me oyes?

Lentamente Goodwin la separó de la puerta. Ella empezó a maldecirlo.

-¿Crees que podrás? ¿Crees que voy a dejarte? ¿Con ésa o con cualquier otra putilla de tres al cuarto?

Permanecieron un momento inmóviles, frente a frente, como a punto de iniciar un paso de danza, en tenso esfuerzo muscular.

Sin moverse apenas, Goodwin le hizo girar en redondo, situándola contra la mesa, un brazo proyectado hacia atrás para conservar el equilibrio, el cuerpo inclinado y la mano tanteando entre los platos sucios. La mujer lo contempló por encima del cuerpecillo inerte del niño mientras se acercaba de nuevo hacia ella.

-¡Atrás! -le dijo, alzando un poco la mano y mostrando el cuchillo de cortar la carne-. Atrás.

Goodwin siguió avanzando y ella le atacó con el cuchillo.

El la sujetó por la muñeca. La mujer forcejeó. Goodwin le quitó el niño, lo dejó sobre la mesa, le agarró la otra mano que intentaba golpearle en la cara y, sujetándole las dos muñecas con una mano, la abofeteó haciendo un ruido seco y apagado. Luego volvió a abofetearla, primero en una mejilla y luego en la otra, moviéndole la cabeza de lado a lado,

-Eso es lo que hago con todas -dijo él, golpeándola de nuevo-. ¿Te das cuenta?

Al soltarla Goodwin, la mujer retrocedió tropezando con la mesa. Cogió al niño y, medio acurrucada entre la mesa y la pared, vio cómo Lee se daba la vuelta y salía de la cocina.

La mujer se arrodilló en el rincón, con el niño, que no se había movido, siempre en los brazos. Con la palma de la mano se tocó primero una mejilla y luego la otra. Alzán-

Librodot

dose, dejó al niño en la caja, cogió una cofia que colgaba de una escarpia y se la puso. De otra cogió un abrigo con adornos de algo que había sido en tiempos piel de color blanco, y con el niño en brazos salió de la cocina.

Tommy estaba de pie en el establo, junto a la puerta del cuarto-almacén, mirando hacia la casa. El anciano tomaba el sol en el porche delantero. La mujer bajó los escalones, siguió la senda hasta su unión con el camino y continuó andando sin mirar atrás. Cuando llegó a donde estaba el tronco y el coche inutilizado de Gowan, abandonó el camino y tomó un sendero. Cien yardas más allá se sentó junto al manantial, acomodó al niño en su regazo y le cubrió el rostro con el borde de la falda.

Popeye salió de entre los matorrales, midiendo cada paso que daba con sus zapatos embarrados. Luego se detuvo a mirarla desde el otro lado del manantial. Sacó un cigarrillo de la chaqueta con movimientos muy rápidos y después de sacudirlo y retorcerlo se lo puso entre los labios y encendió una cerilla con el pulgar.

-¡Cielo santo! -exclamó-, Le dije lo que sucedería si se pasaban toda la noche bebiendo. Tendría que haber una ley.

Volvió la vista en dirección a la casa. Luego miró a la mujer, a la parte superior de su cofia.

-Absurda casa -continuó-. No se puede decir otra cosa. Apenas hace cuatro días que me encontré a un sujeto acuclillado ahí, preguntándome si leía libros. Dispuesto a atacarme con un libro o algo parecido. A mandarme al otro barrio con la guía de teléfonos.

Miró de nuevo en dirección a la casa, levantando la cabeza como si le apretara demasiado el cuello de la camisa. Luego la bajó otra vez para mirar la parte superior de la cofia de Ruby.

-Me vuelvo a la ciudad, ¿comprendes? -dijo-. Borrón y cuenta nueva. Ya he tenido bastante de esto.

La mujer no alzó la vista. Arregló el borde de la falda que cubría la cara del niño. Popeye siguió adelante y el sonido de sus pasos melindrosos, casi inaudibles, fue perdiéndose entre la maleza hasta desaparecer. En algún sitio del pantano cantó un pájaro.

Antes de llegar a la casa Popeye dejó la carretera para subir por una pendiente boscosa. Al terminar la ascensión vio a Goodwin detrás de un árbol del huerto, mirando hacia el establo. Popeye se detuvo en la linde del bosque y contempló la espalda de Goodwin. Sacó otro cigarrillo y hurgó en el chaleco con los dedos. Cruzó el huerto andando cautelosamente. Goodwin le oyó y volvió la cabeza. Popeye extrajo una cerilla del chaleco, la prendió y encendió el cigarrillo. Goodwin volvió otra vez la vista hacia el establo y Popeye se detuvo a la altura de su hombro, mirando también en la misma dirección.

-¿Quién está ahí abajo? -preguntó. Goodwin no respondió. Popeye echó el humo por la nariz-. Me voy definitivamente -dijo. Goodwin no respondió, con la mirada fija en el establo-. He dicho que me voy -insistió Popeye.

Goodwin le maldijo sin mover la cabeza. Popeye siguió fumando tranquilamente, mientras el humo formaba espirales delante de los negros botones blandos de sus ojos. Luego dio la vuelta y se dirigió hacia la casa. El anciano estaba sentado al sol. Popeye no entró en la casa, sino que cruzó por delante y siguió avanzando entre los cedros hasta un sitio donde ya no podían verlo. Entonces se dio la vuelta, atravesó el jardín y el campo invadido por la maleza y entró en el granero por la parte de atrás.

Librodot

Tommy se había acuclillado junto a la puerta del cuarto-almacén y seguía mirando hacia la casa. Popeye lo estuvo mirando un rato mientras fumaba. Luego tiró el cigarrillo y entró sin hacer ruido en una de las casillas para los caballos. Encima del pesebre había un enrejado de madera para el heno, debajo precisamente de una abertura en el suelo del sobrado. Popeye trepó hasta el enrejado y luego -con la ajustada chaqueta distendida en pliegues muy finos a la altura de los hombros y de la parte alta de la espalda- se introdujo silenciosamente por el agujero del techo.

Librodot

XIII

Tommy estaba de pie en el corredor del establo cuando Temple consiguió por fin abrir la puerta del cuarto-almacén. Pero no lo reconoció hasta hallarse ya medio de espaldas y haber iniciado el salto al interior del cuarto; luego se volvió hacia él, bajó otra vez el escalón y se agarró a su brazo. Pero al ver a Goodwin en la puerta de atrás de la casa, giró de nuevo y se metió en el cuarto-almacén para después asomar la cabeza por detrás de la puerta, mientras salía de su boca una débil sucesión de íes, algo así como burbujas de una botella. Se apoyó contra la puerta, y trató de empujarla, oyendo al mismo tiempo la voz de Tommy.

-… Lee dice que no le dolerá. Todo lo que tiene que hacer es tumbarse… -era un sonido monótono del que no llegaba a tomar conciencia, como tampoco veía los ojos claros de Tommy ni su pelo desgreñado. Temple se apoyaba contra la puerta, gimiendo, tratando de cerrarla. Luego sintió su mano torpe en un muslo-, … dice que no le dolerá. Todo lo que tiene que hacer es…

Temple lo miró, sintiendo en la cadera su mano callosa y desconfiada.

-Sí -dijo-. De acuerdo. No le deje entrar aquí.

-¿Quiere usted decir que no deje pasar a ninguno?

-Eso es. No me dan miedo las ratas. Usted quédese ahí y no le deje entrar.

-De acuerdo. Arreglaré las cosas para que nadie llegue donde está usted. Me quedaré aquí mismo.

-Muy bien. Cierre la puerta. No le deje entrar aquí.

-De acuerdo -Tommy empujó la puerta. Temple estaba apoyada contra ella, mirando hacia la casa. El la apartó para poder cerrar la puerta-. No le dolerá nada, dice Lee. Todo lo que tiene que hacer es tumbarse.

-Muy bien. Lo haré. No le deje entrar aquí.

La puerta se cerró. Luego Temple le oyó colocar el travesaño de madera. Después Tommy zarandeó la puerta.

-Ya está atrancada -dijo-. Ahora nadie puede llegar a donde está. Yo me quedaré aquí mismo.

Tommy se acuclilló sobre la paja desmenuzada, mirando hacia la casa. Al cabo de un rato vio cómo Goodwin volvía a asomarse por la puerta de atrás y miraba en dirección suya; siempre acuclillado, con las manos en las rodillas, los ojos de Tommy brillaron de nuevo y por un instante sus iris dieron la impresión de girar alrededor de las pupilas como ruedas diminutas. Siguió en la misma postura, con el labio superior un poco levantado, hasta que Goodwin volvió a meterse en la casa. Luego suspiró profundamente, contempló la puerta del cuarto-almacén y sus ojos brillaron de nuevo; desconfiados, inquisitivos, codiciosos. Empezó a frotarse las espinillas con las manos, balanceándose suavemente de un lado a otro, Pero su cuerpo se tensó, inmovilizándose, al ver que Goodwin cruzaba rápidamente la esquina de la casa y desaparecía entre los cedros. Siguió acuclillado, con el cuerpo tenso y el labio superior un poco levantado, mostrando sus dientes desiguales.

Librodot

Sentada sobre las vainas de algodón y las mazorcas roídas, Temple levantó de pronto la cabeza hacia la trampa en lo alto de la escalera de mano. Oyó cómo Popeye cruzaba el sobrado y luego vio aparecer un pie, tanteando cautelosamente en busca del primer peldaño. Mientras descendía la estuvo mirando por encima del hombro.

Temple permaneció completamente inmóvil, con la boca ligeramente abierta. Popeye se detuvo a mirarla. Proyectó varias veces la barbilla hacia adelante, como si le apretara demasiado el cuello de la camisa. Alzó los codos y se los frotó con la palma de la mano, repitiendo el gesto con el borde de la chaqueta; luego salió del campo de visión de Temple, moviéndose sin hacer el menor ruido, con la mano en el bolsillo. Al ver que la puerta no se abría le dio un empujón.

-Abre la puerta -dijo.

No hubo respuesta. Al cabo de un momento Tommy susurró:

-¿Quién es?

-Abre la puerta -dijo Popeye.

La puerta se abrió. Tommy miró a Popeye y parpadeó.

-No sabía que estaba ahí -dijo.

Trató de mirar detrás de Popeye, dentro del cuarto, pero el otro le puso la mano en la cara, empujándolo hacia atrás. Luego se asomó y miró hacia la casa. Después miró a Tommy.

-¿No te dije que no me siguieras?

-No le estaba siguiendo -dijo Tommy-. Estaba vigilándolo a él -añadió, con un movimiento de cabeza en dirección a la casa.

-Sigue haciéndolo, entonces -dijo Popeye.

Tommy volvió la cabeza para mirar hacia la casa y Popeye sacó la mano del bolsillo.

A Temple, sentada sobre las vainas de algodón y las mazorcas, el ruido no le pareció más fuerte que el chasquido de un fósforo: un sonido muy breve, insignificante, que se desplomó sobre la escena, sobre aquel instante, haciéndolo totalmente irrevocable, aislándolo por completo; y ella siguió allí sentada, con las piernas extendidas, las manos vueltas, mansamente caídas sobre el regazo, mirando la espalda de Popeye y las arrugas que le hacía en los hombros la chaqueta demasiado ceñida mientras seguía asomado a la puerta, con la pistola detrás, junto al costado, despidiendo un sutil hilo de humo que descendía pierna abajo.

Popeye se volvió y la miró. Movió un poco la pistola, se la guardó en la chaqueta y avanzó hacia ella. No hacía el menor ruido al moverse; la puerta, sin sujeción, se abrió para golpear después contra la jamba, pero tampoco hizo el menor ruido; era como si el sonido y el silencio se hubieran invertido. Temple podía oír el silencio como un susurro atronador mientras Popeye iba hacia ella atravesándolo, apartándolo, y empezó a decir «Me va a pasar algo». Se lo estaba diciendo al anciano con las flemas amarillentas en lugar de ojos. «¡Algo me está pasando!», le gritó al viejo, sentado al sol en su silla, con las manos cruzadas sobre la empuñadura del bastón. «¡Se lo dije!», gritó, haciendo estallar las palabras como silenciosas burbujas calientes en el silencio cegador que los rodeaba, hasta que el anciano volvió la cabeza y los dos coágulos de flema hacia donde ella, tendida sobre las ásperas tablas bañadas por el sol, se agitaba, sacudiendo brazos y piernas. «¡Se lo dije! ¡Se lo dije desde el primer momento!»

Librodot

XIV

Mientras estaba sentada junto al manantial, con el niño dormido sobre las rodillas, la mujer se dio cuenta de que había olvidado el biberón, pero siguió allí por espacio de una hora después de que Popeye la dejara. Luego volvió al camino y echó a andar hacia la casa. Cuando había recorrido la mitad de la distancia con el niño en brazos, se cruzó con el coche de Popeye. Como lo oyó venir se salió del camino y se quedó allí viéndolo acercarse colina abajo. Dentro iban Popeye y Temple. Popeye no hizo ningún gesto, aunque Temple miró de lleno a la mujer. Desde debajo del sombrero los ojos de Temple se detuvieron en su rostro sin dar la menor sensación de reconocerla. No volvió la cara ni se avivaron sus ojos; para la mujer a un lado de la carretera fue como una máscara de color opaco que hubiera pasado delante de ella tirada por una cuerda para luego desaparecer. El coche siguió su camino, bamboleándose y dando saltos sobre los surcos. La mujer se dirigió hacia la casa.

El ciego estaba sentado al sol en el porche delantero. Cuando entró en el corredor la mujer había acelerado el paso. No sentía el peso del niño. Encontró a Goodwin en su dormitorio. Se estaba poniendo una corbata deshilachada.

-¿Qué pasa? -dijo la mujer-. ¿Qué es lo que sucede?

-Tengo que ir a casa de Tull y llamar al sheriff -dijo Goodwin.

-El sheriff -dijo ella-. Sí. Claro -se acercó a la cama y depositó al niño cuidadosamente-. A casa de Tull -añadió-. Sí, tienen teléfono.

-Tú tienes que hacer la cena -dijo Goodwin-. No te olvides de Pap.

-Puedes darle un poco de pan. No le importará. Ha quedado algo encima del fogón. No le importará.

-Iré yo -dijo Goodwin-. Tú te quedas aquí.

-A casa de Tull -dijo ella-. De acuerdo.

Había sido en casa de Tull, a dos millas de distancia, donde Gowan encontrara un coche. Los Tull estaban comiendo. Le dijeron que los acompañara.

-Sólo quiero usar el teléfono -dijo ella. El teléfono se hallaba en el comedor, donde almorzaban. La mujer llamó, con ellos sentados a la mesa. No sabía el número-. Póngame con el sheriff -le dijo pausadamente a la telefonista. Luego habló con el sheriff, mientras la familia de Tull, sentada a la mesa, consumía su almuerzo dominical-. Un hombre muerto. Tiene usted que torcer a la derecha una milla más allá de la casa de Mr. Tull… Sí, la casa del Viejo Francés. Sí. Yo soy Mrs. Goodwin…, Goodwin. Sí.

Librodot

XV

Benbow llegó a casa de su hermana hacia media tarde. Estaba a cuatro millas de Jefferson. El y su hermana habían nacido en Jefferson con siete años de diferencia, en una casa que todavía era suya, aunque Narcissa había querido venderla cuando Benbow se casó con la ex mujer de un hombre llamado Mitchell, trasladándose a Kinston. Benbow no había consentido en vender la casa a pesar de construir un chalet nuevo en Kinston con dinero prestado del que todavía seguía pagando intereses.

Cuando llegó no se veía a nadie. Entró en la casa y se había sentado ya en la sala en penumbra, con las persianas echadas, cuando oyó a su hermana que bajaba las escaleras, todavía ignorante de su llegada. Benbow no hizo el menor ruido. Casi había cruzado por delante de la puerta de la sala y estaba a punto de desaparecer cuando se detuvo y lo miró de frente, sin manifestar sorpresa, con la serena y estúpida fortaleza de las estatuas heroicas; iba vestida de blanco.

-Horace -dijo,

Benbow no se levantó. Siguió sentado, con un aire parecido al de un niño que se sabe culpable.

-¿Cómo te has…? -preguntó Horace-. ¿Ha sido Belle?

-Claro. Me puso un telegrama el sábado. Que la habías dejado y que si venías aquí, te dijera que se había vuelto a su casa de Kentucky y había mandado a buscar a la pequeña Belle.

-Maldita sea -dijo Benbow.

-¿Por qué? -dijo su hermana-. Quieres marcharte de tu casa pero no que ella se vaya.

Benbow se quedó dos días con su hermana. Narcissa nunca había sido muy dada a hablar; llevaba una vida serenamente vegetativa, como una planta de maíz o de trigo que creciera en un invernadero en lugar del campo, y durante aquellos dos días fue de un lado a otro por la casa con un aire tranquilo y vagamente ridículo de trágica desaprobación.

Después de la cena se reunieron en el cuarto de Miss Jenny, donde Narcissa leía el periódico de Memphis antes de acostar a su hijo. Cuando salió de la habitación, Miss Jenny miró a Benbow.

-Vuelve a casa, Horace -dijo.

-A Kinston, no -dijo Benbow-. Tampoco tenía intención de quedarme aquí, de todas maneras. No me marché para venir en busca de Narcissa. No he dejado a una mujer para refugiarme bajo las faldas de otra.

-Si te lo repites muchas veces puede que algún día llegues a creerlo -dijo Miss Jenny-. Y ¿qué harás entonces?

-Tiene usted razón -dijo Benbow-. En ese caso tendría que quedarme en casa.

Librodot

Cuando su hermana regresó, entró en la habitación como quien tiene un propósito concreto.

-Me ha llegado la hora -dijo Benbow.

Narcissa no había hablado directamente con él en todo el día.

-¿Qué vas a hacer, Horace? -dijo su hermana-. Debes de tener algún asunto en Kinston del que necesites ocuparte.

-Hasta Horace debe de tenerlos -dijo Miss Jenny-. Lo que yo quisiera saber es por qué se marchó. ¿Encontraste un hombre debajo de la cama, Horace?

-No tuve tanta suerte -dijo Benbow-. Era viernes, y de pronto comprendí que no podía ir a la estación y recoger la caja de gambas y…

-Pero te has pasado diez años haciéndolo -dijo su hermana.

-Ya lo sé. Por eso estoy seguro de que nunca me gustará el olor de las gambas.

-¿Fue ésa la razón de que dejaras a Belle? -dijo Miss Jenny, mirándolo fijamente-. Has tardado mucho en aprender que si una mujer no es una buena esposa para un hombre lo más probable es que tampoco lo sea para otro, ¿no es cierto?

-Pero ¡escapar como si fueras un negro! -dijo Narcissa-. ¡Y mezclarte con contrabandistas de whiskey y mujeres de la calle!

-Bueno -dijo Miss Jenny-; a la mujer de la calle también la ha dejado. A no ser que piense pasearse por la ciudad con esa varilla de naranjo en el bolsillo hasta que venga a Jefferson.

-Sí -dijo Benbow.

Volvió a hablarles de los tres: Goodwin y Tomray y él sentados en el porche, bebiendo de la garrafa y hablando, mientras Popeye merodeaba alrededor de la casa y aparecía de cuando en cuando para pedirle a Tommy que encendiera una linterna y fuera con él al granero; como Tommy se negaba a hacerlo, Popeye lo maldecía y el otro, sentado en el suelo y restregando los pies descalzos sobre las tablas con un débil ruido silbante, repetía, riendo entre dientes: «¿Verdad que es todo un caso?»

-Estaba tan claro que llevaba encima una pistola como que tenía ombligo -dijo Benbow-. No quiso beber porque, según explicó, el whiskey le hacía vomitar; tampoco quiso sentarse y hablar con nosotros; no quería hacer nada: tan sólo merodear, fumando un pitillo detrás de otro, como un niño enfermo y malhumorado.

»Goodwin y yo fuimos los que hablamos. El había sido sargento de caballería en las Filipinas y en la Frontera, y también estuvo en Francia con un regimiento de infantería; no me explicó el porqué del cambio; por qué lo trasladaron a infantería y lo degradaron. Puede que matara a alguien o que desertase. Habló de Manila y de las chicas mexicanas, mientras el otro, el medio idiota, reía entre dientes, echaba buenos tragos y me ofrecía la garrafa a cada momento: «Beba un poco más»; luego me di cuenta de que la mujer estaba detrás de la puerta, escuchándonos. No están casados. Lo sé como sé que el hombrecillo vestido de negro llevaba una pistola casi de juguete en el bolsillo de la chaqueta. Pero ella sigue allí haciendo el trabajo de una negra; una mujer que en sus buenos tiempos poseyó diamantes y automóviles y los compró con una moneda más segura que el dinero contante y sonante. Y el ciego, el viejo sentado a la mesa, esperando a que alguien le diera de comer, con la inmovilidad de los ciegos, como si uno les estuviera viendo la parte de atrás de *los* ojos mientras ellos escuchan una música que los demás no oímos; aquel viejo que Goodwín se llevó de la habitación y probablemente de la tierra, por lo que se me *alcanza.* No volví a verlo. No llegué a saber quién era ni con quién tenía parentesco. Quizá con nadie. Quizá el viejo

Librodot

francés que construyó la casa hace cien años tampoco quería tenerlo consigo y se limitó a dejarlo allí cuando se murió o se marchó a otro sitio.»

A la mañana siguiente, Benbow consiguió que su hermana le diera la llave de la casa familiar y se fue a la ciudad. La casa estaba en una calle poco importante y llevaba diez años vacía. Horace empezó por sacar los clavos de las tablas que cubrían las ventanas. Los muebles seguían en sus antiguos sitios. Con un mono nuevo, cubos y bayetas fregó los suelos. Al mediodía fue al centro y compró ropa para la cama y unas latas de conservas. Todavía estaba trabajando cuando a las seis llegó su hermana conduciendo su propio coche.

-Ven a casa, Horace -dijo Narcissa-. ¿No te das cuenta de que no sabes hacer estas cosas?

-Lo he descubierto nada más empezar -dijo Benbow-. Hasta esta mañana creía que cualquier persona con un brazo y un cubo de agua era capaz de fregar un suelo.

-Horace -dijo Narcissa.

-Soy el mayor, acuérdate -dijo Benbow-. Voy a quedarme aquí. Tengo alguna ropa de cama.

Fue a cenar al hotel. Cuando regresó, el coche de su hermana estaba otra vez delante de la casa. El chófer negro le había traído un bulto con sábanas y mantas.

-Miss Narcissa dice que use usted éstas -le explicó el negro.

Benbow metió el bulto en un armario e hizo la cama con la ropa que había comprado.

A las doce del día siguiente, mientras almorzaba someramente en la mesa de la cocina, vio, por la ventana, una carreta deteniéndose en la calle. Tres mujeres se apearon de ella y de pie en la acera se arreglaron sin el menor disimulo, alisándose faldas y medias, sacudiéndose la espalda unas a otras, abriendo paquetes y añadiendo otros adornos a su atavío. La carreta, mientras tanto, había seguido su marcha. Las mujeres continuaron a pie y Benbow recordó que era sábado. Se quitó el mono, se vistió y salió de la casa.

La calle desembocaba en otra más ancha que, torciendo a la izquierda, conducía hasta la plaza: un claro entre dos edificios -oscurecido por un lento gentío en continuo movimiento, como un flujo de hormigas- sobre el que se alzaba la cúpula del juzgado, a cuyo alrededor crecía un grupo de robles y acacias cubiertas de algo que parecía nieve deshilachada. Benbow se dirigió hacia la plaza. Le adelantaron más carretas vacías y él adelantó a su vez a más mujeres a pie, negras y blancas, inconfundibles por la evidente incomodidad de la ropa que llevaban puesta y por su manera de andar; todas ellas convencidas de que la gente de la ciudad las tomaba por conciudadanas, aunque en realidad no lograran siquiera engañarse unas a otras.

Las callejas vecinas estaban llenas de carretas atadas, con las parejas de mulas detrás de los carros, hocicando mazorcas medio roídas sobre la compuerta posterior. En la plaza, los automóviles se alineaban en doble fila, mientras sus dueños y los de las carretas, apiñados, con sus monos y su ropa de color caqui, sus chales y sus sombrillas compradas contra reembolso, avanzaban lentamente y entraban y salían de las tiendas, dejando las aceras llenas de peladuras de fruta y cascaras de cacahuetes. Se movían con lentitud de ovejas, tranquilos, impasibles, acumulándose en los sitios más estrechos, contemplando el paso apresurado de los que vestían camisas y cuellos ciudadanos, con el aire vagamente enigmático de cabezas de ganado o de dioses, situados fuera de un tiempo que habían dejado tras de sí sobre la tierra lenta e imprevisible, reverdecida de maíz y algodón en la tarde dorada.

Librodot

Horace se movía entre ellos, arrastrado de un lado a otro por la pausada corriente, sin impacientarse. Conocía a algunos de los transeúntes; la mayoría de los comerciantes y hombres de profesiones liberales lo recordaban como niño, como adolescente, como colega en la abogacía; más allá de la cortina blancuzca de las ramas de las acacias podía ver las sucias ventanas del segundo piso -de cristales tan ajenos al agua y al jabón como diez años atrás- donde su padre y él habían ejercido la profesión, y de vez en cuando se detenía para hablar con algún viejo conocido en los meandros donde el flujo era casi inexistente.

Las radios y los fonógrafos, en las puertas de las tiendas, competían ruidosamente por adueñarse del aire soleado. Delante de esas puertas la gente se apiñaba para escuchar la música durante todo el día. Las piezas que les gustaban eran baladas de melodías tan simples como sus letras, en las que se hablaba de desgracias, de recompensas y de arrepentimientos, cantadas por voces metálicas, borrosas, reforzadas por los ruidos atmosféricos o el chirrido de la aguja; voces descarnadas, lúgubres, ásperas y tristes, que atronaban el aire, desde los muebles gramófonos o los altavoces de superficie rugosa, por encima de los rostros extasiados y las manos encallecidas de lentos movimientos, conformadas desde tiempo inmemorial a las imperiosas exigencias de la tierra.

Era un sábado de mayo: mala época para abandonar la tierra. El lunes, sin embargo, estaban allí otra vez, la mayor parte al menos, en grupos delante del juzgado y por la plaza, y, ya que estaban allí, entrando en las tiendas de cuando en cuando con su ropa de color caqui y sus monos y sus camisas sin cuello. Durante todo el día hubo un corro junto a la puerta de la funeraria, y los niños y los muchachos, con o sin libros de texto, aplastaban la nariz contra el cristal y los más audaces y los hombres más jóvenes de la ciudad entraban en grupos de dos o tres a contemplar a un individuo llamado Tommy. Yacía sobre una mesa de madera, descalzo, vestido con un mono, los desteñidos rizos de la nuca apelmazados por la sangre seca y chamuscados por la pólvora, mientras el encargado del atestado trataba de averiguar su apellido. Pero nadie lo sabía, ni siquiera los campesinos que lo habían tratado durante quince años, ni los comerciantes que algún sábado, muy de tarde en tarde, lo habían visto en la ciudad, descalzo, sin sombrero, con su mirar regocijado y vacío y la mejilla inocentemente abultada por un enorme caramelo de menta. La opinión general era que nunca había tenido un apellido.

Librodot

XVI

El día que el sheriff llevó a Goodwin a la ciudad había en la cárcel un negro que había matado a su mujer cortándole el cuello con una navaja de afeitar; la víctima, con la cabe2a cada vez más inclinada hacia atrás por los borbotones de sangre que le manaban de la garganta, había atravesado corriendo la puerta de la cabaña y dado seis o siete pasos más por el tranquilo callejón iluminado por la luna antes de caer al suelo. Al llegar la noche al negro le gustaba cantar junto a la ventana. Después de la cena, otros negros se reunían al lado de la valla que había debajo -trajes elegantes junto a los de mala calidad y a monos con manchas de sudor- y a coro con el homicida cantaban espirituales mientras los blancos aminoraban el paso y se detenían en la frondosa oscuridad de una primavera que casi era ya verano, para escuchar cómo los que estaban seguros de morir y el que ya se daba por muerto cantaban acerca del cielo y del cansancio; o quizá, en los intervalos entre canciones, para escuchar una voz sonora, sin origen visible, surgida de la oscuridad donde se agitaba y gemía la sombra deshilachada del árbol del paraíso que extendía sus ramas sobre el farol de la esquina, «¡Cuatro días más! ¡Después van a acabar con el mejor barítono del norte de Mississippi!»

A veces, el homicida también se apoyaba durante el día junto a la ventana y entonces cantaba solo, aunque al cabo de un rato uno o dos chicos o negros zarrapastrosos, unas veces con cestas de reparto y otras no, se detuviesen junto a la valla, y los blancos recostados en sus sillas contra la pared del garaje de enfrente, llena de manchas de aceite, escucharan sin dejar por ello de mascar tabaco ininterrumpidamente. «¡Un día más! Después me iré, pobre desgraciado. Oye, ¡no hay sitio para ti en el cielo! Oye, ¡no hay sitio para ti en el infierno! Oye, ¡no hay sitio para ti en la cárcel!»

-¡Que el diablo se lo lleve! -dijo Goodwin, alzando bruscamente la cabeza y mostrando su rostro moreno y enjuto, con una incipiente expresión de hombre acorralado-. No estoy en condiciones de desearle esa suerte a nadie, pero que me aspen… -no quería hablar-. Yo no lo hice. Usted también lo sabe. Sabe que no lo hubiera hecho. No voy a decir lo que pienso. Yo no lo hice. Primero tendrán que colgármelo. Que traten de hacerlo. No corro ningún peligro. Pero si hablo, si digo lo que pienso o lo que creo, entonces sí que estaré en peligro.

Se hallaba sentado sobre el catre de la celda. Miró hacia las ventanas, dos orificios no mucho más grandes que simples cortaduras.

-¿Es tan buen tirador -dijo Benbow- como para acertar a un hombre a través de una de esas ventanas?

Goodwin lo miró.

-¿Quién?

-Popeye -dijo Benbow.

-¿Lo hizo Popeye? -dijo Goodwin.

-¿No fue él? -dijo Benbow.

-Ya he dicho todo lo que tengo que decir. No necesito probar mi inocencia; son ellos los que tienen que colgarme el crimen.

-Entonces, ¿para qué le hace falta un abogado? -dijo Benbow-. ¿Qué quiere que haga?

Goodwin no le miraba.

-Si me prometiera usted conseguirle al chico un puesto de vendedor de periódicos cuando sea capaz de devolver el cambio… -dijo-. Ruby se las arreglará perfectamente, ¿verdad que sí?

Puso la mano sobre la cabeza de la mujer, revolviéndole el pelo.

Estaba sentada en el catre a su lado, y el niño que llevaba en el regazo parecía como siempre sumido en una especie de densa inmovilidad, como los niños de los mendigos en las calles de París, su rostro demacrado bruñido por el sudor, el pelo una delgada línea de sombra sobre su cráneo azulado, y los párpados de color plomizo, ligeramente entreabiertos, dejando vislumbrar el blanco de la córnea.

La mujer llevaba un vestido de crespón gris, cuidadosamente cepillado y habilidosamente zurcido a mano. También había tenido que ensancharlo y, paralela a cada costura, corría una estrecha banda un poco más lustrosa que cualquier mujer reconocería a cien yardas con sólo una mirada. En el hombro se había puesto un adorno morado, de los que se compran en almacenes de precio único o se piden contra reembolso; en el catre, junto a ella, descansaba un sombrero gris con un velo cuidadosamente zurcido; al mirarlo, Benbow no logró recordar cuándo era la última vez que había visto uno; en qué fecha habían dejado de usar velo las mujeres.

Horace llevó a Mrs. Goodwin a su pasa. Fueron andando, ella con el niño y Benbow con una botella de leche y unas cuantas latas de conservas. El niño seguía dormido.

-Quizá lo tiene usted demasiado tiempo en brazos -dijo él-. ¿Qué le parece si buscáramos una niñera?

La dejó en la casa, volvió al centro en busca de un teléfono, y llamó a casa de su hermana para pedir el coche, que vino a buscarlo. Mientras cenaban, les contó el caso a su hermana y a Miss Jenny.

-¡No estás haciendo más que entrometerte! -dijo Narcissa, su rostro sereno y su voz alterados por la indignación-. Cuando te llevaste a la mujer y la hija de otro hombre pensé que era terrible, pero me dije: «Al menos no tendrá la desfachatez de volver aquí nunca más.» También me ha parecido terrible que te hayas marchado de tu casa como un negro y las hayas dejado, pero me he resistido a creer que fuera definitivo. Y ahora me vuelve a parecer terrible que te empeñes sin razón alguna en marcharte de aquí y abrir otra vez la casa, fregándola tú mismo, con toda la ciudad mirándote, para vivir como un vagabundo, negándote a seguir donde todo el mundo espera que te quedes y les parecerá curioso que no lo hagas; y para colmo te mezclas por gusto con alguien que según tu propia confesión es una mujer de la calle, la esposa de un asesino.

-No puedo evitarlo. No tiene nada ni a nadie. Con un vestido pulcramente arreglado que pasó de moda hace cinco años por lo menos, y ese niño, que nunca ha estado más que vivo a medias, envuelto en un trozo de manta que casi tiene la blancura del algodón a fuerza de lavarlo. Sin pedirle nada a nadie excepto que la dejen tranquila, tratando de hacer algo con su vida, mientras que vosotras, mujeres decentes a las que nada os falta…

-¿Quieres decir que un contrabandista de whiskey no tiene dinero para que lo defienda el mejor abogado del país? -dijo Miss Jenny.

-No se trata de eso -dijo Horace-. Estoy seguro de que podría conseguir otro abogado mejor. Es que…

-Horace -dijo su hermana, mirándolo fijamente-. ¿Dónde está esa mujer? -también Miss Jenny le observaba, un poco inclinada hacia adelante en la silla de ruedas-. ¿Has llevado a esa mujer a mi casa?

Librodot

-También es mi casa, querida.

Su hermana ignoraba que durante diez años había mentido a su esposa para pagar los intereses de una hipoteca sobre la casa con adornos de escayola que había construido para ella en Kinston, con el fin de que Narcissa no alquilara a unos extraños la otra casa de Jefferson de la que su esposa no sabía que fuera aún copropietario.

-Mientras esté vacía, y con ese niño… -añadió Horace.

-La casa donde mi padre y mi madre y tu padre y tu madre, la casa donde yo… No voy a permitirlo. No lo consentiré.

-Sólo por una noche, entonces. Mañana por la mañana la llevaré al hotel. Piensa en ella, sola, con ese niño… Imagínate que fuerais Bory y tu, y que a tu marido lo acusaran de un crimen que tú sabías que no había…

-No quiero pensar en ella. Me gustaría no haber oído hablar nunca de ese asunto. Pensar que mi hermano… ¿No ves que siempre tienes que estar limpiando por donde pasas? No es que quede basura; es que tú… Pero ¡meter a una mujer de la calle, a una asesina, en la casa donde nací!

-Tonterías -dijo Miss Jenny-. Pero, Horace, ¿no es eso lo que los abogados llaman colusión? ¿Connivencia? -Horace la miró-. Me parece que ya has tenido más relación con esa gente de la que debiera tener el abogado del caso. Estuviste en el sitio donde ha pasado todo no hace mucho tiempo. La gente puede empezar a pensar que sabes más de lo que has dicho.

-Tiene usted razón, Mrs. Blackstone -dijo Horace-. Y a veces me he preguntado por qué no me hacía rico con la abogacía. Quizá lo consiga cuando tenga edad suficiente para ir a la facultad de derecho donde estudió usted.

-Si estuviera en tu caso -dijo Miss Jenny-, volvería ahora a la ciudad, la llevaría al hotel y la dejaría instalada. Todavía no es tarde.

-Y regresaría a Kinston hasta que terminara todo -dijo Narcissa-. Esa gente no tiene nada que ver contigo. ¿Por qué tienes que hacer cosas así?

-No puedo quedarme impasible ante la injusticia…

-Nunca lograrás poner coto a la injusticia, Horace -dijo Miss Jenny.

-Bien; pues ante esa ironía que acecha en los acontecimientos.

-Humm -dijo Miss Jenny-. Quizá lo hagas porque esa mujer no sabe nada de las gambas.

-De todas formas he hablado demasiado, como de costumbre -dijo Horace-. Y tendré que confiar en que ustedes…

-Tonterías -dijo Miss Jenny-. ¿Crees que Narcissa quiere que la gente sepa que alguien de su familia podría estar relacionado con personas que se dedican a cosas tan naturales como hacer el amor o estafar o robar?

Era cierto que su hermana tenía aquel rasgo destacado. Durante los cuatro días entre Kinston y Jefferson, Horace había contado con su insensibilidad. No esperaba de ella -ni de ninguna mujer- que se interesara mucho por un hombre con el que no se había casado ni había dado a luz cuando tenía otro del que preocuparse y al que mimar que había llevado en el vientre. Pero sí había contado con aquella insensibilidad suya que duraba ya treinta y seis años.

Librodot

Cuando llegó a la casa de la ciudad vio una luz encendida. Entró, atravesando suelos que había fregado él mismo, sin manifestar con la bayeta más habilidad de la que creía tener, ni más de la que manifestara diez años atrás con el martillo -ya desaparecido- que utilizó para clavar las ventanas y las contraventanas, él, que tampoco había logrado aprender a conducir un automóvil. Pero ya habían pasado diez años desde aquello, y había utilizado un martillo nuevo para arrancar los clavos torcidos y abrir las ventanas sobre trozos de suelo recién fregados, tan inmóviles como aguas estancadas, rodeados por el abrazo fantasmal de los muebles envueltos en sus fundas.

La mujer seguía levantada y sólo se había quitado el sombrero, abandonado sobre la cama donde dormía el niño. Los dos juntos le daban a la habitación un aspecto de transitoriedad más inconfundible del que creaban la luz improvisada y la paradoja de ver la cama hecha en un cuarto que olía a largas ausencias. Era como si la feminidad fuera una corriente que atravesara un cable del que colgaba cierto número de bombillas iguales.

-Tengo algunas cosas en la cocina -dijo ella-. Será cosa de un minuto.

El niño estaba sobre la cama, bajo la luz sin pantalla; Horace se preguntó por qué las mujeres, al irse de una casa, quitaban todas las pantallas de las lámparas aunque no tocaran ninguna otra cosa, y se puso a mirar al niño, sus párpados azulados, entreabiertos, que dejaban ver un fragmento de córnea también azulada sobre las plomizas mejillas, la húmeda sombra de los cabellos coronando el cráneo, las manos levantadas, con las palmas ahuecadas, igualmente cubiertas de gotas de sudor, pensando Cielo Santo. Cielo Santo.

Se acordó de la primera vez que lo había visto, en el cajón de madera detrás del fogón en aquella casa en ruinas a veinte millas de la ciudad; de la negra presencia de Popeye cerniéndose sobre la casa como una sombra no más grande que una cerilla, pero que caía, monstruosa y siniestra, sobre algo completamente familiar y cotidiano y veinte veces más grande; se acordó de ellos dos -Horace mismo y la mujer- en la cocina iluminada por una lámpara ennegrecida y rajada, que pendía sobre una mesa con platos limpios, espartanos; y de Goodwin y Popeye en algún lugar de la oscuridad exterior, llena del tranquilo ruido de grillos y ranas, pero colmada también por la presencia de Popeye, como una negra amenaza sin nombre. La mujer sacó la caja de detrás del fogón y se quedó inmóvil junto a ella, con las manos todavía escondidas en aquel vestido que apenas tenía ya forma.

-En el cajón está más protegido de las ratas -dijo ella.

-Ah -exclamó Horace-. Tiene usted un hijo.

Luego ella le mostró las manos, las extendió en un gesto espontáneo y desconfiado al mismo tiempo, tímido y lleno de orgullo, y le dijo que podía traerle una varilla de naranjo.

La mujer regresó con algo discretamente envuelto en un papel de periódico. Horace supo que era un pañal recién lavado antes incluso de que ella dijera:

-He encendido el fogón. Supongo que no debiera haberlo hecho.

-Claro que sí -dijo él-. Se trata tan sólo de una precaución legal, ¿comprende? Más vale que todo el mundo esté un poco incómodo durante unos días que poner en peligro nuestro caso.

La mujer no pareció escucharle. Extendió la manta sobre la cama y puso al niño encima.

-Se da usted cuenta -dijo Horace-, de que si el juez sospechara que sé más sobre el asunto de lo que justifican los hechos… Quiero decir que hemos de hacer ver a todo el mundo que encarcelar a Lee por ese crimen es simplemente…

Librodot

-¿Vive usted en Jefferson? -dijo ella, envolviendo al niño con la manta.

-No. Vivo en Kinston. Pero en otro tiempo ejercía aquí.

-Quiere decirse que tiene familiares en Jefferson.. Mujeres que vivían en esta casa -alzó al niño, ajustando la manta. Luego le miró-. No se preocupe. Comprendo lo que sucede. Ha sido usted muy amable conmigo.

-No se trata de eso -dijo él-, ¿cree usted…? Ande. Vayamos al hotel. Lo que tiene que hacer es descansar bien esta noche. Mañana por la mañana estaré allí muy temprano. Déme al niño,

-Ya lo llevo yo -replicó ella.

Empezó a decir algo más, mirándolo calmosamente unos instantes, pero luego cambió de idea y siguió adelante. Horace apagó la luz y cerró la puerta con llave. La mujer estaba ya en el coche. El se subió también.

-Al hotel, Isom -dijo-. No he aprendido nunca a conducir un coche -añadió-. A veces, cuando pienso en el tiempo que he gastado en no aprender a hacer cosas…

La calle era estrecha, tranquila. Ahora estaba asfaltada, aunque Horace recordaba cuando, después de un chaparrón, se convertía en un canal de sustancias negruzcas, mitad tierra, mitad agua, con sonoros arroyos laterales donde Narcissa y él chapoteaban y se salpicaban con la ropa remangada y el trasero manchado de barro, siguiendo la trayectoria de toscas embarcaciones talladas en madera, o amasaban el fango, pisando una y otra vez en el mismo sitio, tan absortos en la tarea como si fueran alquimistas. Recordaba cuando, virgen de cemento, la calle estaba bordeada a ambos lados por senderos de ladrillos rojos meticulosa y desigualmente colocados, que con el desgaste se habían convertido en un cálido e imprevisible mosaico rojo oscuro sobre la tierra negra, donde el sol del mediodía no llegaba nunca; en aquel momento, impresas en el cemento cerca de la entrada de la avenida que llevaba hasta la casa, podían verse las huellas de los pies descalzos de él y de su hermana.

Los faroles, escasos al principio, se hicieron más frecuentes hasta concentrarse bajo los arcos de la gasolinera situada en la esquina. La mujer se inclinó bruscamente hacia adelante.

-Haga el favor de parar -le dijo al chófer. Isom frenó-. Me apearé aquí e iré andando.

-No hará usted nada de eso -dijo Horace-. Sigue, Isom.

-No; espere -dijo la mujer-. Nos cruzaremos con personas que le conocen. Y luego está la plaza.

-Bobadas -dijo Horace-. Sigue, Isom.

-Entonces bájese usted y espere -dijo ella-. El coche volverá en seguida a buscarle.

-No vamos a hacer nada de eso -dijo Horace-. ¡Cielo santo! No sé.., ¡Sigue, Isom!

-Sería mejor para usted -dijo la mujer. Se recostó en el asiento, pero acto seguido volvió a inclinarse hacia adelante-. Escúcheme. Ha sido usted muy amable. Su intención es buena, pero…

-No cree que dé la talla como abogado, ¿es eso lo que quiere decir?

-Creo que me está pasando lo que me tenía que pasar. No sirve de nada luchar contra ello.

-Claro que no, si de verdad lo siente así. Pero no es cierto. De lo contrario le hubiera dicho usted a Isom que la llevara a la estación. ¿No es verdad? -ella estaba

mirando al niño y arreglándole la manta alrededor de la cara-. Duerma bien esta noche y mañana me tendrá en el hotel a primera hora.

Pasaron junto a la cárcel, un edificio rectangular, brutalmente acuchillado por pálidas rendijas de luz. Sólo la ventana central era lo suficientemente amplia como para darle ese nombre y estaba protegida por una reja de barras delgadas. El homicida negro se apoyaba en ella; abajo, a lo largo de la valla, una fila de cabezas -con sombrero algunas y otras destocadas- sostenidas por hombros ensanchados en el trabajo, y las voces conjuntadas, sonoras y tristes, que se alzaban en la noche tibia e insondable, hablando del cielo y del cansancio.

-No tiene que preocuparse en absoluto. Todo el mundo sabe que no lo hizo Lee.

Se detuvieron frente al hotel. Los viajantes de comercio estaban sentados en sillas a lo largo de la acera, escuchando a los que cantaban.

-Tengo que… -dijo la mujer.

Horace se apeó y aguardó con la portezuela abierta. Ella no se movió.

-Escuche. Tengo que decirle…

-Sí -dijo Horace, extendiendo la mano-. Lo sé. Estaré aquí a primera hora.

La ayudó a apearse. Mientras entraban en el hotel los viajantes se volvieron para mirarle las piernas a la mujer. Luego, camino del mostrador de la recepción, la música les fue siguiendo, apagada por las paredes y por las luces.

La mujer se quedó tranquilamente a un lado, sosteniendo al niño, hasta que Horace terminó.

-Escuche -dijo ella. El botones siguió adelante con la llave, camino de las escaleras. Horace la tocó en el brazo, haciéndola girar en aquella dirección-. Tengo que decírselo- añadió.

-Por la mañana -dijo él-. Estaré aquí a primera hora -continuó guiándola hacia las escaleras. Pero ella seguía resistiéndose, mirándolo; finalmente liberó el brazo dándose la vuelta para ponerse del todo frente a él.

-De acuerdo, entonces -dijo ella. Y añadió en voz baja, con entonación serena, la cara un poco inclinada hacia el niño-: No tenemos ningún dinero. Se lo digo ahora. La última partida, Popeye no nos…

-Sí, sí -dijo Horace-; será de lo primero que nos ocupemos por la mañana. Estaré aquí para cuando termine usted de desayunar. Buenas noches.

Volvió al coche y a la música de los espirituales.

-A casa, Isom -dijo.

Dieron la vuelta y pasaron de nuevo junto a la cárcel, junto a la silueta al otro lado de los barrotes y las cabezas a lo largo de la valla. Sobre la pared enrejada y hendida, la sombra moteada del árbol del paraíso se estremecía y dilataba monstruosamente, aunque apenas corría la menor brisa; lleno de sonoridad y de tristeza el canto fue quedando atrás. El coche siguió adelante, rápido y silencioso, pasando de largo junto a la calle estrecha.

-¡Eh! -dijo Horace-, ¿adonde vas?

Isom pisó el freno bruscamente.

-Miss Narcissa dijo que lo llevara a casa -explicó,

Librodot

-¿Dijo eso? Muy amable por su parte. Puedes decirle que hemos cambiado de idea.

Isom dio la vuelta para subir por la calle estrecha y entrar luego en la avenida bordeada de cedros, horadando con el resplandor de los faros el túnel de árboles sin podar como si se tratara de la más profunda oscuridad del mar, como si avanzaran entre rígidas formas abandonadas a las que ni siquiera la luz pudiera dar color. El coche se detuvo ante la puerta y Horace se apeó.

-Puedes decirle que no me escapé para estar con ella -dijo-. ¿Serás capaz de recordarlo?

Librodot

XVII

Del árbol del paraíso en la esquina del patio de la cárcel se había desprendido ya la última flor en forma de trompeta. El suelo estaba alfombrado con ellas, viscosas cuando se las pisaba y con un olor dulzón más que dulce, con una dulzura empalagosa y decadente; y por la noche la sombra irregular de las hojas maduras se dilataba y contraía rítmicamente sobre la ventana enrejada. Detrás de los barrotes estaba la celda común, cuyas paredes encaladas se hallaban cubiertas de huellas de manos sucias, y de nombres, fechas y coplillas blasfemas y obscenas, garrapateadas o grabadas con un lápiz o un clavo o a punta de cuchillo. Todas las noches el homicida negro se asomaba a la ventana, el rostro cuadriculado por la sombra del enrejado entre el continuo vaivén de las hojas, cantando a coro con los que se colocaban debajo, a lo largo de la valla.

A veces cantaba también durante el día, aunque en esos casos lo hiciera solo, con la excepción de algún transeúnte que aminoraba el paso, de los muchachos zarrapastrosos y de los hombres sentados delante del garaje en la acera de enfrente. «¡Un día más! ¡No hay sitio para ti en el cielo! ¡No hay sitio para ti en el infierno! ¡No hay sitio para ti en la cárcel de los blancos! Negro, ¿qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer, negro?»

Todas las mañanas Isom traía una botella de leche para el niño, y Horace se la entregaba a la madre en el hotel. El domingo por la tarde fue a casa de su hermana. Dejó a la mujer sentada en el catre de la celda de Goodwin. El niño, que hasta entonces había continuado sumido en la misma densa apatía, con los párpados entreabiertos dejando ver un fragmento de córnea, empezaba a moverse de cuando en cuando y lloriqueaba entre débiles sacudidas espasmódicas.

Horace subió a la habitación de Miss Jenny. Su hermana no había hecho acto de presencia.

-No quiere hablar -explicó Horace-. Se limita a decir que tienen que probar que lo hizo. Que tienen contra él las mismas pruebas que tienen contra el niño. No estaría dispuesto a salir bajo fianza aunque le dieran la oportunidad. Dice que está mejor en la cárcel. Es posible que no le falte razón. Su negocio en la casa del Viejo Francés es cosa terminada y estaría acabado aunque el sheriff no hubiera encontrado sus marmitas y destruido…

-¿Marmitas?

-La destilería. Una vez que se entregó empezaron a buscar por los alrededores hasta que encontraron la destilería. Sabían a qué se dedicaba, pero esperaron a verlo caído. Entonces se echaron todos encima. Los buenos clientes, los que le compraban el whiskey, los que se bebían todo el que les daba gratis y quizá trataban de hacerle el amor a su mujer en cuanto se daba media vuelta. Tendría usted que oír las cosas que dicen en Jefferson. Esta mañana el ministro baptista utilizó a Goodwin como tema para su sermón. No sólo en cuanto asesino: también en su calidad de adúltero, contaminador del ambiente de libertad democrático-protestante del condado de Yoknapatawpha. He deducido que su idea era quemar a Goodwin y a la mujer sin otro objeto que servir de ejemplo al niño, a quien habría después que criar y enseñar el idioma inglés con el único fin de que se enterara de que había sido concebido en pecado por dos personas que fueron condenadas al fuego por haberlo engendrado. Cielo santo, cómo puede un hombre, un hombre civilizado, decir seriamente…

Librodot

-No son más que baptistas -dijo Miss Jenny-. ¿Qué hay del dinero?

-Tenía un poco, casi ciento sesenta dólares. Lo había enterrado en el granero, dentro de una lata. Le dejaron que lo sacara. Goodwin dice que ella «saldrá adelante con eso hasta que haya pasado todo. Luego desapareceremos. Hace tiempo que pensábamos hacerlo. Si la hubiese escuchado, no estaríamos aquí ahora. Has sido una buena chica», le dijo a la mujer, que estaba sentada en el catre a su lado, con el niño en brazos. Luego la cogió por la barbilla, moviéndole un poco la cabeza.

-Es una suerte que Narcissa no vaya a formar parte del jurado -dijo Miss Jenny.

-Sí. Pero el muy necio no me deja que mencione siquiera la presencia del tal Popeye. Me ha dicho «No pueden probar nada contra mí. Ya me metí antes en otro lío. Todos los que me conocen saben que nunca haría daño a un deficiente mental». Pero no es ésa la razón de que no quiera que se hable de ese gángster. Y él sabía que yo sabía que no lo era, porque siguió hablando, liándose los cigarrillos con la bolsa de tabaco colgándole de los dientes. «Me quedaré aquí hasta que pase todo. Estaré mejor aquí; fuera no puedo hacer nada, de todas formas. Y ella saldrá adelante con el dinero, y hasta es posible que quede algo para usted hasta que pueda pagarle mejor». Pero yo sabía en qué estaba pensando.

«-Ignoraba que fuera usted un cobarde-le dije.

«-Usted haga lo que le he dicho -replicó-. Aquí estaré perfectamente». Pero no es cierto… -Horace se inclinó hacia adelante, frotándose las manos lentamente-. No se da cuenta.,. Maldita sea, se puede decir lo que se quiera, pero el simple hecho de reflexionar sobre el mal, aunque sea por accidente, corrompe; no se puede traficar ni regatear con la corrupción… Ya ha visto usted que a Narcissa le ha bastado oír hablar de ello para inquietarse y hacerse suspicaz. Yo creía haber vuelto aquí por decisión propia, pero ahora veo que… ¿Supone usted que Narcissa se imaginó que llevaba a esa mujer a casa por la noche, o algo parecido?

-Al principio lo pensé yo también -dijo Miss Jenny-. Pero Mrs. Goodwin debe de haber comprendido que trabajarás con más ahínco por cualquier razón que consideres justa que por todo lo que se te pueda dar u ofrecer.

-¿Quiere usted decir que me dejará creer que nunca han tenido dinero… cuando…?

-¿Por qué no? ¿No lo estás haciendo lo mejor que sabes sin que te paguen?

Entró Narcissa.

-Estábamos hablando ahora mismo de delitos y asesinatos -dijo Miss Jenny;

-Confío entonces en que hayan terminado -respondió sin sentarse.

-También Narcissa sufre -dijo Miss Jenny-. ¿No es cierto, Narcissa?

-¿Qué ha pasado esta vez? -preguntó Horace-. ¿No habrá pillado a Bory oliendo a whiskey?

-Le han dado calabazas. Su pretendiente la ha abandonado.

-¡Qué tonterías dice usted! -replicó Narcissa.

-Sí, señor -dijo Miss Jenny-, Gowan Stevens se ha despedido a la francesa. Ni siquiera volvió de aquel baile en Oxford para decir adiós. Se ha limitado a escribirle una carta -Miss Jenny se puso a buscar por la silla de ruedas-. Y ahora me echo a temblar cada vez que llaman a la puerta, pensando que su madre…

-Miss Jenny -dijo Narcissa-, haga el favor de devolverme mi carta.

Librodot

-Espera un momento -dijo Miss Jenny-, aquí está. Y ahora dime, ¿qué te parece esto como ejemplo de una delicada operación sobre el corazón humano sin usar anestesia? Estoy empezando a creer todo lo que oigo sobre cómo los jóvenes, para casarse, aprenden las cosas que nosotros sólo aprendíamos después de casarnos.

Horace cogió la carta. No era más que una hoja.

Narcissa querida:

Esta carta no lleva encabezamiento. Me gustaría que tampoco tuviera fecha. Pero eso no sería en absoluto necesario si mi corazón estuviera tan limpio como esta página. No volveré a verte No sé cómo explicarlo, pero be pasado por una experiencia que no soy capaz de asimilar. Sólo hay un rayo de luz en esta oscuridad y es que con mis actos me he perjudicado únicamente a mí mismo y que nunca llegarás a enterarte de lo neciamente que me he portado. No necesito decirte que la esperanza de que nunca llegues a saberlo es la sola razón de que nunca vuelva a verte. No me juzgues demasiado duramente. Ojalá tuviera derecho a pedirte que me siguieses apreciando aunque llegaras a saber toda la verdad.

G.

Horace leyó la nota, escrita en una sola hoja, y se quedó con ella entre las manos. Durante un rato no dijo nada. Luego exclamó:

-Dios bendito. Alguien le confundió con un nativo de Mississippi mientras bailaba.

-Si yo fuera tú… -dijo Narcissa. Y añadió al cabo de un momento-: ¿Cuánto tiempo va a durar esto todavía, Horace?

-Ni un día más de lo necesario. *Si* sabes de algún método para que lo saque mañana de la cárcel…

-Sólo hay una forma -dijo ella. Se lo quedó mirando unos momentos. Después se volvió hacia la puerta-. ¿Hacia dónde fue Bory? La cena estará lista dentro de un momento.

-Y ya sabes qué forma es ésa -dijo Miss Jenny cuando salió Narcissa-. Si es que no tienes ni pizca de coraje.

-Sabré si lo tengo o no cuando me diga de qué están hablando.

-De volver con Belle -dijo Miss Jenny-. De volver a casa.

Al homicida negro iban a ahorcarlo un sábado sin pompa y a enterrarlo sin ceremonia: un día estaría cantando en la ventana enrejada y llenando con sus gritos la tibia inmensidad de una noche de mayo, y veinticuatro horas más tarde habría desaparecido, dejándole la ventana a Goodwin, que tenía que ser juzgado en junio y a quien habían negado la libertad bajo fianza. Pero Goodwin seguía oponiéndose a que Horace divulgara la presencia de Popeye en el lugar del crimen.

-Se lo digo yo: no tienen nada contra mí.

-¿Cómo sabe que no lo tienen? -preguntó Horace.

-Bueno; no me importa lo que crean tener contra mí. Sólo sé que si me juzgan no está todo perdido. Pero como se sepa en Memphis que yo he dicho que Popeye andaba por allí, ¿qué posibilidades cree que tengo de volver a esta celda después de declarar?

-Tiene usted que contar con la ley, con la justicia, con la civilización.

Librodot

-Sólo si me paso el resto de la vida acuclillado en aquel rincón. Venga aquí -llevó a Horace hasta la ventana-. Cinco ventanas del hotel dan a esta fachada. Y le he visto encender cerillas con una pistola a veinte pasos. Dése cuenta, maldita sea, de que nunca volvería vivo aquí el día que declarara.

-Pero existe una cosa que se llama poner obstáculos a la…

-Al cuerno con los obstáculos. Tendrán que probar que lo hice yo. Encontraron a Tommy en el granero con un tiro por la espalda. Que encuentren la pistola. Yo estaba allí, esperando. No traté de huir. Podría haberlo hecho, pero no lo hice. Fui yo el que avisó al sheriff. Es cierto que estar allí solo con Ruby y Pap no me favorece mucho. Pero si fuera una estratagema, ¿no le dice el sentido común que hubiera inventado otra mejor?

-No va a ser el sentido común quien le juzgue -dijo Horace-, sino un jurado.

-Pues que saquen todo el partido que puedan. No llegarán muy lejos. El muerto está en el granero; nadie lo ha tocado; yo, mi mujer, el niño y Pap en la casa; tampoco se ha tocado nada de la casa; soy yo el que avisa al sheriff. No, no; sé que de esta forma tengo una posibilidad; en cambio, si hablo de ese tipo está todo perdido. Sé lo que me pasaría.

-Pero usted oyó el disparo -dijo Horace-. Eso ya lo ha dicho.

-No -dijo Goodwin-, no es cierto. No oí nada. No sé nada de ello… ¿Le importa esperar un minuto fuera mientras hablo con Ruby?

La mujer tardó cinco minutos en reunirse con él.

-Hay algo que todavía no sé -dijo Horace-; algo que usted y Lee no me han dicho aún. Y él acaba de advertirla para que no me lo cuente. ¿No es cierto?

Ella siguió andando a su lado, llevando al niño, que aún gemía de cuando en cuando, entre sacudidas espasmódicas. La mujer trataba de calmarlo cantándole en voz baja y acunándolo.

-Quizá lo lleva usted demasiado tiempo en brazos -dijo Horace-; quizá si lo dejara en el hotel…

-Imagino que Lee sabe qué es lo más conveniente -dijo ella.

-Pero el abogado tendría que conocer todos los hechos, saberlo todo. Es él quien tiene que decidir qué debe decirse y qué debe callarse. Si no, ¿para qué tener un abogado? Es como pagarle a un dentista para que le arregle a uno los dientes y luego no dejarle que mire dentro de la boca, ¿no se da usted cuenta? No le haría eso a un dentista o a un médico.

Ella no dijo nada, la cabeza inclinada sobre el niño, que gemía de nuevo.

-Calla -le dijo-; calla, chiquitín.

-Y lo que todavía es peor, existe una cosa llamada poner obstáculos a la justicia. Supongamos que Lee dice bajo juramento que no había nadie más allí; supongamos que están a punto de declararlo inocente, cosa muy poco probable, y aparece alguien que vio a Popeye por los alrededores o le vio irse con el coche. Entonces dirán: si Lee no dijo la verdad en una cosa de poca importancia, ¿cómo vamos a creerle cuando está en juego su cabeza?

Llegaron al hotel. Horace abrió la puerta para que pasara la mujer. Ella no le miró.

-Imagino que Lee sabe lo que es mejor -dijo al entrar. El niño gimió con voz apenas audible pero llena de congoja.

-Calla -dijo la mujer-. No llores.

Librodot

Isom había ido a buscar a Narcissa, que tenía una reunión de amigas; era ya tarde cuando el coche se detuvo en la esquina para recoger a Horace. Empezaban a encenderse algunas luces, y los hombres volvían lentamente hacia la plaza después de la cena, pero era todavía demasiado pronto para que cantara el homicida negro.

-Ya puede darse prisa -dijo Horace-. No le quedan más que dos días.

Pero no había ocupado aún su sitio. La cárcel estaba orientada hacia poniente; un último reflejo cobrizo se apagaba ya sobre los deslustrados barrotes y sobre la mancha más clara de una mano; y en el aire casi inmóvil un azulado jirón de humo se deshacía lentamente,

-Como si no fuera bastante tener allí a su marido, sin necesidad de que ese pobre negro se dedique a contar a voz en grito las horas que le quedan…

-Quizá esperen y los ahorquen juntos a los dos -dijo Narcissa-. A veces lo hacen, ¿no es cierto?

Aquella noche Horace encendió un pequeño fuego en la chimenea. No es que hiciera frío. Ahora usaba sólo una habitación e iba a comer al hotel; había vuelto a cerrar el resto de la casa. Trató de leer, terminó por dejarlo, se desnudó y contempló ya desde la cama cómo se extinguía el fuego en la chimenea. Oyó dar las doce en el reloj del ayuntamiento.

-Creo que cuando esto acabe me iré a Europa -dijo-. Necesito un cambio. O yo, o el estado de Mississippi, uno de los dos.

Quizá unas cuantas personas siguieran aún reunidas junto a la valla: era la última noche del homicida negro; corpulento y de cabeza pequeña, estaría agarrado a las barras como un gorila, cantando, mientras sobre su sombra, sobre el orificio ajedrezado de la ventana, la silueta atormentada del árbol del paraíso seguiría dilatándose y contrayéndose, y sobre la acera la última flor caída no sería ya más que una mancha viscosa. Horace se dio otra vuelta en la cama.

-Tendrían que quitar esa porquería de la acera -dijo-. Maldita sea.

A la mañana siguiente no se levantó a la hora de costumbre; había visto la luz del amanecer antes de conciliar el sueño. Se despertó cuando alguien llamó a la puerta. Eran las seis y media. Fue a abrir. Se encontró con el botones negro del hotel.

-¿Qué pasa? -dijo Horace-. ¿Se trata de Mrs. Goodwin?

-Dice que vaya en cuanto se levante -respondió el negro.

-Dile que estaré allí dentro de diez minutos.

Al entrar en el hotel se cruzó con un hombre joven que llevaba una pequeña cartera negra como las que usan los médicos. Horace subió. La mujer estaba de pie, junto a la puerta entreabierta de la habitación, mirando hacia el pasillo.

-Por fin hice venir al médico -dijo-. Pero quería de todas formas…

Tendido sobre la cama, con los ojos cerrados, el niño estaba congestionado y sudoroso, con las manos ahuecadas por encima de la cabeza, en la actitud de un crucificado, y respiraba con dificultad y entre jadeos.

-Ha estado enfermo toda la noche. Salí a comprar unas medicinas y traté de lograr que se tranquilizara hasta que amaneciera. Al final tuve que llamar al médico -estaba en pie

Librodot

junto a la cama, mirando al niño-. Había una mujer en la casa -añadió-. Una chica muy joven.

-Una… -dijo Horace-. Ah. Sí, claro. Será mejor que me lo cuente.

Librodot

XVIII

Primero por la senda arcillosa y luego por la arena, Popeye condujo velozmente, pero sin dar sensación ni de apresuramiento ni de huida. Temple iba a su lado, con el sombrero encajado en la coronilla; el cabello se le escapaba por debajo del ala arrugada, en bucles apelmazados. Mientras se balanceaba mansamente con el traqueteo del coche, su rostro parecía el de una sonámbula. Cuando al fin se derrumbó contra Popeye en uno de los baches, se limitó a alzar una mano con gesto mecánico. Sin soltar el volante, Popeye la apartó con el codo.

-Enderézate -dijo-, Vamos. Tienes que dominarte.

Antes de llegar al árbol se cruzaron con la mujer. Estaba a un lado del camino, con el borde del vestido doblado sobre la cara del niño; los miró tranquilamente desde debajo de la cofia desteñida, y entró y salió del campo de visión de Temple sin moverse, sin hacer el menor signo.

Cuando llegaron al árbol, Popeye giró el volante y el coche abandonó el camino; luego, aplastando la maleza y la copa del árbol caído, en medio de un continuo ruido de cañas quebradas, similar a una ráfaga de fusilería a lo largo de una trinchera, volvió otra vez a la senda sin disminuir la velocidad en absoluto. El automóvil de Gowan seguía tumbado junto al árbol. Temple lo miró con ojos desprovistos de toda expresión mientras desaparecía a sus espaldas.

Popeye volvió inmediatamente a los surcos arenosos. Pero no era la acción de alguien que huye: la realizó con cierta perversa petulancia, nada más. Tenía un coche muy potente. Incluso sobre la arena iba a cuarenta millas por hora, y siguió a la misma velocidad cañada arriba, hasta llegar a la carretera, donde Popeye tomó la dirección norte. Sentada junto a él, tratando de mantenerse erguida a pesar de unos baches que ya habían dado paso al suave murmullo de la grava, Temple miraba sin expresión hacia adelante, mientras la carretera que había recorrido el día anterior se deslizaba hacia atrás bajo las ruedas como un hilo que se rebobinase, sintiendo todo el tiempo en sus entrañas cómo la sangre rezumaba lentamente. Permanecía inerme en el rincón del asiento, contemplando el continuo retroceso de la tierra -bosques de pinos en espacios abiertos salpicados de cornejos marchitos; juncias; campos verdeantes de algodón recién florecido, tan desprovistos de todo movimiento, tan llenos de paz como si el domingo fuese una propiedad de la atmósfera, de la luz y de la sombra- con las piernas muy juntas, escuchando el rezumar caliente de su sangre y repitiéndose monótonamente a sí misma, Todavía estoy sangrando, todavía estoy sangrando.

Era un día templado y luminoso; una mañana exuberante, con ese increíble resplandor del mes de mayo, repleto de promesas de calor y de mediodías perfectos, con nubes redondas como pellas de nata montada, flotando sin esfuerzo como si no fueran más que imágenes en un espejo, mientras sus sombras se deslizaban serenamente sobre la carretera. Había sido una primavera de color lavanda. Los árboles frutales, los de flores blancas, tenían ya hojas pequeñas cuando se abrieron los capullos; nunca lograron la blancura brillante de la primavera anterior, y también los cornejos habían florecido después de tener hojas, con un retroceso verde antes del crescendo blanco. Pero las lilas, las glicinas y los ciclamores e incluso los árboles del paraíso, siempre tan insignificantes, nunca habían parecido más hermosos ni más refulgentes, con un aroma intensísimo que el aire inquieto de abril y de mayo empujaba hasta una distancia de cien yardas. Las buganvillas de la veranda, a pesar de ser tan grandes

Librodot

como cestos, se sostenían con ingravidez de globos, y, con la mirada vacía en la cuneta que pasaba a toda velocidad, Temple se puso a gritar.

Empezó por un gemido, que fue creciendo en intensidad y se vio repentinamente truncado por la mano de Popeye. Con las suyas sobre el regazo, muy erguida, Temple gritó -el sabor acre de sus dedos en la boca mientras el coche frenaba con un chirrido de neumáticos sobre la grava- sintiendo el rezumar de la sangre en sus entrañas. Luego él la agarró del cogote y ella se quedó inmóvil, la boca redonda y abierta como una diminuta cueva vacía. Popeye la zarandeó.

-Cállate -dijo-, cállate -obligándola a guardar silencio con la presión de los dedos-. Mírate aquí.

Con la otra mano ladeó el espejo del parabrisas, y Temple pudo ver su propia imagen, el sombrero echado hacia atrás, el cabello apelmazado y la boca abierta. Comenzó a buscar en los bolsillos del abrigo sin dejar de mirarse en el espejo. Popeye la soltó, ella sacó la polvera, la abrió y se miró en el espejo, gimiendo un poco. Se empolvó la cara, se pintó los labios y se enderezó el sombrero, gimiendo con los ojos fijos en el espejo diminuto que tenía sobre el regazo mientras Popeye la observaba.

-¿No te avergüenzas de ti misma? -dijo él, encendiendo un cigarrillo.

-Sigo sangrando -gimió ella-. Lo noto.

Con la barra de carmín en la mano, lo miró y abrió la boca de nuevo, Popeye la agarró del cogote.

-Ya está bien. ¿Te vas a callar?

-Sí -gimió ella.

-A ver si es verdad. Vamos. Serénate.

Temple guardó la polvera. Popeye arrancó de nuevo.

La carretera empezaba a llenarse de coches que salían a pasear porque era domingo: Fords y Chevrolets de pequeño tamaño con manchas de barro ya seco; de cuando en cuando algún coche más grande moviéndose a mayor velocidad, con mujeres cubiertas de los pies a la cabeza y cestos polvorientos; camiones cargados con campesinos de rostros impasibles y ropas que parecían hechas de maderas de colores meticulosamente talladas; y muy de tarde en tarde una carreta o un coche de un solo caballo. El bosquecillo que había delante de una desvencijada iglesia de madera en lo alto de una colina estaba lleno de parejas de mulas atadas a los árboles y de coches y camiones muy gastados por el uso, por los golpes y por los caminos en malas condiciones. Los bosques fueron cediendo el paso a los campos cultivados; las casas se hicieron más numerosas. Casi al ras del horizonte, sobre los techos y un par de chapiteles de iglesias, aparecieron jirones de humo. La grava se convirtió en asfalto y entraron en Dumfries.

Temple empezó a mirar' alrededor, como alguien que se estuviera despertando.

-¡Aquí no! -dijo-. No puedo…

-Cierra el pico -dijo Popeye.

-No puedo… Quizá… -gimió ella-. Tengo hambre -añadió-. No he comido desde…

-Seguro que no tienes hambre. Espera a que lleguemos a Memphis.

Temple miró aturdida alrededor con ojos empañados.

-Puede que haya personas…

Popeye torció el volante en dirección a una gasolinera.

Librodot

-No puedo salir -gimió Temple-. Todavía estoy sangrando. ¡Es cierto!

-¿Quién te ha dicho que bajes? -Popeye se apeó y la miró desde el otro lado del volante-. No te muevas.

Ella le vio echar a andar calle adelante y entrar por una puerta. Era una confitería destartalada. Popeye compró un paquete de cigarrillos y se puso uno en la boca.

-Déme dos barras de chocolate -dijo.

-¿De qué clase?

-Chocolate -dijo Popeye.

Sobre el mostrador, debajo de una campana de cristal, había una bandeja de sandwiches. Cogió uno, dejó un dólar y se dirigió hacia la puerta.

-Tenga el cambio -le dijo el dependiente.

-Quédeselo -respondió Popeye-. Se hará rico más de prisa.

Cuando salió, el coche estaba vacío. Se detuvo a diez pies de distancia y se cambió el sandwich a la mano izquierda, el cigarrillo sin encender formando un ángulo agudo con la barbilla. El encargado de la gasolinera, que estaba poniendo otra vez la manguera en su sitio, le vio e hizo un gesto con el pulgar hacia la esquina del edificio.

Pasada la esquina, la pared hacía un saliente, y en el ángulo había un barril grasiento lleno a medias de trozos de metal y de caucho. Temple estaba acuclillada entre el barril y la pared.

-¡Ha estado a punto de verme! -susurró-. ¡Miraba casi directamente hacia mí!

-¿Quién? -preguntó Popeye. Se volvió a mirar calle adelante-. ¿Quién te ha visto?

-¡Venía directamente hacia mí! Un chico de la universidad. Iba mirando directamente hacia …

-Vamos. Déjate de tonterías.

-Iba miran…

Popeye la agarró del brazo. Temple siguió acuclillada en el rincón, dando tirones para liberarse, estirando *t*| cuello para ver más allá de la esquina, el horror pintado en su rostro descolorido.

-Nos vamos ahora mismo.

Luego Popeye la agarró otra vez por el cogote.

Temple gimió con voz ahogada. Era como si la estuviera enderezando lentamente con la mano que la sujetaba. Con esa excepción, ninguno de los dos hacía el menor movimiento. Uno al lado del otro, casi de la misma estatura, parecían dos conocidos que se hubieran parado a hacer tiempo antes de entrar en la iglesia.

-¿Vienes? -dijo él-. ¿Estás lista?

-No puedo. Ya me ha llegado a la media. Mira -se levantó la falda con un gesto lleno de encogimiento, luego la dejó caer y se alzó de nuevo, el torso arqueado hacia atrás, la boca abierta enmudecida por la presión de la mano en la nuca. Popeye la soltó.

-¿Vendrás ahora?

Temple salió de detrás del barril. El la cogió del brazo.

-Tengo todo el abrigo manchado por la espalda -gimió ella-. Míralo y verás.

Librodot

-Estás perfectamente. Te compraré otro abrigo mañana. Vamos.

Se dirigieron hacia el coche. En la esquina, Temple se quedó otra vez atrás.

-¿No has tenido suficiente, verdad? -susurró él, sin tocarla-. ¿Es eso lo que quieres?

Temple siguió andando y se subió al coche sin oponer resistencia. Popeye se sentó al volante.

-Ten. Te he comprado un sandwich -lo sacó del bolsillo y se lo puso en la mano-. Vamos. Cómetelo.

Temple le obedeció, dando un bocado. Popeye encendió el motor y tomó la carretera de Memphis. Con el sandwich ya mordido en la mano, Temple dejó de masticar y abrió de nuevo la boca con la desesperanzada expresión de un niño pequeño; y otra vez la mano de Popeye dejó el volante para sujetarla por el cogote; ella se quedó inmóvil, mirándole a los ojos, la boca abierta y la masa de pan y carne a medio masticar sobre la lengua.

Llegaron a Memphis a media tarde. Al pie del farallón por debajo de Main Street Popeye giró para entrar por una calle muy estrecha de casas de madera ennegrecidas por el humo, con hileras de balcones, un poco apartadas de la calle en solares sin hierba, en los que se veía de cuando en cuando un árbol solitario y resistente de alguna especie venida a menos -enjutos magnolios de ramas retorcidas, olmos achaparrados o acacias de grisáceas y cadavéricas flores- junto a la pared posterior de un garaje; un montón de chatarra en un solar vacío; una caverna de aspecto equívoco con una puerta muy baja donde un mostrador cubierto de hule y una fila de taburetes, una cafetera de metal y un hombre gordo con un sucio delantal y un palillo entre los dientes surgía por un momento de la penumbra, creando el efecto de una siniestra y absurda fotografía falta de luz. Procedente del farallón, más allá de una hilera de edificios para oficinas que se recortaban nítidamente contra la luminosidad del cielo, les llegó el ruido del tráfico -las bocinas de los coches, los tranvías- que pasaba muy por encima de sus cabezas, y venía empujado por la brisa del río; al final de una calle un tranvía se materializó en la estrecha abertura como por arte de magia para desvanecerse inmediatamente entre un prodigioso entrechocar de metales. En el balcón de un segundo piso una joven negra que sólo llevaba puesta la ropa interior fumaba desganadamente un cigarrillo, con los brazos en la barandilla.

Popeye detuvo el coche delante de una de las desvencijadas casas de tres pisos. La entrada quedaba oculta por una ennegrecida estructura rectangular con celosías, caída hacia un lado. En la mugrienta extensión de césped que había delante, con una cinta alrededor del cuello -rosa en un caso y azul en el otro-, se paseaban dos diminutos perros blancos de lanas, semejantes a gusanos, creando un ambiente obsceno e indolentemente paradójico. El reflejo de la luz del sol sobre sus pelajes hacía pensar que los hubieran lavado con gasolina.

Más tarde Temple los oyó fuera, en el pasillo, gimiendo y arañando el suelo, o, cuando la criada negra abrió la puerta, los vio abalanzarse a trompicones hacia el interior del cuarto, trepando y tumbándose sobre la cama y sobre el regazo de Miss Reba, jadeantes y pomposos, balanceándose al compás de las profundas respiraciones de su ama y lameteando la jarra de metal llena de cerveza que ella, al hablar, agitaba con una mano profusamente ensortijada.

-Cualquier persona de Memphis te dirá quién es Reba Rivers. Pregunta a cualquiera que te encuentras por la calle, tanto *si* es un policía como si no. He tenido a algunas de las personas más importantes de Memphis en esta casa: banqueros, abogados, médicos; todos han venido. Tuve a dos capitanes de la policía bebiendo cerveza en el comedor y a su jefe en el piso de arriba con una de mis chicas. Se emborracharon, tiraron la puerta abajo y se lo encontraron en cueros, bailando como un loco. Un hombre de cincuenta años, que medía siete

Librodot

pies, con la cabeza de un alfiler. Buena persona. Me conocía bien. Todos conocen a Reba Rivers. Se gastaban aquí el dinero a manos llenas, ya lo creo que sí. Todos me conocen. Nunca he engañado a nadie, corazón.

Miss Reba bebió cerveza, respirando pesadamente dentro de la jarra, perdida la otra mano -enjoyada con diamantes amarillos tan grandes como guijos- entre las exuberantes ondulaciones de su pecho.

Hasta los movimientos más insignificantes parecía llevarlos a cabo con un derroche de aliento totalmente desproporcionado con el placer que pudieran proporcionarle/ Casi inmediatamente después de que entraran en la casa, mientras con un rosario de madera en una mano y la jarra de cerveza en la otra subía las escaleras delante de ellos con gran esfuerzo, dejando caer pesadamente los pies, enfundados en zapatillas de fieltro, sobre cada escalón, Miss Reba empezó a hablarle a Temple de su asma. Acababa de volver de la iglesia, y llevaba un vestido de seda negra y un sombrero exuberantemente florecido; la parte inferior de la jarra estaba todavía helada por la frialdad del líquido. Miss Reba se movía lentamente, trasladando el peso de su cuerpo de un muslo a otro y hablando sin pausa por encima del hombro, con voz ronca, jadeante y maternal, mientras los dos perros se afanaban a sus pies.

-Popeye sabía muy bien que no te podía traer a ninguna otra casa. Llevo detrás de él… ¿cuántos años hace que estoy detrás de ti para conseguirte una chica, querido? Es lo que yo digo, es tan difícil que un hombre joven viva sin una chica como que… -jadeando, se puso a maldecir a los perros, deteniéndose para apartarlos con el pie-. Volved abajo -les dijo, agitando el rosario amenazadoramente.

Ellos respondieron con agudos ladridos rencorosos, enseñándole los dientes, mientras Miss Reba se recostaba contra la pared, un débil olor a cerveza invadiéndolo todo, la mano en el pecho, la boca abierta, los ojos fijos en una expresión de terror y de tristeza por la dificultad de toda respiración mientras trataba de recobrar el aliento, con la jarra, alzada en la penumbra, convertida en suave brillo apaisado, como de plata deslustrada.

La estrecha escalera giraba sobre sí misma en una sucesión de tramos mezquinos. La luz, que en cada piso se filtraba por delante a través de una puerta con una pesada cortina y por detrás a través de una ventana con la persiana bajada, creaba en todos ellos una sensación de fatiga. Era una luz exhausta, fúnebre, completamente agotada, con la prolongada fatiga de un agua estancada a la que no llegan ni la luz del sol ni los ruidos llenos de vida que la acompañan. Había también un olor insidioso de comida atrasada, con resabios de whiskey, e incluso Temple, a pesar de su ignorancia, se sintió sumergida en fantasmal promiscuidad con la ropa interior, con los discretos susurros de los cuerpos ajados, tan inexpugnables como frecuentemente sitiados, que ocultaban las puertas silenciosas que iba dejando a sus espaldas. Detrás de ella, entre sus pies y los de Miss Reba, trepaban los dos perros -sus pelambres grasientas llenas de reflejos-, golpeando con las uñas las tiras de metal con que la alfombra quedaba sujeta a las escaleras.

Más tarde, tumbada en la cama, con una toalla atada a la cintura cubriendo su desnudez, Temple los oía olfatear y gemir al otro lado de la puerta. Su abrigo y su sombrero colgaban de unos clavos en la pared, el vestido y las medias estaban sobre una silla y, al parecerle que oía el rítmico chapoteo de la tabla de lavar en alguna parte, tuvo de nuevo el mismo doloroso deseo de esconderse que había experimentado cuando le quitaran las bragas.

-Vamos, vamos -dijo Miss Reba-. Yo estuve sangrando cuatro días. Eso no es nada. El doctor Quinn te cortará la hemorragia en dos minutos, y Minnie te tendrá las bragas lavadas y planchadas y ni siquiera te habrás dado cuenta. Vas a ganar mil dólares con esa sangre, querida -alzó la jarra, y las flores de su sombrero, rígidamente moribundas, asintieron en macabra salutación-. Nosotras, las chicas pobres… -añadió.

Librodot

Las persianas de hule, resquebrajadas en mil trayectorias diferentes como un viejo pergamino, se hincharon levemente de aire luminoso, y dejaron entrar a ráfagas en la habitación el sonido de tráfico dominical, festivo, continuo, diáfano. Temple yacía inmóvil en la cama, las piernas estiradas y muy juntas, con la sábana subida hasta la barbilla y el rostro pequeño y descolorido enmarcado por la desparramada opulencia de sus cabellos. Miss Reba, jadeante, bajó la jarra de cerveza. Luego, con voz ronca y desfalleciente, empezó a explicarle a Temple lo afortunada que era.

-Todas las chicas del distrito han tratado de engatusarlo, querida. Hay una, una mujercita casada que se cuela aquí a veces, que le ofreció veinticinco dólares a Minnie para que se lo metieran en la habitación, nada más. Pero, ¿crees que se ha molestado siquiera en mirar a alguna? Chicas que han llegado a ganar cien dólares en una noche. No señor. Se gasta el dinero a manos llenas, pero, ¿crees que las mira como no sea para bailar? Siempre supe que no iba a ser una de esas putas vulgares que tenemos aquí. Se lo explicaba a ellas, les decía, la de vosotras que consiga atraparlo llevará brillantes, dije, pero no será una puta vulgar,, y ahora Minnie te las habrá lavado y planchado tan bien que te parecerá que no ha pasado nada.

-No puedo ponérmelas otra vez -susurró Temple-. De verdad.

-Tampoco tendrás que hacerlo, si no quieres. Se las puedes dar a Minnie, aunque no sé qué hará con ellas como no sea… -al otro lado de la puerta los perros empezaron a gemir con más fuerza. Se oyó un ruido de pasos que se acercaban. La puerta se abrió. Entró la criada negra llevando una bandeja con una botella de cerveza y una copa de ginebra, los perros agitándose alrededor de sus pies-. Y mañana las tiendas estarán abiertas y tú y yo nos iremos de compras, como ha dicho Popeye. Ya dije que la chica que lo atrapara llevaría brillantes: verás cómo… -giró sobre sí misma, enorme como una montaña, la jarra en alto, mientras los dos perros se peleaban por subirse a la cama primero y luego a su regazo, amenazándose mutuamente con rencorosas dentelladas al aire. Desde sus cabezas informes llenas de rizos, ojos como cabezas de alfiler brillaban, coléricos y feroces, mientras rosadas bocas abiertas dejaban al descubierto dientes afilados como agujas-. ¡Reba! -dijo Miss Reba-, ¡bájate! ¡Tú, Mr. Binford! -quitándoselos de encima, mientras los dientes de los perros se volvían contra ella-. Vosotros mordedme y ya veréis… ¿Has lavado la ropa interior de Miss…? ¿Cómo te llamas, querida? Antes no me enteré muy bien.

-Temple -susurró Temple.

-No me refiero al apellido, querida. Aquí no nos andamos con ceremonias.

-Mi nombre es ése. Temple. Temple Drake.

-Te pusieron nombre de chico, ¿no es cierto? ¿Has lavado la ropa interior de Miss Temple, Minnie?

-Sí, señora -dijo la criada-. Se está secando detrás del fogón.

Se acercó con la bandeja, apartando a los perros con muchas precauciones, mientras ellos lanzaban dentelladas al aire cerca de sus tobillos.

-¿La has lavado bien?

-Me ha costado lo suyo -dijo Minnie-. Parece como si la sangre más difícil de quitar…

Con un movimiento convulsivo Temple se dio la vuelta, escondiendo la cabeza debajo de la sábana. En seguida sintió la mano de Miss Reba.

-Vamos, vamos. Ten, tómate esto. Te invito yo. No voy a dejar que la chica de Popeye..,

Librodot

-No quiero más -dijo Temple.

-Vamos -replicó Miss Reba-. Bébelo y te sentirás mejor -levantó la cabeza de Temple, que se apretó la sábana alrededor del cuello. Miss Reba le acercó la copa a los labios. Temple bebió el contenido de un golpe, se tumbó de nuevo encogiéndose, ciñéndose la sábana alrededor del cuerpo, los ojos negros y desorbitados sobre la ropa de la cama.

-Seguro que tienes la toalla mal colocada -dijo Miss Reba, tocando la sábana con la mano.

-No -susurró Temple-. Está perfectamente. No se ha movido -se encogió aún más; las otras pudieron ver cómo doblaba las piernas debajo de la sábana.

-¿Has hablado con el doctor Quinn, Minnie? -dijo Miss Reba.

-Sí, señora -Minnie estaba llenando la jarra con el contenido de la botella, y las paredes de metal se iban cubriendo de una escarcha opaca a medida que aumentaba el volumen de cerveza en el interior-. Pero dice que no hace visitas a domicilio los domingos por la tarde.

-¿Le has dicho quién le llamaba? ¿Le has dicho que era Miss Reba?

-Sí, señora. Pero ha dicho que no…

-Vuelve y dile a ese hijo,.. Dile que… No; espera -se alzó pesadamente-. Darme esa respuesta a mí, que puedo meterlo en la cárcel todas las veces que quiera.

Se dirigió con macizo contoneo hacia la puerta, los perros apretujándose contra las zapatillas de fieltro. La criada la siguió y cerró la puerta. Temple oyó a Miss Reba maldecir a los perros mientras descendía las escaleras con aterradora lentitud. Luego el ruido se perdió a lo lejos.

Las persianas de hule se movían constantemente con débiles sonidos raspantes. Temple empezó a oír el tic-tac de un reloj. Estaba en la repisa de la chimenea, encima del hogar lleno de papel verde ondulado. El reloj era de porcelana con dibujo de flores, sostenido por cuatro ninfas del mismo material. Tenía una sola manecilla, dorada y con adornos de volutas, a mitad de camino entre las diez y las once, dándole a la esfera, por lo demás perfectamente inexpresiva, un sentido muy claro de afirmación, como si nada tuviera que ver con la medición del tiempo.

Temple se levantó de la cama. Sujetando la toalla se dirigió a hurtadillas hacia la puerta, el oído aguzado, la visión un tanto borrosa por el esfuerzo de escuchar. Atardecía; en un espejo opaco -un transparente rectángulo de crepúsculo puesto en pie- se vislumbró como un tenue fantasma, como una sombra descolorida que se movía en la más profunda sima de otra sombra. Al llegar a la puerta empezó a oír cien sonidos conflictivos que se sumaban en una única amenaza y Temple se puso a arañar la puerta furiosamente hasta que encontró el pestillo; al echarlo se le cayó la toalla. La recogió inmediatamente, con la cara vuelta para no verla, corrió de nuevo a la cama, se metió en ella de un salto y, subiéndose la sábana hasta la barbilla con manos crispadas, se quedó quieta, escuchando el secreto murmullo de su sangre.

Tuvieron que llamar a la puerta varias veces antes de que Temple hiciera el menor ruido.

-Es el médico, querida -jadeo Miss Reba roncamente-. Vamos, anda. Pórtate como una buena chica.

-No puedo abrir -dijo Temple, con voz muy débil-. Estoy en la cama.

Librodot

-Anda, vamos. El médico sólo quiere ponerte bien -Miss Reba jadeó roncamente-. Dios mío, si pudiera respirar hondo por lo menos una vez. No me he llenado los pulmones desde… -en el pasillo, al otro lado de la puerta, Temple oía también a los perros-. Querida.

Se levantó de la cama, sujetando la toalla, y fue hasta la puerta sin hacer el menor ruido.

-Querida -dijo Miss Reba.

-Espere -suplicó Temple-. Déjeme volver a la cama antes de Déjeme volver.

-Así me gusta -dijo Miss Reba-. Sabía que iba a portarse como una buena chica.

-Ahora cuente diez -dijo Temple-. ¿Me promete que contará diez? -insistió, la boca junto a la puerta.

Descorrió el pestillo sin hacer ruido y luego se volvió a toda prisa hacia la cama en decreciente repiqueteo de pies descalzos.

El medito era un hombre gordinflón con escasos cabellos rizados. Llevaba gafas con montura de asta que no cambiaban en nada el aspecto de sus ojos, como si los cristales no estuvieran graduados y sólo usara los lentes por razones de decoro profesional. Temple lo miró por encima de la sábana, subida hasta la garganta.

-Haga que salgan -susurró-; si por lo menos se marcharan…

-Vamos, vamos -dijo Miss Reba-, el doctor te pondrá bien.

Temple siguió agarrada a la sábana.

-Si la jovencita permitiera… -dijo el médico. Sus cabellos eran apenas sutiles espirales de vapor por encima de la frente. Su boca, de labios gruesos, húmedos y rojos, se hundía en las comisuras. Detrás de las gafas, sus ojos, de color avellana con reflejos metálicos, parecían diminutas ruedas de bicicleta moviéndose a velocidad vertiginosa. Extendió una mano gruesa y muy blanca con un anillo masónico, cubierta de suave vello rojizo hasta la segunda articulación de los dedos. Un aire frío se deslizó a lo largo del cuerpo de Temple, pasando bajo sus muslos; había cerrado los ojos. Tumbada de espaldas, con las piernas muy juntas, empezó a llorar, desesperada y mansamente, como un niño en la sala de espera de un dentista.

-Vamos, vamos -dijo Miss Reba-, toma otro sorbo de ginebra, cariño. Te sentirás mejor.

La resquebrajada persiana de hule, bostezando de cuando en cuando con un sonido rasposo contra el marco de la ventana, dejaba entrar el crepúsculo en débiles oleadas. Desde detrás de la persiana, el crepúsculo color de humo se alzaba en lentas bocanadas, como señales indias hechas con una manta, espesándose en la habitación. Las figuras de porcelana que sostenían el reloj lanzaban suaves destellos opacos desde sus superficies curvas: rodilla, codo, brazo, costado y pecho, en actitudes de voluptuosa dejadez. El cristal de la esfera, transformado en espejo, parecía recoger toda la luz que se negaba a desaparecer, manteniendo en sus tranquilas profundidades un sereno gesto de tiempo moribundo, con la dignidad de un mutilado de guerra, falto de un brazo. Las diez y media. Temple, tumbada en la cama, mirando al reloj, pensaba en las diez y media.

Llevaba un camisón demasiado amplio de crespón color cereza, que se transformaba en negro por contraste con el blanco de las sábanas. Su rojiza cabellera estaba ahora desenredada y peinada; su rostro, su garganta y sus brazos, fuera de las sábanas, tenían un color

Librodot

ceniciento. Después de que los otros salieran de la habitación se quedó quieta un rato, cubierta por completo con la ropa de la cama. Siguió inmóvil hasta que oyó cerrarse la puerta y hasta que el ruido de los pasos que descendían las escaleras y la voz clara e incesante del médico y la trabajosa respiración de Miss Reba se tiñeron del color del crepúsculo en el destartalado vestíbulo y terminaron por perderse a lo lejos. Entonces saltó de la cama, corrió a la puerta, echó el pestillo, volvió a toda prisa, se cubrió otra vez la cabeza con las sábanas y se quedó toda encogida y en tensión hasta que le faltó el aliento.

Un último resplandor de color azafrán iluminaba el techo y la parte superior de las paredes, resplandor teñido ya de morado por la presencia, contra el cielo de poniente, del farallón cortado a pico sobre el que descansaba Main Street. Temple estuvo viendo cómo desaparecía, consumido por los sucesivos bostezos de la persiana de hule. Vio también condensarse la última luz sobre el cristal del reloj, y cómo la esfera, de ser un orificio redondo en la oscuridad, se convertía en un disco suspendido en medio de la nada, en medio del caos original, para transformarse al fin en una bola de cristal que albergaba en sus inmóviles y enigmáticas entrañas el ordenado caos del intrincado y fantasmal mundo sobre cuyos costados llenos de cicatrices las viejas heridas se precipitan vertiginosamente hacia la oscuridad donde acechan nuevos desastres.

Temple se acordó de las diez y media. La hora de vestirse para ir a un baile si una tenía la suficiente popularidad como para poder llegar tarde. El aire estaba cargado de vapor de agua porque muchas se acababan de bañar; los polvos de tocador brillaban bajo la luz como la paja desmenuzada en el sobrado de un granero, y ellas se miraban unas a otras, haciendo comparaciones, preguntándose quién causaría mayor impresión si entrara en el baile tal como estaba en aquel momento. Algunas no lo harían por nada del mundo, sobre todo las que tenían las piernas demasiado cortas. Otras que estaban muy bien tampoco lo harían, sin explicar el porqué. La peor parecida de todas dijo que en opinión de los muchachos todas las chicas eran feas a no ser que estuvieran vestidas. Explicó que la Serpiente llevaba varios días viendo a Eva y nunca se fijó en ella hasta que Adán le hizo ponerse una hoja de parra. ¿Cómo lo sabes?, dijeron las otras y ella respondió: porque la Serpiente estaba allí antes que Adán, porque fue la primera que echaron del paraíso y estaba allí desde el principio. Pero no era eso de lo que hablaban, y repitieron, ¿Cómo lo sabes?, y Temple se acordaba de ella casi acorralada contra el tocador y el resto de las chicas en círculo, muy bien peinadas, oliéndoles los hombros a jabón perfumado y los polvos flotando en el aire y sus ojos como cuchillos hasta que casi se podía ver el sitio donde sus miradas le tocaban la piel; y los ojos de la chica fea, valientes y asustados y atrevidos, y todas las otras diciendo, ¿Cómo lo sabes?, hasta que se lo contó, y alzó la mano y juró haberlo hecho. Fue entonces cuando la más joven se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación. Se encerró en el cuarto de baño y la oyeron devolver. Temple se acordó de las diez y media de un domingo por la mañana y de las parejas caminando hacia la iglesia. Al mirar el gesto pacífico y ya casi invisible del reloj, se dio cuenta de que todavía era domingo. Quizá eran las diez y media de aquella mañana, aquellas diez y media precisamente. Entonces no estoy aquí, pensó Temple. Esta no soy yo. Yo estoy en la universidad. Esta noche tengo una cita con…, pensando en el chico con quien estaba citada. Pero no se acordaba de quién podía ser. Apuntaba las citas en el *pony*[2] de latín, y así no tenía que molestarse en saber quién era el elegido. Temple se limitaba a vestirse, y al cabo de un rato alguien venía a buscarla. Así que será mejor que me levante y rae vista, dijo, mirando al reloj.

[2] Especie de «chuleta» para casa que consistía en la traducción casi literal, línea por línea, de un determinado texto. El uso del *pony* se consideraba ilegal pero era un instrumento de trabajo muy apreciado por los estudiantes perezosos o con escaso talento.

Librodot

Temple se incorporó y cruzó la habitación tranquilamente. Lo hizo con los ojos en la esfera del reloj, pero aunque pudo ver un alabeado torbellino de débiles luces y sombras que cruzaban el cristal como una miniatura geométrica, no se vio a sí misma. Es este camisón, pensó, mirándose los brazos, el pecho que sobresalía de una mortaja casi invisible, bajo la cual sus pies descoloridos asomaban velozmente a intervalos cuando caminaba. Descorrió tranquilamente el pestillo, volvió a la cama y se recostó con las manos detrás de la cabeza.

Todavía quedaba algo de luz en la habitación. Se dio cuenta de que estaba escuchando el tic-tac de su reloj; que llevaba oyéndolo algún tiempo. Descubrió que la casa estaba llena de ruidos, que se filtraban en la habitación ahogados e irreconocibles, como si vinieran de muy lejos. En algún sitio sonó un timbre, débilmente pero con un tono muy agudo; alguien subió las escaleras con un vestido que crujía a cada momento. El ruido de pasos cruzó por delante de su puerta, y subió un tramo más para cesar luego. Temple siguió escuchando el tic-tac de su reloj. Un automóvil arrancó debajo de la ventana con un chirriar de cambio de velocidades; de nuevo sonó débilmente un timbre, con el mismo tono agudo y durante mucho tiempo. Descubrió que el resto de luz que aún entraba en la habitación procedía de un farol. Después se dio cuenta de que era de noche y de que la oscuridad exterior estaba llena de los ruidos de la ciudad.

Oyó subir las escaleras a los dos perros, poseídos de furiosa urgencia. El ruido cruzó por delante de su puerta y se detuvo convertido en absoluta inmovilidad; los dos perros se quedaron tan quietos que Temple casi podía verlos, aplastados contra la pared en la oscuridad, vigilando las escaleras. Uno de ellos se llamaba míster algo, pensó Temple, esperando oír los pasos de Miss Reba. Pero no era Miss Reba; eran pasos demasiado rápidos y demasiado ligeros. Se abrió la puerta; los perros se precipitaron dentro de la habitación como dos manchas informes, se escondieron debajo de la cama y se quedaron allí agazapados, gimiendo.

-¡Estos perros! -dijo la voz de Minnie-. Me han hecho derramar la sopa -se encendió la luz. Minnie llevaba una bandeja en la mano-. Le traigo algo de cenar -dijo-. ¿Dónde se han metido los perros?

-Debajo de la cama -dijo Temple-. No tengo hambre.

Minnie depositó la bandeja sobre la cama y se quedó mirando a Temple, su rostro amable rebosante de comprensión y placidez.

-Quiere usted que yo… -dijo, extendiendo la mano. Temple apartó la cara muy de prisa. Oyó arrodillarse a Minnie tratando de apaciguar a los perros, que le respondían ladrando, con gruñidos asmáticos y quejumbrosos y dentelladas al aire-. Salgan de ahí, vamos -dijo Minnie-. Siempre saben cuándo Miss Reba se está preparando para emborracharse. Usted, Mr. Binford.

Temple alzó la cabeza.

-¿Mr. Binford?

-El que lleva la cinta azul -dijo Minnie. Agachándose, agitó el brazo en dirección a los perros. Estaban acorralados contra la pared a la cabecera de la cama, gruñendo y lanzándole dentelladas, enloquecidos de terror-. Mr. Binford era el hombre de Miss Reba. Fue propietario de esta casa durante veinticinco años hasta que se murió hace unos cinco. Al día siguiente Miss Reba trajo estos perros, a uno le puso Mr. Binford y a la otra Miss Reba. Cada vez que va al cementerio se pone a beber como está haciendo ahora y entonces los perros tienen que esconderse. Pero a Mr. Binford lo coge de todas, todas. La última vez lo tiró desde la ventana del piso de arriba; luego bajó, vació el armario de Mr. Bin-

Librodot

ford y tiró a la calle toda su ropa, excepto la que llevaba puesta cuando lo enterraron, claro.

-No me extraña que estén asustados -respondió Temple-. Déjelos ahí debajo. A mí no me molestan.

-Imagino que no me queda otro remedio. Mr. Binford no saldrá de esta habitación si puede evitarlo -Minnie se incorporó de nuevo, mirando a Temple-. Tómese la cena -dijo -. Le sentará bien. También le he traído una copa de ginebra sin que se dieran cuenta.

-No me apetece -dijo Temple, volviendo la cara hacia el otro lado.

Oyó salir a Minnie de la habitación y cerrar la puerta sin hacer ruido. Debajo de la cama los perros se aplastaban contra la pared, inmóviles en el frenesí de su miedo.

La luz colgaba del centro del techo, debajo de una pantalla ondulada de papel color rosa, tostado en el sitio donde entraba en contacto con la bombilla. El suelo estaba cubierto por una alfombra marrón con dibujos, dividida en tiras y clavada al suelo con tachuelas; de las paredes color verde oliva colgaban dos litografías enmarcadas. Los visillos de las dos ventanas, de encaje hecho a máquina, parecían etéreos segmentos de polvo coagulado puestos en pie. Toda la habitación tenía un insincero aire de anticuada respetabilidad; en el espejo deformante de un tocador barato de madera barnizada, parecían perdurar -como en una alberca de aguas estancadas- los fantasmas exhaustos de gestos voluptuosos y de muertas lujurias. En el rincón, sobre una desteñida tira de hule llena de costurones y clavada a la alfombra, descansaba un lavabo con una palangana, una jarra y una hilera de toallas; detrás había también una tinaja para el agua sucia, cubierta a su vez con papel ondulado de color rosa.

Los perros no hacían el menor ruido debajo de la cama. Temple cambió levemente de postura; el seco crujido del colchón y de los muelles se fundió en el acto con el silencioso terror de los animales agazapados. Temple pensó en ellos, lanudos, informes, cerriles, malhumorados, malcriados; en cómo la pomposa monotonía de su vida sin sobresaltos les era repentinamente arrebatada sin previo aviso por un incomprensible momento de terror y de miedo al enfrentarse con la aniquilación física por obra de las mismas manos que simbolizaban ordinariamente la reglamentada tranquilidad de sus vidas.

La casa estaba llena de ruidos. Indistinguibles, remotos, llegaban hasta Temple con un significado de despertar, de resurrección, como si la casa misma hubiera estado durmiendo y reviviera al llegar la oscuridad; oyó algo .que podría haber sido una explosión de risa en la voz chillona de una mujer. Los tibios aromas de la bandeja llegaron hasta ella. Temple volvió la cabeza y contempló los platos de gruesa porcelana, unos tapados y otros sin cubrir. En el centro había una copa de ginebra, un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas. Se incorporó sobre un hombro, subiéndose el camisón que se le escurría. Levantó las tapaderas, descubriendo un filete, patatas fritas, guisantes; bollos de pan; una anónima masa rosácea que algún sentido -por eliminación, quizá- identificó como un dulce. Temple volvió a subirse el camisón, pensando en los que estarían cenando en la universidad en animada confusión de voces y entrechocar de cubiertos; en su padre y sus hermanos en el comedor familiar; en el camisón que le habían prestado y en Miss Reba diciendo que saldrían de compras al día siguiente. Y no tengo *más* que dos dólares, pensó.

Al ver la comida descubrió que no tenía hambre en absoluto, que ni siquiera tenía ganas de mirarla. Alzó la copa y la vació de un trago haciendo un gesto de desagrado; apartando la vista de la bandeja dejó la copa y buscó a tientas el paquete de cigarrillos. Cuando se disponía a encender la cerilla, miró otra vez la cena, cogió con muchas precauciones una patata frita y se la comió. Después se comió otra, con el cigarrillo aún sin encender

Librodot

en la mano izquierda. A continuación dejó el cigarrillo, cogió el tenedor y el cuchillo y empezó a comer, haciendo una pausa de cuando en cuando para subirse el camisón.

Cuando terminó de comer encendió el pitillo. Oyó de nuevo un timbre y luego otro en un tono algo diferente. Un portazo vino a cortar el agudo crescendo de una voz de mujer. Dos personas subieron las escaleras y cruzaron por delante de su puerta; oyó la voz de Miss Reba retumbando en algún sitio y luego estuvo escuchando su lenta progresión escaleras arriba. Temple mantuvo los ojos fijos en la puerta hasta que apareció en ella su anfitriona con la jarra de cerveza en la mano. Llevaba un vestido de estar por casa y una toca de viuda con un velo; calzaba zapatillas de fieltro con dibujo de flores. Debajo de la cama, los dos perros emitieron al unísono un ahogado gemido de total desesperación.

El vestido, desabrochado por la espalda, colgaba desmañadamente de los hombros de Miss Reba. Una mano ensortijada descansaba sobre el pecho, mientras la otra mantenía la jarra en alto. La boca abierta, que ponía al descubierto los muchos dientes con empastes de oro, daba testimonio de sus dificultades al respirar.

-¡Dios mío, Dios mío! -dijo Miss Reba.

Los perros salieron de debajo de la cama y se lanzaron hacia la puerta en confuso revoltijo. Al pasar junto a Miss Reba a toda velocidad, su dueña se volvió y les tiró la jarra, que dio en el marco de la puerta, salpicó de cerveza la pared y rebotó contra el suelo con un ruido lleno de desesperanza. Miss Reba respiró entre jadeos, apretándose el pecho. Se acercó a la cama y miró a Temple a través del velo.

-Eramos tan felices como dos palomas -gimió, con voz abogada, las sortijas como rescoldos avivados entre las ondulaciones de su pecho-. Pero tuvo que morirse y dejarme sola -respiró entre jadeos, la boca entreabierta dando forma a la escondida tortura de sus maltrechos pulmones; los ojos, heridos de desconcierto, redondos, desorbitados en la palidez del rostro-. Como dos palomas -gritó con voz ronca, entrecortada.

El tiempo había alcanzado otra vez el gesto muerto del reloj tras el cristal. El de Temple en la mesilla junto a la cama decía las diez y media. Durante dos horas había estado escuchando, tumbada, sin que la molestara nadie. Ahora distinguía voces procedentes del piso bajo. Llevaba algún tiempo oyéndolas, envuelta en la soledad de aquella habitación pasada de moda. Más tarde empezó a tocar una pianola. De cuando en cuando oía los frenos de un automóvil en la calle, bajo la ventana; en una ocasión, a través de la persiana de hule, le llegaron las ásperas voces de dos personas que se peleaban.

Oyó cómo un hombre y una mujer subían las escaleras y entraban en la habitación contigua a la suya. Luego Miss Reba subió también con gran esfuerzo y cruzó por delante de su puerta; tumbada en la cama, inmóvil, con los ojos muy abiertos, Temple escuchó cómo Miss Reba aporreaba la puerta vecina con la jarra de metal y daba gritos con la boca pegada a la madera. Al otro lado de la puerta el hombre y la mujer no hicieron el menor ruido; se quedaron tan quietos que Temple pensó de nuevo en los perros, se acordó de ellos aplastados contra la pared debajo de la cama, atenazados por la ira, el terror y la desesperación. Escuchó la voz de Miss Reba gritando roncamente a la madera insensible hasta transformarse en un angustioso jadeo, para ser muy pronto sustituida por las groseras maldiciones de una voz masculina. Al otro lado de la puerta el hombre y la mujer no hacían el menor ruido. Temple se quedó contemplando la pared más allá de la cual la voz de Miss Reba se alzaba de nuevo mientras aporreaba la madera con la jarra de cerveza.

Temple ni vio ni oyó abrirse la puerta. Cuando, después de un espacio de tiempo que no sabría precisar, miró en aquella dirección, se encontró con que Popeye estaba de pie en el quicio, con el sombrero inclinado sobre la frente. Sin hacer el menor ruido entró en la habitación, cerró la puerta, echó el pestillo y se acercó a la cama. Temple empezó a

Librodot

encogerse muy despacio, al ritmo de Popeye, subiéndose la sábana hasta *h* barbilla, vigilándolo por encima de la ropa de la cama. Popeye llegó junto a la cama y la miró. Ella se retorció lentamente, encogiéndose, contrayéndose sobre sí misma en un aislamiento tan absoluto como si estuviera atada a la torre de una iglesia. Le sonrió, la boca deformada en la rígida y conciliadora palidez de la mueca.

Cuando le puso la mano encima, Temple empezó a gemir.

-No, no -susurró-, el médico dijo que ahora no podía, dijo que…

Popeye tiró de la ropa de la cama, apartándola. Ella se quedó inmóvil, las manos vueltas, la carne bajo te toalla que le cubría el regazo retrocediendo encogida en furiosa desintegración, como personas atemorizadas dentro de una multitud. Cuando él extendió la mano de nuevo, Temple creyó que iba a golpearla. Con los ojos fijos en su rostro, vio cómo sus facciones empezaban a crisparse y a temblar como las de un niño que está a punto de llorar y cómo su boca dejaba escapar un sonido plañidero. Cuando le agarró el borde del camisón, ella le sujetó las muñecas y empezó a moverse de un lado a otro, abriendo la boca para gritar. Popeye se la tapó con una mano y Temple, sin soltarle las muñecas, mientras su saliva le escurría entre los dedos, agitando furiosamente el cuerpo sobre las caderas, le vio agachado junto a la cama, el rostro violentamente contorsionado por encima de su barbilla inexistente, los azulados labios proyectados hacia adelante como si estuviera soplando la sopa para enfriarla, emitiendo un extraño sonido muy agudo que recordaba el relincho de un caballo. Al otro lado de la pared, Miss Reba llenaba el pasillo, la casa entera, con el ronco alboroto jadeante de sus obscenas maldiciones.

Librodot

XIX

-Pero esa chica… -dijo Horace-. Estaba perfectamente. Le consta que estaba bien cuando salió usted de la casa, y luego, cuando la vio con Popeye en el coche. No hacía más que llevarla a la ciudad. Estaba perfectamente. Usted sabe que estaba bien.

La mujer se había sentado en el borde de la cama y miraba al niño, envuelto en el limpio y descolorido trozo de manta, las manos extendidas junto a la cabeza, como si hubiera muerto en presencia de una angustia insoportable que no hubiese tenido tiempo de tocarlo. Tenía los párpados entreabiertos y los ojos vueltos hacia arriba, de manera que sólo se le veía el blanco de la córnea, de un color como de leche aguada. Su rostro estaba aún humedecido por el sudor, pero respiraba ya con menos dificultad. Habían desaparecido los débiles jadeos silbantes que Horace oyera al entrar en la habitación. En una silla junto a la cama reposaba un vaso lleno a medias de un agua levemente coloreada, con una cuchara dentro. A través de la ventana abierta entraban los innumerables ruidos de la plaza -coches, carretas, pasos sobre la acera que quedaba debajo-, y mirando por ella Horace veía el juzgado y a hombres que jugaban a tirar monedas de dólar entre agujeros hechos en la tierra bajo las acacias y los robles.

La mujer cavilaba tristemente, sin dejar de mirar al niño.

-Nadie quería que estuviera allí. Lee les ha dicho una y otra vez que no lleven mujeres, y antes de que oscureciese le dije que aquellos hombres no eran gente de su clase y que se marchara. La había traído el tipo ése que le he dicho, Y estaba en el porche con los otros, sin dejar de beber, porque cuando entró para cenar casi no se tenía en pie. Ni siquiera había tratado de lavarse la sangre que tenía en la cara. No son más que mocosos que, como saben que Lee infringe la ley, creen que pueden ir allí y tratar nuestra casa como una… No es que las personas mayores sean buenas, pero al menos compran whiskey como quien compra cualquier otra cosa; pero los muchachitos como ése son demasiado jóvenes para darse cuenta de que la gente no comete delitos sólo para divertirse -Horace le vio apretar los puños sobre el regazo-. Si estuviera en mi mano, bien sabe Dios que ahorcaría a todos los que hacen whiskey, lo compran o lo beben; a todos, sin dejar uno.

»Pero ¿por qué, me ha tocado a mí, a nosotros? ¿Qué les había hecho yo, a ella o a los de su clase? Le dije que se fuera. Le dije que no se quedara después de anochecer. Pero el individuo que la llevó se estaba emborrachando otra vez y peleándose con Van a cada momento. Si ella hubiera dejado de correr de un lado para otro y de ponerse donde todos tenían que verla… No se quedaba quieta en ningún sitio. Salía corriendo por la puerta en una dirección y al cabo de un minuto regresaba a toda prisa desde el extremo opuesto. Y si él hubiera dejado tranquilo a Van, que tenía que irse con el camión a medianoche, ya se habría ocupado Popeye de que se comportara debidamente. Además era sábado y se quedaron bebiendo toda la noche, y yo había tenido que aguantarlo una y otra vez, y le había dicho a Lee que nos marcháramos, que así no iba a llegar a ninguna parte, y a veces le daban ataques como el de anoche, y no teníamos ni médico ni teléfono. Y para colmo tuvo que aparecer ella, después de haberme pasado años trabajando como una esclava para él.

En reposo, con la cabeza inclinada y las manos todavía sobre el regazo, la mujer tenía la cansada inmovilidad de una chimenea que se alza sobre las ruinas de una casa cuando ya ha pasado el huracán.

Librodot

-De pie en el rincón de detrás de la cama, con el impermeable puesto. Así de asustada estaba cuando le metieron en el cuarto al individuo aquél, cubierto de sangre una vez más. Lo pusieron sobre la cama, Van lo golpeó otra vez y Lee le sujetó el brazo, y ella de pie en el rincón, con unos ojos que parecían los agujeros de una máscara. El impermeable estaba colgado de la pared y ella se lo había puesto sobre el abrigo. El vestido estaba muy bien doblado sobre la cama. Al tipo aquel lo echaron justo encima, con la sangre y todo lo demás, y yo dije:

«-¡Cielo santo! ¿También estás tú borracho?

»Pero Lee se limitó a mirarme y vi que se le había puesto blanca la nariz, como le pasa siempre que se emborracha.

»La puerta no tenía pestillo, pero pensé que muy pronto saldrían a ocuparse del camión y que entonces me daría tiempo a hacer algo. Luego Lee me obligó a salir también a mí y se llevó la lámpara, de manera que tuve que esperar a que se reunieran otra vez en el porche para volver a la habitación. Cuando entré me quedé muy cerca de la puerta. El tipo que había traído a la chica roncaba sobre la cama, respirando con dificultad, con la nariz y la boca magulladas; también oía a los que estaban en el porche. Después salieron y les oía dando vueltas alrededor de la casa y por la parte de atrás. Al final se callaron.

»Yo seguía allí de pie, contra la pared. El otro roncaba, se ahogaba, recuperaba el aliento y hacía un ruido como si gimiera; y yo pensaba en la chica tumbada en la oscuridad, con los ojos abiertos, escuchándolos, y yo teniendo que estar allí, esperando a que se marcharan para tratar de hacer algo. Le dije que se fuera. Le dije: '¿Qué culpa tengo yo de que no esté casada? Tengo tan pocas ganas de tenerla con nosotros como usted de estar aquí.' Dije: 'He vivido toda la vida sin ninguna ayuda de gentes como usted; ¿qué derecho tiene a venir pidiéndome ayuda?' Porque lo he hecho todo por él, hasta arrastrarme por el fango. He prescindido de todo lo que tenía y sólo he pedido que me dejaran sola.

»Luego oí abrirse la puerta. A Lee lo reconozco por la manera de respirar que tiene. Se acercó a la cama y dijo: 'Necesito el impermeable. Levántese y quíteselo', y oí el crujido de las vainas de las mazorcas mientras él se lo quitaba. Luego se marchó. No hizo más que coger el impermeable y salir. Era el impermeable de Van.

»He dado tantas vueltas alrededor de esa casa por la noche, con esos hombres allí dentro, esos hombres viviendo a costa del riesgo que Lee corría y que no hubieran movido un dedo por él si lo hubieran cogido, que era capaz de reconocerlos por la forma que tenían de respirar; y a Popeye lo distinguía por el olor de esa cosa que se da en el pelo. Tommy lo iba siguiendo. Llegó hasta la puerta detrás de Popeye; me miró y le vi los ojos, como los de un gato. Luego sus ojos desaparecieron y sentí que se acuclillaba a mi lado y oíamos a Popeye en el sitio donde estaba la cama y al tipo aquel roncando y roncando.

»Yo oía unos ruidos muy suaves de las vainas de las mazorcas, y por eso sabía que todo iba bien por el momento; al cabo de un minuto Popeye se marchó y Tommy lo siguió, moviéndose con mucha cautela; seguí allí hasta que los oí alejarse en dirección al camión. Entonces me acerqué a la cama. Cuando la toqué trató de defenderse. Quería taparle la boca con la mano para que no alborotara, pero no gritó de todas formas. Siguió tumbada, agitándose, moviendo la cabeza de un lado para otro y ciñéndose el abrigo.

»-¡Estúpida! -le dije-. Soy yo… la mujer.»

-Pero esa chica -dijo Horace- estaba perfectamente. Cuando volvía usted a la casa a la mañana siguiente en busca del biberón del niño, la vio y se dio cuenta de que estaba perfectamente.

Librodot

La habitación daba sobre la plaza. Por la ventana, Horace veía a los jóvenes jugando con monedas de dólar en el patio del juzgado, y las carretas que pasaban o estaban amarradas a las cadenas de enganche; y oía el paso lento y las voces sin prisas de las personas que caminaban por la acera, bajo la ventana; gente que compraba cosas agradables para llevárselas a sus casas y comerlas en mesas tranquilas.

-Usted sabe que esa chica estaba bien.

Aquella noche Horace fue a casa de su hermana en un coche alquilado; no telefoneó para avisar. Encontró a Miss Jenny en su habitación.

-Vaya -dijo-. Narcissa se..,

-No quiero verla -dijo Horace-. Su joven amigo, tan pulcro y tan bien educado. Su caballero de Virginia. Ya sé por qué no volvió.

-¿Quién? ¿Gowan?

-Sí; Gowan. Y se lo juro, será mejor que no vuelva. ¡Cielos! Cuando pienso que tuve la oportunidad…

-¿Cómo? ¿Qué es lo que hizo?

-Se llevó a una estúpida muchachita con él a casa de Lee aquel día, se emborrachó y se fue dejándola allí. Eso es lo que hizo. Si no hubiera sido por esa mujer… Y cuando pienso que gente como esa va por el mundo impunemente por la sencilla razón de que tienen un traje a la última moda y han disfrutado de la asombrosa experiencia de ir a una universidad en Virginia… Que es posible encontrarlos en cualquier tren o en cualquier hotel, o por la calle: en cualquier sitio, dése usted cuenta…

-Ah -dijo Miss Jenny-. Al principio no sabía de quién estabas hablando. Bueno -añadió-. ¿Recuerdas la última vez que estuvo aquí, nada más llegar tú de Kinston? ¿El día que no quiso quedarse a cenar y se fue a Oxford?

-Sí. Y cuando pienso en cómo pude…

-Le pidió a Narcissa que se casara con él. Ella le contestó que con un niño tenía bastante.

-Siempre diré que no tiene corazón. Necesita insultar para quedarse tranquila.

-Así que él se enfadó y dijo que iría a Oxford, donde había una mujer que, tenía motivos para creerlo, no le consideraría ridículo: algo por el estilo. Vaya -Miss Jenny le miró, el cuello inclinado para verlo por encima de los lentes-. Confieso que un padre es una cosa extraña, pero dale a un hombre la oportunidad de intervenir en los asuntos de una mujer que no es de su familia… ¿Por qué piensan los hombres que la mujer con la que se casan o que engendran quizá, se porte mal, pero que todas las demás están condenadas a hacerlo?

-Es cierto -dijo Horace-, y aún he de dar gracias a Dios porque no es de mi sangre. Me resigno a que se vea expuesta a tener que tratar con un canalla de vez en cuando, pero pensar que en cualquier momento se pueda comprometer con un imbécil…

-Bueno, y ¿qué vas a hacer para evitarlo? ¿Iniciar una campaña para terminar con las sabandijas?

-Voy a hacer lo que ha dicho esa mujer: voy a hacer que se apruebe una ley que obligue a todo e] mundo a disparar contra cualquier hombre de menos de cincuenta años

Librodot

que fabrique, compre, venda o piense en whiskey…, con un canalla puedo enfrentarme, pero pensar en verla expuesta a cualquier imbécil…

Regresó a la ciudad. En la tibieza nocturna, las cigarras llenaban la oscuridad con su estridencia. Horace no estaba usando más que una cama, una silla y un escritorio sobre el que había extendido una toalla donde dejaba los cepillos, el reloj, la pipa y la petaca, y donde había colocado, apoyada contra un libro, una fotografía de la hija de su mujer, la pequeña Belle. La luz creaba un reflejo sobre su brillante superficie. Horace movió la fotografía hasta que pudo ver el rostro con claridad. Se quedó de pie, contemplando aquel rostro dulce, impenetrable, que miraba a su vez a algo situado un poco más allá del hombro de Horace, fuera del inanimado rectángulo de cartulina. Se acordó del emparrado de Kinston, del anochecer durante el verano y del murmullo de voces que se difuminaba en el silencio a medida que él -que no les deseaba ni a ellos, ni a ella, ningún mal; que quería para ella, Dios era testigo, todos los bienes imaginables- se acercaba; se acordó de cómo las voces se difuminaban en el pálido susurro de su vestido blanco, en el delicado y apremiante susurro animal de aquella extraña carne femenina que él no había engendrado y que parecía estar delicadamente teñida de una ardiente afinidad con la parra florecida.

Horace se movió bruscamente. Como por impulso propio, la fotografía se había movido, perdiendo en parte su precario equilibrio entre la mesa y el libro. La imagen se hizo confusa a causa del reflejo, como algo muy conocido visto bajo un agua agitada pero clara; Horace miró la familiar imagen con una especie de tranquilo horror y de desesperación, contemplando un rostro con más experiencia en el pecado de la que él nunca llegaría a adquirir, un rostro más borroso que dulce, unos ojos más impenetrables que tiernos. Al tratar de cogerla, la tiró; y desde allí, una vez más, la cara de la pequeña Belle adquirió una expresión tierna y meditativa detrás de la estudiada parodia de los labios pintados, contemplando de nuevo algo que quedaba más allá del hombro de Horace. Benbow se tumbó vestido en la cama y estuvo allí, con la luz encendida, hasta que oyó dar las tres en el reloj del juzgado. Entonces salió de la casa, guardándose antes en el bolsillo el reloj y la petaca.

La estación de ferrocarril quedaba a tres cuartos de milla. La sala de espera -iluminada por una sola bombilla de muy poca potencia- estaba vacía si se exceptúa a un hombre vestido con mono que dormía sobre un banco, con la cabeza sobre la chaqueta doblada, roncando, y a una mujer con un vestido de percal, un chal muy sucio y un sombrero nuevo -colocado como a escuadra y sin ninguna gracia-, adornado con rígidas flores moribundas. Tenía la cabeza inclinada -quizá estuviera dormida- y las manos cruzadas sobre un paquete colocado en el regazo; a sus pies descansaba una maleta de mimbre. Fue entonces cuando Horace se dio cuenta de que se había dejado la pipa.

Cuando llegó el tren, Benbow estaba paseando arriba y abajo en el sitio por donde se cruzaba la vía, nivelado con cenizas prensadas. El hombre y la mujer subieron, él con su chaqueta arrugada, ella con el paquete y la maleta. Horace les siguió al interior de un vagón de segunda, lleno de ronquidos, lleno de cuerpos desparramados a medias en el pasillo, como si se tratara de las consecuencias de una repentina y violenta destrucción; lleno de cabezas caídas y bocas abiertas, con las gargantas desencajadamente alzadas, esperando quizá el tajo del cuchillo.

Horace se adormiló. El tren siguió traqueteando, deteniéndose, dando sacudidas. Se despertó y volvió a adormilarse. Alguien, zarandeándolo, le hizo salir del sueño a un amanecer amarillo rojizo, entre rostros abotargados y *sin* afeitar, levemente teñidos con algo similar al definitivo estigma hermanador de un holocausto, haciéndose guiños con ojos muertos a los que la personalidad iba regresando en secretas oleadas opacas. Horace se apeó, desayunó y cogió otro tren, subiéndose a un vagón donde un niño gemía desesperanzadamente, y por cuyo pasillo avanzó aplastando cascaras de cacahuetes con los pies, en medio de un in-

Librodot

tenso olor a amoníaco, hasta que encontró un sitio vacío al lado de un hombre. Un instante después su vecino se inclinó hacia adelante para escupir, sin mancharse las rodillas, un trozo de tabaco de mascar. Horace se levantó rápidamente y siguió avanzando, hasta llegar al vagón de fumadores. También iba lleno; y la puerta entre este vagón y el de los negros estaba abierta y se balanceaba. De pie en el pasillo, Horace podía ver un corredor que se estrechaba con la perspectiva, limitado por respaldos de felpa verde coronados por las ensombreradas cabezas de los habituales de los trenes rápidos, todos ellos moviéndose al unísono y escupiendo en el pasillo mientras ráfagas de conversaciones y de risas iban pasando hacia atrás, manteniendo en continuo movimiento el acre aire azulado que respiraban.

Horace cambió nuevamente de tren. La mitad de la gente que esperaba en el andén eran muchachos de atuendo universitario con misteriosas insignias sobre camisas y chalecos, y dos chicas de rostros maquillados y vestidos muy cortos de vivos colores, que parecían flores artificiales rodeadas por un grupo de inquietas y alegres abejas. Cuando el tren llegó, avanzaron desenfadadamente, hablando y riendo, empujando a las personas de más edad con jovial descortesía, chocando con los asientos y bajándolos con estrépito, instalándose finalmente, con los rostros vueltos hacia arriba para ocultar la risa, pero aún con floraciones de dientes en sus caras supuestamente serenas cuando tres mujeres de mediana edad fueron recorriendo el vagón, descubriendo, indecisas, asientos ocupados a derecha e izquierda.

Las dos chicas se sentaron juntas y procedieron a quitarse el sombrero -uno azul y el otro marrón- con manos delicadas y dedos no totalmente desprovistos de gracia revoloteando alrededor de sus cabezas de cabellos muy cortos, vistas entre los codos separados y las cabezas inclinadas de dos muchachos apoyados sobre el respaldo del asiento, rodeadas de cintas de sombrero de distintos colores a diferentes alturas, según sus propietarios se sentaran en los brazos de los asientos o fueran de pie en el pasillo; y en seguida vino a añadirse la gorra del revisor al avanzar entre ellos con gritos quejumbrosos y malhumorados, como los de un pájaro.

-Billetes. Billetes, por favor -salmodió.

Durante un instante lo retuvieron allí, invisible excepto por la gorra. Luego dos muchachos se escurrieron rápidamente hacia atrás, ocupando el asiento a espaldas de Horace. Benbow les oía respirar. El revisor picó dos billetes más hacia el frente del vagón antes de regresar.

-Billetes -salmodió-. Billetes.

Recogió el de Horace y se detuvo delante de los dos muchachos.

-Ya le he dado el mío -dijo uno-. Allí delante.

-¿Dónde está la contraseña? -dijo el revisor.

-No nos la dio. Pero se quedó con nuestros billetes. El número del mío era… -ofreció unas cifras con gran soltura, en un agradable tono de voz, lleno de franqueza-. ¿Te fijaste en el número del tuyo, Shack?

El segundo estudiante también repitió unas cifras con un agradable tono de voz, lleno de franqueza.

-Seguro que tiene los nuestros -añadió-. Busque y los encontrará -empezó a silbar entre dientes un sincopado ritmo de baile sin asomo de musicalidad.

-¿Comes en Gordon Hall? -dijo el otro.

-No. Es que tengo halitosis natural.

El revisor siguió su camino. El silbido, alcanzado el máximo volumen posible, dejó paso a las palmadas sobre las rodillas y a un du-du-dú exclamativo. Después el primer estudiante se puso

Librodot

a dar absurdos y vertiginosos chillidos; para Horace era como estar sentado delante de una serie de páginas impresas que una mano furiosa fuera pasando a empellones y que sólo dejaban en la mente una serie de evocaciones misteriosas, sin pies ni cabeza.

-Esa ha viajado mil millas sin billete.

-Marge también.

-Y Beth.

-Du-du-dú.

-Marge también.

-El viernes por la noche dejaré que me piquen el mío.

-Iiiiyóu.

-¿Te gusta el hígado?

-No llego tan lejos.

-liiiyóu.

Silbaron, golpeando el suelo con los tacones en furioso crescendo, acompañándolo con du-du-dús. El primero subió con violencia el asiento que quedaba detrás de la cabeza de Horace. Luego se puso en pie.

-Vamos -dijo-. Ya se ha ido.

El asiento retumbó de nuevo contra la cabeza de Horace y les vio volver a reunirse con el grupo que obstruía el pasillo, y vio cómo uno de los muchachos ponía su áspera y desenfadada mano sobre uno de los radiantes rostros de piel tersa vuelto hacia ellos. Más allá del grupo una campesina con un niño en brazos estaba apoyada contra un asiento. De cuando en cuando contemplaba el pasillo obstruido y los asientos vacíos que quedaban del otro lado.

En Oxford, Horace se apeó en medio de un tropel de muchachas destocadas, con vestidos de tonos alegres, en algunos casos con libros en las manos y rodeadas una vez más por enjambres de camisas de colores. Ocupando toda la acera, cogidas de la mano con sus acompañantes y moviendo los brazos adelante y atrás, objeto de casuales e infantiles caricias, subían perezosamente la pendiente, camino de la universidad, contoneando sus caderas apenas formadas y mirando a Horace con ojos fríos e inexpresivos cuando se salía de la acera para adelantarlas.

En lo alto de la colina se separaban tres caminos, que atravesaban una amplia arboleda más allá de la cual, entre verdes perspectivas, brillaban edificios de ladrillo rojo o de piedra gris, y donde empezaba a oírse la clara voz de soprano de una campana. La procesión se dividió en tres corrientes, disminuyendo rápidamente por encima de las parejas remolonas, de brazos balanceantes, que. avanzaban por impulsos caprichosos, empujándose unos a otros con chillidos infantiles, llenos de la intensa despreocupación de los niños.

El camino más ancho llevaba a la oficina de correos. Horace entró y esperó a que la ventanilla quedara libre.

-Estoy tratando de encontrar a una señorita, Miss Temple Drake. Es muy probable que me haya cruzado con ella, ¿no es cierto?

-Miss Drake ya no está aquí -dijo el empleado-. Dejó la universidad hace cosa de dos semanas.

Librodot

Era un hombre joven: un rostro lampiño e inexpresivo detrás de unas gafas con montura de asta y con el pelo muy cuidado. Al cabo de un rato, Horace se oyó a sí mismo preguntar calmosamente:

-¿No sabe usted adonde ha ido?

El empleado le miró. Se inclinó hacia adelante, bajando la voz:

-¿También usted es detective?

-Sí -dijo Horace-, sí. Pero no importa. No tiene ninguna importancia.

Luego se vio descendiendo tranquilamente los escalones, de nuevo con el sol sobre la cabeza. Se quedó allí mientras a ambos lados las muchachas se cruzaban con él en un flujo continuo de vestidos de tonos alegres, de brazos descubiertos, de rostros radiantes y cabellos muy cortos, y en los ojos -sobre las bocas con la misma pintura rabiosa en todos los labios- la misma expresión calculadora, inocente, descarada, que Horace conocía tan bien; como música en movimiento, como miel vertida al sol, pagana, evanescente y serena, vagamente evocadora de todos los días perdidos y de los placeres pasados, bajo la luz del so], brillante, temblorosa por el calor, extendiéndose en visiones fugaces de piedra y ladrillo que tenían cierta calidad de espejismo: columnas sin capiteles, torres que parecían flotar sobre una nube verde, en lenta destrucción a manos de viento del sudoeste, siniestro, suave, imprevisible; y él allí de pie, oyendo el dulce sonido de la campana claustral, pensando ¿Ahora qué? ¿Qué viene después?, y contestándose a sí mismo: Nada, evidentemente. Nada. Se ha acabado todo.

Regresó a la estación una hora antes de la llegada del tren, en la mano una pipa cargada pero sin encender. En el lavabo, garrapateado con lápiz sobre la sucia pared, llena de manchas, vio su nombre. Temple Drake. Lo leyó tranquilamente, con la cabeza inclinada, manoseando la pipa todavía sin encender.

Media hora antes de que llegara el tren empezaron a reunirse, descendiendo por la ladera y juntándose en el andén, con sus risas estridentes, sus pálidas piernas idénticas, sus cuerpos en continuo movimiento dentro de sus breves vestidos, con la desmañada y voluptuosa despreocupación de los jóvenes.

El tren de vuelta llevaba coche salón. Horace atravesó el vagón de segunda clase y se acomodó en él. No había más que otro pasajero: un hombre en el centro del vagón, junto a una ventana, destocado, recostado contra el respaldo, el codo en el reborde de la ventanilla, y un cigarro puro sin encender en la mano ensortijada. Cuando el tren se puso en marcha, dejando atrás a los acicalados estudiantes, un poco más de prisa a cada momento, el otro pasajero se levantó y echó a andar hacia el vagón de segunda. Llevaba un abrigo cruzado sobre el brazo y un sombrero de fieltro de color claro, lleno de manchas. Con el rabillo del ojo Horace le vio buscar algo en el bolsillo superior de la chaqueta y se fijó en el austero corte de pelo sobre su grueso cogote de piel muy blanca. Como con una guillotina, pensó Horace, viéndole cruzarse furtivamente con el mozo negro en el pasillo y esfumarse, desapareciendo de su vista y borrándose de su mente en el momento en que empezaba a calarse el sombrero. El tren siguió corriendo, balanceándose en las curvas, pasando de cuando en cuando como un relámpago junto a una casa, atravesando quebradas y valles donde las nuevas plantas de algodón giraban lentamente en hileras que se abrían como las varillas de un abanico.

El tren disminuyó de velocidad; la sacudida fue repitiéndose hacia atrás, de un vagón a otro, acompañada de cuatro pitidos. El hombre del sombrero manchado entró sacándose un cigarro puro del bolsillo superior de la chaqueta. Avanzó por el pasillo rápidamente, mirando a Horace. Luego moderó el paso, con el puro entre los dedos. Se produjo una nueva

Librodot

sacudida. El hombre extendió la mano y se apoyó en el respaldo del asiento situado frente a Horace.

-¿No es usted el juez Benbow? -dijo. Horace levantó la vista hacia un rostro inmenso, abotargado, carente de todo vestigio de edad o de actividad mental: una majestuosa extensión de carne a ambos lados de una minúscula nariz roma, como un montículo en el centro de una amplía meseta; sin embargo, aquel rostro contenía un algo indefinible, sutilmente paradójico, como si el Creador hubiera redondeado la broma iluminando aquel generoso gasto de masilla con algo originariamente destinado a alguna débil criatura de hábitos adquisitivos, como una ardilla o una rata-. ¿No estoy hablando con el juez Benbow? -dijo, extendiendo la mano-. Soy el senador Snopes, Clarence Snopes.

-Ah -dijo Horace-, sí. Gracias, pero me temo que anticipa usted un poco las cosas. Se trata más bien de una esperanza.

El otro agitó el puro delante de la cara de Horace, mientras mantenía extendida la otra mano, la palma hacia arriba, el dedo corazón levemente descolorido alrededor de una enorme sortija. Horace le estrechó la mano, liberando la suya en seguida.

-Me pareció reconocerlo cuando subió usted en Oxford -dijo Snopes-, pero yo… ¿Puedo sentarme? -añadió, apartando ya la rodilla de Horace con su pierna. Arrojó el abrigo, una prenda azul de mala calidad con un grasiento cuello de terciopelo, sobre el asiento, y se acomodó en el momento en que el tren se detenía-. Sí, señor, siempre me alegro de ver a los amigos de otros tiempos… -se inclinó hacia la ventanilla y examinó la sucia estación de muy escasas dimensiones, con el tablón de anuncios lleno de misteriosas inscripciones en tiza, una vagoneta de tracción manual con un gallinero de tela metálica que contenía dos aves de aspecto melancólico, y tres o cuatro hombres con mono que mascaban tabaco, apoyados contra la pared-. Por supuesto usted no pertenece ya a mi circunscripción, pero lo que yo digo siempre, los amigos de un hombre son siempre sus amigos, de cualquier manera que voten. Porque un amigo es un amigo y tanto si puede hacer algo por mí como si no… -se recostó contra el asiento, todavía con el cigarro sin encender entre los dedos-. Entonces no viene usted directamente de la gran ciudad, ¿eh?

-No -dijo Horace.

-Siempre que vaya usted a Jackson me gustará poder serle útil, igual que si todavía estuviera en mi circunscripción. Ningún hombre está tan ocupado que no tenga tiempo para los viejos amigos, es lo que digo siempre. Vamos a ver, usted vive ahora en Kinston, ¿no es cierto? Conozco a sus senadores. Excelentes personas los dos, pero en este momento no recuerdo sus nombres.

-Realmente no sabría decirle -replicó Horace.

El tren se puso en marcha. Snopes se inclinó hacia el pasillo. Su traje de color gris claro había sido planchado pero no limpiado.

-Bueno -dijo, alzándose y recogiendo el abrigo- Siempre que pase usted por la ciudad… Se dirige a Jefferson, supongo.

-Sí -dijo Horace.

-Entonces ya nos volveremos a ver.

-¿Por qué no hace el viaje en este vagón? -sugirió Horace-. Se sentirá más cómodo.

-Voy a fumar un rato -dijo Snopes, agitando el puro-. Nos veremos luego.

-Puede usted fumar aquí. No hay ninguna señora.

Librodot

-Claro -dijo Snopes-. Nos veremos en Holly Springs.

Siguió avanzando camino del vagón de segunda y se perdió de vista con el puro en la boca. Horace lo recordaba, diez años atrás, como un muchacho torpe y corpulento, hijo del propietario de un restaurante, miembro de una familia que se había ido trasladando por grupos, desde las inmediaciones de Frenchman's Bend a Jefferson, durante los últimos veinte años; una familia con las suficientes ramificaciones para haberlo elevado a la legislatura del Estado de Mississippi sin necesidad de recurrir a una votación pública.

Horace estuvo un rato completamente inmóvil, con la pipa, fría ya, en la mano. Luego se levantó y después de cruzar el vagón de segunda llegó al de fumadores. Snopes estaba en el pasillo, cubriendo con el muslo el brazo de un asiento donde se acomodaban cuatro hombres y utilizando el puro sin encender para gesticular. Horace consiguió atraer su atención y llamarlo desde la entrada. Instantes después Snopes se reunía con él, el abrigo cruzado sobre el brazo.

-¿Qué tal van las cosas por la capital? -preguntó Horace.

Snopes empezó a hablar con su voz ronca, llena de convicción. Sus palabras fueron dibujando gradualmente un cuadro de absurdas trapacerías y mezquina corrupción con fines tan estúpidos como triviales que se fraguaban principalmente en habitaciones de hotel en las que los botones, con las chaquetillas muy abultadas, se introducían sin ser vistos, mientras veloces puertas de armarios se cerraban discretamente sobre revuelos de faldas.

-Siempre que vaya a la ciudad no deje de venir a verme -dijo-. Me gusta enseñársela a los viejos amigos. Pregunte a cualquiera en Jackson; le dirán que si lo que usted busca está allí, Clarence Snopes sabe dónde encontrarlo. Tiene usted un caso muy difícil en Jefferson, según he oído.

-No se puede decir todavía -dijo Horace-. Hoy he estado en Oxford, en la universidad, hablando con algunas amigas de la hija de mi mujer. Una de las compañeras que más apreciaban ha dejado de estudiar. Una señorita de Jackson llamada Temple Drake.

Snopes le observaba con ojos opacos, apenas visibles entre los abultados párpados.

-Ah, sí; la chica del juez Drake -dijo-. La que se escapó.

-¿Se escapó? -dijo Horace-. Se escapó para volver a casa, ¿verdad? ¿Cuál era el problema? ¿Iba mal en los estudios?

-No lo sé. Cuando salió en el periódico la gente pensó que se habría escapado con alguien. Uno de esos matrimonios entre compañeros[3].

-Pero cuando apareció otra vez en su casa, se dieron cuenta de que no era eso, me imagino. Vaya, vaya, Belle se sorprenderá mucho. ¿Qué hace ahora? Pasearse por Jackson, como es lógico.

-No está allí.

-¿No? -dijo Horace. Sentía que el otro le estaba vigilando-. ¿Adonde se ha ido entonces?

-Su padre la mandó a algún sitio del norte, con una tía. A Michigan. Salió en el periódico un par de días después.

[3] *Companionate marriage:* un sistema de matrimonio a prueba para gente joven propuesto por el juez Benjamín Lindsey en 1927. Imponía como condiciones la ausencia de hijos y el divorcio por consenso mutuo, a no ser que o hasta que se llevara a cabo una unión más permanente. La idea se discutió mucho y el término, inevitablemente, pasó a designar en sentido amplio cualquier tipo de unión más o menos permanente sin lazos legales.

-Ah -dijo Horace. Todavía llevaba en la mano la pipa apagada, y descubrió que su mano estaba buscando una cerilla en el bolsillo. Respiró hondo-. Ese periódico de Jackson tiene mucho prestigio. Se le considera el más digno de crédito de todo el estado, ¿no es cierto?

-Así es -dijo Snopes-. ¿Ha ido usted a Oxford para tratar de localizarla?

-No, no. Simplemente me he encontrado con una amiga de mi hija y me ha dicho que había dejado la universidad. Bien, ya le veré en Holly Spring.

-Claro -dijo Snopes.

Horace volvió al coche salón, se sentó y encendió la pipa.

Cuando el tren disminuyó la velocidad antes de llegar a Holly Springs, Horace salió a la plataforma y luego volvió a entrar rápidamente en el vagón. Snopes salió del coche de segunda mientras el mozo abría la puerta y bajaba el estribo con el taburete en la mano. Snopes descendió. Se sacó algo del bolsillo superior de la chaqueta y se lo dio al mozo.

-Vamos a ver, George -dijo-, aquí tienes un puro.

Horace se apeó también. Snopes siguió adelante, su sombrero lleno de manchas sobresaliendo media cabeza por encima de los demás. Horace miró al mozo.

-Se lo dio el senador, ¿no es cierto?

El mozo golpeó el cigarro contra la palma de la mano. Luego se lo guardó en el bolsillo.

-¿Qué va a hacer con él? -preguntó Horace.

-No se lo voy a dar a ningún conocido -dijo el mozo.

-¿Hace esto con mucha frecuencia?

-Tres o cuatro veces al año. Además parece que siempre me toca a mí… Gracias, señor.

Todavía a una manzana de distancia oyó llegar el tren con dirección a Memphis. Estaba ya en el andén cuando él entró en la estación. Junto al vestíbulo abierto, Snopes, de pie, con un aire vagamente tutorial en sus robustos hombros y en sus gestos, hablaba con dos jóvenes, tocados con jipijapas recién estrenados. El tren silbó. Los dos jóvenes se subieron. Horace retrocedió, dando la vuelta a la esquina de la estación.

Cuando apareció su tren, vio a Snopes subirse delante de él y entrar en el vagón de fumadores. Horace vació la pipa, subió al vagón de segunda clase y buscó un asiento en la parte de atrás, en contra de la dirección de la marcha.

Librodot

XX

Cuando Horace salía de la estación de Jefferson, un coche que iba en dirección a la ciudad disminuyó la velocidad al llegar a su lado. Era el taxi que usaba para ir a casa de su hermana.

-Esta vez le llevaré gratis -dijo el conductor.

-Muy agradecido -respondió Horace subiéndose.

Cuando el automóvil entró en la plaza eran sólo las ocho menos veinte en el reloj del juzgado, pero no había luz en la ventana de la habitación que ocupaba Mrs. Goodwin.

-Quizá el niño esté dormido -dijo Horace, y añadió-: Si hace el favor de dejarme delante del hotel…

Se dio cuenta de que el taxista le miraba con una especie de discreta curiosidad.

-Hoy ha estado usted fuera -dijo el conductor.

-Sí -respondió Horace-. ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido hoy aquí?

-Ya no está en el hotel. He oído que Mrs. Walker le ha dado alojamiento en la cárcel.

-Ah -dijo Horace-. Me apearé aquí de todas formas.

El vestíbulo estaba vacío. Al cabo de un momento apareció el propietario: un hombre reservado, vestido de gris oscuro, con un palillo en la mano y el chaleco abierto sobre un estómago muy prominente. La mujer no estaba allí.

-Han sido esas señoras de la iglesia -dijo. Bajó la voz, con el palillo entre los dedos-. Han venido esta mañana, en comité. Ya sabe usted cómo son estas cosas, me imagino.

-¿Me está usted diciendo que permite a la Iglesia baptista decidir quiénes han de ser sus huéspedes?

-Son esas señoras. Ya sabe lo que pasa cuando se empeñan en una cosa. Trae más cuenta rendirse y hacer lo que dicen. Yo, por supuesto…

-Si hubiera un hombre, cielo santo…

-No alce la voz -dijo el propietario-. Ya sabe lo que pasa cuando esas…

-Pero, por supuesto, no había un hombre que… Y usted dice ser uno, cuando deja…

-Yo tengo una posición que mantener -dijo el propietario en tono conciliador-, si quiere que vayamos al fondo de la cuestión -retrocedió un poco, apoyándose contra el mostrador-. Supongo que puedo decidir quién se aloja en mi casa y quién no. Y conozco a algunas personas más a quienes les convendría hacer lo mismo. Y no están demasiado lejos. No tengo deudas de gratitud con ningún hombre. Y con usted menos que con nadie.

-¿Dónde está ahora Mrs. Goodwin? ¿O la han echado de la ciudad?

-No es cosa mía saber dónde van los huéspedes cuando se marchan -dijo el propietario, volviéndose de espaldas-. Pero creo que alguien la ha recogido.

Librodot

-Sí -dijo Horace-. Cristianos. Cristianos.

Se dirigió hacia la puerta. El propietario le llamó. Horace se volvió. El otro estaba sacando un papel de una casilla y poniéndolo sobre el mostrador. Horace se acercó. El propietario se inclinó hacia adelante, con las manos en el mostrador y el palillo entre los dientes.

-Dijo que usted la pagaría -explicó.

Horace pagó la factura, contando el dinero con manos temblorosas. Entró en el patio de la cárcel, se llegó hasta la puerta y llamó. Al cabo de un rato, una mujer flaca y desaliñada, que se cubría el pecho con una chaqueta de hombre, apareció llevando una lámpara. Le miró con curiosidad y empezó a hablar antes de que Horace pudiera decir nada.

-Está buscando a Mrs. Goodwin, imagino.

-Sí. Cómo ha…

-Usted es el abogado. Le he visto otras veces. Está aquí. Ahora duerme.

-Gracias -dijo Horace-. Gracias. Sabía que alguien… No podía creer que…

-Sería bien difícil que yo no encontrara una cama para una mujer y un niño -dijo su interlocutora-. No me importa lo que diga Ed. ¿Quería verla para algo especial? Ahora está durmiendo.

-No, no; sólo deseaba…

La mujer le miraba por encima de la lámpara.

-Entonces no hace falta molestarla. Puede usted volver mañana por la mañana y buscarle un sitio donde alojarse. No hay prisa.

La tarde del día siguiente Horace fue a casa de su hermana, también en un coche alquilado. Le contó lo que había sucedido.

-Voy a tener que llevarla a casa.

-No quiero que esté en mi casa -dijo Narcissa.

Horace la miró. Luego empezó a cargar la pipa lenta y cuidadosamente.

-Ya no estamos en condiciones de elegir, querida. Tienes que darte cuenta.

-En mi casa, no-dijo Narcissa-. Creía que ya habíamos zanjado ese asunto.

Horace encendió el fósforo y con él la pipa; luego depositó la cerilla cuidadosamente en el hogar de la chimenea.

-¿Te das cuenta de que prácticamente la han echado ala calle? De que…

-No creo que le resulte muy duro. Debe de estar acostumbrada a eso.

Horace la miró. Se puso la pipa en la boca y estuvo fumando hasta verla bien encendida, observando el temblor de su mano por encima de la boquilla.

-Escúchame. Para mañana probablemente querrán ya que se vaya de la ciudad. Sólo porque no está casada con el hombre cuyo hijo lleva de un lado a otro por estas santas calles. Pero ¿quién se lo ha dicho? Eso es lo que me gustaría saber. Me consta que nadie estaba enterado en Jefferson con la excepción…

-Tú fuiste el primero a quien se lo oí decir -dijo Miss Jenny-. Pero Narcissa, por qué…

-En mi casa, no -respondió Narcissa.

Librodot

-Bien -dijo Horace, aspirando el humo hasta poner la pipa totalmente al rojo-. No hay más que hablar, por supuesto -añadió secamente, con voz clara.

Narcissa se puso en pie.

-¿Pasarás aquí la noche?

-¿Qué? No. No. Tengo que… Le dije que iría a buscarla a la cárcel y… -aspiró el humo de la pipa-. Bueno, no creo que importe mucho. Confío en que no.

Narcissa seguía esperando, vuelta a medias.

-¿Vas a quedarte o no?

-Podría decirle incluso que he tenido un pinchazo -dijo Horace-. El tiempo no es una cosa tan mala después de todo. Usándolo correctamente, se puede estirar cualquier cosa, como si fuera una goma, hasta que se rompe por algún sitio, y te encuentras con toda la tragedia o la desesperación reducidas a dos bultitos entre el índice y el pulgar de cada mano.

-¿Vas a quedarte o vas a marcharte? -dijo Narcissa.

-Creo que me quedaré -dijo Horace.

Llevaba cosa de una hora en la cama con la luz apagada cuando se abrió la puerta de la habitación; más que verla u oírla, sintió que se abría. Era su hermana. Horace se incorporó sobre un codo. La silueta de Narcissa se dibujó vagamente al acercarse a la cama. Al llegar junto a él se quedó mirándolo.

-¿Hasta cuándo piensas seguir adelante con esto? -dijo.

-Sólo hasta mañana por la mañana -respondió él-. Regreso a la ciudad. No tendrás que volver a verme.

Ella siguió de pie junto a la cama, inmóvil. Al cabo de un momento le llegó otra vez su voz fría e inflexible.

-Sabes muy bien lo que quiero decir.

-He prometido no llevarla otra vez a tu casa. Puedes mandar a Isom para que se esconda en el arriate de las cañas de indias -Narcissa no dijo nada-. No te parecerá mal que yo viva allí, ¿verdad?

-Me da igual donde vivas. El problema es dónde vivo yo. Vivo aquí, en esta ciudad. Tendré que seguir aquí. Tú, en cambio, eres hombre. Para ti no tiene importancia. Puedes marcharte.

-Ah -dijo él. Seguía tumbado sin moverse.

Ella, de pie a su lado, tampoco se movía. Hablaban calmosamente, como si estuvieran opinando sobre alimentos o sobre el papel de las paredes.

-¿No te das cuenta? Esta ciudad es mi hogar, donde tengo que pasar el resto de mi vida. El sitio donde nací. No me importa donde vayas ni lo que hagas. Pero no puedo aceptar que mi hermano esté mezclado con una mujer que anda en boca de la gente. No espero que me tengas consideración; te pido que se la tengas a nuestro padre y a nuestra madre. Llévatela a Memphis. Dicen que te negaste a que el hombre saliera de la cárcel en libertad bajo fianza; llévatela a Memphis. También se te ocurrirá alguna mentira que contarle a él.

-Ya veo. Así que eso es lo que crees, ¿no es cierto?

-Yo ni creo ni dejo de creer. Lo que importa es lo que crea la gente de la ciudad, tanto si es verdad como si no lo es. Y lo que también me importa es tener que decir

Librodot

mentiras todos los días para justificarte. Vete de aquí, Horace. Cualquier persona, excepto tú, se daría cuenta de que es un caso de asesinato a sangre fría.

-Y esa mujer sería la causa, naturalmente. Supongo que también dicen eso, inspirados por su apestosa y omnipotente santidad. ¿Todavía no han empezado a decir que fui yo quien lo mató?

-No veo que conocer la identidad del asesino cambie mucho las cosas. El problema es, ¿vas a seguir mezclado en ese asunto, cuando la gente cree ya que tú y ella os metéis en mi casa por la noche?

En la oscuridad, su voz fría e inflexible daba forma a las palabras por encima de su cabeza. A través de la ventana, empujadas por el aire nocturno, llegaban las adormecedoras disonancias de las cigarras, y de los grillos.

-¿Crees tú eso? -dijo él.

-Lo que yo crea no tiene importancia. Vete, Horace. Te lo pido.

-¿Y dejarla…, dejarlos, sin más?

-Contrata a un abogado si ese hombre todavía insiste en que es inocente. Lo pagaré yo. Puedes conseguir un abogado criminalista mejor que tú. Ella no se dará cuenta, ni le importará tampoco. ¿No ves que está jugando contigo para que se lo saques gratis de la cárcel? ¿No te das cuenta de que esa mujer tiene dinero escondido en alguna parte? Mañana vuelves a la ciudad, ¿no es cierto? -se dio la vuelta, disolviéndose otra vez en la oscuridad-. No te irás antes del desayuno, ¿verdad?

A la mañana siguiente, durante el desayuno, su hermana dijo:

-¿Quién será el abogado que se encargue de la parte contraria en este caso?

-El fiscal del distrito. ¿Por qué?

Narcissa tocó la campanilla y pidió más pan. Horace se la quedó mirando.

-¿Por qué preguntas eso? -y luego añadió-: Un mequetrefe presuntuoso -hablaba del fiscal del distrito, que también se había criado en Jefferson y que había ido con ellos al instituto local-. Creo que fue él quien estaba detrás de lo que pasó hace dos noches. Lo del hotel. Probablemente hizo que la echaran para halagar a la opinión pública, para capitalizarlo políticamente. Si estuviera seguro, si creyera que lo hizo únicamente para que lo elijan congresista, juro que…

Después de que Horace se marchara, Narcissa subió a la habitación de Miss Jenny.

-¿Quién es el fiscal del distrito? -le preguntó.

-Lo conoces de toda la vida -dijo Miss Jenny-. Y además votaste por él. Eustace Graham. ¿Para qué quieres saberlo? ¿Estás buscando un sustituto para Gowan Stevens?

-Sentía curiosidad -dijo Narcissa.

-Tonterías -dijo Miss Jenny-. Tú no sientes curiosidad. Haces cosas y luego esperas a que vuelva a presentarse otra oportunidad para actuar.

Librodot

Horace se encontró con Snopes cuando el senador abandonaba la peluquería -la mandíbula gris a fuerza de polvos-, moviéndose entre efluvios de brillantina. En la pechera de la camisa, debajo de la corbata de lazo, llevaba un botón con un rubí de bisutería que hacía juego con la sortija. La corbata era de lunares azules sobre fondo blanco y, de cerca, se notaba que estaba sucia; todo él en conjunto, con su cogote afeitado, su traje planchado y sus zapatos relucientes, daba más una impresión de limpieza en seco que de haberse lavado con agua y jabón.

-Qué tal, juez -le saludó-. He oído que tiene usted dificultades para alojar a esa cliente suya. Lo que yo digo siempre… -se inclinó, bajando la voz y moviendo de un lado a otro sus ojos de color fango-, la Iglesia no tiene sitio en la política, y las mujeres no tienen sitio en ninguna de las dos, y aún menos en la administración de la justicia. Si se quedaran en sus casas tendrían suficientes cosas que hacer sin crear dificultades en un proceso. Y además un hombre tiene sus necesidades y lo que haga es sólo asunto suyo. ¿Cómo ha solucionado el problema?

-Está en la cárcel -dijo Horace secamente, haciendo ademán de seguir su camino.

El otro le cerró el paso fingiendo una torpeza involuntaria.

-En cualquier caso ha conseguido tenerlos en ascuas a todos. La gente dice que no le consigue la fianza a Goodwin para que ella siga… -Horace hizo de nuevo gesto de continuar andando-. Siempre lo he dicho, la mitad de los problemas de este mundo los causan las mujeres. Como la chica que le dio un disgusto tan grande a su padre, escapándose de esa manera. Creo que ha hecho muy bien mandándola fuera.

-Sí -dijo Horace secamente, la voz rebosante de indignación.

-Me alegrará mucho oír que su caso marcha viento en popa. Le diré, entre nosotros, que tengo ganas de que un buen abogado ponga en ridículo a ese fiscal del distrito. Basta darle un puesto insignificante a un tipo como ése y en seguida se cree el amo del mundo. Bueno, me alegro de haberle visto. He de resolver unos asuntos en el norte del estado que me llevarán un día o dos. ¿No tendrá usted también que hacer un viaje en esa dirección?

-¿Cómo? -dijo Horace-. ¿En qué dirección?

.-Hacia Memphis. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

-No -dijo Horace, echando a andar de nuevo. Dio unos cuantos pasos sin ver nada en absoluto, pero siguió avanzando, decidido, dejando atrás, sin darse cuenta, personas que lo. saludaban, mientras los músculos de la mandíbula empezaban a dolerle.

Librodot

XXI

A medida que el tren se acercaba a Memphis, Virgil Snopes dejó de hablar y fue perdiendo aplomo, mientras su acompañante, por el contrario -sin cesar de comer palomitas de maíz con melaza del paquete que llevaba en la mano-, se iba animando más y más, hasta dar una impresión como de borrachera, ajeno a la transformación de su amigo. Aún seguía hablando sin parar -con la maleta imitación de cuero en la mano y el sombrero ladeado sobre el cogote recién afeitado- cuando se apearon del tren.

-Bueno, ¿qué es lo primero que vamos a hacer? -dijo Fonzo en la sala de espera. Virgil no respondió. Alguien les dio un empujón y Fonzo tuvo que sujetarse el sombrero-. ¿Qué vamos a hacer? -dijo. Luego miró a Virgil a la cara-. ¿Qué te pasa?

-No me pasa nada -dijo Virgil.

-Bueno, pero, ¿qué vamos a hacer? Tú has estado aquí antes. Yo no.

-Será mejor que echemos un vistazo por ahí -dijo Virgil,

Fonzo lo estaba mirando, los ojos de un azul como de porcelana.

-¿Qué demonios te pasa? En el tren no hacías más que hablar de las muchas veces que has estado en Memphis. Me apuesto cualquier cosa a que nunca has compara…

Alguien les empujó, obligándolos a separarse; un flujo de personas se interpuso entre ellos. Bien agarrado a la maleta y al sombrero, Fonzo luchó hasta regresar al lado de su amigo.

-Sí que lo he hecho -dijo Virgil, mirando alrededor con ojos vidriosos.

-Bueno, pero, ¿qué vamos a hacer? No abrirán hasta las ocho de la mañana.

-Entonces, ¿por qué tienes tanta prisa?

-No me apetece nada quedarme aquí toda la noche… ¿Qué has hecho tú otras veces?

-Ir a un hotel -dijo Virgil.

-¿A cuál? Aquí tienen más de uno. ¿Piensas que toda esta gente cabe en un hotel? ¿A cuál fuiste?

Los ojos de Virgil eran también de un azul desteñido. Miró vidriosamente a su alrededor.

-Al hotel Gayoso -dijo.

-Bueno, pues vamos allí -dijo Fonzo. Se dirigieron hacia la salida. Alguien les gritó «taxi»; un mozo trató de cogerle la maleta a Fonzo.

-¿Qué hace? -dijo él, apartándola.

En la calle les asaltaron más taxistas.

-Así que esto es Memphis -dijo Fonzo-. ¿Cuál es el camino? -no obtuvo respuesta. Al volver la vista vio cómo Virgil se apartaba de un taxista-. ¿Qué estás…?

-Por aquí.-dijo Virgil-. No queda lejos.

Librodot

Anduvieron milla y media. De cuando en cuando se cambiaban la maleta de mano.

-Así que esto es Memphis -dijo Fonzo-. ¿Qué demonios he estado haciendo yo toda la vida?

Cuando entraron en el hotel Gayoso un botones se ofreció a llevarles las maletas. Ellos le ignoraron y siguieron adelante, caminando indecisos sobre el suelo de baldosas. Virgil se detuvo,

-¿Por, qué te paras? -dijo Fonzo.

-Espera -respondió Virgil.

-Creía que habías estado aquí antes -dijo Fonzo.

-Claro que sí. Este sitio es demasiado caro. Querrán cobrar un dólar por noche.

-¿Qué vamos a hacer entonces?

-Vamos a seguir mirando.

Salieron de nuevo a la calle. Eran las cinco. Siguieron adelante, mirando, cargados con las maletas. Llegaron a otro hotel. Dentro vieron mármoles, escupideras de bronce, botones corriendo de un lado para otro, gente sentada entre plantas decorativas.

-Este tiene que ser igual de caro -dijo Virgil.

-¿Qué vamos a hacer entonces? No podemos pasarnos andando toda la noche.

-Vámonos de esta calle -dijo Virgil. Salieron de Main Street. En la esquina siguiente, Virgil torció de nuevo-. Vamos a buscar por aquí. No necesitamos tantos espejos ni tanto negro de uniforme. Es lo que te hacen pagar en esos sitios.

-¿Por qué? Ya los habían comprado antes de que llegáramos nosotros. ¿Cómo es posible que nos hagan pagarlos?

-Supónte que alguien los rompiera mientras estábamos allí. Supónte que no pudieran coger al culpable. ¿Crees que nos iban a dejar marcharnos sin pagar nuestra parte?

A las cinco y media entraron por una sucia callejuela de casas de madera y patios llenos de basura. En seguida llegaron a una casa de tres pisos en medio de un solar donde apenas crecía la hierba. Delante de la entrada había una estructura rectangular con celosías inclinada hacia un lado. En los escalones estaba sentada una mujer corpulenta con una bata, contemplando dos perros blancos de pelo sedoso que andaban por el césped.

-Vamos a intentarlo aquí -dijo Fonzo.

-Eso no es un hotel. ¿Dónde está el letrero?

-¿Por qué dices que no? -replicó Fonzo-. Claro que es un hotel. ¿Quién ha oído hablar de una familia viviendo en una casa de tres pisos?

-No podemos entrar por aquí -dijo Virgil-. Estamos en la parte de atrás. ¿No te das cuenta de que eso es el retrete? -señalando la estructura rectangular con la cabeza.

-Entonces demos la vuelta y entremos por delante -dijo Fonzo-. Vamos.

Dieron la vuelta alrededor de la manzana. En el lado opuesto había una fila de establecimientos donde vendían automóviles. Se pararon a mitad de camino, la maleta en la mano derecha.

-Estoy seguro de que no has estado aquí nunca -dijo Fonzo.

-Vamos a volver. Eso de antes debe de ser la entrada.

-¿Con el retrete delante de la puerta principal? -dijo Fonzo.

-Podemos preguntarle a la señora.

-¿Quién puede? Yo no, desde luego.

-Vayamos a ver, de todas formas.

Regresaron. La mujer y los perros habían desaparecido.

-Mira lo que has conseguido -dijo Fonzo-. ¿Y ahora qué?

-Vamos a esperar un poco. Quizá salga otra vez.

-Son casi las siete -dijo Fonzo.

Dejaron las maletas junto a la verja. En las apretadas ventanas de los pisos altos, las luces, palpitantes, brillaban ya contra la serena placidez del cielo de poniente.

-Huelo a jamón -dijo Fonzo.

Un taxi se detuvo delante de la casa. De su interior salió una rubia entrada en carnes, seguida de un hombre. Los vieron recorrer la senda y penetrar en la estructura rectangular. Fonzo sorbió aire a través de los dientes.

-Que me aspen si no se han metido dentro -susurró.

-Quizá sea su marido -dijo Virgil.

Fonzo cogió la maleta.

-Vamos.

-Espera -dijo Virgil-. Dales un poco de tiempo.

Esperaron. El hombre reapareció, subió al taxi y se marchó.

-No puede ser su marido -dijo Fonzo-. Yo no me hubiera ido, desde luego. Vamos -añadió, atravesando la puerta de la verja.

-Espera -dijo Virgil.

-Espera tú, si quieres -dijo Fonzo.

Virgil cogió su maleta y le siguió. Luego se detuvo mientras el otro abría la puerta cautelosamente y miraba dentro.

-Maldita sea -dijo, al ver que había otra puerta de cristal cubierta por una cortina.

Fonzo llamó con los nudillos.

-¿Por qué no aprietas ese botón? -preguntó Virgil-. ¿No sabes que la gente de la ciudad no abre si llamas a la puerta?

-De acuerdo -dijo Fonzo, tocando el timbre.

Les abrió la mujer de la bata; se oía a los perros detrás de ella.

-¿Tiene una habitación libre? -dijo Fonzo.

Miss Reba los miró, examinando sus sombreros nuevos y sus maletas.

-¿Quién os ha mandado aquí? -les preguntó.

-Nadie. Se nos ha ocurrido a nosotros -Miss Reba le miró fijamente-. Los hoteles son demasiado caros.

Miss Reba respiró con dificultad.

-¿A qué os dedicáis?

-Venimos a trabajar -dijo Fonzo-. Pensamos estar una buena temporada.

-Si no es demasiado caro -dijo Virgil.

Miss Reba le miró.

-¿De dónde sois, corazón?

Se lo dijeron y también le dieron sus nombres.

-Pensamos quedarnos un mes o más, si nos conviene.

-No veo por qué no -dijo ella al cabo de un rato, sin dejar de mirarlos fijamente-. Os puedo dar una habitación, pero tendréis que pagar más cada vez que trabajéis en ella. Tengo que ganarme la vida como cualquiera.

-No vamos a trabajar aquí -dijo Fonzo-. Lo hacemos todo en la academia.

-¿Qué academia? -dijo Miss Reba.

-La academia de peluqueros -dijo Fonzo.

-Oye, mequetrefe -dijo Miss Reba. Luego empezó a reírse con la mano en el pecho. Los muchachos la miraron con gran seriedad mientras reía trabajosamente entre jadeos-. Señor, señor -añadió-. Venid.

La habitación estaba en el último piso, en la parte trasera. Miss Reba fue también a enseñarles el baño. Cuando puso la mano en el picaporte se oyó una voz que decía: «Un momento, querida». Luego se abrió la puerta y una mujer con un quimono cruzó por delante de ellos. La vieron alejarse pasillo adelante, juvenilmente estremecidos por la estela de perfume que iba dejando atrás, Fonzo le dio un subrepticio codazo a Virgil. Cuando estaban otra vez en el cuarto dijo:

-Esa era otra. Tiene dos hijas. Sujétame, muchacho, que me voy detrás de cabeza.

Con la extrañeza de la cama y del cuarto y el ruido de voces, tardaron en dormirse la primera noche. Oían la ciudad, desconocida y llena de sugerencias, tan cercana y tan remota; amenaza y promesa al mismo tiempo; un sonido grave e incesante sobre el que brillaban y parpadeaban luces invisibles: un esplendoroso torbellino lleno de colores en el que las mujeres empezaban a adoptar posturas sugerentes de nuevos placeres y de extrañas promesas nostálgicas. Fonzo se vio rodeado de hilera tras hilera de visillos rosa, más allá de los cuales, entre crujidos de sedas y murmullos jadeantes, la apoteosis de su juventud se encarnaba en un millar de avatares. Quizá empiece mañana, pensó; quizá para mañana por la noche… Un rayo de luz se filtró por encima de la persiana de hule, extendiéndose en abanico sobre el techo. En la calle, bajo la ventana, oyó la voz de una mujer, luego la de un hombre: las dos se fundieron en un murmullo; se cerró una puerta. Unos tacones femeninos subieron de prisa las escaleras entre crujir de ropas.

Fonzo empezó a oír sonidos dentro de la casa: voces, risas, los primeros compases de una pianola.

-¿Las oyes? -susurró.

-Deben de ser una familia numerosa -dijo Virgil, con la voz velada ya por el sueño.

-Familia un cuerno -dijo Fonzo-. Es una fiesta. Daría cualquier cosa por poder ir.

Al salir de la casa en la mañana del tercer día, se encontraron con Miss Reba en la puerta. Quería usar su habitación por las tardes, cuando ellos estaban ausentes. Iba a celebrarse una convención de detectives en la ciudad y tendrían un poco más de trabajo, les dijo.

-No os preocupéis por vuestras cosas. Haré que Minnie lo cierre todo con llave. Nadie os va a robar mientras estéis en mi casa.

-¿A qué supones tú que se dedica? -dijo Fonzo cuando llegaron a la calle.

-No lo sé -dijo Virgil.

-Me gustaría trabajar para ella de todas formas -dijo Fonzo-. Con todas esas mujeres en quimono y tanta animación.

-No te serviría de nada -dijo Virgil-. Están todas casadas. ¿No las has oído?

La tarde siguiente, al regresar de la academia, encontraron una prenda interior de mujer debajo del lavabo. Fonzo se agachó a recogerla.

-Es modista -dijo.

-Supongo que sí -dijo Virgil-. Mira a ver si te han quitado algo.

La casa parecía estar llena de gente que no dormía por las noches. Los oían a todas horas, subiendo y bajando las escaleras, y Fonzo era siempre consciente de la presencia de mujeres, de la presencia de carne femenina. Llegó un momento en que le parecía estar tumbado en su lecho de célibe rodeado de mujeres, y permanecía despierto junto a los incesantes ronquidos de Virgil, los oídos aguzados ante cualquier murmullo, ante el crujir de sedas que le llegaba a través de las paredes y del suelo y que parecía ser tan parte de ambas cosas como las tablas y el yeso, pensando que después de diez días en Memphis sólo conocía a unos pocos compañeros de la academia. Cuando Virgil ya estaba dormido, se levantaba a descorrer el pestillo y dejar la puerta entreabierta, pero nunca pasaba nada.

El decimosegundo día le dijo a Virgil que iban a ir de visita con uno de sus condiscípulos.

-¿Dónde? -dijo Virgil.

-No te preocupes. Tú vente con nosotros. He descubierto algo importante. Y cuando pienso que me he pasado aquí dos semanas sin saberlo…

-¿Cuánto nos va a costar? -dijo Virgil.

-¿Es que te has divertido gratis alguna vez? -dijo Fonzo-. Vamos.

-Iré -dijo Virgil-. Pero no me comprometo a gastar nada.

-Espera a decir eso cuando estés allí -replicó Fonzo.

Su compañero les llevó a un burdel. Cuando salían de él, Fonzo dijo:

-Y pensar que me he pasado aquí dos semanas sin saber que existía esa casa.

-Preferiría que no te hubieras enterado -dijo Virgil-. Me ha costado tres dólares.

-¿No merecía la pena? -dijo Fonzo.

-Cualquier cosa que uno no se puede llevar no vale tres dólares -dijo Virgil.

Cuando llegaron a casa Fonzo se detuvo.

-Tenemos que entrar sin que se dé cuenta -dijo-. Si la dueña se entera de dónde hemos estado y de lo que hemos hecho, quizá no nos deje seguir en la casa con las otras señoras.

-Claro -dijo Virgil-. Maldita sea. Has hecho que me gaste tres dólares y ahora vas a conseguir que nos pongan de patitas en la calle.

-Tú haz lo que haga yo -dijo Fonzo-. No te preocupes de más. No digas nada.

Librodot

Minnie les abrió la puerta. La pianola tocaba a todo volumen. Miss Reba apareció en el quicio de una puerta, con una taza de hojalata en la mano.

-Vaya, vaya -dijo-, qué tarde volvéis hoy a casa.

-Sí, señora -dijo Fonzo, empujando a Virgil hacia la escalera-. Hemos ido a una reunión en la parroquia.

Ya en la cama, a oscuras, seguían oyendo la pianola.

-Me has hecho gastar tres dólares -dijo Virgil.

-Anda, cállate -dijo Fonzo-. Cuando pienso que me he pasado aquí casi dos semanas…

Al día siguiente volvieron a casa de anochecida, entre luces parpadeantes que empezaban a encenderse y a brillar, y mujeres de pálidas piernas centelleantes que se reunían con algún hombre, entraban en un automóvil y todo lo demás.

-*¿Y* si nos gastáramos otra vez los tres dólares? -dijo Fonzo.

-Será mejor que no vayamos esta noche -dijo Virgil-. Nos va a salir demasiado caro.

-Tienes razón -dijo Fonzo-. Podría vernos alguien y venir a contárselo.

Esperaron dos noches.

-Nos habremos gastado seis dólares -dijo Virgil.

-No vengas, entonces -replicó Fonzo.

Al regresar a casa, Fonzo dijo:

-A ver si te portas como es debido. Casi nos pilló la otra noche por culpa tuya.

-*¿Y* qué más da? -dijo Virgil malhumorado-. No nos va a comer.

Hablaban en voz muy baja, junto a la estructura rectangular.

-¿Cómo sabes que no? -dijo Fonzo.

-Bueno, no creo que quiera.

-¿Cómo sabes que no quiere?

-Quizá no lo haga -dijo Virgil. Fonzo abrió la primera puerta-. El que ya no se puede comer los seis dólares soy yo -dijo Virgil-. Ojalá pudiera.

Minnie les dejó pasar.

-Está aquí un señor que viene buscándolos -dijo.

Esperaron en el pasillo,

-Ya nos han cogido -dijo Virgil-. Te dije que estábamos tirando el dinero.

-Cállate, ¿quieres? -dijo Fonzo.

Un hombre salió por una puerta; un hombre alto y corpulento con el sombrero ladeado y el brazo alrededor del talle de una rubia vestida de rojo.

-Es Clarence -dijo Virgil.

Guando estuvieron en su cuarto, Clarence les preguntó:

-¿Cómo llegasteis a este sitio?

-Lo encontramos -dijo Virgil. Le contaron lo que había pasado. Les escuchó sentado en la cama, con el sombrero lleno de grasa y un puro entre los dedos.

-¿Dónde habéis estado hoy? -dijo. No le contestaron. Se limitaron a mirarlo con rostros atentos e inexpresivos-. Vamos. Estoy enterado. ¿Dónde habéis ido?

Se lo dijeron.

-Y además me costó tres dólares -dijo Virgil.

-Que me ahorquen si hay otro más tonto que tú de este lado de Jackson -dijo Clarence-. Venid conmigo.

Le siguieron muy avergonzados. Dejaron la casa y siguieron andando tres o cuatro manzanas más. Cruzaron una calle de tiendas y teatros para negros, torcieron por un oscuro pasadizo muy estrecho y se detuvieron ante una casa con visillos rojos en las ventanas iluminadas. Clarence tocó el timbre. Dentro se oía música, voces chillonas y ruido de pies. Les hicieron pasar a un zaguán desprovisto de todo adorno donde dos negros andrajosos discutían con un blanco borracho, que llevaba un mono grasiento. A través de una puerta abierta vieron una habitación llena de mujeres color café con vestidos de tonalidades muy vivas, adornos en el pelo y sonrisas de oro.

-Son todas negras -dijo Virgil.

-Claro que son negras -dijo Clarence-. Pero, ¿ves esto? -añadió, agitando un billete delante del rostro de su primo-. El dinero no sabe de colores.

Librodot

XXII

Horace llevaba tres días buscando cuando encontró un domicilio para la mujer y el niño. Se trataba de la destartalada casa de una anciana mujer blanca, medio loca, de la que se decía que preparaba hechizos para los negros. Estaba en las afueras de la ciudad, situada en un solar minúsculo, cubierto de apretada maleza que llegaba hasta la cintura y formaba una maraña ininterrumpida por delante de la fachada. En la parte de atrás las pisadas habían labrado una senda desde la verja rota hasta la puerta. Toda la noche una luz mortecina brillaba en las decrépitas entrañas de la casa y durante casi las veinticuatro horas del día podía verse una carreta o un carricoche amarrados en la callejuela de atrás y algún negro que entraba o salía por la puerta trasera.

Agentes de la policía habían registrado la casa en una ocasión buscando whiskey. No encontraron más que unos cuantos manojos de hierbas secas y una colección de botellas sucias llenas de un líquido del que lo único que se podía decir con seguridad es que no era alcohólico. Mientras tanto la anciana, a quien sujetaban dos hombres, agitando sus lacios cabellos grises ante un rostro desencajado de ojos centelleantes, les gritaba injurias con voz cascada. En una habitación que no era más que un cobertizo de una sola vertiente, con una cama y un tonel de basura y amorfos desechos por el que los ratones se paseaban durante .toda la noche, la mujer encontró un hogar.

-Aquí estará usted bien -dijo Horace-. Y siempre que quiera me puede llamar por teléfono a… -dándole el nombre de un vecino-. No: espere; haré que mañana me instalen otra vez el teléfono. Entonces podrá usted…

-Sí -dijo la mujer-. Será mejor que no venga hasta aquí.

-¿Por qué? ¿Cree que dejaría… que me importa un comino lo que…?

-Tiene usted que vivir en esta ciudad.

-No pienso hacerlo. Ya he permitido que demasiadas mujeres me organizaran la vida y si esos parangones de virtud doméstica… -pero sabía que todo aquello no eran más que palabras. Y sabía también que ella se daba cuenta, gracias a esa inagotable capacidad femenina para desconfiar de los móviles de todo el mundo que parece en principio simple afinidad con el mal pero que resulta ser en realidad sentido práctico.

-Imagino que lograré encontrarle si es necesario -dijo ella-. Es todo lo que puedo hacer.

-Dios santo -dijo Horace-, no les deje… Fieras desalmadas, no son otra cosa.

Al día siguiente hizo que le instalaran el teléfono. No vio a su hermana durante una semana; y aunque no tenía manera de saber que se lo habían puesto, cuando, una semana antes de que empezara el juicio, inmerso en la lectura, resonó el teléfono en la paz vespertina, creyó que era Narcissa hasta que, entre las remotas estridencias musicales de un gramófono o de una radio, le habló una voz masculina con tono mesurado, casi fúnebre.

-Aquí, Snopes. ¿Qué tal está, juez?

-¿Cómo? -dijo Horace-. ¿Quién es?

-El senador Snopes, Clarence Snopes -el gramófono sonaba débilmente, como viniendo de muy lejos; Horace creyó tener a su interlocutor delante de los ojos: el sombrero

Librodot

manchado de grasa, los hombros pesadamente inclinados hacia el teléfono, en un bar o en un restaurante, protegiendo sus susurros detrás de una mano enorme, blanda, ensortijada, mientras en la otra el auricular parecía un simple juguete.

-Ah -dijo Horace- ¿Sí? ¿Qué sucede?

-Dispongo de cierta información que podría interesarle.

-¿Información que podría interesarme?

-Eso creo. A usted y a otra persona por lo menos -junto al oído de Horace la radio, o el gramófono, ejecutó un agudo arpegio de saxofones. Obscenos, vulgares, parecían pelearse entre sí con la teatralidad de dos monos en una jaula. Benbow oía también la respiración de Snopes al otro extremo del hilo.

-De acuerdo -dijo-. ¿Qué sabe usted que pueda interesarme?

-Le dejo que lo decida usted mismo.

-De acuerdo. Iré al centro mañana por la mañana. Podemos vernos en cualquier sitio -luego añadió inmediatamente-: ¿Oiga? -era como si el otro estuviera respirando en el oído de Horace: un sonido plácido, obsceno, que adquirió repentinamente un algo de ominosa-. ¡Oiga! -repitió Horace.

-Entonces está claro que no le interesa. Creo que me entenderé con la otra persona y no le molestaré más. Hasta la vista.

-No; espere -dijo Horace-. ¡Oiga! ¡Oiga!

-¿Sí?

-Iré ahora. Estaré ahí dentro de quince minutos.

-No hace falta -dijo Snopes-. Tengo coche. Me acercaré yo.

Horace bajó hasta el portón. Había salido la luna. Dentro del túnel negro y plata de los cedros, las luciérnagas encendían ilusorias cabezas de alfiler. Los cedros eran negros y apuntaban al cielo como siluetas recortadas en papel; la pendiente cubierta de césped brillaba levemente, con una pátina de plata. En algún sitio, por encima de los insectos, una chotacabras alzó su canto, reiterativo, trémulo, quejumbroso. Pasaron tres coches. El cuarto disminuyó la velocidad y torció hacia el portón. Horace se adelantó para que le diera la luz. Detrás del volante Snopes resultaba especialmente voluminoso, dando la impresión de haber sido metido en el coche antes de colocar el techo. Le tendió la mano.

-¿Cómo le va, juez? No supe que vivía usted en la ciudad hasta que traté de telefonearle a casa de Mrs. Sartoris.

-Bien, gracias -dijo Horace, deshaciendo lo antes que pudo el apretón de manos-. ¿Qué información es esa que ha conseguido?

Snopes se aplastó sobre el volante para mirar por la ventanilla, en dirección a la casa.

-Podemos hablar aquí -dijo Horace-. Se evita usted tener que dar la vuelta.

-No parece un sitio muy adecuado -replicó Snopes-. Pero eso tiene que decirlo usted.

Alto y corpulento, encorvado sobre el volante, su rostro informe parecía otra luna al reflejar la que brillaba en el cielo. Horace notó que Snopes le vigilaba, experimentando a la vez la misma sensación ominosa que le había transmitido el hilo telefónico; una presencia calculadora, sagaz, llena de significado. Tenía la impresión de que Snopes iba siguiendo los rápidos movimientos de su mente de un lado para otro, deteniéndolos siempre con aquella

Librodot

enorme masa suya, blanda e inerte, que los sepultaba como una avalancha de vainas de algodón.

-Subamos a la casa -dijo Horace. Snopes abrió la portezuela-. Siga -respondió Benbow-. Yo iré a pie.

Snopes puso el coche en marcha. Se estaba apeando cuando Horace llegó a su altura.

-Bien, ¿de qué se trata? -dijo Horace.

Snopes miró de nuevo en dirección a la casa.

-Le sirve como piso de soltero, ¿no es cierto? -dijo.

Horace no respondió.

-Es lo que digo siempre, todo hombre casado debiera tener un lugar propio, un sitio donde refugiarse sin que nadie se entere de lo que hace. Por supuesto, un hombre tiene ciertos deberes con su esposa, pero lo que no sepa no le hará daño, ¿no es verdad? Mientras el marido haga eso, no veo que la mujer tenga razones para quejarse. ¿No piensa usted lo mismo?

-Mrs. Goodwin no está aquí -dijo Snopes-, si es eso lo que insinúa. ¿Por qué quería usted verme?

Notó de nuevo que Snopes le observaba atenta, calculadoramente, con ojos tan incrédulos como indiscretos.

-Siempre he dicho que es uno mismo quien tiene que ocuparse de sus propios asuntos. No voy a reprochárselo, pero cuando me conozca usted mejor se dará cuenta de que sé tener la boca cerrada. He estado en muchos sitios. Conozco la situación… ¿Un puro? -se llevó una mano gigantesca al bolsillo del pecho y sacó dos cigarros.

-No, gracias.

Snopes encendió uno y su rostro, a la luz de la cerilla, parecía una empanada puesta de lado.

-¿Para qué quería usted verme? -dijo Horace.

Snopes dio una chupada al cigarro.

-Hace cosa de un par de días me enteré de algo que le interesará, si no estoy equivocado.

-Ah. Algo de interés. ¿En qué sentido?

-Eso le dejo a usted que lo decida. Tengo otra persona con la que podría entenderme, pero como usted y yo somos conciudadanos y todo eso…

La mente de Horace giraba y salía disparada en todas direcciones. La familia de Snopes procedía de un lugar cercano a Frenchman's Bend y aún seguía viviendo allí. No ignoraba los tortuosos medios por los que cualquier tipo de información circulaba entre los distintos miembros de la tribu analfabeta que poblaba aquella zona del condado. Aunque está claro que no se trata de algo que pudiera intentar venderle al Estado, pensó Horace. No es tan tonto como para todo eso.

-Entonces, será mejor que me explique de qué se trata -dijo.

Notó una vez más que Snopes le observaba atentamente.

-¿Se acuerda del día que tomó el tren en Oxford? Había ido allí por un asun…

-Sí -dijo Horace.

Snopes aspiró el humo durante algún tiempo, hasta poner el puro al rojo vivo. Luego alzó una mano y se la puso sobre el cogote.

-Recuerda que me habló de una muchacha.

-Sí. ¿Qué más?

-Eso tiene que decirlo usted.

A Horace le llegaba el aroma de madreselvas que subía por la pendiente plateada y oía el canto de la chotacabras, suave, quejumbroso, reiterativo.

-¿Quiere decirme que sabe dónde está?

Snopes no contestó.

-¿Y que está dispuesto a venderme esa información?

Snopes siguió callado. Horace apretó los puños y los introdujo en los bolsillos, haciendo presión contra su cuerpo.

-¿Qué le hace pensar que pueda interesarme?

-Eso tienta que decidirlo usted. Yo no tengo un cliente acusado de asesinato. No fui yo quien estuvo en Oxford buscando a la chica. Claro que, si no le interesa, me pondré en contacto con la otra persona. Me limito a darle una oportunidad.

Horace se volvió hacia los escalones, moviéndose muy despacio, como un anciano.

-Vamos a sentarnos -dijo. Snopes le siguió y se sentó en un escalón. La luz de la luna caía sobre ellos-. ¿Sabe usted dónde se encuentra?

-La he visto -se puso otra vez la mano en la nuca-. Sí, señor. Si no está… si no ha estado allí, le devolveré el dinero. No dirá que no le trato bien, ¿eh?

-Y, ¿cuánto pide? -dijo Horace.

Snopes aspiró el humo hasta poner otra vez el puro al rojo vivo.

-Vamos -dijo Horace-. No voy a regatear.

Snopes le dijo el precio.

-De acuerdo -dijo Horace-. Se lo pagaré. -levantó las rodillas, puso los codos encima y se cubrió la cara con las manos-. ¿Dónde…? Espere. ¿No será usted baptista, por casualidad?

-Lo es mi familia. Yo me considero muy liberal. No soy nada fanático en ningún sentido, como descubrirá usted cuando me conozca mejor.

-De acuerdo -dijo Horace, todavía con la cara tapada-. ¿Dónde está?

-Me fío de usted -dijo Snopes-. Está en Memphis, en una casa de putas.

Librodot

XXIII

Cuando Horace, después de cruzar el portillo de Miss Reba, se dirigió hacia la estructura rectangular con celosías, alguien le llamó a sus espaldas. Ya había anochecido; sobre la desconchada pared de la vieja casa las ventanas se apretaban en pálidas hileras. Horace se volvió. Por detrás del muro más cercano, y con el mismo ángulo que pudiera haberlo hecho un ave de corral, asomaba la cabeza de Snopes. En seguida se mostró de cuerpo entero. Levantó la vista hacia la casa y luego miró a ambos lados de la calle. Después avanzó pegado a la valla y atravesó el portillo cautelosamente.

-Bueno, juez -dijo-. Todo el mundo tiene que echar una cana al aire, ¿no es cierto? -no hizo gesto de estrecharle la mano. Se limitó, desde lo alto de su masiva presencia, a contemplar a Horace con una expresión que conseguía ser a la vez confiada y vigilante, sin dejar por ello de mirar hacia la calle por encima del hombro-. Como digo siempre, nunca le ha hecho daño a nadie salir de vez en cuando y…

-¿De qué se trata esta vez? -dijo Horace- ¿Qué es lo que quiere?

-Vamos, vamos. No se lo voy a contar a nadie en Jefferson. Quítese esa idea de la cabeza. Si todos empezáramos a contar lo que sabemos, más nos valdría cambiarnos de ciudad, ¿no le parece?

-Sabe usted tan bien como yo lo que he venido a hacer aquí. ¿Qué es lo que quiere?

-Por supuesto -dijo Snopes-. Sé lo que siente un hombre, casado y todo eso, que además no está seguro de lo que hace su mujer -entre dos precipitadas ojeadas por encima del hombro le hizo un guiño a Horace-. Cualquier confidencia suya irá conmigo a la tumba. Pero me repugna ver a un buen… -Horace había seguido andando en dirección a la puerta-. Juez -dijo Snopes en voz baja perfectamente audible. Horace se volvió-. No se quede.

-¿Que no me quede?

-Hable con ella y márchese. Es un sitio para incautos, para paletos. Más caro que Monte Carlo. Esperaré aquí y le enseñaré un lugar donde… -Horace continuó adelante y entró en la casa. Dos horas más tarde, cuando hablaba con Miss Reba en su habitación, mientras, más allá de la puerta, pasos y, en ocasiones, voces iban y venían por el pasillo y por las escaleras, Minnie entró con un pedazo de papel y se lo dio a Horace.

-¿Qué es eso? -dijo Miss Reba.

-El grandullón ése con cara de empanada lo ha dejado para él -replicó Minnie-. Y ha dicho que bajara usted.

-¿Le has dejado entrar? -preguntó Miss Reba.

-No, señora. No ha dicho que quisiera entrar.

-Imagino que no -dijo Miss Reba, emitiendo un gruñido-. ¿Lo conoce usted? -le preguntó a Horace.

-Sí. No parece que esté en mi mano evitarlo -dijo Horace. Al abrir el papel, que era un trozo de una octavilla, se encontró con una dirección escrita a lápiz con letra clara y de trazo fácil.

Librodot

-Se presentó aquí hace cosa de dos semanas -dijo Miss Reba-. Venía buscando a dos muchachos; se pasó la noche en el comedor hablando por los codos y tocando el trasero a las chicas, pero no se gastó un centavo, que yo sepa. ¿Te pidió algo de beber, Minnie?

-No, señora -dijo Minnie,

-Y un par de noches después estaba otra vez aquí. No se gastó nada y no hizo más que hablar, así que le dije: «Oiga usted, las personas que usan esta sala de espera tienen que coger el tren de vez en cuando». De manera que al otro día trajo media pinta de whiskey. No me parece mal que lo haga un buen cliente, pero cuando un tipo como ése viene aquí tres veces, pellizca a mis chicas, se trae su whiskey y pide cuatro coca-colas…, no es más que un pobre desgraciado, un tipo vulgar, querido. Le dije a Minnie que no lo dejara entrar más, pero una tarde, cuando no había hecho más que tumbarme para echar una siestecilla… Nunca he sabido qué hizo con Minnie para que lo dejara entrar. Sé que no le dio nada. ¿Cómo lo consiguió, Minnie? Debe de haberte enseñado algo que no habías visto nunca, ¿no es cierto?

Minnie movió la cabeza.

-No tiene nada que me interese ver. Y además ya he visto demasiadas cosas que más me valdría no haber visto -a Minnie la había abandonado su marido, que no aprobaba la ocupación de su mujer. Era cocinero de un restaurante y, después de apoderarse de toda la ropa y las joyas que las mujeres de raza blanca le habían dado a Minnie, se escapó con una de las camareras del local donde trabajaba.

-A cada momento volvía a hacer preguntas e insinuaciones sobre esa chica -dijo Miss Reba-, y yo siempre le decía que fuera a preguntarle a Popeye si tantas ganas tenía de enterarse. Lo único que le dije fue que se marchara y que no volviera, ¿se da cuenta? Pero ese día, a las dos, poco más o menos, cuando estoy durmiendo, Minnie le deja entrar y él le pregunta quién está y ella le dice que no hay nadie y el otro, ni corto ni perezoso, se echa escaleras arriba. Y Minnie dice que casi al mismo tiempo llega Popeye, y que no sabe qué hacer. Le da miedo no dejarle pasar y sabe que si le deja y Popeye me mancha todo el primer piso con la sangre de ese hijo de su madre voy a ponerla de patitas en la calle y además su marido acaba de abandonarla y todo eso.

»Así que Popeye sube las escaleras con esos andares de gato que tiene y encuentra a su amigo de usted arrodillado, mirando por el ojo de la cerradura. Minnie dice que Popeye se quedó detrás del otro sin hacer nada cosa de un minuto, con el sombrero ladeado sobre un ojo; que luego sacó un pitillo, prendió una cerilla con la uña del pulgar sin hacer el menor ruido, encendió el cigarrillo y acercó la cerilla al cogote de su amigo de usted. Minnie dice que se quedó a mitad de la escalera, mirándolos: el tipo ése arrodillado, con su cara de empanada poco cocida y Popeye echando humo por la nariz y moviendo la cabeza como si tuviera, un tic nervioso. Luego Minnie bajó la escalera y a los diez segundos apareció el otro con las manos en la cabeza, cantándole las tripas como si fuera un caballo perdieron; estuvo alrededor de un minuto dando manotadas en la puerta y gimiendo para sus adentros como el viento en una chimenea, dice Minnie, hasta que le abrió y le dejó salir. Y ésa fue la última vez que llamó al timbre hasta esta noche… Déjeme ver eso -Horace le tendió el papel-. Es una casa de negras -dijo Miss Reba-. El muy cana… Minnie, dile que su amigo no está aquí. Dile que no sé dónde ha ido.

Cuando Minnie se marchó, Miss Reba dijo:

-He tenido a toda clase de gente en mi casa, pero hay que decir basta en algún momento. También venían abogados. Tuve al abogado más importante de Memphis ahí, en el comedor, invitando a mis chicas. Un millonario que pesaba doscientas ochenta libras y mandó traer una cama especialmente hecha para él. Todavía sigue en el piso de arriba. Pero

Librodot

todo en mi línea de trabajo, no en la suya. No voy a permitir que un abogado moleste a mis chicas sin una razón de peso.

-¿Y no le parece que estamos en ese caso? ¿La posibilidad de que condenen a muerte a un hombre por algo que no ha hecho? Puede que en estos momentos sea usted culpable de encubrir a un fugitivo de la justicia.

-Entonces que vengan a por él. Yo no tengo nada que ver con ese asunto. Por esta casa han pasado demasiados policías para que les tenga miedo -alzó la jarra, bebió y se limpió la boca con el revés de la mano-. No estoy dispuesta a que me mezcle en algo que no conozco en absoluto. Lo que Popeye haya hecho fuera de aquí es cosa suya. Cambiaré de idea cuando empiece a matar gente en mi casa.

-¿No tiene usted hijos? -Miss Reba se limitó a mirarlo-. No es que quiera entrometerme en sus asuntos -dijo Horace-. Pensaba únicamente en esa mujer. Se encontrará otra vez en la calle y sólo Dios sabe lo que pasará con ese niño.

-Sí -dijo Miss Reba-. Mantengo a cuatro en una institución para niños en Arkansas. Pero ninguno de ellos es mío -alzó la jarra y miró dentro, balanceándola suavemente. Luego volvió a dejarla-. Sería mejor que no hubiera nacido -dijo-. Ni él, ni los otros -se puso en pie, avanzó hacia Horace moviéndose pesadamente y se detuvo a su lado, jadeante. Poniéndole una mano en la cabeza le hizo levantar el rostro-. No me está mintiendo, ¿verdad? -preguntó con ojos escudriñadores y una expresión llena de seriedad y de tristeza-. No, no me miente -retiró la mano-. Espere aquí un momento. Veré lo que puedo hacer -salió de la habitación. Horace la oyó hablar con Minnie en el pasillo y después subir las escaleras con gran dificultad.

El siguió tranquilamente sentado donde estaba. En la habitación había una cama de madera, un biombo pintado, tres sillas tapizadas con exceso de relleno y una caja fuerte empotrada en la pared. Sobre el tocador se acumulaban diversos objetos de aseo personal con lazos de satén color rosa. Sobre la repisa de la chimenea descansaba un lirio de cera dentro de un fanal; encima, con crespones negros, la fotografía de un hombre de aspecto apacible con un enorme bigote. De las paredes colgaban unas cuantas litografías de escenas griegas apócrifas y un cuadro hecho con encaje de hilo. Levantándose del asiento, Horace se acercó a la puerta. Minnie ocupaba una silla en el corredor sin luz.

-Minnie -dijo-, necesito una copa. Bien llena.

Acababa de apurarla cuando Minnie entró de nuevo.

-Dice Miss Reba que suba usted.

La dueña le esperaba en el descansillo. Le condujo pasillo adelante y abrió una puerta que daba a una habitación a oscuras.

-Tendrá que hablar así con ella -dijo Miss Reba-. No quiere que se encienda la luz -a través de la puerta la claridad del pasillo daba sobre la cama-. Esta no es su habitación -añadió Miss Reba-. No estaba dispuesta a verle allí. Será mejor que le lleve la corriente hasta que descubra lo que quiere saber.

Entraron. La luz del pasillo daba sobre la cama, iluminando, inmóvil bajo las sábanas, un bulto curvo, que no llegaba a crear la impresión de que el lecho estuviera ocupado. Se va a asfixiar, pensó Horace.

-Querida -dijo Miss Reba. El bulto no se movió-. Ya está aquí, querida. Como estás completamente tapada no importará que demos la luz y cerremos la puerta -añadió Miss Reba, encendiendo la luz.

-Se asfixiará -dijo Horace.

-Se destapará dentro de un momento -dijo Miss Reba-. Empiece. Dígale de qué se trata. Será mejor que me quede. Pero no se preocupe por mí. No seguiría en este negocio si no hubiera aprendido hace mucho tiempo a ser sorda y muda. Y si alguna vez sentí curiosidad esta casa me la hizo perder años atrás. Tenga una silla.

Miss Reba se dio la vuelta, pero Horace se le anticipó y cogió dos sillas. El se sentó junto a la cama y, hablando a la parte superior del bulto inmóvil, le dijo lo que quería.

-Sólo deseo enterarme de lo que pasó realmente. Usted no se comprometerá. Sé que no lo hizo. Antes de que me diga nada voy a prometerle que sólo tendrá que declarar ante el tribunal si no hay otra forma de evitar que lo ahorquen. Sé lo que siente usted. No la molestaría si no estuviera en juego la vida, de ese hombre.

El bulto no se movió.

-Van a ahorcarlo por una cosa que no ha hecho -dijo Miss Reba-. Y esa pobre mujer no tendrá nada ni nadie. Tú con brillantes y ella con su niñito enfermo. Te das cuenta, ¿verdad?

El bulto no se movió.

-Sé lo que siente -dijo Horace-. Podrá usar un nombre falso, llevar ropa que haga imposible reconocerla, ponerse gafas.

-No cogerán a Popeye, corazón -dijo Miss Reba-. Es demasiado listo. Tú no sabes cómo se llama, claro que no; y si tienes que ir a declarar, se lo haré saber después de que te vayas; se marchará a otro sitio y mandará a buscarte. Ni tú ni él queréis quedaros en Memphis. El abogado cuidará de ti y no tendrás que decir nada que…

El bulto se movió. Temple apartó la ropa de la cama y se incorporó. Estaba despeinada, tenía la cara hinchada, dos manchas de colorete en las mejillas y los labios furiosamente pintados en forma de corazón. Contempló por un momento a Horace con absoluta animosidad y luego apartó la vista.

-Necesito un trago -dijo, subiéndose el hombro del camisón.

-Échate -dijo Miss Reba-. Vas a enfriarte.

-Quiero otro trago -dijo Temple.

-Échate y tápate de todas formas; estás medio desnuda -dijo Miss Reba, levantándose-. Te has tomado ya tres copas desde que cenaste.

Temple volvió a subirse el camisón. Miró fijamente a Horace.

-Invíteme usted a un trago, entonces.

-Vamos, corazón -dijo Miss Reba, tratando de acostarla-. Échate y tápate y cuéntale lo que pasó. Te traeré una copa dentro de un momento.

-Déjeme en paz -respondió Temple, retorciéndose hasta quedar libre. Miss Reba subió la ropa de la cama hasta taparle los hombros-. Entonces déme un cigarrillo, o ¿es que no tiene? -le preguntó a Horace.

-Te lo traeré dentro de un momento -dijo Miss Reba-. ¿Harás lo que te pide?

-¿El qué? -dijo Temple. Contempló a Horace con ojos beligerantes, llenos de hostilidad.

-No tiene que contarme dónde su…, dónde… -dijo Horace.

-No crea que tengo miedo -dijo Temple-. Estoy dispuesta a decirlo en cualquier sitio. No crea que tengo miedo. Pero necesito un trago.

Librodot

-Cuéntaselo y te lo traeré -dijo Miss Reba.

Sentada en la cama, tapándose los hombros con la sábana, Temple habló de la noche que había pasado en la casa en ruinas, desde el momento en que entró en la habitación y trató de atrancar la puerta con la silla, hasta el instante en que la mujer se acercó a la cama y la llevó consigo. Al parecer, era aquélla la única parte de la aventura que recordaba: la noche que había superado relativamente ilesa. De vez en cuando, Horace trataba de hacerle seguir adelante, al momento del crimen, pero Temple eludía sus preguntas y volvía a verse sentada en la cama, escuchando a los hombres que bebían en el porche, o tumbada en la oscuridad mientras los otros entraban en el cuarto, se acercaban a la cama y se quedaban allí, muy cerca de ella.

-Sí; eso es -decía-. Sucedió: no sé cómo. Llevaba tanto tiempo asustada que debí acostumbrarme a estarlo. Me quedé sentada en aquellas vainas de algodón, mirándola; porque al principio creía que era la rata. Había dos allí. Una estaba en un rincón, mirándome, y la otra en el rincón de enfrente. No sé de qué se alimentaban, porque no había más que mazorcas y vainas de algodón. Quizá fueran a comer a la casa. Pero en la casa no había ninguna; en la casa no las oí nunca. Pensé que pudiera ser una rata cuando los oí por primera vez, pero en una habitación a oscuras se siente a las personas: ¿lo sabía? No hace falta verlas. Se las siente como se sabe lo que quiere un chico cuando vas con él en el coche y empieza a buscar un buen sitio donde parar…, ya sabe, para estar un rato tranquilos.

Siguió así, en uno de esos gárrulos monólogos llenos de vivacidad que las mujeres son capaces de sostener cuando se dan cuenta de que todo el mundo está pendiente de ellas; Horace advirtió de pronto que Temple narraba su experiencia con verdadero orgullo, con una especie de ingenua e impersonal vanidad, como si estuviera inventando toda la historia, mientras les lanzaba rápidas miradas a él y a Miss Reba, a la manera de un perro que fuera vigilando dos cabezas de ganado a lo largo de una senda.

-Cada vez que respiraba oía el ruido de las vainas de las mazorcas. No entiendo cómo nadie consigue dormir en una cama así. Aunque puede que uno llegue a acostumbrarse. O quizá esa gente esté muy cansada por la noche. Porque yo oía el ruido de las vainas cada vez que respiraba, incluso estando sentada en la cama. No podía creer que fuera sólo por respirar y estaba *lo* más quieta que podía, pero las seguía oyendo. Eso pasa porque la respiración va hacia abajo. Uno cree que va hacia arriba, pero no es cierto. Va hacia abajo, y yo les oía emborracharse en el porche. Llegué a pensar que podía ver dónde tocaban con la cabeza en la pared al inclinarse hacia atrás, y me decía Ahora es ése el que está bebiendo de la garrafa. Ahora es ese otro el que bebe. Como el hueco que queda en la almohada cuando uno se levanta, ya me entiende.

»Entonces se me ocurrió una cosa muy curiosa. Ya sabe lo que pasa cuando se está asustado. Me miré las piernas y traté de imaginar que era un chico. Pensaba como si fuera un chico y luego trataba de convertirme en chico pensando; ese tipo de cosas. Como cuando se sabe un problema en clase y al llegar el momento se mira al profesor y se piensa con mucha intensidad. Pregúnteme. Pregúnteme. Me acordé de lo que les dicen a los niños sobre besarse el codo[4] y traté de hacerlo. Y lo conseguí, tal era el miedo que tenía; y me preguntaba si sería capaz de notarlo cuando me transformara en chico. Quiero decir si me daría cuenta antes de mirar; y pensaba que ya había sucedido y en cómo saldría y se lo enseñaría… Encendería una cerilla y diría Miren. ¿Ven? Ahora déjenme en paz. Y entonces podría volverme a la cama. Pensaba en cómo me volvería a acostar y me dormiría

[4] En algunas regiones de los Estados Unidos se les dice a los niños que cambiarán de sexo si se besan un codo. La broma consiste en que, de ordinario, tardan un buen rato en descubrir que se trata de una empresa imposible

porque tenía mucho sueño. Tenía tanto sueño que apenas era capaz de mantener los ojos abiertos.

»De manera que cerré los ojos con mucha fuerza y dije Ya soy un chico. En este momento lo soy ya. Me miré las piernas y pensé en lo mucho que había hecho por ellas, los muchos bailes a los que las había llevado…, tantas locuras hechas así, por las buenas. Pensé en lo mucho que había hecho por ellas, que, a cambio, me habían metido en aquel jaleo. De manera que se me ocurrió rezar para convertirme en chico y recé y luego me quedé completamente quieta y esperé. Después pensé que quizá no fuera capaz de notarlo y me dispuse a mirar. Pero en seguida se me ocurrió que quizá fuera demasiado pronto para mirar; que si miraba ya, lo estropearía y entonces seguro que no pasaría nada. Así que tuve que contar. Al principio decidí contar hasta cincuenta, pero luego pensé que todavía era demasiado pronto y que contaría cincuenta más. Luego se me ocurrió que si no miraba en el momento exacto, sería demasiado tarde.

»Después pensé en protegerme de alguna manera. Una chica que estuvo un verano en Europa me habló de una especie de cinturón de hierro en un museo que un rey o algo parecido le ponía a la reina cuando tenía que marcharse, y se me ocurrió que me vendría muy bien tener aquello. Por eso cogí el impermeable y me lo puse. La cantimplora estaba al lado y también la cogí y la puse en la…

-¿Cantimplora? -dijo Horace-. ¿Por qué hizo usted eso?

-No sé por qué la cogí. Supongo que me daba miedo dejarla allí. Pero estaba pensando en que me gustaría tener aquella cosa francesa. Se me ocurrió que quizá tuviera unos pinchos muy largos y afilados y que él no se daría cuenta hasta que fuera demasiado tarde •y yo se los clavaría de golpe. Se los clavaría hasta el fondo y pensé en toda la sangre cayéndome encima y en cómo diría ¡Espero que te sirva de lección! ¡Supongo que ahora me dejarás en paz!, le diría. Ignoraba que iba a ser al revés precisamente… Quiero un trago.

-Te lo traeré dentro de un momento -dijo Miss Reba-. Sigue contándoselo.

-Ah, sí; también hice otra cosa curiosa.

Le habló de cuando estaba tumbada en la oscuridad con Gowan roncando a su lado, oyendo el ruido de las vainas de las mazorcas, notando la oscuridad llena de movimiento y sintiendo que Popeye se acercaba. Oía el ruido de su propia sangre corriéndole por las venas y los pequeños músculos del rabillo del ojo separándose más y más y cómo las aletas de la nariz se le enfriaban y calentaban alternativamente. Luego Popeye estaba a su lado y ella le decía Vamos. Tócame. ¡Tócame! Eres un cobarde si no lo haces. ¡Cobarde! ¡Cobarde!

-Quería dormirme, ¿sabe? Y él se limitaba a estar allí de pie. Se me ocurrió que si hacía de una vez lo que quería hacer, podría dormirme. Así que dije ¡Eres un cobarde si no lo haces! ¡Eres un cobarde si no lo haces!, y sentía que mi boca se preparaba para gritar y sentía dentro de mí ese nudo caliente que es lo que grita. Luego esa desagradable mano suya, tan fría y tan delicada, me tocó donde estaba desnuda, moviéndose indecisa dentro del abrigo. Era como hielo vivo y mi piel empezó a saltar alejándose de ella como esos pequeños peces voladores delante de una embarcación. Era como si mi piel supiera la dirección que iba a tomar la mano antes de que se moviera y siguiera retrocediendo a saltos por delante de ella para que no encontrara nada cuando llegara allí.

»Después llegó al comienzo de mi vientre y yo no había comido nada desde la cena del día anterior y las tripas se me empezaron a mover y a sonar a vacías y era tan fuerte el ruido de las vainas que parecían reírse. Y yo pensé que se reían de mí porque Popeye estaba metiendo la mano por la cintura de la braga y yo seguía sin convertirme en chico.

Librodot

»Lo curioso es que yo no respiraba. Llevaba mucho tiempo sin respirar. Así que creí que estaba muerta e hice otra cosa muy curiosa: verme a mí misma dentro del ataúd. Quedaba muy bien, toda vestida de blanco, ya sabe. Llevaba un velo como de novia y estaba llorando porque estaba muerta o por mi aspecto enternecedor o algo por el estilo. No: era porque habían puesto hojas de mazorca en el ataúd. Lloraba porque habían puesto hojas de mazorca en el ataúd donde yacía muerta, pero todo el tiempo sentía que la nariz se me calentaba y se me enfriaba, y veía a toda la gente sentada alrededor del ataúd, diciendo ¿Verdad que está preciosa? ¿No es cierto que está preciosa?

»Pero yo seguía diciendo ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Tócame, cobarde! Me enfadé muchísimo porque tardaba tanto en hacerlo. Me puse a hablarle y a decirle ¿Crees que voy a estar aquí tumbada toda la noche sólo por tu conveniencia?, le decía. Déjame que te explique lo que voy a hacer, le decía. Pero allí seguía yo, tumbada, con las vainas riéndose de mí y mi carne dando saltos para alejarse de su mano, pensando en lo que iba a decirle; le hablaría como hace una maestra en la escuela, y en seguida yo era la maestra; la mano una cosita negra como un niño de color, más o menos, y yo la maestra. Porque yo decía ¿Cuántos años tengo? y yo misma contestaba que cuarenta y cinco. Tenía el pelo gris y gafas y el pecho tan abultado como las mujeres de esa edad. Llevaba un traje sastre de color gris, yo que nunca he podido ponerme nada gris. Y le estaba diciendo lo que iba a hacer y la mano se paraba y volvía a pararse como si ya fuera capaz de ver la vara de dar azotes.

»Luego dije que aquello no bastaba. Tenía que ser un hombre. De manera que pasé a ser un viejo con una barba blanca muy larga, y el hombrecito negro se fue haciendo cada vez más pequeño y yo decía Ahora. Vas a ver ahora. Ya soy un hombre. Entonces pensé en ser un hombre, y tan pronto como lo pensé, sucedió. Hizo una especie de ruido apagado, como cuando, al soplar, se dilata el extremo cerrado de un tubito de goma. Estaba frío, como el interior de la boca si se la tiene abierta. Lo sentía perfectamente y seguí tumbada muy quieta, procurando no reírme de la sorpresa que se iba a llevar. Sentía los saltos de mi carne dentro de las bragas por delante de su mano y cómo estaba allí tumbada procurando no reírme de lo sorprendido y enfadado que iba a estar en cosa de un minuto. Pero de repente me quedé dormida. No fui capaz de esperar despierta a que su mano llegara allí. Me quedé dormida sin más. Ya no me sentía dar saltos delante de su mano, pero oía las vainas de las mazorcas. No me desperté hasta que vino aquella mujer y me fui con ella al cuarto del granero.

-Quisiera que se la llevara y no la dejara volver -le dijo Miss Reba a Horace cuando salía de la casa-. Yo misma encontraría a su familia si supiera cómo hacerlo. Pero ya sabe usted que… Tal como van las cosas entre Popeye y ella en esa habitación de arriba, esa chica estará muerta o en el manicomio en menos de un año. Hay algo muy raro en ese asunto que todavía no he logrado descubrir. Quizá sea ella. No ha nacido para esta clase de vida. Me figuro que hay que nacer para esto igual que hay que nacer para carnicero o para barbero. Nadie haría esas cosas únicamente por dinero o por diversión.

Sería mejor que se muriera esta noche, pensó Horace mientras seguía andando. Y morirme yo también. Pensó en Temple, en Popeye, en la mujer, en el niño y en Goodwin, todos en un solo aposento, desnudo, mortífero, donde las cosas se viesen juntas y también en perspectiva: un único instante, a mitad de camino entre la indignación y la sorpresa, que lo borrara todo. Y también a mí; pensando en que sería ésa la única solución. Arrancados, cauterizados del viejo y trágico costado del mundo. Y yo también, ahora que estamos todos aislados; pensando en el suave viento oscuro que sopla en los largos corredores del sueño; en yacer bajo un techo acogedor que puede tocarse con la mano, oyendo indiferente el prolongado repiqueteo de la lluvia: del mal, de la injusticia, de las lágrimas. Al final de un callejón, dos figuras en pie, cara a cara, sin tocarse; el hombre diciendo en voz baja -en un susu-

Librodot

rro acariciante- una interminable sucesión de epítetos obscenos, la mujer inmóvil delante de él como desfallecida en un éxtasis voluptuoso. Quizá muramos en ese instante en que nos damos cuenta, en que admitimos, que el mal tiene una estructura lógica, pensó Horace, acordándose de la expresión que había visto una vez en los ojos de un niño muerto y también en otras personas sin vida: la indignación que se enfría, la violenta desesperación que se desvanece, dejando dos globos vacíos en cuyas profundidades acecha, en miniatura, el mundo paralizado.

Horace no regresó a su hotel. Fue directamente a la estación. Podía tomar un tren de medianoche. Bebió una taza de café y deseó acto seguido no haberlo hecho, porque se le quedó como una bola caliente en el estómago. Tres horas después, cuando se apeó del tren en Jefferson, todavía seguía allí, sin haberla asimilado. Volvió andando a la ciudad y cruzó la plaza desierta. Se acordó de otra madrugada reciente en que también la había cruzado. Era como si no hubiera pasado el tiempo entre las dos: la misma posición de las manillas en la esfera iluminada del reloj, las mismas sombras, como de buitres al acecho, en los portales; podría ser la misma madrugada y él no habría hecho más que cruzar la plaza, girar en redondo y volver hacia su casa; el tiempo transcurrido no sería más que un sueño en el que se acumulaban todas las imágenes de pesadilla que Horace había tardado cuarenta y tres años en inventar, concentradas ahora en un bulto duro y caliente en el estómago. De repente notó que andaba más deprisa, con el café rebotando en sus entrañas como una densa piedra caliente.

Al subir despacio la avenida le fue llegando el aroma de las madreselvas desde la verja. La casa -a oscuras, inmóvil- parecía abandonada en el espacio por el flujo interminable del tiempo. El canto de los insectos se había convertido en una monótona repetición de notas muy graves y surgía, agotado, de todas partes y de ninguna, como si fuera el agónico lamento de un mundo varado en la arena, incapaz de volver al fluido en el que había vivido y respirado. Había luna, pero no daba luz; la tierra yacía debajo, pero sin contraste de sombras. Horace abrió la puerta y buscó a tientas el interruptor. La voz de la noche -los insectos o lo que fuera- le había seguido al interior de la casa; comprendió de repente que era el roce de la tierra girando sobre su eje al acercarse ese momento en el que había de decidir si seguía adelante o se inmovilizaba para siempre: un globo inmóvil en el espacio cada vez más frío; sobre el que se enroscaba -como volutas de humo- el penetrante aroma de las madreselvas.

Horace encontró la llave y dio la luz. Sobre el escritorio convertido en tocador descansaba la fotografía. Cogiéndola, la sostuvo entre las dos manos. Encuadrado por la estrecha señal que había dejado el marco desaparecido, el rostro de la pequeña Belle parecía soñar en suave claroscuro. Bañada en el reflejo de la luz sobre la brillante cartulina y debido quizá a una oscilación de la corriente eléctrica o a un imperceptible movimiento de las manos de Horace o a su propia respiración, también la cara de la pequeña Belle parecía respirar bajo las lenguas invisibles de las madreselvas, lentas como espirales de humo. Su aroma, tan intenso que casi podía verse, llenaba la habitación y el diminuto rostro daba la impresión de abandonarse en voluptuosa languidez, velándose aún más, desvaneciéndose, dejando en la retina de Horace una suave huella apenas perceptible que era -como el aroma mismo- invitación, promesa sensual y afirmación secreta.

Entonces se dio cuenta de lo que significaba aquella sensación en el estómago. Dejó la fotografía a toda prisa y se dirigió al cuarto de baño. Abrió la puerta precipitadamente y buscó a tientas el interruptor de la luz, pero, sin tiempo para encontrarlo, se abalanzó a oscuras hacia el retrete hasta apoyarse en él con los brazos extendidos mientras las vainas de las mazorcas producían un estruendo terrorífico bajo los muslos de la muchacha. Tendida, con la cabeza ligeramente alzada y la barbilla hundida -como una figura desprendida del crucifijo-, contemplaba algo negro y furioso que salía rugiendo de su cuerpo descolorido. Estaba

Librodot

atada de espaldas -desnuda- sobre una plataforma que avanzaba velozmente por un túnel negro, y la negrura fluía en rígidos filamentos por encima de su cabeza mientras resonaba en sus oídos el rugido de las ruedas de hierro. El vagón salió disparado del túnel por una larga pendiente cuesta arriba, y en seguida la oscuridad superior quedó desgarrada por paralelas claridades de fuego vivo, hacia un crescendo semejante a una respiración contenida, un intervalo durante el cual la muchacha se meció suave y perezosamente en una nada donde brillaban, pálidos, innumerables puntos luminosos. Muy por debajo de ella oía el débil, el furioso estruendo de las vainas de las mazorcas.

Librodot

XXIV

La primera vez que Temple se asomó al descansillo, los ojos de Minnie -sentada junto a la puerta de Miss Reba- se abrieron desmesuradamente, brillando en la penumbra del pasillo. De nuevo en su cuarto, apoyada contra la puerta con el pestillo echado, Temple oyó a Miss Reba subir trabajosamente la escalera y golpear en la madera con los nudillos. Temple siguió en silencio apoyada contra la puerta mientras Miss Reba, jadeante, le hablaba desde el otro lado mezclando halagos y amenazas. Temple no hizo el más mínimo ruido. Al cabo de un rato Miss Reba volvió a bajar las escaleras.

Al retirarse de la puerta, Temple se quedó en el centro de la habitación, uniendo y separando las manos en silencio una y otra vez, la negrura de los ojos destacando en su rostro lívido. Llevaba un vestido de calle y un sombrero. Se quitó el sombrero y lo tiró en un rincón; luego se tumbó boca abajo en la cama, que estaba sin hacer. Sobre la mesilla de noche se amontonaban las colillas y en el suelo, por los alrededores, abundaba la ceniza. Por ese mismo lado podían verse en la funda de la almohada varios agujeros marrones. Temple se despertaba con frecuencia a media noche oliendo a tabaco y veía un único ojo de color rubí donde se encontraba la boca de Popeye.

Eran las diez de la mañana. Una estrecha franja de sol, colándose por la ventana que daba al sur, iluminaba el alféizar y un fragmento del suelo. La casa estaba totalmente en silencio, creando esa sensación de falta de aliento característica de las primeras horas del día. De cuando en cuando un coche pasaba por la calle.

Temple se dio la vuelta en la cama. Al hacerlo vio uno de los innumerables trajes negros de Popeye sobre una silla. Siguió tumbada mirándolo durante un rato, luego se levantó y cogiéndolo con gesto violento lo arrojó al rincón donde estaba el sombrero. En otro rincón había un armario improvisado con una cortina estampada. Contenía vestidos de todas clases y todos nuevos. Temple los sacó de las perchas, hizo un lío con ellos y los arrojó furiosa detrás del traje; después repitió la operación con una fila de sombreros en una estantería. También colgaba de allí otro de los trajes de Popeye. Lo tiró al suelo. Detrás de él, pendiente de un clavo, encontró una pistola automática dentro de una funda de seda impermeabilizada. Al cabo de un momento Temple se acercó a la cama y escondió el arma debajo de la almohada.

Sobre el tocador se amontonaban objetos de aseo personal: cepillos y espejos, también nuevos; frascos y tarros de formas delicadas y exóticas, con nombres franceses. Temple fue cogiéndolos uno a uno y arrojándolos contra el rincón entre golpes sordos y estallidos en mil fragmentos. Entre los objetos de tocador había un monedero de platino: una delicada malla de metal sobre el brillo anaranjado de los billetes nuevos; también acabó en el rincón con las otras cosas. Temple regresó a la cama y se tumbó boca abajo mientras se iba haciendo más intenso el olor a perfume caro.

A las doce Minnie llamó a la puerta.

-Le traigo la comida -Temple no se movió-. Se la voy a dejar junto a la puerta. Puede cogerla cuando quiera.

Sus pasos se alejaron. Temple siguió sin moverse.

Lentamente la franja de sol fue recorriendo el suelo; ahora, el lado oeste del marco de la ventana quedaba en sombras. Temple se incorporó -la cabeza un poco inclinada como

Librodot

si estuviera escuchando-, arreglándose el peló con hábiles dedos de manera casi mecánica. Se levantó de la cama sin hacer ruido y estuvo escuchando junto a la puerta hasta que se decidió a abrirla. La bandeja descansaba sobre el suelo. Temple pasó por encima, avanzó hasta la escalera y miró por encima de la barandilla. Al cabo de un momento distinguió la silueta de Minnie, que ocupaba una silla en el corredor.

-Minnie -dijo. Minnie alzó la cabeza bruscamente; sus ojos se dilataron nuevamente, mostrando la blancura de la córnea-. Tráeme una copa -dijo Temple.

Volvió a su cuarto. Esperó quince minutos. Después de dar un portazo, bajaba ya las escaleras con gran estrépito cuando Minnie apareció en el corredor.

-Sí, señorita -dijo Minnie-. Dice Miss Reba… Dice que no tenemos… -se abrió la puerta de Miss Reba, que dio instrucciones a Minnie sin mirar a Temple. Minnie alzó la voz de nuevo-. Sí, señorita; se la traigo en seguida.

-Más te valdrá -dijo Temple.

Volvió a su cuarto y se quedó junto a la puerta cerrada hasta que oyó subir a Minnie las escaleras. Luego abrió una rendija.

-¿No piensa comer nada? -dijo Minnie, empujando la puerta con la rodilla. Temple la mantuvo en la misma posición.

-¿Dónde está? -dijo.

-No le he arreglado el cuarto esta mañana -dijo Minnie.

-Dámela -dijo Temple, sacando la mano por la puerta entreabierta. Cogió la copa que estaba en la bandeja.

-Hágase a la idea de que es la última -dijo Minnie-. Miss Reba dice que no le va a dar más… ¿Por qué lo trata de esta manera? ¡Un hombre que se gasta así el dinero con usted, debería darle vergüenza! Es un tipo que no está mal, aunque no sea John Gilbert, y tal como se gasta el dinero…

Temple cerró la puerta y echó el pestillo. Se bebió la ginebra, acercó una silla a la cama, encendió un cigarrillo y puso los pies encima de las sábanas. Al cabo de un rato corrió la silla hasta la ventana y levantó un poco la persiana para poder ver la calle. Luego encendió otro pitillo.

A las cinco vio salir a Miss Reba, con su vestido negro de seda y el sombrero con adorno de flores, y echar a andar calle abajo. Temple se levantó de un salto, buscó su sombrero entre la masa de ropa que había en el rincón y se lo puso. Al llegar a la puerta se volvió, fue al rincón, desenterró el monedero de platino y luego bajó las escaleras. Minnie estaba en el vestíbulo.

-Te daré diez dólares -dijo Temple-. No tardaré ni diez minutos en volver.

-No puedo, Miss Temple. Me costará el empleo si se entera Miss Reba, y el cuello, si lo sabe Mr. Popeye.

-Te juro que estaré de vuelta dentro de diez minutos. Te lo juro. Veinte dólares -le puso el billete en la mano.

-Más le valdrá volver -dijo Minnie, abriendo la puerta-. Si no está aquí dentro de diez minutos también tendré que marcharme yo.

Temple miró hacia el exterior por una de las celosías. La calle estaba vacía con la excepción de un taxi parado junto a la acera de enfrente, y, algo más allá, un hombre con una gorra apoyado en una puerta. Temple se dirigió hacia la calle, andando de prisa. En la

Librodot

esquina el taxi la adelantó, disminuyendo la velocidad, mientras el conductor la interrogaba con la mirada. Temple se metió en el bar de la esquina, dirigiéndose a la cabina telefónica del fondo. Luego regresó a la casa. En la esquina se encontró con el hombre de la gorra que había estado apoyado en la puerta. Al entrar en la estructura rectangular con celosías, Minnie salió a abrirle.

-Gracias a Dios -dijo Minnie-. Cuando el taxi que estaba ahí se puso en marcha, pensé en hacer la maleta yo también. Si no se lo dice a nadie le subiré otra copa.

En cuanto Minnie le llevó la ginebra empezó a bebérsela. Le temblaba la mano y había algo así como una expresión de júbilo en su rostro mientras permanecía en pie junto a la puerta, escuchando, con la copa en la mano. Voy a necesitarla después, dijo. Voy a necesitar más. Tapó la copa con un platillo y la escondió cuidadosamente. Luego hurgó en la masa de ropa del rincón hasta encontrar un traje de baile; después de sacudirlo lo colgó otra vez del armario. Se quedó mirando un momento las otras cosas, pero volvió a la cama y se tumbó de nuevo. Levantándose inmediatamente, acercó la silla y se sentó con los pies encima de las sábanas. Mientras el día moría lentamente dentro de la habitación, permaneció sentada, fumando cigarrillo tras cigarrillo, atenta a todos los ruidos que procedían de la escalera.

A las seis y media Minnie le subió la cena. En la bandeja había otra copa de ginebra.

-Se la manda Miss Reba -dijo Minnie-. Quiere saber qué tal se siente.

-Dile que muy bien -dijo Temple-. Voy a darme un baño y a acostarme luego, díselo.

Después de que Minnie se marchara Temple vertió el contenido de las dos copas en un vaso y lo contempló satisfecha, sin poder evitar el temblor de la mano. Lo guardó cuidadosamente después de taparlo y cenó sentada en la cama. Cuando terminó encendió un cigarrillo. Sus movimientos eran espasmódicos; fumó muy de prisa, paseándose por la habitación. Se detuvo un momento ante la ventana y apartó la persiana, pero en seguida la dejó caer, dándose la vuelta y mirándose en el espejo. Giró delante de él, estudiándose y aspirando el humo del cigarrillo. Luego lo tiró hacia atrás con violencia, en dirección a la chimenea, y acercándose más al espejo, se peinó. Abrió de golpe la cortina del armario, sacó el vestido, lo dejó sobre la cama y luego sacó otra prenda de un cajón del tocador. Hizo una pausa con la prenda en la mano, la colocó otra vez en su sitio, cerró el cajón y volvió a poner muy deprisa el vestido en el armario. Un momento después se encontró paseando por la habitación, con otro cigarrillo en la mano y sin saber en absoluto cuándo lo había encendido. Lo tiró, se acercó a la mesilla de noche, miró su reloj y después de apoyarlo contra el paquete de cigarrillos para poder verlo desde la cama, se tumbó. Al hacerlo notó el bulto de la pistola debajo de la almohada. La sacó con cuidado y estuvo mirándola; luego la deslizó bajo el costado y se quedó inmóvil, las piernas estiradas, las manos detrás de la cabeza, y las pupilas convertidas en negras cabezas de alfiler cada vez que se oía un ruido en la escalera.

A las nueve se levantó. Cogió la pistola otra vez y al cabo de un momento la tiró debajo de la cama; se desnudó y, envuelta en una bata china de imitación salpicada de dragones y flores de color verde y escarlata, salió de la habitación. Cuando regresó, el pelo le enmarcaba el rostro en húmedos rizos. Se acercó al lavabo y cogiendo el vaso de ginebra lo sostuvo entre las manos pero volvió a dejarlo donde estaba.

Se vistió después de recoger los frascos y tarros del rincón. Sus movimientos delante del espejo fueron violentos pero cuidadosos. Luego se acercó al lavabo y cogió el vaso, pero de nuevo lo pensó mejor. Se puso el abrigo, metió el monedero de platino en el bolsillo

Librodot

y se examinó una vez más en el espejo. Después alzó el vaso, se bebió la ginebra de un trago y salió de la habitación caminando a buen paso.

Sólo había una luz encendida en el pasillo vacío. Se oían voces en la habitación de Miss Reba, pero, abajo, el vestíbulo estaba desierto. Temple descendió las escaleras de prisa y sin hacer ruido y alcanzó la puerta. Creyó que sería allí donde la detuvieran y se acordó de la pistola con profundo pesar, vacilando casi, segura de que la hubiera utilizado sin el menor reparo, con una especie de placer. Se abalanzó sobre la puerta y, mirando hacia atrás, trató de descorrer el cerrojo.

Consiguió abrirlo, cruzó *fa* estructura rectangular, corrió camino adelante y salió por el portillo. Al pisar la calle, un automóvil que avanzaba lentamente pegado a la acera se detuvo frente a ella. Popeye iba al volante. Sin, movimiento visible por su parte, la portezuela se abrió. Popeye no hizo el menor gesto ni dijo nada. Se limitó a seguir allí sentado, con el sombrero de paja un poco ladeado.

-¡No quiero! -dijo Temple-. ¡No me da la gana!

Popeye no hizo el menor movimiento ni emitió sonido alguno. Temple se acercó al coche.

-¡No quiero! ¿Me oyes? -luego gritó histéricamente-: ¡Le tienes miedo! ¡Tú también estás asustado!

-Le estoy dando su oportunidad -dijo él-. ¿Vuelves a esa casa o subes al coche?

-¡Tú también estás asustado!

-Le estoy dando su oportunidad -repitió él, con su voz tranquila e indiferente-. Vamos. Decídete.

Temple se inclinó hacia adelante, poniéndole la mano en el brazo.

-Popeye -dijo-; papaíto.

El brazo de Popeye daba una sensación de fragilidad, no más musculoso que el de un niño, duro y ligero como una rama seca.

-Me da igual lo que hagas -dijo Popeye-. Pero lo que sea, hazlo. Vamos.

Temple siguió inclinada, con la mano en su brazo. Luego entró en el coche.

-No lo harás. Tienes miedo. Es más hombre que tú.

Popeye extendió el brazo y cerró la portezuela.

-¿Dónde? -preguntó-. ¿Al Grotto?

-¡Es más hombre que tú! -dijo Temple con voz chillona-. ¡Tú ni siquiera eres hombre! Y él lo sabe. ¡Tiene más motivos que nadie para saberlo! -el automóvil se había puesto en marcha. Temple empezó a gritarle-. ¿Cómo va a tenerte miedo, cuando ni siquiera…? ¿Cuando tuviste que traer a un hombre de verdad para…? Y tú, inclinado sobre la cama, gimiendo y babeando como un… Sólo conseguiste engañarme una vez, ¿verdad? No es extraño que yo sangrara y san…

La mano de Popeye le tapó la boca con violencia, clavándole las uñas en la carne. Con la otra mano siguió conduciendo a una velocidad vertiginosa. Al pasar debajo de alguna luz Temple le veía vigilándola mientras ella forcejeaba, le tiraba de la mano y movía la cabeza de un lado para otro.

Finalmente dejó de forcejear, pero siguió torciendo la cabeza a derecha e izquierda y tirándole de la mano. Un dedo con un anillo muy grueso le mantenía los labios separados, mientras las uñas se le clavaban en la mejilla. Con la mano libre Popeye seguía conduciendo

Librodot

entre el tráfico, acercándose a los otros coches hasta que se apartaban con gran chirriar de frenos, y atravesando los cruces sin disminuir la marcha. En una ocasión un policía les gritó, pero Popeye no se molestó siquiera en volver la vista.

Temple empezó a sollozar, gimiendo detrás de la mano, llenándole los dedos de babas. El anillo era como un torno de dentista; y no podía cerrar los labios para expulsarlo. Cuando Popeye lo retiró, Temple siguió sintiendo la fría marca de sus dedos en la mandíbula y alzó Ja mano para tocársela.

-Me has lastimado la boca -gimió. Estaban llegando a las afueras de la ciudad, a cincuenta millas por hora. El sombrero de Popeye se ladeaba sobre su frágil perfil de ave de presa. Temple se acariciaba la mandíbula. Las casas dieron paso a amplios y oscuros solares de los que surgían, repentina y fantasmalmente, con una especie de descaro, los letreros de los corredores de fincas. Entre ellos, casi a ras del suelo, pendían, de la vacía oscuridad, luces lejanas a cuyo alrededor volaban las luciérnagas. Temple empezó a llorar quedamente, sintiendo en su interior el efecto sedante de la ginebra doble-. Me has lastimado la boca -dijo en voz muy baja, debilitada por la auto-compasión. Siguió explorándose la mandíbula con dedos inquisitivos, apretando más y más hasta sentir un dolor agudo-. Te arrepentirás de esto -le dijo con voz apagada-. Cuando se lo diga a Red. ¿No te gustaría ser Red? ¿No te gustaría poder hacer lo que él hace? ¿No querrías que fuera él el que mirara y no tú?

Torcieron para entrar en el Grotto y al pasar junto a una sucesión de ventanas encortinadas les llegó una voluptuosa explosión de música. Temple saltó del coche mientras él lo cerraba y echó a correr escaleras arriba.

-Te he dado tu oportunidad -le dijo-. Me has traído tú. No te pedí que vinieras.

Se dirigió a los servicios para examinarse la cara en el espejo.

-¡Bah!, ni siquiera me ha dejado marca -dijo, mientras se estiraba la carne de un lado para otro-. Pobre enano -exclamó, contemplando su imagen en el espejo. Luego añadió otra frase, desenfadadamente obscena, dando la impresión de repetirla como podría haberlo hecho una cotorra. Se pintó de nuevo la boca. Al entrar otra mujer examinaron mutuamente sus vestidos con breves miradas totalizadoras, llenas de frialdad y disimulo.

Popeye estaba delante de la puerta de la pista de baile, con un pitillo entre los dedos.

-Te he dado tu oportunidad -dijo Temple-. Nadie te obligaba a venir.

-Yo nunca corro riesgos -respondió él.

-Te arriesgaste al menos una vez -dijo Temple-. ¿Estás arrepentido, eh?

-Entra -dijo él, poniéndole la mano en la espalda.

Temple estaba a punto de cruzar el umbral cuando se volvió para mirarlo, sus ojos casi a la misma altura; luego la mano de la muchacha salió disparada hacia la axila de Popeye. El le cogió la muñeca; el otro brazo salió disparado. También él lo retuvo con su mano fría y delicada. Se miraron de lleno a los ojos, ella con la boca abierta y las manchas de colorete oscureciéndose progresivamente sobre sus mejillas.

-Te dejé que eligieras hace un rato -dijo Popeye-. Y lo hiciste.

Detrás de Temple la música marcaba el compás, sensual, evocadora, llena del rumor de pies en movimiento, de la voluptuosa histeria de músculos en acción, del aroma de la carne y de la sangre.

Librodot

-Dios del cielo -dijo Temple sin mover apenas los labios-. Quiero irme. Volver a la casa.

-Ya lo decidiste antes -dijo él-. Entra.

Sus manos, sujetas, hicieron inútiles esfuerzos para llegar hasta la chaqueta de Popeye, sin lograr tocarle siquiera con las puntas de los dedos. El la fue volviendo lentamente hacia la puerta, pero Temple torcía el cuello para seguir mirándolo.

-¡Atrévete y verás! -exclamó-. ¡Atré…!

La mano de Popeye se abatió sobre su nuca con dedos de acero, pero fríos y livianos como el aluminio. Temple oyó el débil roce de unas vértebras con otras, y su voz, fría y llena de calma.

-¿Vas a entrar?

Temple asintió con la cabeza. Un momento después estaban bailando. Aún sentía su mano en el cuello. Por encima del hombro de Popeye recorrió rápidamente el salón con la mirada, deteniéndose un momento en el rostro de cada uno de los que bailaban. Más allá de un arco de poca altura, en otra habitación, había un grupo alrededor de una mesa donde se jugaba a los dados. Temple fue inclinándose en una y otra dirección, tratando de ver las caras de los que formaban el grupo.

Después vio a los cuatro hombres. Estaban sentados en una mesa cerca de la puerta. Uno de ellos mascaba chicle; toda la parte inferior de su cara parecía estar sembrada de dientes de un tamaño y blancura increíbles. Al verlos Temple hizo que Popeye les diera la espalda y empezó a bailar en dirección a la puerta. Una vez más, sus ojos, acosados, pasaron volando de un rostro a otro entre la multitud.

Cuando miró de nuevo dos de los hombres se habían levantado y se estaban acercando. Temple hizo que Popeye se interpusiera en su camino, sin dejar de darles la espalda. Los otros se detuvieron y empezaron a dar un rodeo; Temple hizo que Popeye se interpusiera de nuevo en su camino. Estaba tratando de decirle algo, pero tenía la boca demasiado fría. Era como intentar coger un alfiler con dedos entumecidos. De repente sintió que los brazos de Popeye, ligeros y rígidos como aluminio, la alzaban del suelo para apartarla. Temple dio un traspiés hasta recostarse contra la pared y vio cómo los dos hombres salían de la sala.

-Me vuelvo -dijo ella-. Quiero volverme -se echó a reír con una risa demasiado aguda.

-Cierra el pico -dijo Popeye-. ¿Es que no vas a callarte?

-Necesito un trago -dijo ella.

Sentía la mano de Popeye; también sus propias piernas estaban frías, como si no fueran suyas. Se habían sentado en una mesa. A poca distancia el hombre del chicle seguía mascando, los codos sobre la mesa. El cuarto hombre estaba echado hacia atrás, fumando, con la chaqueta abotonada.

Temple empezó a fijarse en manos: una morena dentro de una manga blanca; otra más pálida, manchada, que asomaba por debajo de un puño sucio, colocando botellas sobre la mesa. Ella tenía una copa en la mano. Se la bebió de un trago; con la copa todavía en la mano Vio a Red en la puerta, con un traje gris y una corbata de lazo con lunares. Parecía un universitario, y estuvo recorriendo el salón con los ojos hasta que vio a Temple. Miró primero la nuca de Popeye y luego a ella, sentada con la copa en la mano. Los dos hombres en la otra mesa no se habían movido. Temple veía el continuo y apenas perceptible movimiento de las orejas del que mascaba chicle. Empezó a sonar la música.

Librodot

Temple mantuvo a Popeye de espaldas a Red, que seguía mirándola, casi un palmo más alto que todos los demás.

-Vamos -le dijo ella a Popeye, acercándosele mucho al oído-. Si vas a bailar, baila.

Temple se tomó otra copa. Bailaron de nuevo. Red había desaparecido. Cuando terminó la música volvió a beber. No le sirvió de nada. La ginebra se le quedó en el estómago como una bola caliente y dura.

-Vamos -dijo ella-, no te des por vencido -pero Popeye no quiso levantarse, y ella se quedó de pie a su lado, mientras sus músculos se estremecían de agotamiento y de terror. En seguida empezó a burlarse de él-. ¡Vaya un hombre con arrestos, que se cansa de bailar antes que una chica! -luego su rostro se quedó como vacío, empequeñeciéndose, llenándose de ojeras, reflejando sus verdaderos sentimientos; le habló como una niña, con tranquila desesperación-. Popeye -él tenía las manos sobre la mesa y jugueteaba con un pitillo mientras delante de él se iba disolviendo el hielo de su segunda copa. Temple le puso una mano en el hombro-. Papaíto -dijo. Situándose de manera que nadie les viera desde la sala, su mano se deslizó hacia la axila de Popeye, y tocó la culata de la pistola, rígidamente sujeta por la prensa que formaban su brazo y su costado-. Dámela -susurró-. Papaíto. Papaíto -apoyó el muslo contra su hombro, acariciándole el brazo con el costado-. Dámela, papaíto -susurró. De repente su mano se deslizó hacia abajo por el cuerpo de Popeye con un movimiento rápido y disimulado; en seguida la apartó con un gesto de repugnancia-. Me olvidé -susurró-; no era mi intención…, no quería…

Uno de los hombres de la otra mesa silbó entre dientes.

-Siéntate -dijo Popeye.

Temple se sentó y procedió a llenarse la copa, pendiente de ver cómo su mano vertía el contenido de la botella. Después se halló mirando la parte inferior de una chaqueta gris. Tiene un botón roto, pensó estúpidamente. Popeye no se había movido.

-¿Bailamos esta pieza? -dijo Red.

Había inclinado la cabeza, pero no la miraba a ella. Estaba un poco vuelto, dando cara a los dos hombres de la otra mesa. Popeye siguió sin moverse. Apretó delicadamente el extremo del cigarrillo, haciendo salir el tabaco. Luego se lo puso en la boca.

-No bailo -dijo Temple, sintiendo la frialdad de sus propios labios.

-¿No? -dijo Red. Y añadió, con voz serena, sin moverse-: ¿Qué tal estás, muchacho?

-Bien -dijo Popeye. Temple le vio encender una cerilla, la llama distorsionada por el cristal de la copa-. Ya has bebido bastante -dijo Popeye. Luego le retiró la copa de los labios. Temple vio cómo vaciaba el contenido en el recipiente donde estaba el hielo. La música empezó a sonar de nuevo. Ella siguió mirando a su alrededor tranquilamente. Una voz comenzó a susurrar débilmente en su oído y luego Popeye la estaba sujetando por la muñeca, zarandeándola, y descubrió que tenía la boca abierta y que debía estar haciendo ruido con ella-. Cierra el pico, vamos -dijo él-. Tómate otra copa -él mismo vertió la ginebra.

-No me ha hecho ningún efecto -dijo ella.

Popeye le dio la copa y Temple bebió. Cuando dejó la copa sobre la mesa se dio cuenta de que estaba borracha, y creyó que ya hacía un rato que estaba borracha. Pensó que quizá se había desmayado y que lo que tenía que pasar había pasado ya. Se oyó a sí misma diciendo Espero que así sea. Espero que así sea. Después se convenció de que era cierto y se sintió embargada por la desolación y el deseo físico. Pensó, Nunca más, notándose desfallecer alternativamente de angustiado dolor y de ansias eróticas, pensando en el cuerpo de Red, viendo su propia mano sosteniendo la botella vacía sobre la copa.

Librodot

-Te la has bebido entera -dijo Popeye-. Levántate, anda. Se te pasará bailando.

Bailaron de nuevo. Temple se movía con dificultad, lánguidamente, los ojos abiertos pero sin ver; siguiendo la música con el cuerpo pero sin oír la melodía durante algún tiempo. Luego se dio cuenta de que la orquesta tocaba la misma pieza que cuando Red la invitara a bailar. Si eso era cierto, no podía haber sucedido aún. Le invadió una desbordante sensación de alivio. No era demasiado tarde: Red seguía vivo; se sintió recorrida por prolongadas y estremecidas oleadas de deseo físico .que la dejaron temblorosamente desfallecida, con el color ausente de la boca y los ojos hundidos en las órbitas.

Se hallaban en la mesa de juego. Temple oía su propia voz gritando a los dados. Era ella quien los tiraba, y estaba ganando; las fichas se le amontonaban delante a medida que Popeye las recogía, dándole instrucciones, corrigiéndola con su suave voz displicente. De pie al lado de Temple se notaba que era más bajo.

Después Popeye mismo se hizo cargo del cubilete. Temple siguió junto a él, cautamente, sintiéndose sumergir bajo la marea del deseo, acunada por la música y el olor de su propia carne. Dejó de hablar. Con movimientos infinitesimales se fue corriendo hasta que otra persona ocupó su sitio. Luego, rápidamente y con cuidado, atravesó la pista en dirección a la puerta, mientras a su alrededor la música y las parejas giraban lentamente en innumerables ondas luminosas. La mesa de los dos hombres estaba vacía, pero Temple ni siquiera miró hacia ella. Entró en el corredor. Un camarero salió a su encuentro.

-Un reservado -dijo ella-. De prisa.

En el reservado había una mesa y cuatro sillas. El camarero encendió la luz y se quedó en la puerta. Temple le hizo un brusco gesto con la mano y el camarero se marchó. Ella se quedó mirando hacia la puerta, con los brazos extendidos apoyados sobre la mesa, hasta que entró Red.

Al verle acercarse Temple no se movió. Sus pupilas se fueron oscureciendo más y más, alzándose sobre las blancas medias lunas de las córneas, desenfocadas, con la inexpresiva rigidez de los ojos de una estatua. Empezó a decir Ah-ah-ah-ah con voz desfallecida, arqueando lentamente el cuerpo hacia atrás, como respondiendo a un dolor muy intenso. Cuando Red la tocó se distendió como un arco, lanzándose sobre él, restregándose contra su cuerpo, la boca abierta y deforme como la de un pez moribundo.

Red tuvo que recurrir a la fuerza para separar su rostro del de Temple. Ella -abierta la boca exangüe, los labios violentamente distendidos- empezó a hablar:

-Vayámonos en seguida. A cualquier sitio. Le he dejado y se lo he dicho. No es culpa mía, ¿verdad que no? No necesitas el sombrero ni yo tampoco. Ha venido a matarte, pero le he dicho que ya le había dado su oportunidad. No ha sido culpa mía. Ahora no estaremos más que nosotros. Sin él, mirándonos. Vámonos. ¿A qué esperas? -proyectó la boca hacia él, bajándole la cabeza, emitiendo un gemido lastimero. Red mantuvo el rostro separado-. Le he dicho que iba a dejarle. Si me traes aquí, le he dicho. Te he dado tu oportunidad, he dicho. Y ahora tiene ahí a esos hombres para acabar contigo. Pero tú no tienes miedo, ¿verdad que no?

-¿Estabas enterada de eso cuando me telefoneaste? -preguntó él.

-¿Cómo? Dijo que no tenía que volver a verte nunca más. Dijo que te mataría. Pero hizo que me siguieran cuando telefoneé. Vi al hombre que me siguió. Pero tú no tienes miedo. El ni siquiera es un hombre, pero tú sí. Tú sí eres un hombre, un hombre de verdad -se apretó más contra él, inclinándole la cabeza, murmurando en su oído, mecánicamente, frases de los bajos fondos, los labios exangües húmedos de saliva incolora-. ¿Tienes miedo?

Librodot

-¿De ese hijo de perra con cerebro de mosquito?

Alzándola en vilo, Red se volvió para estar de cara a la puerta, liberando al mismo tiempo la mano derecha. Temple no pareció darse cuenta del movimiento.

-Por favor. No me hagas esperar, te lo ruego. Me estoy abrasando.

-De acuerdo. Vuelve a donde estabas y espera hasta que te dé la señal. Es necesario que vuelvas, ¿comprendes?

-No puedo esperar. Te necesito. Me estoy abrasando, te lo aseguro.

Temple siguió pegada a él. Juntos se dirigieron a trompicones hacia la puerta; él, manteniéndola a distancia del costado derecho; ella, en voluptuoso desfallecimiento, sin advertir que se movían, abrazada a él como si tratara de tocarlo simultáneamente con toda la superficie de su cuerpo. Red se desprendió por fin de Temple, empujándola al pasillo.

-Vete -le dijo-. Estaré ahí dentro de un momento.

-¿No tardarás? Me estoy abrasando. Me muero, te lo aseguro.

-No. No tardaré. Pero ahora tienes que irte.

La orquesta estaba tocando. Temple avanzó por el corredor, tambaleándose un poco. Cuando creía que estaba apoyada contra la pared descubrió que había empezado a bailar de nuevo; luego le pareció que bailaba con dos hombres al mismo tiempo; y después notó que no estaba bailando, sino que se dirigía hacia la puerta entre el hombre que mascaba chicle y el de la chaqueta abotonada. Trató de pararse, pero la tenían sujeta por debajo de los brazos; abrió la boca para gritar, lanzando una última mirada desesperada al salón en continuo movimiento.

-Grita -dijo el hombre de la chaqueta abotonada-. Inténtalo una sola vez.

Red estaba en la mesa de juego. Con la cabeza vuelta y el cubilete en la mano levantada, Temple vio cómo le hacía un gesto de saludo, breve y cordial. Después él la fue siguiendo con la mirada, hasta que desapareció al otro lado de la puerta, acompañada por los dos hombres. A continuación Red recorrió el salón con la vista durante unos instantes. Su rostro tenía una expresión serena, de seguridad en sí mismo, pero le habían aparecido dos líneas blancas en las aletas de la nariz y gotas de sudor en la frente. Agitó el cubilete y tiró los dados con mano firme.

-Once -dijo el crupier.

-Déjalo estar -dijo Red-. Esta noche voy a pasar un millón de veces.

Los dos hombres ayudaron a Temple a subir al coche. El de la chaqueta abotonada se puso al volante. En el sitio donde el camino privado desembocaba en la calle que llevaba a la carretera, se había estacionado un automóvil más grande de lo normal. Al pasar junto a él, Temple vio, bajo el sombrero en ángulo agudo, inclinado sobre las manos ahuecadas que protegían la cerilla, el delicado perfil de ave de presa de Popeye, en el momento de encender un cigarrillo. La cerilla salió disparada como una estrella fugaz en miniatura y, junto con el perfil, se vio devorada en seguida por la oscuridad gracias a la rapidez del coche donde viajaba Temple.

Librodot

XXV

Las mesas habían sido retiradas a un extremo del salón de baile. Todas estaban cubiertas con manteles negros. Las cortinas seguían corridas; a través de ellas se filtraba una luz incierta, de color salmón. El ataúd se hallaba detrás de la plataforma de la orquesta. Era de buena calidad: negro, con adornos de plata, los caballetes ocultos bajo una masa de flores. Mediante coronas, cruces y otras formas adoptadas por el ceremonial mortuorio, la masa de flores, a modo de marea, parecía romperse en una ola simbólica sobre el catafalco y por encima de la plataforma y del piano, despidiendo un aroma tan intenso que resultaba opresivo.

El propietario del local se paseaba entre las mesas, hablando con los recién llegados a medida que entraban y ocupaban los asientos. Los camareros de color con camisas negras debajo de las blancas chaquetas almidonadas, entraban y salían con vasos y botellas de *ginger ale,* moviéndose con decorosa compostura, un tanto teatral; a la escena no le faltaba carácter, con un aire al mismo tiempo macabro y de pretendida placidez, un poco febril.

El arco que daba a la sala de juego tenía colgaduras negras. Sobre el paño mortuorio que cubría la mesa de los dados empezaba a acumularse el sobrante de los homenajes florales. No cesaba de entrar gente: algunos hombres con trajes oscuros, adecuados para la ocasión; otros, con los brillantes colores claros de la primavera, aumentando con ello el ambiente de macabra paradoja. Las mujeres -las más jóvenes- también llevaban colores alegres en sombreros y chales; las de más edad vestían de gris, de negro y de azul marino, entre resplandores de brillantes: figuras matroniles, como de amas de casa en vespertinas excursiones dominicales.

La sala empezó a llenarse de conversaciones en sordina, con disonancias de voces chillonas. Los camareros iban de un sitio para otro, alzando bandejas en precario equilibrio, y sus chaquetas blancas y camisas negras creaban una impresión de negativo fotográfico. El propietario, luciendo su calva cabeza y un enorme brillante sobre el corbatín negro, pasaba de mesa en mesa, seguido por el encargado de echar a los indeseables, un hombre corpulento, musculoso, de cabeza redonda, que parecía a punto de reventar la chaqueta del smoking por detrás, como un gusano de seda saliendo del capullo.

En uno de los reservados, sobre una mesa cubierta con paños negros, descansaba una enorme ponchera en cuyo interior flotaban cubos de hielo y trozos de frutas. Sobre ella se inclinaba un hombre muy gordo con un informe traje verdoso, de cuyas mangas sobresalían unos puños muy sucios que, a su vez, tapaban en parte unas manos terminadas en uñas negras. El sucio cuello de la camisa, hipotéticamente ajustado mediante una corbata negra adornada con un rubí de bisutería, languidecía mustiamente en lacios pliegues alrededor de su garganta. Con el rostro brillante por el sudor, arengaba al gentío congregado alrededor de la ponchera con voz bronca:

-Vamos, amigos. Paga Gene. No les va a costar ni un céntimo. Acérquense y beban. Red era la mejor persona del mundo -los que estaban alrededor de la mesa bebían y se apartaban, reemplazados por otros que inmediatamente presentaban sus vasos. De cuando en cuando entraba un camarero con hielo y trozos de fruta y los añadía a la ponchera; Gene, por su parte, sacaba nuevas botellas de una maleta situada debajo de la mesa y también iba vertiendo su contenido en el enorme recipiente; luego, con el mismo tono decidido de quien es consciente del valor de lo que ofrece, sudoroso, limpiándose la cara con la man-

Librodot

ga, reanudaba su bronco monólogo-. Vamos, amigos. Invita Gene. No soy más que un contrabandista de licores, pero Red nunca tuvo otro amigo mejor. Acérquense y beban. No se preocupen, queda mucho para cuando esto se acabe.

Del salón de baile llegaron unos acordes. La gente entró y tomó asiento. En la plataforma estaba la orquesta de un hotel del centro, todos vestidos de etiqueta. El propietario y un segundo hombre conferenciaban con el director.

-Déjales que toquen jazz -dijo el segundo hombre-. A Red le gustaba bailar más que a nadie.

-No, no -dijo el propietario-. Eso hará que se pongan todos a bailar en cuanto Gene los haya emborrachado, y no estaría bien.

-¿Y el *Danubio Azul?* -pregunto el director de la orquesta.

-No, no; ya le he dicho que no toquen *blues*[5]-dijo el propietario-. Hay un muerto en ese ataúd.

-Eso no es un *blues* -dijo el director.

-¿Qué es entonces? -dijo el segundo hombre.

-Un vals. Strauss.

-¿Un espagueti?[6]-dijo el segundo hombre-. Ni hablar. Red era americano. Usted quizá no, pero él sí que lo era. ¿No sabe nada americano? Toquen *Sólo puedo darte amor.* Siempre le gustó esa pieza.

-¿Y que se pongan todos a bailar? -dijo el propietario. Lanzó una mirada hacia las mesas, donde las mujeres hablaban ya con voces un poco demasiado agudas-. Será mejor que empiecen con *Más cerca de ti, Dios mío* -añadió-, y serenen un poco a la gente. Le dije a Gene que era arriesgado empezar tan pronto con el ponche. Le sugerí que esperara hasta que fuésemos a salir para el cementerio. Pero tenía que haberme imaginado que alguien se encargaría de convertir esto en una fiesta. Será mejor empezar con algo solemne y seguir así hasta que le haga una señal.

-A Red no le hubiera gustado nada solemne -dijo el segundo hombre-. Y tú lo sabes muy bien.

-Entonces que se vaya a otro sitio -dijo el propietario-. Estoy haciendo esto como un favor. No me dedico a las pompas fúnebres.

La orquesta tocó *Más cerca de ti, Dios mío* y logró que la gente dejara de hablar. En la puerta, con paso inseguro, apareció una mujer vestida de rojo.

-Hasta siempre, Red -dijo-. Ese estará en el infierno antes incluso de que yo llegue a Little Rock.

-¡Silencio! -dijeron varias voces. La mujer se dejó caer en una silla. Gene apareció en la puerta y se quedó allí hasta que terminó la música.

-Vamos, amigos -gritó, agitando los brazos en un gesto amplio, lleno de corpulenta benevolencia-, vengan a beber. Lo paga Gene. No quiero que haya en este local ni una garganta ni unos ojos secos dentro de diez minutos.

---

[5] La ignorancia musical del propietario le hace pensar que el *Blue Danube* es una pieza de jazz, como el *Memphis Blues* o el *Saint Louis Blues.*

[6] Confusión intraducible entre *waltz* (vals) y *wop* (italiano en sentido despectivo, que he traducido libremente por espagueti).

Librodot

Los que estaban en la parte de atrás se dirigieron hacia la puerta. El propietario se puso en pie e hizo un gesto a la orquesta. Uno de los músicos se levantó para hacer un solo de corneta con *En ese refugio de quietud,* pero los de atrás siguieron desapareciendo por la puerta donde Gene seguía agitando los brazos. Dos mujeres de mediana edad lloraban en silencio bajo sus sombreros floreados.

El gentío se agitaba y vociferaba alrededor de la ponchera progresivamente vacía. Desde el salón de baile llegaba la sonora voz de la corneta. Dos jóvenes muy sucios, cargados con maletas, se dirigieron hacia la mesa gritando monótonamente: «¡Abran paso! ¡Abran paso!» Las maletas estaban llenas de botellas que fueron depositando sobre la mesa, mientras Gene, llorando ya sin rebozo, las abría y procedía a verterlas en la ponchera.

-Vamos, amigos. Lo quería igual que si fuera mi hijo -gritó roncamente, pasándose la manga por la cara.

Un camarero se acercó a la mesa con un cuenco de hielo y trozos de fruta y trató de añadirlos a la ponchera.

-¿Qué demonios te crees que estás haciendo -dijo Gene-, echando ahí esa porquería? Quítate de mi vista.

-¡Así se habla! -gritó el gentío, entrechocando los vasos, ahogándolo todo menos la pantomima de Gene para arrebatarle al camarero el cuenco de las manos, seguir vertiendo whiskey en la ponchera, y derramarlo luego sobre los vasos y también sobre las manos extendidas. Los dos jóvenes abrían botellas frenéticamente.

Como empujado por unos compases especialmente sonoros, el propietario apareció en la puerta, la desolación pintada en el rostro, agitando los brazos.

-Vamos, amigos -gritó-, terminemos con el programa musical, que está costando dinero.

-Nos importa un rábano -gritaron los otros.

-¿A quién le cuesta dinero?

-¿Qué más da?

-¿A quién le cuesta dinero?

-¿Quién es el que quiere escatimárselo? Yo lo pagaré. Como hay Dios que estoy dispuesto a pagarle dos funerales.

-¡Amigos, por favor! -gritó el propietario-. ¿No se dan cuenta de que hay un féretro en esa habitación?

-¿A quién le cuesta el dinero?

-¿Cerveza?[7]-dijo Gene-. ¿Cerveza? -repitió con voz quebrada-. ¿Hay alguien aquí que trata de insultarme con… ?

-Está escatimándole el dinero a Red.

-¿Quién?

-Joe, ese desgraciado hijo de perra.

-¿Hay alguien aquí que trata de insultarme…?

-Vamos a hacer el funeral en otro sitio. En la ciudad hay más locales.

[7] Confusión intraducible entre *bier* (féretro) y *beer* (cerveza) que se pronuncian de la misma manera.

-Será mejor hacerle algo a Joe.

-Meted a ese hijo de perra en un ataúd. Así tendremos dos funerales.

-¿Cerveza? ¿Hay alguien…?

-Meted a ese hijo de perra en un ataúd a ver si le gusta.

-¡Meted a ese hijo de perra en un ataúd! -repitió a voz en grito la mujer vestida de rojo. La gente se precipitó hacia la puerta, donde el propietario siguió agitando las manos por encima de la cabeza, tratando de alzar la voz sobre el tumulto, hasta que dio la vuelta y salió huyendo.

En la sala de baile, un cuarteto masculino procedente de un teatro de variedades estaba cantando canciones sentimentales con un estilo muy conjuntado; al interpretar *Sonny Boy* el llanto se generalizó entre las mujeres de más edad. Los camareros les llevaban vasos de ponche y ellas, sentadas, lloraban, sosteniendo los vasos en sus manos ensortijadas, de dedos demasiado gruesos.

Volvió a tocar la orquesta. La mujer vestida de rojo entró tambaleándose.

-Venga, Joe -gritó-, que empiece el juego. Llévate de aquí ese condenado fiambre y empecemos a jugar.

Un hombre trató de sujetarla; ella se volvió, lanzándole un diluvio de palabras obscenas; luego se acercó a la mesa de juego cubierta de paños mortuorios y tiró al suelo una de las coronas. El propietario corrió hacia ella, seguido del encargado de echar a los indeseables, y agarró a la mujer en el momento en que levantaba otro tributo floral. Intervino también el hombre que había tratado de sujetarla, mientras la mujer chillaba y maldecía golpeando ecuánimemente a uno y otro con la corona. El encargado de las expulsiones cogió al hombre por el brazo; el otro se dio la vuelta y le golpeó, pero salió a su vez despedido hasta el centro de la habitación. Entraron tres hombres más. El cuarto se levantó del suelo y todos ellos se abalanzaron sobre el encargado de las expulsiones.

Al primero lo derribó en seguida y con increíble celeridad pasó al salón de baile. La orquesta estaba tocando. La melodía quedó inmediatamente ahogada por los chillidos y el estruendo de las sillas derribadas. El encargado de las expulsiones giró de nuevo para enfrentarse al ataque de sus cuatro adversarios. Al entremezclarse, un segundo hombre salió despedido, resbalando de espaldas sobre el suelo; el encargado consiguió zafarse. Giró de nuevo y se abalanzó sobre sus atacantes, quienes, al retroceder muy de prisa, tropezaron con el catafalco, cayendo sobre él. Los músicos habían dejado de tocar para subirse a las sillas con sus instrumentos. Las ofrendas florales salieron despedidas; el féretro se tambaleó.

-¡Sujetadlo! -gritó una voz.

Varias personas se adelantaron, pero el ataúd cayó pesadamente al suelo, abriéndose por la violencia del golpe. El cadáver, lenta y sosegadamente, se deslizó fuera, hasta apoyar el rostro en el centro de una corona.

-¡Toquen algo! -gritó el propietario a voz en cuello, moviendo los brazos-. ¡Vamos! ¡Toquen algo en seguida!

Cuando alzaron el cadáver la corona se levantó también, enganchada por un alambre invisible que se le había clavado en la mejilla. Había llevado puesta una gorra que, al caerse, dejó al descubierto un agujerito azul en el centro de la frente. Lo habían tapado cuidadosamente con cera, dándole maquillaje por encima, pero la sacudida hizo que el tapón se desprendiera y cayera al suelo. No lograron encontrarlo, pero desabrochando el automático que había en el centro de la visera consiguieron calarle la gorra hasta los ojos.

Librodot

A medida que el cortejo se aproximaba al centro de la ciudad se le fueron añadiendo más coches. Detrás de la carroza fúnebre iban seis packards descapotados, llenos de flores y con choferes uniformados. Los seis parecían exactamente iguales y eran del tipo que las agencias más prestigiosas alquilaban por horas. Seguía a continuación una variopinta hilera de taxis y coches particulares, que fue aumentando a medida que el cortejo avanzaba lentamente por el distrito restringido -donde los rostros asomaban tímidamente bajo las persianas echadas-, en dirección a la arteria principal que, saliendo de la ciudad, llevaba al cementerio.

Una vez en la avenida, la carroza fúnebre aumentó la velocidad y la comitiva fue estirándose, dejando intervalos entre los distintos grupos. Muy pronto los coches particulares y los taxis empezaron a desaparecer. Al llegar a un cruce giraban a izquierda o a derecha, hasta que por último no quedaron más que la carroza y los seis packards, sin otros ocupantes que los choferes uniformados. La calle era amplia y ahora estaba ya casi vacía, con una raya blanca en el centro que se adelgazaba hacia adelante, sobre la lisa desnudez del asfalto. La carroza se puso en seguida a cuarenta millas por hora, y luego a cuarenta y cinco y después a cincuenta.

Uno de los taxis se detuvo ante la puerta de Miss Reba. De él descendió la dueña de la casa, seguida de dos mujeres: una delgada, con ropa de corte masculino y quevedos de oro, y otra baja y gorda, con un sombrero de plumas y la cara oculta por un pañuelo, a la que acompañaba un niño de cinco o seis años con un cráneo muy redondo. La mujer del pañuelo estuvo gimiendo entrecortadamente mientras recorrían la senda y penetraban en la estructura rectangular con celosías. Al otro lado de la puerta los perros ladraban en falsete. Al abrir Minnie, se arremolinaron en torno a los pies de Miss Reba, que los apartó a puntapiés. De nuevo trataron de asaltarla con dentelleante vehemencia y de nuevo fueron a estrellarse sordamente contra la pared.

-Pasen, pasen -dijo Miss Reba con la mano sobre el pecho. Cuando estuvieron dentro de la casa la mujer del pañuelo se puso a llorar a moco tendido,

-Se diría que estaba dormido -gimió-. ¿No es verdad que parecía dormido?

-Vamos, vamos -dijo Miss Reba, guiándolas hacia su cuarto-, pasen a tomar un poco de cerveza. Se sentirán mejor. ¡Minnie! -entraron en la habitación del tocador y de la caja fuerte, del biombo y de la fotografía con crespones negros-. Siéntense, siéntense -jadeó Miss Reba, empujando las sillas hacia adelante. También ella se sentó, e hizo un esfuerzo titánico para alcanzarse los pies.

-Uncle Bud, querido -dijo la mujer llorosa, secándose los ojos-, desátale los zapatos a Miss Reba.

El niño se arrodilló y desabrochó los zapatos de Miss Reba.

-Ya que has sido tan amable, podrías alcanzarme también las zapatillas que están debajo de la cama, corazón -dijo Miss Reba. El niño le llevó las zapatillas. Entró Minnie, seguida por los perros, que se fueron hacia Miss Reba y empezaron a morder los zapatos que acababa de quitarse.

-¡Zape! -dijo el niño, golpeando a uno con la mano. El perro volvió la cabeza lanzando dentelladas, los ojos, medio ocultos, brillantes y llenos de malevolencia. El niño dio un paso atrás-. Como me muerdas, vas a ver, hijo de perra -dijo.

-¡Únele Bud! -exclamó la mujer gorda, todavía manchada de lágrimas la cara redonda, inexpresiva por la acumulación de grasa, mirando al niño con dolorida sorpresa, mientras, sobre su cabeza, las plumas cabeceaban en precario equilibrio. El cráneo de Únele Bud era muy redondo, y tenía la nariz cubierta de pecas tan grandes como las gotas de un chapa-

Librodot

rrón de verano al caer sobre la acera. La otra mujer se sentaba muy erguida, con quevedos de oro y cadena del mismo metal, y cabellos grises pulcramente recogidos. Parecía una maestra-. ¡Qué horror! -dijo la mujer gorda-. No me explico cómo puede aprender esas palabras en una granja de Arkansas.

-Los niños aprenden maldades en cualquier sitio -dijo Miss Reba. Minnie les presentó una bandeja con tres jarras heladas. Únele Bud las estuvo mirando con ojos muy abiertos mientras cada una cogía la suya. La mujer gorda empezó a llorar otra vez.

-¡Tenía una expresión tan serena! -gimió.

-Nos tiene que tocar a todos -dijo Miss Reba-. Bueno, porque tarde lo más posible -añadió, alzando la jarra. Bebieron, haciéndose unas a otras corteses inclinaciones de cabeza. La mujer gorda se secó los ojos y las dos invitadas se limpiaron los labios con extremada corrección. La delgada tosió delicadamente, tapándose la boca con la mano.

-Excelente cerveza -dijo.

-¿Verdad que sí? -replicó la gorda-. Siempre digo que mi mayor placer es hacerle una visita a Miss Reba.

Empezaron a hablarse con mucha cortesía, con frases que dejaban a medio terminar y pequeñas pausas de asentimiento. El niño, aburrido, se había acercado a la ventana, y miraba hacia la calle por debajo de la persiana de hule.

-¿Hasta cuándo va a estar con usted, Miss Myrtle? -preguntó Miss Reba.

-Sólo hasta el sábado -dijo la mujer gorda-. Después volverá a su casa. Es un cambio que le viene muy bien, pasarse conmigo una semana o dos. Y yo también disfruto teniéndolo aquí.

-Los niños son un gran consuelo para cualquiera -dijo la mujer delgada.

-Sí -replicó Miss Myrtle-. Aquellos dos jóvenes tan simpáticos, ¿están todavía con usted, Miss Reba?

-Sí -dijo Miss Reba-. Pero creo que voy a decirles que se vayan. No es que yo sea especialmente bondadosa, pero después de todo más vale que los jóvenes no aprendan las maldades del mundo antes de tiempo. Ya he tenido que prohibirles a las chicas que se paseen sin ropa por la casa, y no les ha gustado.

Bebieron de nuevo, con mucha corrección, sosteniendo delicadamente las jarras, con la excepción de Miss Reba, que agarraba la suya como si fuera un arma arrojadiza, la otra mano perdida en el pecho.

-Parece como si me hubiese quedado completamente seca -dijo Miss Reba-. ¿No les apetece otra cerveza? -las invitadas murmuraron cortésmente algunas palabras ininteligibles-. ¡Minnie! -gritó Miss Reba.

Minnie reapareció y les llenó las jarras de nuevo.

-Confieso que me da vergüenza -dijo Miss Myrtle-, pero ¡es tan buena la cerveza de Miss Reba! Y además hemos tenido una tarde bastante agitada.

-A mí me sorprende que no haya pasado nada peor -dijo Miss Reba-. Invitando a todo ese whiskey, como ha hecho Gene.

-Tiene que haberle costado un pico -dijo la mujer delgada.

-Eso creo yo -dijo Miss Reba-. Y, ¿quién se ha beneficiado con ello? Dígame usted. Como no sea la satisfacción de llenar el local hasta los topes con gente que no se ha gastado un céntimo -Miss Reba había dejado la jarra sobre la mesa, al lado de su silla. De pronto, vol-

Librodot

vió bruscamente la cabeza para mirarla. Únele Bud estaba ¿hora detrás de su silla, apoyado contra la mesa-. ¿No te habrás tomado mi cerveza, verdad, chico? -le interpeló.

-¡Únele Bud! -dijo Miss Myrtle-. ¿No te da vergüenza? Confieso que está llegando a un punto en que no me atrevo a llevarlo a ningún sitio. En mi vida he visto otro como él para escamotear cerveza. Ven a jugar aquí, ahora mismo. Vamos.

-Sí, señora -dijo Únele Bud, poniéndose en movimiento sin ir a ningún sitio en particular. Miss Reba bebió, puso la jarra sobre la mesa y se levantó.

-Como estamos todas un poco trastornadas -dijo-, ¿quizá pueda convencerlas para que tomen un sorbo de ginebra?

-Realmente, me parece demasiado… -dijo Miss Myrtle.

-Miss Reba es la perfecta anfitriona -dijo la mujer delgada-. ¿Cuántas veces me ha oído usted decirlo, Miss Myrtle?

-No me sería posible llevar la cuenta, querida -dijo Myrtle.

Miss Reba desapareció detrás del biombo.

-¿Recuerda usted que haya hecho tanto calor en junio alguna vez, Miss Lorraine? -preguntó Miss Myrtle.

-No, nunca -dijo la mujer delgada. El rostro de Miss Myrtle empezó a ensombrecerse de nuevo. Dejando la jarra, se puso a buscar el pañuelo.

-No puedo remediarlo -dijo-; en seguida me acuerdo de cómo cantaban *Sonny Boy* y todo lo demás. ¡Tenía una expresión tan serena! -sollozó.

-Vamos, vamos -dijo Miss Lorraine-. Beba un poco de cerveza. Se sentirá mejor. Miss Myrtle está otra vez muy afectada -añadió, alzando la voz.

-Tengo demasiado buen corazón -dijo Miss Myrtle. Carraspeó detrás del pañuelo, tanteando con la otra mano en busca de la jarra. Estuvo buscándola unos instantes y luego la jarra le tocó la mano. Miss Myrtle volvió la cabeza rápidamente-. ¡Únele Bud! -exclamó-. ¿No te he dicho que salieras de ahí detrás y te pusieras a jugar? ¿Querrán ustedes creer que la otra tarde, cuando salí de aquí, estaba tan confundida que no sabía qué hacer? Me daba vergüenza que me vieran por la calle con un chico borracho como tú.

Miss Reba salió de detrás del biombo con tres copas de ginebra.

-Esto nos dará ánimos -dijo-, porque me parece que estamos las tres muy alicaídas.

Haciéndose corteses inclinaciones de cabeza, bebieron, secándose delicadamente los labios a continuación. Luego empezaron a hablar. Hablaban las tres al mismo tiempo, de nuevo con frases a medio terminar pero sin pausas para que las otras manifestaran su acuerdo o su disconformidad.

-Las mujeres no tenemos la culpa -dijo Miss Myrtle-. Los hombres se empeñan en no vernos tal como somos. Nos obligan a ser de una manera y luego esperan que seamos diferentes. Esperan que no miremos nunca a otro hombre mientras ellos van y vienen cuando les apetece.

-Una mujer que anda al mismo tiempo con más de uno es una estúpida -dijo Miss Reba-. Los hombres sólo sirven para crear problemas y, ¿para qué quiere una tener el doble de problemas? Y la mujer que no es capaz de ser fiel a un buen hombre cuando lo encuentra, a un hombre que sabe gastar a manos llenas, que nunca le hace pasar un mal rato ni le dice una mala palabra… -mirándolas, apareció en sus ojos una expresión de indecible tristeza, de desconcierto y de resignada desesperación.

Librodot

-Vamos, vamos -dijo Miss Myrtle. Inclinándose hacia adelante dio unas palmaditas en la enorme mano de Miss Reba. Miss Lorraine emitió un suave chasquido con la lengua-. Ya sabe que se emociona usted en seguida.

-Un hombre tan bueno… -dijo Miss Reba-. Eramos como dos palomas. Fuimos como dos palomas durante veinticinco años.

-Vamos, querida, vamos -dijo Miss Myrtle.

-Me afecta más cuando algo me lo recuerda de repente -dijo Miss Reba-. Como ver a ese muchacho cubierto de flores.

-Mr. Binford tuvo tantas como él -dijo Miss Myrtle-. Vamos, vamos. Beba un poquito de cerveza.

Miss Reba se secó los ojos con la manga del vestido y bebió de la jarra.

-Sólo a un loco se le ocurriría tratar de quitarle la chica a Popeye -dijo Miss Lorraine.

-Los hombres no aprenden nunca, querida -dijo Miss Myrtle-. ¿Dónde cree usted que se habrán ido, Miss Reba?

-Ni lo sé ni me importa -dijo Miss Reba-. Como tampoco me importa que lo cojan en seguida y lo lleven a la silla eléctrica por matar a ese muchacho. No me importa nada en absoluto.

-Va todos los veranos a Pensacola para ver a su madre -dijo Miss Myrtle-. Un hombre que hace eso no puede ser malo del todo.

-No sé qué hará falta entonces para que los considere usted malos -dijo Miss Reba-. Yo tratando de mantener un establecimiento respetable, una casa que lleva treinta años funcionando, y él queriendo convertirla en un espectáculo para degenerados.

-Somos nosotras, las pobres mujeres -dijo Miss Myrtle-, quienes causamos todos los problemas, pero bien nos lo hacen pagar luego.

-Hace dos años oí decir que no valía para eso -dijo Miss Lorraine.

-Yo lo he sabido siempre -dijo Miss Reba-. Un hombre joven gastándose el dinero de esa manera en chicas sin acostarse con ninguna. Es antinatural. Todas las chicas creían que tenía una mujer en otro sitio, pero yo, en cambio, le pasa algo raro, dije, fijaros bien en lo que digo. Hay algo raro en todo esto.

-No le importaba gastarse los cuartos, de eso no hay duda -dijo Miss Lorraine,

-Era una vergüenza la ropa y las joyas que compró esa chica -dijo Miss Reba-. Pagó cien dólares por una túnica china, una cosa de importación, y el perfume le costaba a diez dólares la onza; cuando subí a la mañana siguiente, toda la ropa estaba tirada en el rincón y el perfume y el colorete por todas partes, como si hubiera pasado un huracán. Eso era lo que hacía cuando se ponía furiosa y él la pegaba. Después de encerrarla en la habitación y no dejarle salir a la calle. ¡Miren ustedes que tener mi casa vigilada como si fuera una…! -Miss Reba alzó la jarra para llevársela a los labios pero se detuvo a medio camino, parpadeando-. ¿Dónde está mi…?

-¡Uncle Bud! -dijo Miss Myrtle. Agarrando al niño por el brazo, lo sacó de un tirón de detrás de la silla de Miss Reba y empezó a zarandearlo, la redonda cabeza balanceándosele sobre los hombros con una expresión de estúpida ecuanimidad-. ¿No te da vergüenza? Di, ¿Es que no te da vergüenza? ¿Se puede saber por qué no de; as en paz la cerveza de estas señoras? Casi estoy decidida a quitarte ese dólar que tienes para que le compres

Librodot

una lata de cerveza a Miss Reba, te lo aseguro. Haz el favor de irte junto a la ventana y quedarte allí, ¿me oyes?

-Tonterías -dijo Miss Reba-. No quedaba apenas nada. También ustedes han acabado ya, ¿no es cierto? ¡Minnie!

Miss Lorraine se tocó la boca con el pañuelo. Detrás de los cristales de las gafas sus ojos miraron en otra dirección, como tratando de ocultar un repentino motivo de angustia. Apoyó la mano libre sobre su liso pecho de solterona.

-Nos olvidábamos de su corazón, querida -dijo Miss Myrtle-. ¿No cree que le vendrá mejor un sorbo de ginebra?

-Yo, realmente… -dijo Miss Lorraine.

-¡Claro que sí! -dijo Miss Reba. Alzándose pesadamente, volvió a llenar las copas de ginebra detrás del biombo. Minnie entró y llenó las jarras. Las tres bebieron y se secaron los labios.

-¿Así que era eso lo que estaba pasando? -preguntó Miss Lorraine.

-No me enteré hasta que Minnie me dijo que estaba ocurriendo algo raro -dijo Miss Reba-. Que Popeye no estaba aquí casi nunca, que se marchaba prácticamente cada dos noches, y que cuando se quedaba, Minnie no encontraba ninguna señal por la mañana, al hacer la limpieza. Les había oído pelearse y ella decía que era porque la chica quería salir y él no se lo consentía. Con toda la ropa que le compraba, dense cuenta, no quería que saliera de casa, y ella se enfadaba, echaba el pestillo y ni siquiera le dejaba entrar.

-Quizá Popeye fue a que le pusieran una de esas glándulas, de las de mono, y no dio resultado -dijo Miss Myrtle.

-Luego una mañana se presentó aquí con Red y le subió a la habitación. Estuvieron cosa de hora y media y Popeye no volvió a aparecer hasta la mañana siguiente. Cuando se marcharon, Minnie vino y me dijo lo que estaba pasando, de manera que al día siguiente me quedé a esperarlos. Le hice venir aquí y dije «Óyeme bien, hijo de pe…» -Miss Reba dejó de hablar bruscamente. Por un instante se quedaron las tres inmóviles, un poco inclinadas hacia adelante. Luego volvieron la cabeza lentamente y miraron al niño apoyado en la mesa.

-Uncle Bud, cariño -dijo Miss Myrtle-, ¿no quieres ir a jugar fuera con Reba y Mr. Binford?

-Sí, señora -dijo el niño, dirigiéndose hacia la puerta. Estuvieron mirándolo hasta que la puerta se cerró tras él. Miss Lorraine adelantó la silla; las tres se inclinaron hacia adelante, aproximándose.

-¿De manera que era eso lo que hacían? -dijo Miss Myrtle.

-Le dije «Hace treinta años que llevo este negocio y es la primera vez que me pasa una cosa así. Si quieres echarle un semental« tu chica» le dije «será mejor que te vayas a hacerlo a otro sitio. No voy a consentir que mi casa se convierta en un tugurio para degenerados».

-El muy hijo de perra -dijo Miss Lorraine.

-Tendría que habérsele ocurrido buscar a un hombre viejo y feo -dijo Miss Myrtle-. ¡Tentar a una pobre chica de esa manera!

-Los hombres siempre esperan que resistamos la tentación -dijo Miss Lorraine. Estaba muy erguida, tan tiesa como una maestra-. El muy hijo de perra.

-Excepto las que ellos nos ofrecen -dijo Miss Reba-. Entonces la cosa cambia… Lo estuvieron haciendo cuatro mañanas seguidas, y luego no volvieron. Popeye no apareció ni una vez durante toda una semana, y esa chica tan fuera de sí como una yegua en celo. Pensé que quizá se hubiese ido de la ciudad por cuestión de negocios hasta que Minnie me dijo que no, y que le daba cinco dólares diarios por no dejarla salir de casa ni usar el teléfono. Y yo tratando de mandarle aviso para que viniera y se la llevara de mi casa porque no quería que pasaran aquí esas cosas. Sí, señor, Minnie dijo que los otros dos estaban tan desnudos como su madre los trajo al mundo, y Popeye, al pie de la cama, sin quitarse siquiera el sombrero, hacía un ruido parecido a un relincho.

-A lo mejor estaba vitoreándolos -dijo Miss Lorraine-. El muy hijo de perra.

Unos pasos se acercaban por el corredor; oyeron la voz de Minnie alzándose, colérica. Se abrió la puerta y la vieron entrar, sosteniendo a Únele Bud con una mano. Al niño se le doblaban las rodillas desmadejadamente, una rígida expresión de estupor en su rostro abotagado.

-Miss Reba -dijo Minnie-, este niño ha abierto la nevera y se ha bebido una botella de cerveza entera. ¡Chico! -añadió, zarandeándolo-, ¡ponte derecho!

El niño siguió doblándose, desmadejado, el rostro contraído en una sonrisa babeante. En seguida apareció en sus facciones una expresión preocupada, que se transformó de inmediato en otra de consternación; Minnie le hizo dar la vuelta, apartándolo bruscamente de sí, cuando empezó a vomitar.

Librodot

XXVI

Salió el sol sin que Horace se hubiera acostado ni puesto siquiera el pijama. Estaba terminando una carta para su mujer, dirigida a las señas de su suegro en Kentucky, pidiéndole el divorcio. Sentado a la mesa, ante la única cuartilla de la carta, escrita con gran pulcritud pero con letra ilegible, por primera vez se sentía tranquilo y vacío desde que -cuatro semanas atrás- descubriera a Popeye vigilándolo junto al manantial. Mientras estaba allí sentado empezó a llegarle desde algún sitio un olor a café. «Voy a acabar este asunto y después me iré a Europa. Estoy enfermo. Soy demasiado viejo para esto. Nací ya demasiado viejo y por eso echo tanto de menos un poco de tranquilidad».

Se afeitó, hizo café, bebió una taza y comió un poco de pan. Cuando pasó delante del hotel, el autobús que enlazaba con el tren de la mañana esperaba junto a la acera a que los viajantes de comercio se fueran subiendo. Clarence Snopes era uno de los pasajeros y llevaba una maleta marrón.

-Voy un par de días a Jackson por un asuntillo -le dijo-. Es una lástima que no lo encontrara a usted anoche. Volví en automóvil. Imagino que ya tenía usted arreglo para pasar la noche, ¿no es cierto? -contempló a Horace desde toda su altura, enorme, con su aire de empanada a medio cocer, dando un sentido muy preciso a sus palabras-. Le habría llevado a un sitio que no conoce la mayoría de la gente. Donde un hombre puede hacer todo lo que le permitan sus posibilidades. Pero ya habrá otras ocasiones, porque tenemos que llegar a conocernos mejor -bajó la voz un poco, apartándose ligeramente a un lado-. No se preocupe. No soy hablador. Cuando estoy aquí, en Jefferson, soy otra persona; lo que haga en Memphis con unos cuantos amigos es sólo asunto mío y de ellos. ¿No le parece lo mejor?

Más tarde, aquella misma mañana, en la calle, a cierta distancia delante de él, vio a su hermana torcer y desaparecer por una puerta. Trató de encontrarla entrando en todas las tiendas de la zona donde calculaba que la había visto torcer y preguntando a los dependientes. No estaba en ninguna de ellas. El único sitio que no se le ocurrió investigar fue una escalera entre dos tiendas, que conducía a un primer piso y daba a un pasillo con oficinas, entre ellas la ocupada por el fiscal del distrito, Eustace Graham.

Graham tenía un pie deforme, que había sido la causa de que lo eligieran para el cargo que ahora ostentaba. Había costeado con su trabajo el ingreso en la universidad del Estado y todos sus estudios superiores; de joven, la gente de la ciudad le recordaba conduciendo las carretas y los camiones de las tiendas de comestibles. Durante su primer año en la universidad consiguió labrarse un prestigio por su laboriosidad. Servía a la mesa en el comedor de los estudiantes y obtuvo el contrato del gobierno para llevar y traer el correo desde la oficina local a los diferentes trenes, renqueando todo el trayecto bajo el peso de las sacas: un joven simpático, de rostro franco, que saludaba a todo el mundo y con un algo de previsora rapacidad en la mirada. Durante su segundo año en la universidad dejó que caducara el contrato para el correo y renuncio a su empleo en el comedor de estudiantes; también se compró un traje nuevo. La gente se alegró de que gracias a su laboriosidad hubiera ahorrado lo suficiente para dedicar todo su tiempo al estudio. Para entonces estaba en la facultad de derecho, y sus profesores lo cuidaban como a un caballo de carreras. Terminó bien sus estudios, pero sin brillantez. «Porque tuvo dificultades a] principio», dijeron los profesores. «Si hubiera empezado igual que los otros… Llegará lejos», añadieron.

Librodot

Sólo después de que Graham saliera de la facultad de derecho se enteraron de que había estado jugando al póquer durante tres años en la oficina de una caballeriza, con las persianas echadas. Cuando,, dos años después de terminar sus estudios, lo eligieron para la legislatura del Estado, empezaron a contar una anécdota de sus días en la universidad.

Sucedió en una de las partidas de póquer en la oficina de la caballeriza. Le tocaba hablar a Graham. Miró al propietario del local, sentado frente a él, el único jugador de aquella mano que no se había retirado.

-¿Cuánto dinero tiene usted ahí, Mr. Harris? -preguntó Graham.

-Cuarenta y dos dólares, Eustace -dijo el propietario. Graham tiró unas cuantas fichas al montón.

-¿Cuánto es eso? -preguntó el propietario.

-Cuarenta y dos dólares, Mr. Harris.

-¡Hummm! -dijo el propietario. Examinó su juego-. ¿Cuántas cartas has pedido?

-Tres, Mr. Harris.

-¡Hummm! ¿Quién ha dado?

-Yo, Mr. Harris.

-Paso.

Llevaba muy poco tiempo de fiscal del distrito, pero ya había hecho saber que basaría su candidatura para el Congreso en su historial de condenas conseguidas, de manera que cuando vio a Narcissa frente a él, al otro lado del escritorio de su sucia oficina, su expresión fue muy parecida a la que puso años atrás al echar los cuarenta y dos dólares en el montón.

-Sólo desearía que no fuera su hermano -dijo Graham-. No me gusta ver a un compañero de armas, por decirlo así, con un caso tan malo -ella le observaba con su mirada inexpresiva que lo abarcaba todo-. No queda otro remedio que proteger a la sociedad, incluso cuando parece que la sociedad no necesita protección.

-¿Está seguro de que no puede ganar? -preguntó Narcissa.

-Bueno, el primer principio de la abogacía es que sólo Dios sabe lo que hará un jurado. Por supuesto, cabe esperar…

-Pero usted no cree que pueda ganar.

-Yo, naturalmente…

-Tiene buenas razones para creer que no. Supongo que sabe usted cosas que él ignora.

Graham la miró un instante. Luego cogió una pluma del escritorio y empezó a rasparle el punto con un cortapapeles.

-Esto es puramente confidencial. Estoy violando el juramento que hice al asumir el cargo, aunque eso no hace falta que se lo diga. Pero se ahorrará usted una preocupación si sabe que no tiene la más mínima posibilidad. Sé que para él va a ser una terrible decepción, pero no se puede evitar. Nos consta que ese hombre es culpable. De manera que si de alguna forma puede usted conseguir que su hermano salga del caso, le aconsejo que no deje de hacerlo. Un abogado que pierde un proceso es como todos los fracasados; tanto da que jueguen a la pelota como que se dediquen al comercio o a la medicina: lo suyo es…

-Entonces lo mejor será que pierda cuanto antes, ¿no es cierto? -dijo ella-. Que ahorquen a ese hombre y acabe todo -las manos de Graham se inmovilizaron por completo.

Librodot

No levantó la vista. Con tono frío y sin inflexiones, Narcissa añadió-: Tengo mis razones para querer que Horace deje este caso. Cuanto antes mejor. Hace tres noches ese Snopes, el que está en la legislatura del Estado, llamó a casa por teléfono, preguntando por él. Al día siguiente Horace fue a Memphis. No sé a qué. Eso tendrá que averiguarlo usted. Lo único que quiero es que Horace termine con este asunto lo antes posible.

Narcissa, poniéndose en pie, se dirigió hacia la puerta. Graham se adelantó cojeando para abrírsela; de nuevo volvió ella a mirarlo con aquellos ojos fríos, quietos, insondables, como si el fiscal del distrito fuera un perro o una vaca y ella estuviera esperando a que le dejara libre el paso. Luego se marchó. Graham cerró la puerta e inició una especie de torpe zapateado; cuando empezaba a acompañarse chasqueando los dedos, la puerta se abrió de nuevo; el fiscal del distrito se llevó bruscamente las manos a la corbata, mientras miraba a Narcissa, inmóvil en el quicio de la puerta.

-¿Qué día cree usted que habrá terminado todo? -dijo ella.

-Bueno, no sa… La sesión se abrirá el veinte -respondió Graham-. Será el primer caso. Digamos… dos días. Todo lo más tres, contando con su amable colaboración. No necesito decirle que mantendremos sobre todo esto la más absoluta reserva… -el fiscal del distrito se adelantó hacia ella, pero la mirada inexpresiva, calculadora, de Narcissa era como una muralla que lo rodear? por todas partes.

-Eso nos pone en el veinticuatro -de nuevo le estaba mirando-. Gracias -añadió Narcissa, cerrando la puerta.

Aquella noche escribió a Belle que Horace estaría en casa el día veinticuatro. Telefoneó a su hermano y le pidió la dirección de su mujer.

-¿Para qué? -preguntó Horace.

-Voy a escribirle una carta -dijo ella con voz tranquila, nada amenazadora. Maldita sea, pensó Horace, con el teléfono en la mano después de cortarse la comunicación. Cómo es posible luchar con personas que ni siquiera emplean subterfugios. Pero en seguida lo olvidó, se olvidó de que ella había telefoneado. No volvió a ver a su hermana hasta el comienzo del juicio.

Dos días antes de que se abriera Ja sesión, Snopes salió de la consulta del dentista y se quedó parado en la acera, escupiendo. Sacó del bolsillo un cigarro con envoltura dorada, se la quitó y se colocó el puro entre los dientes con muchas precauciones. Tenía un ojo morado y el puente de la nariz tapado con un esparadrapo sucio.

-Me atropello un coche en Jackson -contó en la barbería-. Pero no crean que no le hice pagar a ese desgraciado -dijo, mostrando un fajo de billetes amarillos. Los metió en una cartera y se los guardó-. Soy americano -dijo-. No presumo de ello porque nací americano. Y también he sido un buen baptista toda mi vida. Claro que no soy un predicador ni una solterona; he echado una cana al aire de vez en cuando, pero no creo ser peor que mucha gente que finge cantar en la iglesia con voz tonante. Pero la cosa más rastrera y más baja que hay en este país no es un negro sino un judío. Nos hacen falta leyes contra ellos. Leyes drásticas. Cuando un judío rastrero y miserable puede venir a un país libre como este sólo porque es licenciado en derecho, es hora de poner un límite a las cosas. Un judío es la cosa más baja de la creación. Y la especie más baja de judío es un abogado judío. Cuando un abogado judío puede detener a un americano, a un hombre blanco, y no darle más que diez dólares por algo que otros dos americanos, verdaderos americanos, caballeros del Sur; un juez que vive en la capital del Estado de Mississippi y un abogado que algún día

Librodot

será un hombre tan importante como su padre y juez por añadidura; cuando esas personas le han dado diez veces más que el judío por la misma cosa, es evidente que necesitamos una ley. He gastado como el que más toda mi vida; todo lo que he tenido ha estado siempre a disposición de mis amigos. Pero cuando un judío rastrero y apestoso se niega a pagar a un americano la décima parte de lo que otro americano, y juez además…

-¿Por qué se lo vendió, entonces? -preguntó el barbero.

-¿El qué? -dijo Snopes. El barbero se le había quedado mirando.

-¿Qué estaba tratando de venderle a ese coche cuando lo atropello? -preguntó el barbero.

-Tenga, fúmese este puro -dijo Snopes.

Librodot

XXVII

La fecha del juicio quedó fijada para el veinte de junio. Una semana después de su visita a Memphis, Horace telefoneó a Miss Reba.

-Sólo para saber si la chica sigue ahí -dijo-. Para poder mandarle una notificación si fuera necesario.

-Está aquí -dijo Miss Reba:-. Pero no me gusta eso de la notificación. Sólo me gustan los policías cuando vienen a mi casa a hacer gasto.

-No será más que un alguacil -dijo Horace-. Alguien que le entregue una citación en propia; mano.

-Que lo haga el cartero en ese caso -dijo Miss Reba-. Viene aquí de todas formas y también lleva uniforme. No tiene peor aspecto que un policía con todos los arreos. Que lo haga el cartero.

-No voy a molestarla a usted -dijo Horace-. No le causaré ningún trastorno.

-Ya sé que no -dijo Miss Reba. A través del hilo telefónico su voz resultaba débil y áspera-. No se lo voy a permitir. A Minnie le ha dado por llorar esta noche, pensando en ese sinvergüenza que la dejó, y Miss Myrtle y yo estábamos sentadas aquí y también nos ha dado por llorar. A mí, a Minnie y a Miss Myrtle. Nos hemos bebido una botella de ginebra. No me puedo permitir esos lujos. De manera que no mande usted aquí a ningún policía de pueblo con cartas para nadie. Usted me telefonea, yo los pongo a los dos en la calle y usted hace que los detengan.

La noche del diecinueve Horace telefoneó de nuevo. Tuvo algunas dificultades para conseguir hablar con Memphis.

-Se han ido -le explicó Miss Reba-. Los dos. ¿Es que no lee los periódicos?

-¿Qué periódicos? -preguntó Horace-. Oiga. ¡Oiga!

-Ya le he dicho que no están aquí -repitió Miss Reba-. No sé nada acerca de ellos y no quiero saber nada excepto quién me va a pagar una semana del alquiler del cuarto que…

-¿Pero no puede enterarse de dónde se ha ido? Quizá la necesite.

-No sé nada y no quiero saber nada -dijo Miss Reba. Horace oyó el ¡clic! del receptor, pero la comunicación no se interrumpió inmediatamente. Alguien dejó el auricular sobre la mesa del teléfono con un ruido sordo, y le llegó la voz de Miss Reba gritando: «¡Minnie! ¡Minnie!» Luego una mano alzó el auricular y lo colgó; la línea quedó cortada. Al cabo de un rato, una voz anónima, con un acento pretendidamente elegante, dijo:

-Pine Bluff no contesta… ¡Gracias!

El juicio empezó al día siguiente. Sobre la mesa descansaban los escasos objetos que presentaba el fiscal del distrito: la bala extraída del cráneo de Tommy y una garrafa de barro con whiskey de maíz.

-Solicito la presencia de Mrs. Goodwin en el estrado -dijo Horace.

Librodot

No miró para atrás. Sentía los ojos de Goodwin en su espalda mientras ayudaba a la mujer a sentarse. Le tomaron juramento con el niño en el regazo. Repitió la historia tal como se la había contado a Horace al día siguiente de que el niño enfermara. Goodwin trató dos veces de interrumpirla pero el juez le hizo callar. Horace no le miró en ningún momento.

La mujer terminó su relato. Todo el tiempo estuvo sentada en una postura muy erguida, con su limpio vestido gris muy gastado, el sombrero con el velo zurcido y el adorno morado en un hombro. En su regazo, el niño, con los ojos cerrados, seguía sumido en la misma densa inmovilidad de otras veces. Durante un rato la mano de la mujer revoloteó sobre su cara, realizando innecesarios gestos maternales como sin darse cuenta.

Horace se sentó de nuevo. Sólo entonces miró a Goodwin. Aunque ahora estaba muy quieto, con los brazos cruzados y la cabeza un poco inclinada, Horace veía, en contraste con su rostro moreno, la cérea palidez de las aletas de la nariz, producida por la cólera. Inclinándose hacia él le susurró algo al oído, pero Goodwin no se movió.

El fiscal del distrito se enfrentaba ahora con la mujer.

-Mrs. Goodwin -dijo-, ¿en qué fecha contrajo usted matrimonio con Mr. Goodwin?

-¡Protesto! -dijo Horace, poniéndose en pie.

-¿Puede probar el ministerio fiscal la pertinencia de esta pregunta? -dijo el juez.

-La retiro, señoría -dijo el fiscal del distrito, lanzando una mirada al jurado.

Al suspenderse la vista hasta la mañana siguiente, Goodwin dijo con amargura:

-Usted aseguró que me mataría algún día, pero no creí que hablara en serio. No creía que usted,..

-No sea estúpido -dijo Horace-. ¿No ve que el caso está ganado? ¿Que no les queda otro recurso que tratar de poner en tela de juicio la buena reputación de nuestra testigo? -pero al salir de la cárcel notó que la mujer le seguía mirando con ojos llenos de presagios-. No tiene que preocuparse, se lo aseguro. Puede que usted sepa más que yo sobre hacer el amor o fabricar whiskey, pero yo sé más sobre procedimiento penal, no lo olvide.

-¿No cree que haya cometido una equivocación?

-Estoy seguro de que no. ¿No ve que eso les destroza el caso? Todo lo más que pueden esperar es un jurado en desacuerdo. Y no hay más que una posibilidad entre cincuenta de que pase eso. Créame, mañana Lee saldrá libre de la cárcel.

-Entonces, imagino que habrá que pensar en pagarle.

-Sí -dijo Horace-, de acuerdo. Iré esta noche a donde usted vive.

-¿Esta noche?

-Sí. Puede que el fiscal la llame de nuevo a declarar. Será mejor que estemos preparados, en cualquier caso.

Horace entró a las ocho en el solar de la loca. Una única luz brillaba en las decrépitas entrañas de la casa, como una luciérnaga atrapada en un brezal, pero la mujer no apareció al llamarla él. Horace se llegó hasta la puerta y golpeó con los nudillos. Una voz muy aguda gritó algo; esperó un momento. Iba a llamar otra vez cuando oyó la voz de nuevo, aguda, desquiciada, débil, como si viniera de muy lejos, semejante a las notas de un caramillo enterrado por una avalancha. Dio la vuelta a la casa entre la apretada maleza que le llegaba hasta la cintura. La puerta de la cocina estaba abierta. Era allí, sobre el ennegrecido hogar, donde se encontraba la mortecina lámpara que no llenaba la habitación -un revoltijo de for-

Librodot

mas borrosas, impregnadas del rancio olor a vieja y desaseada carne femenina- de luz sino de sombras. Desde una cabeza pequeña y muy redonda, unos ojos desorbitadamente blancos lanzaban resplandores castaños por encima de una desgarrada camiseta y de las hombreras de un mono. Más allá del negro, desde una alacena sin puerta, la loca se volvió, apartándose los lacios cabellos con el antebrazo.

-Su zorra se ha ido a la cárcel -dijo-. Váyase con ella.

-¿A la cárcel? -dijo Horace.

-Eso es lo que he dicho. Donde vive la gente de bien. Cuando consigas un marido, mételo en la cárcel donde no pueda molestarte -se volvió hacia el negro con un frasquito en la mano-. Vamos, corazón. Dame un dólar. Tú tienes mucho dinero.

Horace volvió a la ciudad, a la cárcel. Le dejaron pasar. Mientras subía las escaleras, el carcelero, a sus espaldas, cerró la puerta con llave.

La mujer le abrió la celda. El niño descansaba sobre el catre, Goodwin estaba sentado junto a él, con los brazos cruzados y las piernas extendidas en la actitud de un hombre que ha llegado al agotamiento físico total.

-¿Por qué se sienta ahí, delante de esa abertura? -dijo Horace-. ¿No sería mejor ponerse en el rincón y que lo tapáramos con el colchón?

-Viene usted a asegurarse de que me acribillan, ¿no es cierto? -dijo Goodwin-. Después de todo es una cosa lógica. Se trata de su profesión. Prometió que no me colgarían, ¿verdad?

-Todavía le queda una hora -dijo Horace-. El tren de Memphis no llega aquí hasta las ocho y media. Me figuro que no será tan estúpido como para venir en ese coche suyo color canario -se volvió hacia la mujer-. Pero usted… Tenía mejor opinión de usted. Ya sé que él y yo no estamos bien de la cabeza, pero esperaba otra cosa de usted.

-Le está haciendo un favor -dijo Goodwin-. Podría haber seguido conmigo hasta que fuera demasiado vieja para engatusar a un tipo decente. Si me prometiera conseguirle al chico un puesto de vendedor de periódicos cuando sea capaz de devolver el cambio, me quedaría tranquilo.

La mujer había vuelto a sentarse en el catre y a ponerse el niño sobre el regazo. Horace se acercó a ella.

-Ahora tiene usted que irse -dijo-. No va a suceder nada. Lee estará aquí perfectamente y él lo sabe. Tiene usted que volver a su casa y dormir un poco, porque mañana saldrán de aquí juntos. Vámonos.

-Creo que es mejor que me quede -dijo ella.

-Maldita sea, ¿no sabe usted que adoptar esa postura de desastre es la mejor manera del mundo para conseguir que suceda? ¿No lo ha aprendido por experiencia propia? Lee lo sabe. Lee, convénzala para que sea razonable.

-Vamos, Ruby -dijo Goodwin-. Vete a casa y acuéstate.

-Creo que es mejor que me quede -dijo ella.

Horace se quedó en pie frente a los dos. La mujer contemplaba al niño, la cabeza inclinada y el cuerpo completamente inmóvil. Goodwin se apoyaba contra la pared, las muñecas entrelazadas más allá de las descoloridas mangas de la camisa.

-Ahora es usted todo un hombre -dijo Horace-, ¿no es cierto? Me gustaría que pudiera verle el jurado, preso en una celda de cemento, asustando a mujeres y niños con

Librodot

horribles historias de fantasmas. Se darían cuenta de que nunca ha tenido arrestos para matar a nadie.

-Será mejor que vaya usted a acostarse -dijo Goodwin-. Nosotros podríamos dormir aquí perfectamente con un poco menos de ruido.

-No; no podemos hacer una cosa tan razonable -dijo Horace. Salió de la celda. El carcelero le abrió la puerta y abandonó el edificio. Regresó a los diez minutos con un paquete. Goodwin no se había movido. La mujer le estuvo mirando mientras abría el paquete. Dentro había una botella de leche, una caja de bombones y otra de puros. Le dio un cigarro a Goodwin y él cogió otro.

-Trajo usted el biberón, ¿verdad?

La mujer sacó el biberón de un bulto que había debajo del catre.

-Queda un poco -dijo. Llenó el biberón con la botella. Horace encendió su puro y el de Goodwin. Cuando miró de nuevo, el biberón había desaparecido.

-¿Todavía no es hora de darle de comer? -dijo.

-Lo estoy calentando -respondió la mujer.

-Ah -dijo Horace. Inclinó la silla hacia atrás, contra la pared, frente al catre.

-Queda sitio en la cama -dijo la mujer- Está un poco más blanda, aunque no mucho.

-No lo suficiente para cambiar -dijo Horace.

-Escuche -dijo Goodwin-, váyase a casa. No sirve para nada que haga usted esto.

-Tenemos que trabajar un poco -dijo Horace-. El fiscal volverá a interrogarla mañana. Es su única esperanza: quitar valor a su testimonio de alguna manera. Trate usted de dormir mientras nos ocupamos de ello.

-De acuerdo -dijo Goodwin.

Horace fue haciendo que la mujer repitiera las respuestas para memorizarlas, mientras paseaba arriba y abajo por la estrecha celda. Goodwin terminó su puro y volvió a quedarse inmóvil, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada. El reloj de la plaza dio las nueve y luego las diez. El niño lloriqueó y se movió. La mujer le cambió los pañales, sacó el biberón que tenía pegado al costado por debajo del vestido y se lo dio. Luego se inclinó cuidadosamente hacia adelante y examinó el rostro de Goodwin.

-Está dormido -susurró.

-¿Cree que debemos tumbarlo? -preguntó Horace en voz también muy baja.

-No. Mejor que siga como está.

Moviéndose muy despacio dejó al niño sobre el catre y ella se trasladó al otro extremo. Horace corrió la silla hasta ponerse a su lado. Siguieron hablando en voz muy baja.

El reloj dio las once. Horace continuó haciéndole repetir las frases, repasando una y otra vez la imaginaria escena. Finalmente dijo:

-Creo que eso es todo. ¿Se acordará? Si el fiscal le preguntara algo que no es capaz de responder con las palabras exactas que ha aprendido esta noche, quédese unos momentos sin decir nada. Yo me ocuparé de lo demás. ¿Se acordará?

-Sí -susurró ella. Horace, inclinándose, cogió la caja de bombones que estaba sobre el catre y la abrió, con un suave crujir de papel satinado. La mujer cogió uno. Goodwin no se había movido. Ella le miró y luego contempló la estrecha hendidura de la ventana.

-Deje de preocuparse -susurró Horace-. A través de esa ventana no podría alcanzarlo ni con un alfiler de sombrero, así que no digamos nada de una bala. ¿No se da cuenta?

-Sí -dijo ella. Tenía el bombón en la mano. No estaba mirando a Horace-. Sé en qué piensa usted -susurró,

-¿En qué?

-Cuando llegó a la casa y yo no estaba allí. Sé en lo que piensa -Horace la miraba, notando que apartaba la vista-. Dijo que esta noche había que empezar a pagarle.

Siguió mirándola algún tiempo más.

-Ah -dijo-. O *témpora! O mores!* ¡Maldita sea! ¿Es que ninguna de ustedes, estúpidas portadoras de glándulas mamarias, puede creer que cualquier hombre, que todos los hombres…? ¿Usted creyó que venía por eso? ¿Y cree que si fuera esa mi intención habría esperado tanto tiempo?

Ella le miró un instante.

-No habría conseguido nada si no hubiese esperado.

-¿Cómo? Ah. Claro. En cambio esta noche, usted…

-Creía que era eso lo que…

-Entonces, ¿estaría dispuesta ahora? -ella se volvió a mirar a Goodwin que roncaba un poco-. No quiero decir en este preciso momento -susurró Horace-, sino que pagaría usted cuando se lo solicitara.

-Pensé que era eso lo que quería. Ya le dije que no teníamos… Si no le parece suficiente, no crea que se lo voy a reprochar.

-No es eso. Usted sabe que no es eso. ¿Pero no comprende que quizá un hombre pueda hacer algo únicamente porque sabe que está bien, porque la armonía de las cosas exige que se haga?

La mujer hizo girar lentamente el bombón entre los dedos.

-Creía que le ponía furioso.

-¿Quién? ¿Lee?

-No. El -tocó al niño-. Porque tengo que llevarlo con nosotros.

-¿Quiere decir, con él al pie de la cama, quizá? ¿Porque tendría usted que sujetarlo todo el tiempo por una pierna para que no se cayera al suelo?

Ella le miró con ojos solemnes, contemplativos, sin expresión. Fuera, el reloj de la plaza dio las doce.

-Santo cielo -susurró él-. ¿Qué clase de hombres ha conocido usted?

-Lo saqué una vez de la cárcel de esa manera. Y también de Leavenworth. Cuando sabían que era culpable.

-¿De veras? -dijo Horace-. Tenga. Coja otro. Ese está medio derretido -la mujer se miró los dedos manchados de chocolate y contempló él bombón reblandecido, dejándolo caer detrás del catre. Horace le ofreció su pañuelo.

-Se lo mancharía -dijo ella-. Espere -se limpió los dedos en el pañal que le había quitado al niño y volvió a quedarse inmóvil, con las manos cruzadas sobre el regazo. Goodwin roncaba pacíficamente-. Cuando Lee se marchó a las Filipinas me dejó en San

Librodot

Francisco. Encontré un empleo y vivía en una habitación y cocinaba en un infiernillo de gas porque le había dicho que lo haría. No sabía el tiempo que tardaría en volver, pero se lo había prometido y él sabía que lo haría. Cuando mató a aquel soldado por una negra, ni siquiera me enteré. No recibí carta suya durante cinco meses. Hasta que una vez, cuando estaba extendiendo un periódico viejo para forrar un estante en el sitio donde trabajaba, vi por casualidad que su regimiento volvía a casa y al mirar la fecha en el calendario comprobé que era precisamente aquel mismo día. Me había portado bien durante aquel tiempo. No me habían faltado oportunidades; las tenía todos los días con los hombres que frecuentaban el restaurante.

»No me dieron permiso para ir a recibir al barco, así que tuve que dejar el empleo. Luego no me permitieron verlo, ni siquiera subir al barco. Me quedé allí mientras salían desfilando, tratando de encontrarlo y preguntando a los que pasaban si sabían dónde estaba y ellos diciéndome de guasa que si estaba libre aquella noche, asegurándome que nunca habían oído hablar de él o que estaba muerto o que se había escapado al Japón con la mujer del coronel. Intenté de nuevo subir al barco, pero no me dejaron. De manera que aquella noche me arreglé y estuve por los cabarets hasta que encontré a uno del regimiento, me senté con él y me lo contó. Fue como si me hubiera muerto. Me quedé allí con la música tocando y todo eso, y aquel soldado borracho manoseándome, y yo preguntándome por qué no renunciaba; por qué no me iba con el otro, me emborrachaba también y no me serenaba nunca más; y pensando Así que por ese animal he perdido un año entero. Creo que no le dejé por eso.

»En cualquier caso, lo cierto es que no lo hice. Volví a mi habitación y al día siguiente empecé a buscarlo. Seguí adelante, aunque los soldados me contaban mentiras y trataban de acostarse conmigo, hasta que me enteré de que estaba en Leavenworth. No me alcanzaba el dinero para el billete, así que me busqué otro empleo. Tardé dos meses en ahorrar lo suficiente. Entonces me fui a Leavenworth. Conseguí otro trabajo de camarera, en Childs, el turno de noche, para poder ver a Lee un domingo por la tarde cada dos semanas. Decidimos buscar un abogado. No sabíamos que un abogado no podía hacer nada por un preso federal. El abogado no me lo dijo, y yo no le había dicho a Lee cómo pagaba al abogado. Creía que había ahorrado algo de dinero. Llevaba dos meses viviendo con el abogado cuando me enteré.

»Luego vino la guerra; dejaron salir a Lee y lo mandaron a Francia. Yo me fui a Nueva York y encontré un empleo en una fábrica de municiones. Me porté bien aunque las ciudades estaban llenas de soldados con dinero para gastar, y hasta las chiquitas más insignificantes llevaban vestidos de seda, Pero yo me porté bien. Luego Lee volvió a casa. Fui a esperarle al barco. Le arrestaron al salir y le devolvieron a Leavenworth por haber matado a aquel soldado tres años antes. Entonces conseguí un abogado y, a través suyo, un congresista que le sacara de la cárcel. También le di todo lo que había ahorrado. Así que cuando Lee salió, no teníamos nada. Dijo que nos casaríamos, pero no pudimos hacerlo por falta de dinero. Y cuando le conté lo del abogado, me pegó.

De nuevo dejó caer el bombón reblandecido detrás del catre y se limpió las manos con el pañal. Eligió otro de los que había en la caja y se lo comió. Mientras masticaba miró a Horace, contemplándolo sin prisa -cavilosa, inexpresiva- durante unos instantes. Por la rendija de la ventana entraba, fría y muerta, la oscuridad.

Goodwin dejó de roncar. Después de moverse un poco se incorporó.

-¿Qué hora es? -dijo.

-¿Qué? -dijo Horace. Miró su reloj-. Las dos y media.

-Habrá tenido un pinchazo -dijo Goodwin.

Librodot

Poco antes de amanecer el mismo Horace se quedó dormido, sentado en la silla. Cuando despertó, un delgado rayo de sol entraba horizontalmente por la ventana. Goodwin y la mujer hablaban en voz baja, sentados en el catre. Goodwin le miró sombríamente.

-Ya es de día -dijo.

-Espero que se haya quitado de encima esa pesadilla suya -dijo Horace.

-Si fuera así, sería la última. Dicen que allí no se sueña.

-No hay duda de que ha hecho usted todo lo posible por seguir teniéndola -dijo Horace-. Supongo que nos creerá, después de esto.

-Creer, un cuerno -dijo el Goodwin que, con su rostro taciturno, su mono y su camisa azul, había permanecido tan tranquilo y tan seguro de sí mismo, como indiferente a todo-; ¿en serio cree usted que ese hombre va a dejarme salir por la puerta, cruzar la calle y entrar en el juzgado, después de lo de ayer? ¿Con qué clase de hombres ha vivido usted toda su vida? ¿Es que no ha pasado del jardín de infancia? Yo haría lo mismo si fuera él.

-Si lo hace se habrá preparado su propia trampa -dijo Horace.

-¿Y de qué me servirá a mí eso? Déjeme…

-Lee -dijo la mujer.

-…decirle algo: la próxima vez que quiera jugarse a los dados la vida de un hombre…

-Lee -dijo ella. Le estaba acariciando la cabeza con la mano, lentamente. Luego empezó a peinarle con los dedos para hacerle la raya, y a alisarle la camisa sin cuello. Horace los estuvo observando.

-¿Quiere usted quedarse con él? -dijo con voz tranquila-. Puedo arreglarlo.

-No -dijo Goodwin-. Estoy harto. Voy a acabar de una vez. Dígale a ese maldito policía que no vaya pegado a mí, nada más. Será mejor que usted y ella se vayan a desayunar.

-No tengo hambre -dijo la mujer.

-Tú harás lo que te he dicho -dijo Goodwin.

-Lee.

-Vamos -dijo Horace-. Puede usted volver después.

Fuera, Horace empezó a respirar en grandes bocanadas el aire fresco de la mañana.

-Llénese los pulmones -dijo-. Una noche en ese sitio es capaz de deprimir a cualquiera. Pensar que tres personas adultas… Dios mío, a veces creo que somos todos niños, excepto los mismos niños. Pero hoy será el último día. Para las doce saldrá libre de ahí: ¿se da usted cuenta?

Siguieron andando, iluminados por el sol del amanecer, respirando el aire tibio. Recortadas contra el cielo azul, redondas nubéculas avanzaban muy altas desde el sudoeste, y la fresca y porfiada brisa hacía estremecerse a las acacias, desnudas ya de flores desde tiempo atrás.

-No sé cómo vamos a pagarle -dijo ella.

-Olvídelo. Ya se me ha pagado. Usted no lo entendería, pero mi alma ha pasado por un aprendizaje de cuarenta y tres años. Cuarenta y tres años. La mitad más de lo que ha vivido usted. Ya ve cómo la insensatez, al igual que la pobreza, se preocupa de los suyos.

-Y usted sabe que él… que…

-Déjelo, no siga. También hemos acabado con eso, soñando. Dios hace cosas disparatadas a veces, pero por lo menos es un caballero. ¿No lo sabía?

-Siempre me lo he, imaginado como un hombre -dijo la mujer.

Ya sonaba el timbre cuando Horace cruzó la plaza en dirección al juzgado. Los espacios de alrededor estaban ocupados por carretas y coches, y las gentes con monos y ropa de color caqui se apiñaban lentamente bajo la entrada gótica del edificio. Por encima de su cabeza, el reloj dio las nueve mientras subía hacia la sala del tribunal.

La ancha puerta doble en lo alto de las escaleras, atestadas de gente, estaba abierta. Desde el interior de la sala trascendía un continuo rumor preparatorio de personas que se acomodaban. Por encima de los respaldos Horace veía sus cabezas: cabezas calvas, cabezas de cabellos grises, cabezas desgreñadas y otras con pulcros cortes de pelo sobre cogotes cocidos por el sol; cabezas relucientes por la brillantina sobré rígidos cuellos ciudadanos y de vez en cuando alguna cofia o algún sombrero adornado con flores.

El murmullo de sus voces y de sus movimientos se dirigía hacia la escalera gracias a la corriente creada por la puerta abierta. El aire entraba por las ventanas y pasaba sobre las cabezas hasta llegarle a Horace, delante de la puerta, cargado con olor a tabaco, a sudor y a tierra, y con el inconfundible aroma de las salas de tribunales; ese olor enrarecido a lujurias exhaustas, a avaricias y a altercados y a amarguras, y también, a falta de algo mejor, a cierta desmañada estabilidad. Las ventanas daban a balcones muy cercanos a los arcos de los pórticos. La brisa pasaba a través de ellas, trayendo consigo los gorjeos y arrullos de los gorriones y palomas que anidaban en los aleros y de cuando en cuando el sonido de la bocina de un automóvil, que se alzaba desde la plaza para volver a hundirse en un hueco retumbar de pies sobre el corredor del piso bajo y en las escaleras.

La presidencia estaba vacía. A un lado de la larga mesa divisó los negros cabellos de Goodwin y su enjuto rostro moreno, además del sombrero gris de la mujer. Al otro extremo había un hombre hurgándose los dientes. Sus espesos cabellos negros, muy rizados, se iban clareando hasta dejar sitio a una calva. Tenía la nariz larga y muy blanca. Llevaba un traje de algodón color canela; cerca de él, sobre la mesa, descansaba una elegante cartera de cuero y un sombrero de paja con una cinta roja y canela y él miraba indolentemente por una de las ventanas, sobre las hileras de cabezas, hurgándose los dientes. Horace se detuvo exactamente en el vano de la puerta.

-Es un abogado -dijo-. Un abogado judío de Memphis -luego empezó a recorrer con la vista las cabezas alrededor de la mesa, donde tenían que sentarse los testigos y otras personas interesadas-. Sé lo que voy a encontrar antes de verlo -dijo-, Llevará un sombrero negro.

Horace avanzó por el pasillo central. Desde más allá de la ventana por donde parecía entrar el sonido del timbre y donde, con sonidos guturales, se arrullaban las palomas debajo de los aleros, llegó la voz del alguacil:

-Se declara abierto de acuerdo con la ley el muy digno tribunal del condado de Yoknapatawpha…

Temple llevaba un sombrero negro. El secretario tuvo que repetir dos veces su nombre antes de que se levantara y subiera al estrado de los testigos. También Horace tardó en darse cuenta de que el juez le estaba dirigiendo la palabra, un poco irritado.

Librodot

-¿Es ésta su testigo, Mr. Benbow?

-Efectivamente, señoría.

-¿Desea usted que preste juramento y se le tome declaración?

-Sí, lo deseo, señoría.

Más allá de la ventana, más allá de las pausadas palomas, la voz del alguacil seguía alzándose monótona, reiterativa, importuna e indiferente, aunque el sonido del timbre había cesado ya.

Librodot

XXVIII

El fiscal del distrito se volvió hacia el jurado.

-Presento como prueba este objeto encontrado en la escena del crimen -en la mano sostenía una mazorca. Daba la impresión de haber sido sumergida en pintura de color marrón oscuro-. La razón de que no se haya presentado antes es que su relación con el caso sólo ha quedado clara a raíz del testimonio de la esposa del acusado, que acabo de hacer leer ante ustedes.

»Acaban de oír las declaraciones del químico y del ginecólogo, quien, como muy bien saben, es una autoridad en las más sagradas manifestaciones del aspecto más sagrado de la vida: la feminidad, y que dice que no estamos ya ante un caso para el verdugo, sino que esto requiere un buen fuego de gasolina…

-¡Protesto! -dijo Horace-. El ministerio fiscal está tratando de influir…

-Aceptada la objeción -dijo el juez-. Suprima la frase que comienza con «dice que», señor secretario. Puede usted indicar a los miembros del jurado que no la tengan en cuenta, Mr. Benbow. Limítese a los hechos pertinentes, señor fiscal del distrito.

El fiscal del distrito hizo una inclinación de cabeza y se volvió hacia el estrado de los testigos, donde se hallaba Temple. Por debajo del sombrero negro -adornado con una piedra de bisutería- se le escapaban los rojos cabellos en apretados rizos, semejantes a grumos de resina. Sobre la falda negra de raso descansaba un monedero de platino. El abrigo de color claro, abierto, dejaba ver un adorno morado en un hombro. Las manos, con las palmas hacia arriba, yacían inmóviles sobre el regazo. Las piernas sesgadas y los tobillos relajados hacían que los zapatos de hebillas resplandecientes, puestos de costado, dieran la impresión de estar vacíos. Por encima de las hileras de rostros atentos -pálidos y blancos como vientres de flotantes peces muertos- Temple permanecía en una actitud distante y temerosa al mismo tiempo, la mirada perdida en el fondo de la sala. Sobre el rostro extraordinariamente pálido, las dos manchas de colorete eran como discos de papel pegados a los pómulos, y también los labios, violentamente pintados hasta darles una perfecta forma de corazón, parecían ser algo simbólico y a la vez enigmático, cuidadosamente recortado en papel morado y pegado allí.

El fiscal del distrito se detuvo delante de ella.

-¿Cómo se llama usted?

Temple no contestó. Movió levemente la cabeza, como si el fiscal le impidiera ver algo al fondo de la sala.

-¿Cómo se llama? -repitió el fiscal, moviéndose también y entrando de nuevo en su campo de visión. Temple separó los labios-. Más alto -dijo el fiscal-. Hable sin miedo. Nadie va a hacerle daño. Permita que estos hombres de bien, estos padres y maridos, oigan lo que tiene usted que contar y le hagan justicia.

El juez miró a Horace con las cejas enarcadas, pero el abogado defensor no hizo el menor movimiento: siguió sentado con la cabeza un poco inclinada y las manos entrelazadas sobre el regazo.

-Temple Drake -dijo Temple.

Librodot

-¿Edad?

-Dieciocho años.

-¿Dónde vive?

-En Memphis -dijo ella con voz apenas audible.

-Hable un poco más alto. Estos hombres no van a hacerle ningún daño. Están aquí para remediar el mal que se le ha hecho. ¿Dónde vivía usted antes de trasladarse a Memphis?

-En Jackson.

-¿Tiene usted familia allí?

-Sí.

-Vamos. Dígales a estos hombres de bien…

-Mi padre.

-¿Su madre ha muerto?

-Sí.

-¿Tiene usted hermanas?

-No.

-¿Es usted la única hija que tiene su padre?

El juez miró de nuevo a Horace, que no hizo ningún movimiento.

-Sí.

-¿Dónde ha vivido usted desde el doce de mayo de este año?

Temple movió la cabeza levemente, como si quisiera ver más allá del fiscal, que a su vez volvió a ponerse delante de ella, sus ojos fijos en los de la muchacha. Ella volvió a mirarlo y siguió respondiendo con aire de quien recita una lección.

-¿Sabía su padre que estaba usted allí?

-No.

-¿Dónde creía él que estaba?

-Creía que estaba en la universidad.

-Entonces, ¿se había escondido usted porque le había sucedido algo y no se atrevía…?

-¡Protesto! -dijo Horace-. La pregunta implica…

-Aceptada la objeción -dijo el juez-. He estado varias veces a punto de llamarle la atención, señor fiscal, pero el defensor no ha querido oponerse, por alguna razón.

El fiscal del distrito hizo una inclinación de cabeza en dirección al tribunal. Luego se volvió hacia la testigo, mirándole de nuevo a los ojos.

-¿Dónde estaba usted la mañana del domingo doce de mayo?

-En el cuarto-almacén del establo.

La sala suspiró, dejando escapar su aliento colectivo en el enrarecido silencio. Entraron algunos espectadores más, pero se detuvieron formando un grupo en el fondo de la sala y se

quedaron allí. Temple volvió a mover la cabeza. El fiscal del distrito logró en seguida que le mirara de nuevo a los ojos. Girando a medias, señaló a Goodwin con el dedo.

-¿Ha visto usted antes a ese hombre? -Temple siguió mirando al fiscal del distrito, el rostro completamente rígido, vacío de expresión. Desde muy cerca, los ojos, las dos manchas de colorete y la boca eran como cinco objetos absurdos en un plato pequeño con forma de corazón-. Mire hacia donde le señalo. ¿Dónde lo vio usted?

-En el cuarto-almacén.

-¿Qué hacía usted allí?

-Esconderme.

-¿De quién se escondía?

-De él.

-¿Ese hombre que está ahí? Mire hacia donde le señalo.

-Sí.

-Pero él la encontró.

-Sí.

-¿Había alguien más allí?

-Estaba Tommy, Dijo que…

-¿Estaba dentro o fuera del cuarto-almacén?

-Estaba fuera, junto a la puerta. Vigilaba. Dijo que no permitiría…

-Un momento. ¿Le pidió usted que no dejara entrar a nadie?

-Sí.

-¿Y él atrancó la puerta desde fuera?

-Sí.

-Pero Goodwin entró.

-Sí.

-¿Llevaba algo en la mano?

-Llevaba una pistola.

-¿Intentó Tommy detenerlo?

-Sí. Dijo que…

-Espere. ¿Qué le hÍ2o a Tommy?

Temple le miró.

-Llevaba la pistola en la mano. ¿Qué le hizo entonces?

-Disparó contra él.

El fiscal del distrito se apartó hacia un lado. Inmediatamente la mirada de la muchacha se perdió en el fondo de la sala, quedándose allí fija. Cuando el fiscal del distrito regresó, entrando otra vez en su campo de visión, Temple movió la cabeza, pero el fiscal hizo que le mirara de nuevo mientras *alzaba* la mazorca manchada delante de sus ojos. La sala dejó escapar un largo suspiro.

-¿Ha visto usted esto antes alguna vez?

Librodot

-Sí.

El fiscal del distrito se dio la vuelta.

-Señoría, señores del jurado: han escuchado ustedes la horrible, la increíble historia que les ha contado esta muchacha; han visto las pruebas y escuchado la declaración del médico. No quiero someter ni un momento más a esta criatura destrozada, indefensa, a la tortura de…

El fiscal se interrumpió; todas las cabezas se volvieron al unísono para contemplar a un hombre que avanzaba por el pasillo en dirección al tribunal. Caminaba sin titubeos, y su marcha quedaba señalada y era seguida por las lentas miradas atónitas de las hileras de rostros descoloridos y por el lento rozar de cuellos almidonados al volverse. Era un hombre de pulcros cabellos blancos y bigote recortado, semejante a una barra de plata labrada sobre su piel morena. Tenía unas ojeras no demasiado marcadas. Su inmaculado traje de lino disimulaba holgadamente un vientre poco abultado. Llevaba un jipijapa en una mano y un fino bastón de color negro en la otra. Avanzó sin titubeos pasillo adelante, en una lenta expulsión de silencio que era como un interminable suspiro, sin torcer la cabeza en ningún momento. Cruzó por delante del estrado de los testigos sin mirar a Temple, que seguía contemplando algo al fondo de la sala, atravesando su campo de visión como un corredor que cruzara la línea de meta, y fue a detenerse delante de la barandilla, sobre la cual el juez se había incorporado a medias, con las manos sobre la mesa.

-Señoría -dijo el anciano-, ¿ha concluido el tribunal con esta testigo?

-Sí, señor juez -respondió el magistrado-; efectivamente. ¿Declina el acusado…?

El anciano se volvió lentamente, erguido sobre las respiraciones contenidas, los rostros descoloridos, y contempló a las seis personas en la mesa de los asesores legales. Detrás de él la testigo no se había movido. Seguía en su actitud de reposo infantil, mirando por encima de los rostros, como una persona narcotizada, hacia el fondo de la sala. El anciano se volvió hacia ella y extendió una mano. Temple no se movió. La sala expulsó el aliento, volvió a llenarse los pulmones rápidamente y contuvo de nuevo la respiración. El anciano tocó el brazo de la muchacha. Ella volvió la cabeza en dirección suya, los ojos sin expresión, las pupilas dilatadas por encima de las tres violentas manchas de colorete. Luego puso su mano en la del anciano y se levantó -mientras el monedero de platino resbalaba desde su regazo al suelo con un suave golpe metálico-, mirando de nuevo al fondo de la sala. Con la puntera de su zapato reluciente el anciano empujó el monedero hacia el rincón, ocupado por una escupidera, donde la tribuna del jurado se unía con la mesa de la presidencia, y ayudó a Temple a bajar del estrado. La sala respiró de nuevo cuando empezaron a recorrer el pasillo en sentido inverso.

A mitad de camino la muchacha se detuvo de nuevo, esbelta en su elegante abrigo abierto, sin expresión el rostro inmóvil, para luego reanudar la marcha, su mano en la del anciano. Regresaron por el pasillo, el juez muy erguido al lado de Temple, sin mirar a ningún lado, seguidos por el lento roce de cuellos almidonados. La muchacha volvió a detenerse. Intentó retroceder, arqueando el cuerpo lentamente, el brazo tenso bajo la presión del anciano, que se inclinó hacia ella, hablándole; Temple avanzó otra vez, con el mismo gesto de encogida y absorta humillación. Cuatro jóvenes aguardaban con rígida tiesura muy cerca de la salida. Permanecieron firmes como soldados, mirando al frente, hasta que el anciano y la muchacha llegaron a su altura. Entonces se pusieron en movimiento, rodeando a los otros dos y, en formación cerrada, la muchacha oculta entre ellos, se dirigieron hacia la puerta. Allí se detuvieron de nuevo; pudo verse cómo Temple se encogía junto a la pared al lado de la puerta, doblando nuevamente el cuerpo. Dio la impresión de intentar asirse, pero de nuevo los cinco cuerpos cerraron la formación ocultándola de nuevo, y el grupo atravesó la puerta para desaparecer inmediatamente. La sala respiró: un sonido susurrante, como de

Librodot

un viento que se levanta, que avanzó con ímpetu creciente sobre la larga mesa donde se sentaban el acusado y la mujer con el niño y Horace y el fiscal del distrito y el abogado de Memphis, y cruzó por encima del jurado hasta llegar al tribunal convertido en un largo suspiro. El abogado de Memphis, cómodamente recostado, miraba distraídamente por la ventana abierta. El niño, molesto, empezó a lloriquear.

-Calla -dijo la mujer-. ¡Chsss…!

Librodot

XXIX

El jurado estuvo ausente ocho minutos. Cuando Horace salió del edificio, anochecía. Las carretas empezaban a ponerse en marcha, algunas de ellas para recorrer doce y dieciséis millas por caminos vecinales. Narcissa le esperaba en el coche. Horace apareció andando lentamente entre los campesinos vestidos con mono y se metió en el coche dificultosamente, con la rigidez de un anciano, el rostro surcado de arrugas.

-¿Quieres ir a casa? -dijo Narcissa.

-Sí -contestó Horace.

-Quiero decir, ¿a la casa de aquí o a la mía?

-Sí -repitió Horace.

Narcissa estaba sentada al volante con el motor en marcha. Se le quedó mirando, vestida de oscuro, con un sobrio cuello blanco y un sombrero también oscuro.

-¿A cuál de las dos?

-A casa -dijo él-. Me da lo mismo. Sólo quiero ir a casa.

Pasaron junto a la cárcel. Delante de la valla estaban los desocupados, los campesinos y los golfos y pilludos que habían seguido a Goodwin y al agente de policía desde el juzgado. Junto al portillo vio a la mujer, con el sombrero gris y el velo, llevando al niño en brazos.

-Ahí de pie para que pueda ver a su hijo por la ventana -dijo Horace-. También huelo a jamón. Quizá esté comiendo jamón antes de que lleguemos a casa.

Luego empezó a llorar, sentado en el coche al lado de su hermana. Narcissa siguió conduciendo sin prisas. Pronto habían salido de la ciudad y las hileras de recias plantas de algodón todavía sin madurar se balanceaban a ambos lados de la carretera, disminuyendo, paralelas, en continuo retroceso. En la avenida que llevaba hacia la casa, las flores de las acacias aún daban la impresión de que quedaba algo de nieve en los árboles.

-Está claro que dura -dijo Horace-. Es evidente que la primavera resiste. Uno casi llegaría a creer que tiene un propósito concreto.

Se quedó a cenar. Comió mucho.

-Voy a ocuparme de tu habitación -le dijo su hermana muy amablemente.

-De acuerdo -dijo Horace-. Eres muy amable -Narcissa salió. La silla de inválida de Miss Jenny descansaba sobre una plataforma con ranuras para las ruedas-. Es muy amable por su parte -comentó Horace de nuevo-. Creo que saldré fuera a fumarme una pipa.

-¿Desde cuándo no fumas dentro de la casa? -dijo Miss Jenny.

-Sí -dijo Horace-. Ha sido muy amable por su parte -cruzó el porche-. Pensaba quedarme aquí -añadió. Se vio a sí mismo cruzar el porche y pisar luego la nieve tímida de las últimas acacias; después de atravesar el portón de hierro se encontró sobre la grava de la carretera. Al cabo de una milla un coche disminuyó la marcha y se ofreció a llevarlo-. No, gracias. Estoy dando un paseo antes de cenar -explicó-; voy a volver en seguida.

Librodot

Después de otra milla divisó ya las luces de la ciudad. Era un resplandor débil, a ras de tierra y muy compacto. Se hizo más intenso a medida que se acercaba. Antes de llegar empezó a oír el sonido, las voces. Luego vio a la gente, una masa inquieta que llenaba la calle y el patio sombrío y poco profundo a cuyo lado se alzaba el bulto cuadrado de la cárcel, con sus ventanas como cortaduras. En el patio, debajo de la ventana con barrotes, un hombre en mangas de camisa, ronco, gesticulante, arengaba a la multitud. No había nadie en la ventana enrejada.

Horace se dirigió a la plaza. El sheriff estaba de pie, con los viajantes, en la acera delante del hotel. Era un hombre grueso, con una cara ancha, insípida, que desmentía la expresión preocupada de sus ojos.

-No harán nada -dijo-. Hablan demasiado. Mucho ruido. Y es demasiado pronto. Cuando una multitud se dispone a actuar, no espera tanto tiempo y habla menos. Y no hace las cosas donde todo el mundo pueda verlos.

El gentío se quedó hasta tarde en la calle. Pero se comportaba con mucho orden. Era como si en su mayor parte sólo hubiesen acudido como espectadores: a contemplar la cárcel y la ventana enrejada o a oír al hombre en mangas de camisa. Al cabo de un rato al orador se le acabó la cuerda. Entonces la gente se puso en movimiento, unos en dirección a la plaza y otros hacia sus casas, hasta quedar tan sólo un grupo pequeño bajo una lámpara de arco a la entrada de la plaza; entre sus componentes había dos agentes provisionales y el vigilante nocturno, con un sombrero ancho de color claro, una linterna, un reloj registrador y una pistola.

-Ya podéis iros a casa -les dijo a los rezagados-. Se ha terminado el espectáculo. Ya os habéis divertido un rato, muchachos. Ahora a casa y a la cama.

Los viajantes se quedaron un poco más, sentados en la acera, delante del hotel, Horace entre ellos; el tren con dirección al sur pasaba a la una,

-Van a dejarle que se salga con la suya, ¿no es cierto? -dijo uno de los viajantes-. ¿Después de hacerlo con una mazorca? ¿Qué clase de gente tienen ustedes por aquí? ¿Qué hace falta para que se enfaden?

-En mi ciudad no hubiera llegado al juicio -opinó un segundo.

-Ni siquiera a la cárcel -dijo un tercero-. ¿Quién era ella?

-Una universitaria. Guapa chica. ¿No la viste?

-Claro que sí. No estaba nada mal. A mí no me hubiera hecho falta la mazorca, podéis estar seguros.

Luego la plaza se quedó en silencio. El reloj dio las once; los viajantes entraron en el hotel y el mozo negro salió a colocar las sillas contra la pared.

-¿Está esperando el tren? -le preguntó a Horace.

-Sí. ¿Sabe si trae retraso?

-No. Viene puntual, pero todavía faltan dos horas. Se puede tumbar en la sala de muestras, si lo desea.

-No estaría mal -dijo Horace,

-Yo le llevaré -dijo el negro.

La sala de muestras era donde los viajantes enseñaban sus artículos. Tenía un sofá. Horace apagó la luz y se tumbó en él. Veía los árboles alrededor del juzgado y un ala del

Librodot

edificio, alzándose sobre la plaza silenciosa y desierta. Pero nadie dormía. Horace era consciente de la tensión, de la gente despierta por toda la ciudad.

-No hubiera podido dormirme, de todas formas -se dijo a sí mismo.

Dieron las doce en el reloj del juzgado. Luego -treinta minutos después o quizá un poco más tarde- oyó que alguien pasaba corriendo bajo su ventana. Los pies del corredor hacían más ruido que los cascos de un caballo, resonando a través de la plaza vacía, a través de las tranquilas horas destinadas al sueño. No era un sonido lo que Horace oía en aquel momento; era un algo en la atmósfera donde iba a morir el ruido de los pasos precipitados.

Cuando recorrió el pasillo en dirección a las escaleras no se dio cuenta de que estaba corriendo hasta que, al otro lado de una puerta, oyó una voz que decía «¡Fuego!, es un…» Pero en seguida la dejó atrás.

-Lo he asustado -dijo Horace-. Probablemente es alguien de Saint Louis y no está acostumbrado a esto.

Salió corriendo a la calle. El propietario le había precedido, componiendo la figura ridícula de un hombre corpulento que avanzaba sujetándose los pantalones con la mano, mientras, bajo la camisa de dormir, asomaban, balanceándose, los tirantes caídos, y con un cerquillo de cabellos desgreñados, puestos de punta, alrededor de su calva cabeza; tres hombres más pasaron corriendo junto al hotel. Daban la impresión de no venir de ningún sitio, de surgir de la nada en medio de la calle, completamente vestidos, corriendo.

-Es un fuego -dijo Horace. Veía el resplandor; contra él destacaba el desnudo y violento contorno de la cárcel.

-Es en ese solar vacío -dijo el propietario, sujetándose los pantalones-. Tengo que volverme al hotel porque no hay nadie en recepción…

Horace echó a correr. Delante vio otras figuras corriendo, metiéndose por el callejón junto a la cárcel; luego oyó el ruido del fuego; el ruido furioso de la gasolina. Al entrar él por el callejón vio la hoguera en el centro de un solar vacío donde se amarraban las carretas los días de mercado. Contra las llamas se recortaban en negro grotescas siluetas; oyó gritos jadeantes; a través de un momentáneo resquicio vio a un hombre volverse y correr, envuelto en llamas, llevando aún una lata de queroseno de cinco galones que explotó con un resplandor tan intenso como el de un cohete, mientras el hombre seguía corriendo, con la lata todavía en las manos.

Horace se abrió paso entre la gente, hasta el círculo formado alrededor de la masa que ardía en el centro del solar. Desde un extremo del redondel le llegaban los gritos del hombre al que le había explotado la lata de queroseno, pero de la masa central de fuego no surgía el menor sonido. Ya no era posible distinguir nada: las llamas se enroscaban en largos penachos restallantes alrededor de una masa incandescendente en la que apenas llegaban a definirse los contornos de algunas estacas y tablones. Horace corrió entre los espectadores; le estaban sujetando, pero no se daba cuenta; hablaban, pero no oía sus voces.

-Es su abogado.

-Este es el hombre que lo defendió. El que trató de que lo declararan inocente.

-Echadlo también ahí. Aún queda bastante para quemar a un abogado.

-Hacedle al abogado lo que le hemos hecho a él. Lo que ese hijo de perra le hizo a la chica. Aunque no hemos usado una mazorca estoy seguro de que lo hubiera preferido.

Horace no les oía. No oía gritar al hombre que se había quemado. No oía el fuego que aún alzaba sus remolinos con la misma intensidad, como si se alimentara de su misma

sustancia, pero ya enmudecido: una voz airada como en un sueño, surgiendo en silenciosos rugidos de un vacío lleno de paz.

Librodot

XXX

En Kinston, el vehículo que iba a esperar la llegada de los trenes era un automóvil de siete plazas conducido por un enjuto anciano de ojos grises y bigote cano de puntas engomadas. En los viejos tiempos antes de que la ciudad se convirtiera de repente en una próspera ciudad maderera, era colono, terrateniente, hijo de uno de los primeros pobladores. La avaricia y la credulidad le habían hecho perder sus propiedades y se dedicó a conducir un coche de alquiler entre el centro de la ciudad y la estación, con su bigote engomado, un sombrero de copa y una levita-cruzada, explicando a los viajantes de comercio cómo dirigía en otro tiempo la sociedad de Kinston; para entonces ya no hacía más que transportarla.

Cuando pasó la era de los caballos, compró un automóvil, que seguía utilizando para traer y llevar viajeros a la estación. Aún lucía su bigote engomado, pero había reemplazado el sombrero de copa por una gorra, y la levita por un traje gris con rayas rojas hecho por judíos en un barrio pobre de Nueva York.

-Ya está usted aquí -dijo, cuando Horace se apeó del tren-. Suba la maleta al coche -añadió, colocándose al volante. Horace se sentó a su lado-. Llega usted con un tren de retraso -comentó.

-¿Con un tren de retraso? -dijo Horace.

-Su mujer llegó esta mañana. Yo mismo la llevé a casa.

-Ah -dijo Horace-. ¿De manera que está aquí?

El otro puso el coche en marcha, retrocedió y dio la vuelta. Era un buen automóvil, potente, fácil de manejar.

-¿Cuándo la esperaba usted?… -siguieron adelante-. Parece que quemaron a ese tipo en Jefferson. Imagino que usted lo vería.

-Sí -dijo Horace-. Sí. He oído hablar de ello.

-Le ha estado bien empleado -dijo el conductor-. Tenemos que proteger a nuestras chicas. Podemos necesitarlas nosotros.

Torcieron, siguiendo una calle.

-Me bajaré aquí -dijo Horace cuando llegaron a una esquina bajo una lámpara de arco,

-Le llevaré hasta su casa -dijo el conductor.

-Prefiero apearme aquí -dijo Horace-. Se evita tener que dar la vuelta.

-Como guste -dijo el conductor-. Usted es el que paga, de todas formas.

Horace se apeó y dejó la maleta en la acera; el conductor no hizo intención de ayudarle. Cuando el coche se alejó, Horace cogió de nuevo la maleta, la misma que se había pasado diez años en un armario en casa de su hermana y que Benbow había llevado a la ciudad la mañana en que Narcissa quiso saber el nombre del fiscal del distrito.

Su casa era nueva, con una buena extensión de césped alrededor, y también eran nuevos los árboles, álamos y arces plantados por él mismo. Antes de llegar a la casa vio los visillos de color rosa en las ventanas de su mujer. Entró en la casa por detrás, llegó hasta la puerta de su habitación y miró dentro. Belle estaba en la cama, leyendo una revista con la

Librodot

portada en colores. La lámpara tenía una pantalla de color rosa. En la mesilla había una caja de bombones abierta.

-He vuelto -dijo Horace.

Ella le miró por encima de la revista.

-¿Has cerrado con llave la puerta de atrás? -dijo Belle.

-Sí, sabía que ella estaría… -dijo Horace-. ¿Has…?

-¿De qué me hablas?

-De la pequeña Belle. ¿Has telefoneado…?

-¿Para qué? Está pasando unos días en esa casa. ¿Por qué no? ¿Por qué tendría que cambiar sus planes, rechazar una invitación?

-Sí -dijo Horace-. Sabía que estaría. ¿Has…?

-Hablé con ella hace dos noches. Ve a cerrar la puerta de atrás.

-Sí -dijo Horace-. Seguro que está bien. Claro que sí. Sólo quería… -tenían el teléfono sobre una mesa, en el pasillo a oscuras. El número que pidió estaba en una zona rural y tardaron algún tiempo en darle la conferencia. Horace se sentó junto al teléfono. Había dejado abierta la puerta del fondo del pasillo. Por ella entraba la suave brisa de la noche de verano, incierta, turbadora-. La noche es dura para los viejos -dijo en voz baja, con el auricular en la mano-. Las noches de verano les resultan muy duras. Habría que darle una solución a ese problema. Aprobar una ley.

Belle le llamó desde su habitación, con la voz característica de una persona acostada.

-La llamé hace dos noches. ¿Por qué tienes que molestarla?

-Lo sé -dijo Horace-. Seré breve.

Siguió con el auricular en la mano, mirando hacia la puerta por donde entraba la brisa, incierta, turbadora. Se puso a decir algo de un libro que había leído: «Menos frecuente es la paz. Menos frecuente es la paz», dijo.

-¡Oiga! ¡Oiga! ¿Belle? -preguntó cuando le dieron la comunicación.

-¿Sí? -la voz de la pequeña Belle le llegaba muy débilmente-. ¿Qué pasa? ¿Sucede algo malo?

-No, no -dijo Horace-. Sólo quería decirte hola y buenas noches.

-¿Decirme qué? ¿Qué sucede? ¿Con quién hablo?

Horace seguía sentado en el pasillo a oscuras, con el auricular en la mano.

-Soy yo, Horace. Horace. Sólo quería…

Desde el otro extremo del hilo, débilmente, le llegó el ruido de un forcejeo; también oía respirar a la pequeña Belle. Luego una voz, una voz masculina:

-Hola, Horace; quiero presentarte a un…

-¡Calla! -dijo la voz de la pequeña Belle desde muy lejos; Horace les oyó forcejear de nuevo; una pausa en la que nadie respiró-. ¡Ya está bien! -dijo la voz de la pequeña Belle-. ¡Es Horace! ¡Vivo con él! -Horace mantuvo el auricular pegado al oído. Aunque casi sin aliento, la voz de la pequeña Belle resultaba contenida, fría, discreta, distante-. Hola, Horace. ¿Mamá está bien?

-Sí. Estamos bien. Sólo quería decirte…

Librodot

-Ah. Buenas noches.

-Buenas noches. ¿Lo estás pasando bien?

-Sí, sí. Escribiré mañana. ¿Mamá no ha recibido hoy carta mía?

-No lo sé. Acabo…

-Quizá haya olvidado echarla, pero mañana no me olvidaré. Escribiré mañana. ¿No querías nada más?

-No, Sólo quería decirte…

Horace colgó el auricular y oyó cortarse la comunicación. La luz de la habitación de su mujer iluminaba un fragmento del pasillo.

-Cierra con llave la puerta de atrás -dijo Belle.

XXXI

Camino de Pensacola para visitar a su madre, Popeye fue detenido en Birmingham por el asesinato de un policía en una pequeña ciudad de Alabama el 17 de junio de aquel año. Lo detuvieron en agosto. Fue precisamente la noche del 17 de junio cuando Temple se cruzó con él -sentado en el coche estacionado cerca del Grotto-, antes de que Red fuera asesinado.

Popeye iba todos los veranos a ver a su madre, que le creía recepcionista en un hotel de Memphis durante el turno de noche.

Su madre era hija de la patrona de una casa de huéspedes. Su padre había sido un esquirol profesional, contratado por la compañía de tranvías para acabar con una huelga en 1900. Por entonces su madre trabajaba en unos grandes almacenes en el centro de la ciudad. Durante tres noches volvió a casa en el tranvía junto al asiento del conductor, ocupado por el padre de Popeye. Una noche el esquirol se apeó con ella en su parada y la acompañó hasta casa.

-¿No le despedirán? -dijo ella.

-¿Quiénes? -dijo el esquirol. Fueron andando juntos. El iba bien vestido-. Me contratarían los otros en seguida. Y eso lo sabe la compañía.

-¿Quién le contrataría?

-Los huelguistas. Me da lo mismo quién controle los tranvías. Trabajo igual con unos que con otros. Me gustaría únicamente poder hacer este trayecto todas las noches a esta hora.

Ella iba andando a su lado.

-No lo dice en serio -dijo.

-Claro que sí -la cogió del brazo.

-Me figuro que también le dará lo mismo casarse con una que con otra.

-¿Quién le ha contado eso? -dijo él-. ¿Han estado hablando mal de mí esos hijos de perra?

Un mes más tarde ella le dijo que tenían que casarse.

-¿Qué quieres decir con tenemos? -preguntó él.

-No me atrevo a contarlo en casa. Tendría que escaparme. No me atrevo, de verdad.

-Bueno, bueno, no te preocupes. Cuanto antes mejor. Tengo que pasar por aquí todas las noches, de todas formas.

Se casaron. Por la noche hacía aquel trayecto y al llegar a la esquina tocaba la campana de pedal. Algunas veces iba a casa y le daba dinero a su mujer. La abuela de Popeye le tomó afecto: los domingos, a la hora de la comida, entraba en la casa riendo estrepitosamente, llamando a los otros clientes, incluso a los de más edad, por su nombre de pila. Pero un día no volvió; no tocó la campana de pedal cuando pasó el tranvía. La huelga ya había terminado para entonces. En Navidad, la madre de Popeye recibió una felicitación suya; un grabado con una campana y una orla dorada en relieve, desde una ciu-

Librodot

dad de Georgia. El texto decía así: «Los muchachos están tratando de organizar aquí una huelga. Pero esta gente se lo piensa todo muchísimo. Quizá sigamos adelante hasta encontrar una buena ciudad ja ja.» La palabra «encontrar»[8] estaba subrayada.

Tres semanas después de la boda, la madre de Popeye empezó a sentirse enferma. Ya estaba embarazada para entonces. No fue a ver a un médico porque una negra vieja le dijo lo que le pasaba. Popeye nació en Navidad, el mismo día que se recibió la felicitación. Al principio creyeron que era ciego. Luego descubrieron que no era así, aunque no aprendió a andar y hablar hasta los cuatro años. Mientras tanto, el segundo marido de su abuela, un hombrecillo desagradable, con un gran bigote caído, que zascandileaba por la casa arreglando escalones rotos, cañerías con agujeros y otras cosas parecidas, salió una tarde con un cheque en blanco para pagar una factura del carnicero de doce dólares. Nunca regresó. Sacó del banco los mil cuatrocientos dólares que tenía ahorrados su mujer y desapareció.

La hija seguía trabajando en el centro, mientras su madre cuidaba del niño. Una tarde, al volver a casa uno de los clientes, se encontró con un fuego en su habitación. Consiguió apagarlo; una semana después halló restos de algo quemado en su papelera. La abuela cuidaba del niño. Lo llevaba consigo a todas partes. Una noche no se la veía por ningún sitio. Todos los inquilinos se echaron a la calle. Uno de los vecinos dio la alarma y los bomberos hallaron a la abuela apagando a pisotones un fuego de virutas en el centro del desván, con el niño dormido a pocos pasos sobre un viejo colchón.

-Esos canallas están tratando de acabar con él -dijo la anciana-. Han prendido fuego a la casa.

Al otro día se despidieron todos los clientes.

La madre de Popeye dejó el empleo. Pasaba todo el tiempo en casa.

-Tendrías que salir a tomar el aire -le decía la abuela.

-Me basta con el aire de aquí -respondía la hija.

-Tendrías que salir a hacer la compra -decía la madre-. Conseguirías las cosas más baratas.

-Ya nos las venden a muy buen precio.

La hija estaba siempre pendiente de la lumbre cuando había que encenderla; no permitía que hubiera una cerilla en la casa. Había escondido unas cuantas detrás de un ladrillo en el muro exterior del edificio. Popeye tenía tres años para entonces. No aparentaba más que uno, pero comía ya bastante bien. El médico le dijo a su madre que lo alimentara con huevos fritos con aceite de oliva. Una tarde el chico de la tienda, al entrar en el patio montado en una bicicleta, se resbaló y cayó al suelo. El paquete que traía empezó a gotear.

-No son los huevos -dijo el muchacho-. ¿Ve? -era una botella de aceite de oliva-. Debiera usted comprar el aceite en latas, de todas formas -añadió el chico-. No notará la diferencia. Le traeré otra botella. Pero tiene que arreglar ese portillo. No querrá que me abra la cabeza, ¿verdad?

A las seis no había vuelto aún. Era verano. La lumbre no estaba encendida y no había cerillas en la casa.

-No tardaré más que cinco minutos -dijo la madre de Popeye.

[8] Juego de palabras intraducible. En este contexto la palabra *strike* significa al mismo tiempo «encontrar, dar con, hallar» y «hacer huelga».

La abuela estuvo mirando hasta que se perdió de vista. Luego envolvió al niño en una manta y salió de la casa. Vivían en una calle estrecha muy cerca de la avenida principal donde estaban los almacenes y donde la gente adinerada se paraba con su coche camino de casa para hacer la compra. Cuando la abuela de Popeye llegó a la esquina, se estaba deteniendo un automóvil junto a la acera. Una mujer se apeó y entró en una tienda, dejando al chófer negro detrás del volante. La abuela se acercó al coche.

-Quiero medio dólar -dijo.

El negro se la quedó mirando.

-¿Medio qué?

-Medio dólar. El chico ha roto la botella.

-Ah -dijo el negro, echándose mano al bolsillo-. ¿Cómo voy a llevar bien la cuenta si viene usted a cobrar aquí fuera? ¿Le ha mandado ella aquí a por el dinero?

-Quiero medio dólar. Ha roto la botella.

-Será mejor que entre -dijo el negro-. Me parece que deberían ustedes ocuparse de que los clientes reciban lo que compran, sobre todo si son tan antiguos como nosotros.

-Es medio dólar -dijo la mujer.

El otro le dio la moneda y entró en la tienda. La abuela de Popeye se le quedó mirando. Luego dejó al niño en el asiento del coche y se fue detrás del negro. Era un autoservicio, donde los clientes avanzaban sin prisa en fila india. El negro estaba junto a la mujer blanca que se había apeado del automóvil. La abuela vio cómo la mujer le pasaba al negro unos cuantos tarros de diferentes salsas.

-Eso hace un dólar y cuarto -dijo la abuela.

El negro le dio el dinero. Ella se lo guardó, los adelantó y cruzó el establecimiento. Encontró una botella de aceite de oliva italiano de importación con el precio marcado.

-Todavía me s o b r a n veintiocho centavos -dijo.

Siguió adelante, examinando las etiquetas de los precios, hasta encontrar una que ponía veintiocho centavos. Era un paquete con siete pastillas de jabón de tocador. Salió de la tienda con los dos paquetes. En la esquina se encontró con un policía.

-Se me han acabado las cerillas -le dijo.

El policía se buscó en los bolsillos.

-Podía haberlas comprado mientras estaba en la tienda -le dijo.

-Se me olvidó. Ya sabe lo que pasa cuando se va de compras con un niño.

-¿Dónde está el niño? -dijo el policía.

-Lo he dejado como fianza.

-Debería usted actuar en un espectáculo de variedades -dijo el policía-. ¿Cuántas cerillas quiere? No tengo más que una o dos.

-Con una es suficiente -dijo la abuela-. Nunca enciendo un fuego con más de una.

-Tendría usted que dedicarse a las variedades -dijo el policía-. Se vendría el teatro abajo con los aplausos.

-No se preocupe -dijo la abuela-. Voy a hacer que se venga abajo la casa.

-¿Qué casa? -se la quedó mirando-. ¿El asilo?

-Haré que se venga abajo -dijo ella-. Mire mañana en los periódicos. Espero que pongan bien mi nombre.

-¿Cómo se llama usted? ¿Calvin Coolidge?[9]

-No, señor. Ese es mi hijo.

-Ah. Por eso le resulta tan complicado hacer la compra, ¿no es cierto? Tendría que dedicarse a las variedades… ¿Tendrá bastante con dos cerillas?

Ya les habían llamado otras tres veces de aquella misma dirección, de manera que los bomberos no se dieron demasiada prisa. La primera que llegó fue la hija. La puerta estaba cerrada con llave y cuando los bomberos lograron echarla abajo, el fuego había destruido el interior de la casa. La abuela estaba asomada a una ventana del piso alto por donde salían espirales de humo.

-Los muy hijos de perra -dijo-. Creían que iban a cogerlo. Pero les dije que les iba a dar una lección. Se lo dije.

La madre pensó que también Popeye había perecido. Tuvieron que sujetarla, entre chillidos, mientras el rostro vociferador de la abuela desaparecía entre el humo y se venía abajo la estructura entera de la casa; así la encontraron la mujer y el policía que traían al niño: una joven con el rostro desencajado y la boca abierta, que miraba a su hijo con aire desconcertado mientras se frotaba lentamente el cabello con las dos manos, desde las sienes para arriba. Nunca llegó a recuperarse completamente. Debido al mucho trabajo, a la falta de aire fresco y de distracciones, y a la enfermedad -legado de su breve matrimonio- no estaba en condiciones de aguantar una fuerte emoción y había ocasiones en que seguía creyendo que su hijo había muerto, incluso mientras lo tenía en brazos y le cantaba en voz baja para dormirlo.

Popeye podía muy bien haberse muerto. No tuvo un solo cabello hasta los cinco años, y para entonces era ya una especie de mediopensionista en una institución: un niño débil, más pequeño de lo normal, con un estómago tan delicado que la menor desviación de un régimen muy estricto marcado por el médico bastaba para producirle convulsiones.

-Las bebidas alcohólicas le harían el mismo efecto que la estricnina -dijo el médico-. Y nunca llegará a ser hombre, propiamente hablando. Si se cuida vivirá todavía algunos años, pero tampoco se hará más viejo de lo que es ahora.

El médico hablaba con la mujer que había encontrado a Popeye en su coche el día que la abuela quemara la casa y por cuya iniciativa Popeye recibía los cuidados de la medicina. Solía llevarlo a su casa por las tardes y durante los días de fiesta, y allí el niño jugaba solo. En una ocasión decidió organizar una fiesta infantil para él. Le explicó de qué se trataba y le compró un traje nuevo. Cuando llegó la tarde de la fiesta y empezaron a llegar los invitados, Popeye no aparecía por ningún sitio. Finalmente un criado descubrió un cuarto de baño cerrado por dentro. Cuando llamaron al niño no obtuvieron respuesta. Mandaron buscar a un cerrajero, pero mientras tanto la mujer, muy asustada, hizo que abrieran la puerta con un hacha. El cuarto de baño estaba vacío y la ventana abierta. Daba a un techo más bajo, desde donde se podía llegar a la calle por medio de una cañería de desagüe. Popeye había desaparecido. En el suelo encontraron la jaula de mimbre que ocupaba una pareja de periquitos; a su lado estaban los pájaros y las tijeras ensangrentadas que Popeye había utilizado para cortarlos en pedazos.

[9] Calvin Coolidge fue presidente de los Estados Unidos de 1923 a 1929. *Santuario* se publicó por primera vez en 1931.

Librodot

Tres meses después, por iniciativa de un vecino de su madre, Popeye fue detenido y enviado a un reformatorio. Había despedazado a un gatito por el mismo procedimiento.

Su madre se había convertido en una inválida. La mujer que había tratado de proteger al niño la ayudaba económicamente, encargándole bordados y otras labores parecidas. Después de salir del reformatorio -le pusieron en libertad al cabo de cinco años, dándole por curado debido a su impecable comportamiento- Popeye escribía a su madre dos o tres veces al año, primero desde Mobile, luego desde Nueva Orleans y finalmente desde Memphis. Todos los veranos volvía a casa para verla, próspero, tranquilo, delgado, sombrío y muy poco comunicativo, siempre con sus ceñidos trajes negros. A su madre le decía que se dedicaba a recepcionista de hotel durante el turno de noche; y que, debido a su profesión, se mudaba de una ciudad a otra, como podría hacerlo un médico o un abogado.

Mientras iba camino de casa aquel verano lo detuvieron por matar a un hombre en una ciudad y a una hora en que estaba en otra ciudad matando a otra persona; detuvieron al hombre que ganaba dinero y no sabía qué hacer con él ni en qué gastarlo, porque no ignoraba que las bebidas alcohólicas eran veneno para él; al hombre sin amigos, que no conocía ni podría conocer jamás a mujer alguna, y su comentario fue «Pues sí que tiene gracia», mientras examinaba *h* celda en la cárcel de la ciudad donde había sido asesinado el policía, y ;se sacaba con muchas precauciones un cigarrillo de la chaqueta con la mano libre (la otra iba esposada a la del agente que le había acompañado desde Birmingham).

-Dejadle que llame a su abogado -dijeron-, y se quite de encima esa preocupación. ¿Quiere mandar un telegrama?

-No -respondió, posando brevemente sus ojos fríos, blandos, sobre el catre, la diminuta ventana en lo alto de la pared, la puerta enrejada por donde entraba la luz. Le quitaron las esposas; la mano de Popeye pareció sacar una llamita de la nada. Encendió el cigarrillo y lanzó la cerilla en dirección a la puerta-. ¿Para qué quiero un abogado? No he estado nunca en… ¿Cómo se llama esta pocilga?

Se lo dijeron.

-Se le había olvidado, ¿no es cierto?

-No volverá a olvidársele -dijo otro.

-Y mañana por la mañana se acordará ya del nombre de su abogado -dijo el primero.

Lo dejaron fumando en el catre. Oyó ruido de puertas al cerrarse. De vez en cuando le llegaban voces desde las otras celdas; en algún sitio, corredor adelante, cantaba un negro. Popeye siguió tumbado en el catre, con los pies cruzados, sin quitarse los relucientes zapatos negros.

-Pues sí que tiene gracia -dijo.

A la mañana siguiente el juez le preguntó si quería un abogado.

-¿Para qué? -respondió-. Ya les dije anoche que no había estado aquí en mi vida. Su ciudad no me gusta lo bastante para traer a un forastero sin ningún motivo.

El juez y el alguacil hicieron un aparte.

-Será mejor que se consiga un abogado -dijo el juez.

-De acuerdo -dijo Popeye. Volviéndose, habló con la sala, sin dirigirse a nadie en particular-: ¿Algún picapleitos de entre ustedes quiere un trabajo de un día?

El juez dio un golpe sobre la mesa. Popeye se volvió, alzando los hombros dentro de la ceñida americana en un leve gesto de indiferencia, mientras la mano se le iba hacia el bol-

Librodot

sillo donde llevaba los cigarrillos. El juez le nombró defensor, un hombre joven que acababa de terminar la carrera,

-Y no voy a molestarme en pedir la libertad provisional -dijo Popeye-. Prefiero acabar cuanto antes con este asunto.

-De todas formas, no sería yo quien le concediera la fianza -le replicó el juez.

-¿Ah, no? -dijo Popeye-. De acuerdo, Jack -dirigiéndose a su abogado-, empiece a trabajar. Ya tenía que estar en Pensacola a estas alturas.

-Llévense al prisionero a la celda -dijo el juez.

Su abogado tenía un rostro desagradable, de una fealdad impaciente y llena de tesón. Estuvo hablando sin parar con una especie de sombrío entusiasmo mientras Popeye descansaba sobre el catre, fumando, el sombrero sobre los ojos, tan quieto como una serpiente al sol, excepto por el movimiento periódico de la mano que sostenía el cigarrillo. Finalmente Popeye intervino:

-Escuche. Yo no soy el juez. Todo eso dígaselo a él.

-Pero yo tengo que…

-Claro. Dígaselo. Yo no sé nada de este asunto. Ni siquiera estaba aquí. Váyase y déjeme tranquilo.

El juicio duró un día. Mientras declaraban un agente de policía, un dependiente de un estanco y una telefonista, y mientras su propio abogado impugnaba sus testimonios con una desoladora mezcla de torpe entusiasmo e insensatez sin paliativos, Popeye permaneció repantigado en su silla, mirando hacia la calle, a través de una ventana, por encima de las cabezas de los jurados. De vez en cuando bostezaba; se le iba la mano al bolsillo donde guardaba los cigarrillos, pero la detenía a tiempo, abandonándola inmóvil sobre el paño negro de su traje, semejante en la cérea lividez de forma y tamaño a la mano de un muñeco.

El jurado estuvo ausente ocho minutos. Se pusieron en pie, lo miraron y le declararon culpable. Sin moverse, sin cambiar de postura, Popeye les miró, sin hablar tampoco durante varios lentos segundos.

-Vaya. ¡Pues sí que tiene gracia! -dijo finalmente.

El juez golpeó varias veces la mesa; el agente de policía le tocó un brazo.

-Apelaré -balbuceó el abogado, entrando precipitadamente con él en la celda-. Lucharé contra ellos en todos los tribu…

-Claro -dijo Popeye, tumbándose en el catre y encendiendo un cigarrillo-; pero no aquí. Ande, lárguese y tómese un calmante.

El fiscal del distrito estaba ya haciendo sus planes para la apelación.

-Ha sido demasiado fácil -dijo-. Se lo ha tomado… ¿Se dio usted cuenta de cómo se lo ha tomado? Como si estuviera escuchando una canción y fuera incapaz de decidir si le gustaba o no por pura pereza; y el juez mientras tanto diciéndole en qué fecha iban a ahorcarlo. Probablemente tiene un abogado de Memphis que está ahora mismo a la puerta del Tribunal Supremo, esperando un telegrama. Los conozco. Los gángsters como ése han convertido la justicia en una cosa ridícula; hasta cuando conseguimos que los condenen todo el mundo sabe que al final se salen con la suya.

Popeye mandó por el carcelero y le dio un billete de cien dólares. Quería todo lo necesario para afeitarse y cigarrillos.

-Quédese con el cambio y avíseme cuando me lo haya fumado todo -le dijo.

-No se quedará mucho tiempo más fumando conmigo -dijo el carcelero-. Seguro que esta vez se consigue un buen abogado.

-No se olvide de esa loción -dijo Popeye-. Ed Pinaud.

El pronunciaba «Pai-náud».

Había sido un verano gris, un poco frío. En la celda no entraba apenas la luz del día, y en el pasillo había una bombilla encendida todo el tiempo, cuya claridad reproducía pálidamente -sobre el suelo y en el catre, hasta el sitio que ocupaban los pies de Popeye- el enrejado de la puerta. El carcelero le había dado una silla. Popeye la usaba como mesa; encima había puesto su reloj niquelado, un cartón de cigarrillos y un cuenco de sopa desportillado para las colillas. El se tumbaba en el catre, fumando y mirándose los pies mientras pasaban los días. Los zapatos fueron perdiendo brillo y su traje llegó a necesitar un buen planchado: no se lo quitaba nunca porque hacía más bien frío en aquella celda con paredes de piedra.

Un día le dijo el carcelero:

-Según alguna gente de aquí, ese policía se estaba buscando que lo mataran. Hizo dos o tres cosas muy feas que la gente recuerda.

Popeye siguió fumando, el sombrero inclinado sobre la cara.

-Puede que no enviaran su telegrama -añadió el carcelero-. ¿Quiere que le mande yo otro?

Apoyado contra la reja veía los pies de Popeye, sus piernas, delgadas, inmóviles, enfundadas en negro, que se unían al frágil contorno de su cuerpo tendido, el sombrero inclinado sobre un rostro que desviaba la vista y el cigarrillo en la mano demasiado pequeña. Los pies de Popeye quedaban casi a oscuras, en el sitio donde la sombra del carcelero fundía en negro los barrotes del enrejado. Al cabo de un rato el carcelero se alejó en silencio.

Cuando sólo le quedaban seis días el carcelero se ofreció a traerle revistas, una baraja.

-¿Para qué? -dijo Popeye, mirando por primera vez al carcelero, con la cabeza levantada, mostrando en su rostro pálido y bien afeitado unos ojos redondos y blandos como esas ventosas de las flechas de juguete que usan los niños. Luego volvió a tumbarse. A partir de entonces el carcelero le tiraba todas las mañanas un periódico enrollado dentro de la celda. Caían al suelo y allí se quedaban, acumulándose, desenrollándose y aplastándose lentamente por su propio peso, en progresión diurna.

Cuando le faltaban tres días llegó un abogado de Memphis. Sin que nadie se lo pidiera se apresuró a meterse en la celda. Durante toda aquella mañana el carcelero le oyó alzar la voz, suplicante, colérico, recriminador; para mediodía se había quedado ronco y tenía que hablar en susurros.

-¿Vas a seguir ahí tumbado y dejar…?

-Estoy perfectamente -dijo Popeye-. No te he mandado a buscar. No quiero que metas la nariz en mis asuntos.

-¿Quieres que te ahorquen? ¿Es eso lo que quieres? ¿Estás tratando de suicidarte? ¿Estás tan cansado de amontonar dinero que…? Tú, el más listo…

-Te lo dije una vez. Sé más que suficiente acerca de ti.

Librodot

-¡Dejar que te cuelgue el sanbenito un insignificante juez de paz! Cuando vuelva a Memphis y lo cuente, nadie se lo va a creer.

-No se lo digas, entonces -siguió tumbado algún tiempo, mientras el abogado lo contemplaba con desconcertada y furiosa incredulidad-. Esos malditos patanes -añadió Popeye-, Cielo santo…, lárgate de una vez. Ya te lo he dicho. Estoy perfectamente.

La noche antes de la ejecución recibió la visita de un clérigo.

-¿Me permite que rece por usted? -dijo.

-Claro -dijo Popeye-; adelante. No se preocupe por mí.

El pastor se arrodilló junto al catre donde Popeye estaba tumbado, fumando. Al cabo de un rato le oyó levantarse, cruzar la celda y volver al catre. Cuando el pastor se puso en pie Popeye estaba otra vez tumbado en el catre, fumando. El pastor miró hacia donde había oído moverse a Popeye y vio doce marcas, a intervalos iguales, en el suelo, junto a la pared, que parecían hechas con cerillas usadas. Dos de los espacios estaban llenos de colillas, ordenadas en perfectas hileras. En el tercer espacio sólo había dos. Antes de marcharse vio cómo Popeye se levantaba, iba junto a la pared, aplastaba dos colillas más y las depositaba cuidadosamente junto a las otras.

Nada más dar las cinco regresó el pastor. Todos los espacios estaban llenos excepto el duodécimo, al que le faltaba una cuarta parte. Popeye seguía tumbado en el catre.

-¿Todo listo? -preguntó.

-Todavía no -dijo el pastor-. Trate de rezar -añadió-. Inténtelo.

-Claro -dijo Popeye-; empiece.

El pastor sé arrodilló 'de nuevo. Oyó levantarse una vez a Popeye, cruzar la celda y regresar.

A las cinco y media apareció el carcelero.

-Le he traído… -dijo. Introdujo torpemente el puño cerrado entre los barrotes-. Aquí tiene el cambio de aquellos cien que nunca… Le he traído… Son cuarenta y ocho dólares -añadió-. Espere; lo voy a contar otra vez; no lo sé con exactitud, pero puedo darle una lista,.., conservo los tickets…

-Guarde el dinero -dijo Popeye, sin moverse-, y lárguese de una vez.

A las seis fueron a buscarlo. El pastor le acompañó, la mano bajo el codo de Popeye, y se quedó rezando junto al patíbulo mientras ajustaban la soga, que al pasar sobre la acicalada y engomada cabeza de Popeye le despeinó. Como tenía atadas las manos, empezó a mover la cabeza, echándose el pelo para atrás cada vez que volvía a caerle sobre la frente, mientras el pastor rezaba y los otros permanecían inmóviles en sus puestos con la cabeza inclinada.

Popeye empezó a adelantar el cuello mediante breves sacudidas.

-¡Pssst! -dijo, logrando que el sonido destacara con nitidez sobre el zumbido monótono de la voz del pastor-; ¡psssst!

El sheriff le miró; Popeye dejó de mover el cuello y se quedó completamente rígido, como si mantuviera un huevo en equilibrio sobre la cabeza.

-Arrégleme el pelo, Jack -dijo.

-Claro -dijo el sheriff-. Ahora mismo te lo arreglo -e hizo caer la trampilla.

Librodot

El día había sido gris, como gris había sido el verano y el año entero. Por la calle, los ancianos llevaban gabanes y, cuando Temple y su padre cruzaron los jardines de Luxemburgo, las mujeres hacían punto envueltas en sus chales y hasta los hombres que jugaban al croquet se cubrían con abrigos y capas, mientras, bajo las sombras melancólicas de los castaños, el seco entrechocar de las bolas y los gritos fortuitos de los niños tenían un algo caballeresco, evanescente y desolado, que lograba dotar de contenido al paisaje otoñal. Desde más allá del espacio abierto con su falsa balaustrada griega, sembrado de grupos en movimiento e inmerso en una luz gris del mismo color y textura que el agua derramada por la fuente en el estanque, les llegaba el continuo fragor de la música. Temple y su padre siguieron andando, y luego de pasar junto al estanque donde los niños y un anciano con un raído abrigo marrón hacían navegar barcos de juguete, se refugiaron de nuevo entre los árboles y encontraron asiento. De inmediato, con decrépita prontitud, se les acercó una anciana que les cobró cuatro *sous.*

En el pabellón, una banda con el uniforme azul verdoso del ejército interpretaba Massenet, Scriabine y Berlioz, convirtiéndolos en una delgada capa de Chaikovski torturado sobre una rebanada de pan correoso, mientras el crepúsculo se disolvía en húmedos reflejos que caían desde las ramas sobre el pabellón y los sombríos hongos de los paraguas. Vibrantes y llenos de resonancias, los acordes de los instrumentos de viento estallaban y morían en el verde espesor del crepúsculo, despeñándose luego en intensas oleadas tristes. Temple ocultó un bostezo con la mano y después, sacando una polvera, la abrió para contemplar en el espejo un rostro en miniatura, malhumorado, descontento y triste. Al cerrar la polvera, protegida por el ala de su elegante sombrero nuevo, dio la impresión de seguir con los ojos las ondas de la música, de disolverse en los compases moribundos del metal, para -más allá del estanque y del opuesto semicírculo de árboles, donde, entre intervalos de sombra, cavilaban tranquilas las reinas muertas en sus mármoles con pátina- perderse finalmente en un cielo que yacía, postrado y vencido, estrechamente abrazado a la estación de la lluvia y de la muerte.

Librodot